

El Rey Arturo y los Caballeros de la Mesa Redonda

Por

Thomas Malory

Freeeditorial 

LIBRO I

CAPÍTULO 1

Primero, cómo Uther Pendragon envió por el Duque de Cornualles e Igraine su mujer, y de su súbita partida otra vez

Acaeció en los días de Uther Pendragon, cuando era éste rey de toda Inglaterra, y como tal reinaba, que había un poderoso duque en Cornualles que sostenía guerra contra él mucho tiempo. Y el duque se llamaba duque de Tintagel. Y por intermedio, envió el rey Uther por este duque, encargándole que trajese consigo a su mujer, pues era tenida por hermosa dama, y muy discreta, y se llamaba Igraine.

Cuando el duque y su mujer llegaron al rey, por intermedio de grandes señores fueron acordados ambos. Al rey le plació y amó bien a esta dama, y les hizo muy buen recibimiento, y deseó yacer con ella. Pero ella era muy buena mujer, y no quiso consentir al rey. Y entonces habló al duque su esposo, y dijo: «Creo que nos han enviado llamar para deshonrarme; por donde, esposo, os aconsejo que partamos de aquí súbitamente, que podamos cabalgar toda la noche hasta nuestro castillo» Y partieron como dijo ella, de manera que ni el rey ni ninguno de su consejo advirtió su marcha.

Tan presto como el rey Uther supo de su súbita partida, se enojó en extremo. Llamó luego a su consejo privado, y les habló de la súbita partida del duque y su mujer. Entonces aconsejaron ellos al rey que enviase por el duque y su mujer con gran requerimiento: «Y si no quiere venir a vuestra llamada, entonces podéis hacer lo que creáis mejor; tendréis motivo para hacer poderosa guerra sobre él.»

Así fue hecho, y los mensajeros tuvieron su respuesta, y fue ésta brevemente, que ni él ni su mujer irían. Entonces el rey se enojó en extremo, y le envió claro recado otra vez, conjurándole a que se aprestase, pertrechase y guarneciese, pues en término de cuarenta días le haría salir del castillo más fuerte que tuviera.

Cuando el duque recibió esta advertencia, al punto fue y abasteció y guarneció dos de sus fuertes castillos, de los cuales uno se llamaba Tintagel, y el otro Terrabil. Puso a su mujer doña Igraine, en el castillo de Tintagel, y él se puso en el castillo de Terrabil, el cual tenía muchas salidas y poternas. Vino entonces a toda prisa Uther con una gran hueste, y puso cerco al castillo de Terrabil. Hincó allí muchos pabellones, y hubo gran guerra por ambas partes, y mucha gente muerta.

Entonces por pura rabia, y gran amor por la hermosa Igraine, el rey Uther cayó enfermo. Y vino al rey Uther sir Ulfius, un noble caballero, y le preguntó al rey por qué estaba enfermo.

—Te lo voy a decir —dijo el rey—. Estoy enfermo de rabia y amor por la hermosa Igraine, de manera que no puedo sanar.

—Mi señor —dijo sir Ulfius—, buscaré a Merlín, y él os hará un remedio que placera a vuestro corazón.

Partió Ulfius, encontró por ventura a Merlín con atavío de mendigo, y le preguntó Merlín a quién buscaba. Y Ulfius dijo que no tenía por qué decirle nada.

—Yo sé a quién buscas —dijo Merlín—, buscas a Merlín; por ende no busques más, pues soy yo, y si el rey Uther quiere recompensarme bien, y jura cumplir mi deseo, será más para honra y beneficio suyo que mío, pues yo haré que tenga todo su deseo.

—Todo esto prometo —dijo Ulfius—, pues nada más razonable sino que tengas tu deseo.

—Pues bien —dijo Merlín—, tendrá su propósito y deseo. Por ende —dijo Merlín— ve en tu camino, que no tardaré en ir detrás.

CAPÍTULO 2

Cómo Uther Pendragon hizo guerra al Duque de Cornualles, y cómo por la mediación de Merlín yació con la duquesa y engendró a Arturo

Entonces se alegró Ulfius, y cabalgó a más andar hasta que llegó al rey Uther Pendragon, y le dijo que se había encontrado con Merlín.

—¿Dónde está? —dijo el rey.

—Señor —dijo Ulfius—, no tardará mucho.

En esto advirtió Ulfius dónde estaba Merlín, en el toldo de la puerta del pabellón. Y entonces Merlín fue mandado venir al rey. Cuando el rey Uther lo vio, dijo que era bien venido.

—Señor —dijo Merlín—, conozco cada parte de vuestro corazón. Si me juráis como verdadero rey ungido que sois, cumplir mi deseo, vos tendréis el vuestro.

Entonces el rey juró sobre los cuatro Evangelios.

—Señor —dijo Merlín—, éste es mi deseo: la primera noche que yazgáis con Igraine engendraréis un hijo en ella; y cuando nazca, será entregado a mí para criarlo como yo quiera, pues será para honra vuestra, y el niño valdrá según sus merecimientos.

—De grado haré —dijo el rey— como tú quieras.

—Pues aprestad —dijo Merlín—. Esta noche yaceréis con Igraine en el castillo de Tintagel, y seréis como el duque su marido, Ulfius será como sir Brastias, uno de los caballeros del duque, y yo como un caballero llamado sir Jordans, otro de los caballeros del duque. Pero cuidado de no hacer muchas preguntas a ella ni a sus hombres, sino decid que estáis cansado, y apresuraos a meteros en la cama, y no os levantéis por la mañana hasta que yo vaya a vos, pues el castillo de Tintagel está a sólo diez millas de aquí.

Así fue hecho como habían devisado. Pero el duque de Tintagel vio cómo el rey dejaba el cerco de Terrabil, y por ende esa noche salió del castillo por una poterna para afligir a la hueste del rey. Y por su propia salida fue muerto el duque antes que el rey llegase al castillo de Tintagel.

Y después de la muerte del duque, el rey Uther yació con Igraine, más de tres horas después de su muerte, y esa noche engendró en ella a Arturo; y antes que fuese de día, vino Merlín al rey, y le rogó que se aprestase; así que besó el rey a la señora Igraine, y partió a toda prisa. Pero cuando la señora oyó del duque su marido, que según todo testimonio había muerto antes que el rey Uther viniese a ella, entonces se maravilló quién podía ser el que había yacido con ella con semejanza de su señor; así que lloró secretamente y no dijo nada.

Entonces todos los barones de un pacto pidieron al rey poner acuerdo entre la señora Igraine y él. El rey les dio licencia, pues mucho quería acordarse con ella. Así que puso el rey toda la confianza en Ulfius para negociar entre ambos; y por esta negociación, el rey y ella se juntaron a la postre.

—Ahora obremos bien —dijo Ulfius—: nuestro rey es un caballero lozano y soltero, y mi señora Igraine es muy hermosa dama, sería gran gozo para todos nosotros que pluguiese al rey hacerla su reina.

En lo cual fueron todos de acuerdo, y lo propusieron al rey. Y al punto, como caballero lozano, consintió en ello de buen grado, y a toda prisa se casaron una mañana con gran alegría y gozo.

Y el rey Lot de Lothian y de Orkney casó entonces con Margawse, que fue madre de Gawain, y el rey Nentres de la tierra de Garlot casó con Elaine. Todo esto se hizo a requerimiento del rey Uther. Y la tercera hermana, Morgana el Hada, fue enviada a la escuela de un convento de monjas, donde aprendió tanto que fue una gran sabedora de nigromancia, y después casó con el rey Uriens de la tierra de Gore, el cual fue padre de sir Uwain le Blanchemains.

CAPÍTULO 3

Del nacimiento del rey Arturo y de su crianza

La reina Igraine engordaba más cada día, y acaeció que, pasado medio año, mientras yacía el rey Uther con ella, le preguntó por la fe que le debía de quién era el hijo que tenía dentro de su cuerpo; entonces fue muy turbada de tener que dar respuesta.

—No desmayéis —dijo el rey—, sino decidme la verdad, y os amaré más, por la fe de mi cuerpo.

—Señor —dijo ella—, os diré la verdad. La misma noche que mi señor fue muerto, a la hora de su muerte, como atestiguan sus caballeros, entró en mi castillo de Tintagel un hombre como mi señor en el habla y el continente, y dos caballeros con él con la semejanza de sus dos caballeros Brastias y Jordans, y fui a la cama con él como era mi deber con mi señor, y esa misma noche, como he de responder ante Dios, fue engendrado este hijo en mí.

—Verdad es —dijo el rey—, como decís; pues fui yo quien entró con esa apariencia. Así que no tengáis desmayo, pues yo soy el padre de ese hijo —y le contó toda la causa, cómo fue por consejo de Merlín. Entonces la reina hizo gran gozo al conocer quién era el padre de su hijo.

Poco después vino Merlín al rey, y dijo: «Señor, debéis proveer a la crianza de vuestro hijo.»

—Hágase —dijo el rey— como tú quieras.

—Pues bien —dijo Merlín—, conozco a un señor vuestro en esta tierra, que es hombre muy verdadero y fiel; él tendrá la crianza de vuestro hijo; se llama sir Héctor, y es señor de grandes posesiones en muchas partes de Inglaterra y Gales; enviad, pues, por este señor, sir Héctor, que venga a hablar con vos, y pedidle, por el amor que os tiene, que dé a criar su propio hijo a otra mujer, y que su mujer críe al vuestro. Y cuando el niño nazca, mandad que me sea entregado en aquella secreta poterna, sin bautizar.

Y como Merlín devisó, fue hecho. Y cuando llegó sir Héctor, hizo promesa al rey de criar al niño como el rey deseaba; y el rey otorgó a sir Héctor grandes recompensas. Y cuando parió la señora, el rey mandó a dos caballeros y dos dueñas que tomasen al niño y lo envolviesen en un paño de oro, «y entregarlo al mendigo que halléis en la poterna del castillo». Así fue entregado el niño a Merlín, y éste lo llevó a sir Héctor, e hizo que un hombre santo lo bautizase, y le pusiese de nombre Arturo; y la mujer de sir Héctor lo crió con su propia

teta.

CAPÍTULO 4

De la muerte del rey Uther Pendragon

A los dos años, el rey Uther cayó enfermo de un grave mal. Y entre tanto, sus enemigos lo despojaron, hicieron una gran batalla sobre sus hombres y mataron a mucha de su gente.

—Señor —dijo Merlín—, no podéis yacer así como hacéis, pues debéis ir al campo, aunque sea en una litera de caballos; pues nunca tendréis lo mejor de vuestros enemigos a menos que vuestra persona esté allí; entonces tendréis la victoria.

Así fue hecho, como Merlín había devisado; y transportaron al rey en una litera de caballos, con una gran hueste, hacia sus enemigos. Y en St. Albans se encontró con el rey una gran hueste del norte. Y ese día sir Ulfius y sir Brastias hicieron grandes hechos de armas, y los hombres del rey Uther vencieron en la batalla a los del norte y mataron mucha gente poniendo en fuga a los restantes. Volvió después el rey a Londres, e hizo gran gozo de su victoria.

Entonces cayó muy gravemente enfermo, de manera que estuvo sin habla tres días y tres noches; por donde todos los barones hicieron gran lamentación, y preguntaron a Merlín cuál era el mejor consejo.

—No hay otro remedio —dijo Merlín—, sino que Dios haga su voluntad. Pero ved de estar todos ante el rey Uther por la mañana, que Dios y yo le haremos hablar.

Así que por la mañana fueron todos los barones con Merlín ante el rey; y dijo Merlín en voz alta al rey Uther: «Señor, ¿será vuestro hijo Arturo, después de vuestros días, rey de este reino con todos los derechos?»

Entonces se volvió Uther Pendragon, y dijo a oídos de todos: «A él doy la bendición de Dios y mía, y le ruego que rece por mi ánima, y reclame recta y dignamente la corona, so pena de perder mi bendición.» Y con esto rindió el espíritu, y fue enterrado después como pertenecía a un rey; por donde la reina, la hermosa Igraine, hizo gran lamentación, y todos los barones.

CAPÍTULO 5

De los prodigios y maravillas de una espada sacada de una piedra por el dicho Arturo

Entonces estuvo el reino en gran peligro mucho tiempo, pues cada señor que era poderoso en hombres se hizo fuerte, y muchos pensaron proclamarse rey. Entonces fue Merlín al arzobispo de Canterbury, y le aconsejó que enviase por todos los señores del reino, y todos los gentilhombres de armas, los cuales debían acudir a Londres por Navidad, so pena de execración; y por esta causa: para que Jesús, que había nacido esa noche, mostrase de su gran merced algún milagro, ya que había venido para ser rey de la humanidad, y señalase por ese milagro quién debía ser el rey legítimo de este reino. Así, pues, el arzobispo, por consejo de Merlín, mandó que todos los señores y gentilhombres de armas acudiesen a Londres por Navidad; y muchos de ellos purificaron su vida, para que sus plegarias fuesen más aceptables a Dios.

Así pues, mucho antes que amaneciese se hallaban todos los estados en la más grande iglesia de Londres (el libro francés no menciona si era o no la de San Pablo) para rezar. Y una vez terminados los maitines y la misa primera, vieron en el patio de la iglesia, ante el altar mayor, una gran piedra cuadrada, semejante a una piedra de mármol, en medio de la cual había como un yunque de acero de un pie de alto, e hincada en él de punta, una hermosa espada desnuda, y en ella letras escritas en oro que decían: QUIENQUIERA QUE SAQUE ESTA ESPADA DE ESTA PIEDRA Y YUNQUE, ES LEGÍTIMO REY NATO DE TODA INGLATERRA. Entonces la gente se maravilló, y se lo contó al arzobispo.

—Mando —dijo el arzobispo— que permanezcáis dentro de vuestra iglesia, y sigáis rezando a Dios; que ningún hombre toque la espada hasta que haya terminado del todo la misa mayor.

Y una vez acabadas todas las misas fueron todos los señores a ver la piedra y la espada. Y cuando vieron la escritura, probaron algunos, los que querían ser rey. Pero ninguno pudo mover la espada, ni sacarla.

—No está aquí —dijo el arzobispo— el que ha de conseguir la espada, pero no dudéis que Dios lo hará conocer. Pero éste es mi consejo —dijo el arzobispo—, que proveamos diez caballeros, hombres de buena fama, y que guarden esta espada.

Así fue ordenado, y se hizo entonces pregón, que cualquier hombre que quisiese podía probar a ganar la espada. Y el Día de Año Nuevo los barones hicieron un torneo y justa para que todos los caballeros que quisiesen justar o tornear, pudiesen hacerlo. Todo lo cual fue ordenado para tener juntos a señores y comunes, pues el arzobispo fiaba en que Dios le haría conocer quién ganaría la espada.

Así, pues, el Día de Año Nuevo, acabado el servicio religioso, fueron los barones al campo, unos a justar y otros a tornear. Y acaeció que sir Héctor, que tenía grandes posesiones en Londres, acudió a la justa y con él fueron su hijo sir Kay, y el joven Arturo, hermano de leche de éste; y sir Kay había sido hecho caballero en la anterior fiesta de Todos los Santos. Y mientras cabalgaban camino de la justa, sir Kay echó de menos su espada, que se había dejado en la posada de su padre; así que rogó al joven Arturo que fuese por su espada.

—De grado lo haré —dijo Arturo, y cabalgó aprisa en busca de la espada. Y cuando llegó a la casa, la dueña y todos se habían ido a ver justar.

Entonces se enojó Arturo, y se dijo: «Iré al patio de la iglesia y me llevaré la espada hincada en la piedra, pues no estará mi hermano, sir Kay, sin espada este día.» Y al llegar al patio de la iglesia, se apeó sir Arturo, ató el caballo en la entrada, fue a la tienda, y no halló a ningún caballero en ella, ya que estaban en la justa; tomó la espada por el puño y la sacó de la piedra con fiereza y facilidad; tomó el caballo, emprendió su camino hasta llegar a su hermano sir Kay y le entregó la espada.

Luego que sir Kay vio la espada, supo bien que era la espada de la piedra; así que fue a su padre sir Héctor, y dijo: «Señor, he aquí la espada de la piedra; por ende debo ser rey de esta tierra.»

Cuando sir Héctor vio la espada, tornó a la iglesia, se apearon allí los tres, y entraron en la iglesia. Y al punto hizo jurar a sir Kay sobre un libro cómo había obtenido aquella espada.

—Señor —dijo sir Kay—, por mi hermano Arturo, pues él me la ha traído.

—¿Cómo habéis sacado esta espada? —dijo sir Héctor a Arturo.

—Señor, os lo diré. Al volver por la espada de mi hermano, no hallé a nadie en la casa que me la entregase; y pensando que mi hermano no debía quedar sin espada, vine aquí con presteza y la saqué de la piedra sin esfuerzo.

—¿Hallasteis algún caballero junto a esta espada? —dijo sir Héctor.

—No —dijo Arturo.

—Ahora entiendo —dijo sir Héctor a Arturo— que debes ser rey de esta tierra.

—¿Por qué yo —dijo Arturo—, y por qué causa?

—Señor —dijo Héctor—, Dios lo quiere así, pues ningún hombre habría sacado esta espada, sino el que será legítimo rey de esta tierra. Ahora dejad que vea si podéis meter la espada donde estaba, y sacarla otra vez.

—Eso no es ninguna maestría —dijo Arturo, y la puso en la piedra. Luego

probó sir Héctor a sacar la espada, y no pudo.

CAPÍTULO 6

Cómo Arturo sacó la espada varias veces

—Probad ahora —dijo sir Héctor a sir Kay. Y al punto tiró de la espada con toda su fuerza, pero no salió.

—Ahora probad vos —dijo sir Héctor a Arturo.

—De buen grado —dijo Arturo, y la sacó fácilmente. Y con eso se arrodilló sir Héctor en tierra, y sir Kay.

—¡Ay! —dijo Arturo—, padre mío y hermano mío, ¿por qué os arrodilláis ante mí?

—No, no, mi señor Arturo, que no es así. Yo no he sido nunca vuestro padre ni de vuestra sangre, sino bien sé que sois de más alta sangre de lo que yo pensaba —y entonces sir Héctor le contó todo, cómo había sido entregado a él para que lo criase, y por mandamiento de quién, y por entrega de Merlín. Entonces Arturo hizo gran duelo al saber que sir Héctor no era su padre.

—Señor —dijo Héctor a Arturo—, ¿querréis ser mi bueno y gracioso señor cuando seáis rey?

—Si no, merecería reprobación —dijo Arturo—, pues sois el hombre del mundo al que más obligado soy, y a mi buena señora y madre, vuestra mujer, que como suyo me ha criado y guardado. Y si fuese voluntad de Dios que fuera rey como decís, podréis pedir de mí cuanto yo pueda hacer, que no os fallaré. No consienta Dios que yo os fallezca.

—Señor —dijo sir Héctor—, no pido de vos, sino que hagáis a mi hijo, hermano vuestro de leche, sir Kay, senescal de todas vuestras tierras.

—Así será hecho —dijo Arturo—, y más, por la fe de mi cuerpo, de manera que nadie tendrá ese oficio sino él, mientras él y yo vivamos.

A continuación fueron al arzobispo, y le contaron cómo había sido conseguida la espada, y por quién. Y acudieron allí todos los barones el Día de Epifanía, y probaron a tomar la espada, los que querían probar. Pero delante de todos, no la pudo sacar nadie sino Arturo; por donde muchos señores se enojaron y dijeron que era gran afrenta para todos ellos y para el reino ser gobernados por un mancebo que no era de alta sangre, y disputaron en esa sazón, de manera que lo aplazaron hasta la Candelaria, y que entonces se juntaran todos los barones allí otra vez; pero fue ordenado que los diez

caballeros velasen siempre la espada día y noche, así que pusieron un pabellón sobre la piedra y la espada, velando siempre cinco.

Así pues, llegaron en la Candelaria muchos más grandes señores con deseo de ganar la espada, pero ninguno pudo prevalecer. Y como había hecho Arturo en Navidad, así hizo en la Candelaria, y sacó la espada fácilmente, de lo que los barones fueron muy agraviados, y aplazaron la prueba hasta la gran fiesta de Pascua de Resurrección. Y como Arturo la había conseguido antes, así la consiguió en Pascua, aunque a algunos de los grandes señores les indignaba que Arturo fuese rey, y lo aplazaron hasta la fiesta de Pentecostés. Entonces el arzobispo de Canterbury, por providencia de Merlín, mandó proveer de los mejores caballeros que se pudiesen tener, a los que Uther Pendragon había amado más, y en quienes más había confiado en sus días. Y fueron puestos alrededor de Arturo caballeros como sir Baudwin de Bretaña, sir Kay, sir Ulfius, sir Brastias. Todos éstos, con otros muchos, estuvieron siempre junto a Arturo, día y noche hasta la fiesta de Pentecostés.

CAPÍTULO 7

Cómo fue coronado el rey Arturo, y cómo nombró oficiales

Y en la fiesta de Pentecostés probaron a sacar la espada todas maneras de hombres, pero ninguno pudo prevalecer sino Arturo, que la sacó delante de todos los señores y comunes que allí estaban, por donde la gente gritó a la vez: «Queremos tener a Arturo por rey; no queremos aplazarlo más, pues vemos que es voluntad de Dios que sea él nuestro rey, y mataremos al que se oponga.» Y seguidamente se arrodillaron todos a un tiempo, ricos y pobres, y suplicaron a Arturo merced, por haberle postergado tanto tiempo. Los perdonó Arturo, tomó la espada con ambas manos, y la ofrendó sobre el altar donde estaba el arzobispo, y fue hecho caballero por el mejor hombre que allí estaba.

Seguidamente se llevó a cabo la coronación. Y allí juró a sus señores y comunes ser rey verdadero, y mantener la justicia en adelante los días de su vida. También hizo venir entonces a todos los señores que gobernaban las tierras de la corona a rendir servicio como debían. Y fueron muchas las quejas hechas a sir Arturo de grandes injusticias cometidas desde la muerte del rey Uther, sobre las muchas tierras arrebatadas a señores, caballeros, señoras y gentilhombres. Por donde el rey Arturo mandó que fuesen devueltas las tierras a quienes pertenecían. Hecho esto, de manera que el rey hubo puesto orden en todos los países alrededor de Londres, nombró a sir Kay senescal de Inglaterra; y a sir Baudwin de Bretaña lo hizo condestable; y a sir Ulfius lo hizo chambelán; y a sir Brastias gobernador, para que guardase el norte desde

el Trent adelante, pues de allí venía en aquel tiempo la mayor parte de los enemigos del rey. Pero pocos años después, Arturo venció a todo el norte, a Escocia, y a cuantos estaban bajo la obediencia de ésta. Y también Gales, parte de ella, se levantó contra Arturo; pero a todos los venció, como hizo con los restantes, por noble proeza suya y de sus caballeros de la Tabla Redonda.

CAPÍTULO 8

Cómo el rey Arturo celebró en Gales, en un Pentecostés, una gran fiesta, y qué reyes y señores vinieron a su fiesta

Entonces el rey se trasladó a Gales, e hizo pregonar una gran fiesta, que debía celebrarse en Pentecostés, después de su coronación en la ciudad de Caerleon. A la fiesta vino el rey Lot de Lothian y de Orkney, con quinientos caballeros. Vino también a la fiesta el rey Uriens de Gore con cuatrocientos caballeros. También el rey Nentres de Garlot, con setecientos caballeros. También vino el rey de Escocia con seiscientos caballeros, el cual era muy joven. También vino a la fiesta el rey llamado Rey de los Cien Caballeros, pero él y sus hombres iban muy bien aparejados en todos los puntos. También vino el rey de Carados con quinientos caballeros.

Y el rey Arturo se alegró de esta asistencia, pues creía que todos los reyes y caballeros habían venido por gran amor, y para honrarle en su fiesta; por donde el rey hizo gran alegría, y envió a los reyes y caballeros muchos presentes. Pero los reyes no quisieron recibir ninguno, sino rechazaron afrentosamente a los mensajeros, y dijeron que ningún contento tenían en recibir dones de un mancebo imberbe que venía de sangre baja, y mandaron decirle que no querían ninguno de sus dones, sino habían venido a darle dones ellos a él, con recia espada, entre el cuello y los hombros; y dijeron claramente a los mensajeros a lo que habían venido, pues era gran afrenta para todos ellos ver a tal mancebo gobernar un reino tan noble como era esta tierra. Partieron los mensajeros con esta respuesta, y se la dijeron al rey Arturo. Por donde, por consejo de sus barones, se trasladó a una torre con quinientos hombres buenos con él; y todos los reyes antedichos le pusieron cerco, pero el rey Arturo estaba bien avituallado.

Y al cabo de quince días entró Merlín en la ciudad de Caerleon, entre ellos. Entonces todos los reyes se alegraron mucho de Merlín, y le preguntaron: «¿Por qué causa ha sido nombrado ese mancebo, Arturo, rey vuestro?»

—Señores —dijo Merlín—, yo os diré la causa: porque es hijo del rey Uther Pendragon, nacido dentro del matrimonio, engendrado en Igraine, mujer

del duque de Tintagel.

—Entonces es un bastardo —dijeron todos.

—No —dijo Merlín—; Arturo fue engendrado después de la muerte del duque, más de tres horas; y trece días más tarde, el rey Uther se casó con Igraine; y por ende declaro que no es bastardo. Y contra quien diga que no, será rey y vencerá a todos sus enemigos; y hasta su muerte, reinará largamente en toda Inglaterra y tendrá bajo su obediencia a Gales, Irlanda y Escocia, y más reinos de los que ahora no quiero nombrar.

Algunos de los reyes se maravillaron de las palabras de Merlín, y creyeron que sería como él había dicho; otros se burlaron con desprecio de él, como el rey Lot; y otros le llamaron brujo. Pero entonces acordaron con Merlín, que el rey Arturo debía salir a hablar con los reyes, dando seguridad de que saldría y se volvería sin daño. Así pues, fue Merlín al rey Arturo, le dijo lo acordado, y le pidió que no temiese, «sino salid osadamente y hablad con ellos, y no los excuséis, sino respondedles como su rey y capitán, pues a todos venceréis, lo quieran o no».

CAPÍTULO 9

De la primera guerra que el rey Arturo tuvo, y cómo ganó el campo

Entonces salió el rey Arturo de su torre, llevando bajo su vestido una cota de doble malla; con él iban el arzobispo de Canterbury, sir Baudwin de Bretaña y sir Kay, y sir Brastias; éstos eran los hombres de más honor que estaban con él. Y cuando se encontraron no hubo mansedumbre, sino fuertes palabras por ambas partes; pero no dejó el rey Arturo de responderles, y dijo que les haría inclinarse si vivía él. Así que se partieron airados; y el rey Arturo les aconsejó que se guardasen bien, y lo mismo aconsejaron ellos al rey. Así pues, volvió el rey a la torre, y se armó él y todos sus caballeros.

—¿Qué haréis? —dijo Merlín a los reyes—. Mejor será que renunciéis, pues no venceréis así fueseis diez veces más.

—¿Seríamos bien avisados de temer a un interpretador de sueños? —dijo el rey Lot.

En esto desapareció Merlín, fue al rey Arturo, y le aconsejó que fuese sobre ellos fieramente. Y entre tanto, hubo de los reyes trescientos buenos hombres, de los mejores, que se pasaron derechamente al rey Arturo, lo cual animó mucho a éste.

—Señor —dijo Merlín a Arturo—, no luchéis con la espada que habéis

tenido por milagro, hasta que veáis que vais a lo peor; sacadla entonces. Y haced lo que podáis.

Así que Arturo les atacó al punto en sus aposentamientos. Y sir Baudwin, sir Kay y sir Brastias mataban a diestra y a siniestra que era maravilla; y el rey Arturo, a caballo, no paraba de herir con una espada, y hacer maravillosos hechos de armas, de manera que muchos de los reyes tenían gran contento de sus hechos y osadía. Entonces irrumpió el rey Lot por detrás, así como el Rey de los Cien Caballeros y el rey Carados, y atacaron fieramente a Arturo por detrás. En esto se volvió sir Arturo con sus caballeros, hiriendo adelante y atrás, y manteniéndose siempre sir Arturo en la delantera de la lucha, hasta que su caballo fue muerto debajo de él. Seguidamente el rey Lot derribó de un golpe al rey Arturo. En esto lo rescataron sus cuatro caballeros y lo pusieron a caballo. Entonces sacó su espada Excalibur; pero era tan resplandeciente a los ojos de sus enemigos que despedía la lumbre de treinta antorchas. Así los hizo retroceder, y mató a muchos. Entonces los comunes de Caerleon se alzaron con palos y estacas y mataron a muchos caballeros; pero todos los reyes se tuvieron juntos con los caballeros que les quedaban vivos, y huyeron y partieron. Y fue Merlín a Arturo, y le aconsejó que no los persiguiese más.

CAPÍTULO 10

Cómo aconsejó Merlín al rey Arturo que enviase por el rey Ban y el rey Bors

Después de la fiesta y jornada, el rey Arturo fue a Londres, y por consejo de Merlín, mandó llamar a consejo a sus barones, pues Merlín había dicho al rey que los seis reyes que le hacían guerra se apresurarían a tomar represalia sobre él y sobre sus tierras. Por lo que el rey pidió consejo a todos. Y ellos no pudieron darle ninguno, sino dijeron que eran sobradamente fuertes.

—Decís bien —dijo Arturo—; os agradezco vuestro valor, pero ¿queréis todos los que me amáis hablar con Merlín? Sabéis bien que ha hecho mucho por mí, y que conoce muchas cosas; cuando esté delante de vosotros, quiero que le pidáis vivamente su mejor consejo.

Todos los barones dijeron que se lo pedirían y rogarían. Así que fue mandado llamar Merlín, y todos los barones le suplicaron sinceramente que les diese su mejor consejo.

—Os lo daré —dijo Merlín—: os advierto a todos que vuestros enemigos son muy fuertes para vosotros, y los mejores hombres de armas de cuantos viven, y que ahora tienen ya con ellos cuatro reyes más y un poderoso duque;

y a menos que nuestro rey tenga más caballería con él de la que puede reunir en los límites de su propio reino, y luche con ellos en batalla, será vencido y muerto.

—¿Qué será lo mejor en este caso? —dijeron todos los barones.

—Os diré mi consejo —dijo Merlín—: hay dos hermanos allende la mar, reyes ambos, y hombres maravillosamente buenos de sus manos; y el uno se llama rey Ban de Benwick y el otro rey Bors de Gaula, que es Francia. Y sobre estos dos reyes hace guerra un señor poderoso en hombres, el rey Claudas, y lucha con ellos por un castillo, y hay gran guerra entre ellos; pero este Claudas es tan poderoso en bienes, con los que consigue buenos caballeros, que pone las más veces a estos dos reyes en lo peor; por donde éste es mi consejo: que nuestro rey y soberano envíe a los reyes Ban y Bors, por dos fieles caballeros, cartas bien devisadas, haciéndoles saber que si viene a visitar al rey Arturo y su corte, y a ayudarle en sus guerras, él jurará ayudarles en las suyas contra el rey Claudas. Y bien, ¿qué decís a este consejo? —dijo Merlín.

—Bien aconsejado está —dijeron el rey y todos los barones.

Y a toda prisa fue ordenado que fuesen dos caballeros con el mensaje a los dos reyes. Y se hicieron gratas cartas, conforme a los deseos del rey Arturo. Ulfius y Brastias fueron designados mensajeros, y cabalgaron, bien encabalgados y armados, como era la guisa en aquel tiempo; pasaron la mar, y se encaminaron hacia la ciudad de Benwick. Y había allí cerca ocho caballeros que los vieron, y les salieron al encuentro en un paso estrecho, con propósito de hacerlos prisioneros; y ellos les rogaron que los dejaran pasar, ya que eran mensajeros enviados del rey Arturo a los reyes Ban y Bors.

—Por ende —dijeron los ocho caballeros— moriréis o seréis prisioneros, pues somos caballeros del rey Claudas —y seguidamente dos de ellos enderezaron sus lanzas, enderezaron las suyas Ulfius y Brastias; y corrieron contra sí con gran fuerza, quebraron sus lanzas los caballeros de Claudas, y Ulfius y Brastias los derribaron de sus sillas a tierra, los dejaron allí tendidos, y siguieron su camino. Y fueron los otros seis caballeros a un paso para salirles al encuentro otra vez, y Ulfius y Brastias derribaron a otros dos, y siguieron adelante. Y en el cuarto paso se encontraron dos contra dos, y dejaron a ambos tendidos en tierra; y no hubo ninguno de los ocho caballeros que no quedara gravemente herido o magullado.

Y al llegar a Benwick, acaeció que estaban allí los dos reyes, Ban y Bors. Y cuando les fue dicho que habían llegado mensajeros, les enviaron dos dignos caballeros, el uno llamado Lionses, señor del país de Payarne, y el otro sir Phariance, un noble caballero. Al punto les preguntaron éstos de dónde venían, y ellos dijeron que del rey Arturo, rey de Inglaterra; así que se abrazaron e hicieron gran alegría unos a otros. Pero cuando los dos reyes

supieron que eran mensajeros de Arturo, no hicieron ninguna tardanza, sino hablaron enseguida con los caballeros, les dieron la bienvenida de la más digna manera, y les dijeron que eran muy bien recibidos, más que de ningún otro rey vivo. Y seguidamente besaron ellos las cartas y las entregaron; y cuando Ban y Bors entendieron las cartas, aún fueron mejor acogidos que antes.

Y por la prisa de las cartas, les dieron esta respuesta: que cumplirían los deseos expresados por el rey Arturo; y rogaron a Ulfius y a Brastias que se quedasen allí el tiempo que quisieran, pues tendrían toda la buena acogida que podía hacerse en aquellas marcas. Entonces Ulfius y Brastias contaron a los reyes la aventura de los pasos con los ocho caballeros.

—¡Ja, ja! —dijeron Ban y Bors—; eran mis buenos amigos. Si hubiese sabido yo de ellos, no habrían escapado así.

Así pues, Ulfius y Brastias tuvieron buena acogida y grandes dones, cuantos podían llevar, y recibieron respuesta, de palabra y por escrito, que estos dos reyes irían a Arturo con toda la prisa que pudiesen.

Y fueron delante los dos caballeros, y pasaron la mar, llegaron a su señor, y le contaron cómo les había ido, de lo que el rey Arturo fue muy contento.

—¿Cuándo creéis que los dos reyes estarán aquí?

—Señor —dijeron—, antes de Todos los Santos.

Entonces el rey mandó proveer para una gran fiesta, y pregonar grandes justas. Y por Todos los Santos los dos reyes cruzaron la mar con trescientos caballeros bien ataviados para la paz y para la guerra. Y el rey Arturo salió a su encuentro a diez millas de Londres, y hubo todo el contento que se podía pensar o hacer.

Y en Todos los Santos, en la gran fiesta, se sentaron en la sala los tres reyes, y sirvieron en la sala sir Kay el Senescal, sir Lucan el Mayordomo, que era hijo del duque Corneus, y sir Griflet, que era el hijo de Cardol; estos tres caballeros tuvieron el gobierno de todo el servicio de los reyes. Y después, así que se hubieron lavado y levantado, se aprestaron todos los caballeros que querían justar. A la sazón había ya apercebidos a caballo setecientos caballeros. Y Arturo, Ban y Bors, con el arzobispo de Canterbury, y sir Héctor, padre de Kay, estaban en un lugar cubierto con paño de oro, como una sala, en compañía de dueñas y doncellas, para ver quién lo hacía mejor, y dar juicio de ello.

CAPÍTULO 11

De un gran torneo hecho por el rey Arturo y los dos reyes Ban y Bors. Y las huestes de los reyes Ban y Bors

Y el rey Arturo y los dos reyes hicieron partirse los setecientos caballeros en dos bandos. Y trescientos caballeros del reino de Benwick y de Gaula se pusieron en el otro lado. Enderezaron entonces sus escudos, y comenzaron a bajar sus lanzas muchos buenos caballeros. Fue Griflet el primero que se encontró con un caballero, un tal Ladinás; y se encontraron con tanta gana que todos los hombres tuvieron asombro; y lucharon de tal manera que sus escudos saltaron en pedazos, y cayeron a tierra hombre y caballo; y yacieron tanto tiempo el caballero francés y el caballero inglés que todos creyeron que habían muerto.

Cuando Lucan el Mayordomo vio yacer de esa manera a Griflet, enseguida lo subió otra vez a caballo, y ambos hicieron maravillosos hechos de armas con muchos caballeros noveles. También sir Kay salió de una emboscadura con cinco caballeros con él, y los seis derribaron a otros tantos. Pero sir Kay hizo ese día maravillosos hechos de armas, de manera que no hubo ninguno que lo hiciese tan bien como él ese día. Entonces vinieron Ladinás y Gracian, dos caballeros de Francia, y lo hicieron muy bien, de manera que todos los alabaron. Entonces vino sir Placidás, un buen caballero, se encontró con sir Kay y lo derribó, hombre y caballo, por donde se enojó sir Griflet, y se encontró con sir Placidás con tal saña que hombre y caballo cayeron a tierra. Pero cuando los cinco caballeros supieron que sir Kay había tenido una caída, se pusieron fuera de sí, y al punto cada uno de los cinco derribó un caballero.

Cuando el rey Arturo y los dos reyes vieron que empezaba a crecer el enojo en ambos bandos, saltaron sobre dos pequeñas hacaneas y mandaron pregonar que todos los hombres debían volverse a sus posadas. Así que volvieron, se desarmaron, y fueron a vísperas y a cenar. Después se retiraron los tres reyes a un jardín, y dieron el precio a sir Kay, a Lucan el Mayordomo y a sir Griflet. Seguidamente fueron a consejo, y con ellos Gwenbaus, hermano de sir Ban y Bors, un clérigo sabio, y también Ulfius y Brastias y Merlín. Y después de celebrado el consejo se fueron a dormir.

Y por la mañana oyeron misa, fueron a comer, y a su consejo, y tuvieron muchas disputas sobre qué era lo mejor hacer. A la postre concluyeron que Merlín debía ir con una contraseña del rey Ban, la cual sería un anillo, a sus hombres y los del rey Bors; y Gracian y Placidás se volviesen para guardar sus castillos y sus países, como el rey Ban de Benwick y el rey Bors de Gaula les habían ordeñado, así que pasaron la mar, y llegaron a Benwick. Y cuando las gentes vieron el anillo del rey Ban, y a Gracian y Placidás, se alegraron, y preguntaron cómo se hallaban los reyes, e hicieron gran alegría al saber que estaban bien. Y según el deseo de sus señores soberanos se aprestaron los

hombres de guerra con toda la prisa posible, de manera que se reunieron quince mil a caballo y a pie, con gran cantidad de vituallas con ellos, por provisión de Merlín. Pero Gracian y Placidas se quedaron para abastecer y guarnecer los castillos, por temor al rey Claudas.

Pasó Merlín, pues, la mar bien abastecido por agua y por tierra. Pero al llegar a la mar envió a los de a pie de regreso otra vez, y no llevó consigo sino a diez mil de a caballo, hombres de armas la mayor parte; y embarcó y pasó a Inglaterra, y desembarcó en Dover. Y por ardid de Merlín, condujo la hueste hacia el norte, por el camino más apartado que se podía pensar, hasta la Floresta de Bedegraine, y allí, en un valle, los aposentó secretamente. Entonces fue Merlín a Arturo y a los dos reyes, y les contó cómo había hecho, por donde fueron muy maravillados que un hombre terrenal pudiese ir y volver tan presto. También les dijo Merlín que tenía diez mil hombres en la Floresta de Bedegraine, bien armados en todos los puntos. Entonces no hubo más que decir, sino montó la hueste a caballo, como Arturo había dispuesto antes. Y marchó con treinta mil día y noche. Pero Merlín había dado ordenanza que ningún hombre de guerra anduviese a pie ni a caballo por ningún campo a este lado del Trent, a menos que tuviese contraseña del rey Arturo, por lo que los enemigos del rey no osaron andar como hacían antes para espiar.

CAPÍTULO 12

Cómo once reyes juntaron una gran hueste contra el rey Arturo

Y en breve espacio llegaron los tres reyes al castillo de Bedegraine, donde hallaron muy gentil compañía, y bien aparejada, de lo que tuvieron gran alegría; y no les faltó vitualla ninguna.

Ésta era la causa de la hueste del norte: había sido levantada por el despecho y reproche que los seis reyes habían recibido en Caerleon. Y estos seis reyes, por sus medios, consiguieron tener con ellos a otros cinco reyes; y comenzaron a juntar a su gente, y ahora juraron que ni por ventura ni por desventura se dejarían unos a otros, hasta que hubiesen destruido a Arturo. A continuación hicieron otro juramento. El primero en empezar fue el duque de Cambenet, quien juró que traería con él cinco mil hombres de armas, los cuales estaban prestos a caballo. Después juró el rey Brandegoris de Strangore que traería cinco mil hombres de armas a caballo. Después juró el rey Clarivaus de Northumberland que traería tres mil hombres de armas. Después juró el Rey de los Cien Caballeros, que era muy buen hombre de armas, y joven, que traería cuatro mil hombres de armas a caballo. Después juró el rey Lot, muy buen caballero, y padre de sir Gawain, que traería cinco mil hombres

de armas a caballo. También juró el rey Uriens, que era padre de sir Uwain, de la tierra de Gore, que traería seis mil hombres de armas a caballo. También juró el rey Idres de Cornualles, que traería cinco mil hombres de armas a caballo. También juró el rey Cradelment traer cinco mil hombres a caballo. También juró el rey Agwisance de Irlanda traer cinco mil hombres de armas a caballo. También juró el rey Nentres traer cinco mil hombres de armas a caballo. También juró el rey Carados traer cinco mil hombres de armas a caballo. De manera que su hueste entera era de puros hombres de armas: cincuenta mil a caballo; y a pie, diez mil buenos hombres. Pronto estuvieron prestos, montaron a caballo, y enviaron a su avanzada; pues estos once reyes, en su marcha, pusieron cerco al castillo de Bedegraine; y luego partieron, y se encaminaron hacia Arturo, dejando unos pocos que continuasen en el cerco, pues el castillo de Bedegraine pertenecía al rey Arturo, y los hombres que estaban en él eran de Arturo.

CAPÍTULO 13

De un sueño del Rey de los Cien Caballeros

Y por consejo de Merlín fueron enviados avanzados que ojeasen el campo, y éstos se encontraron con la avanzada del norte, y los obligaron a decir por qué camino venía la hueste; se lo dijeron después al rey Arturo, y por consejo de los reyes Ban y Bors, hizo quemar y destruir todos los campos por donde tenían que pasar.

El Rey de los Cien Caballeros tuvo un extraño sueño dos noches antes de la batalla: que soplaba un gran viento y derribaba sus castillos y sus ciudades, y después de eso venía un agua y se lo llevaba todo. Todos los que supieron del sueño dijeron que era presagio de una gran batalla. Entonces, por consejo de Merlín, al saber qué camino harían los once reyes, y dónde se aposentarían esa noche, los atacaron a media noche, cuando estaban en sus pabellones. Pero los veladores de la hueste gritaron: «¡Señores! ¡A las armas! ¡Pues aquí vienen vuestros enemigos!»

CAPÍTULO 14

Cómo los once reyes con su hueste lucharon contra Arturo y su hueste, y muchas grandes hazañas de guerra

Entonces el rey Arturo, el rey Ban y el rey Bors, con sus buenos y leales

caballeros, los atacaron tan ferozmente que derribaron los pabellones sobre sus cabezas; pero los once reyes, por esforzada proeza de armas, tomaron mucho campo; pero esa madrugada murieron allí diez mil hombres buenos. Y tenían ante ellos un fuerte paso, aunque eran cincuenta mil hombres bravos. Entonces empezó a clarear el día.

—Ahora haréis por mi consejo —dijo Merlín a los tres reyes—: quiero que el rey Ban y el rey Bors, con su compañía de diez mil hombres se pongan en un bosque aquí cerca, emboscados en secreto, y se hallen apostados antes que venga el día, y no se muevan hasta que vos y vuestros caballeros hayáis luchado mucho tiempo. Y cuando sea de día, llevaréis vuestra batalla delante de ellos, en el paso, de manera que puedan ver toda vuestra hueste, pues se volverán más osados cuando vean que sólo sois unos veinte mil, y consentirán de más buen grado que os acerquéis al paso vos y vuestra hueste.

Los tres reyes y todos los barones dijeron que Merlín había dicho muy bien, y al punto hicieron como él había devisado.

Así, pues, por la mañana, cuando cada hueste vio a la otra, la del norte se sintió bien sosegada. Entonces fueron entregados a Ulfius y a Brastias tres mil hombres de armas, y atacaron ferozmente en el paso, matando a diestra y a siniestra, que era maravilla contar. Cuando los once reyes vieron que tan poca compañía hacía tales hechos de armas, se sintieron avergonzados y atacaron a su vez fieramente. Y allí fue muerto el caballo de sir Ulfius debajo de él; pero hizo maravillosamente bien a pie. Pero el duque Eustace de Cambenet y el rey Clarivaus de Northumberland no paraban de acometer a Ulfius gravemente. Cuando Brastias vio tratado así a su compañero, hirió al duque con una lanza, de manera que cayeron hombre y caballo. Al ver aquello el rey Clarivaus se volvió hacia Brastias, y de tal manera se hirieron uno al otro que cayeron hombre y caballo a tierra, donde quedaron buen rato aturdidos, con las rodillas de sus caballos quebradas hasta el hueso.

Entonces llegó sir Kay el Senescal, con seis compañeros con él, y lo hicieron muy bien. En esto llegaron los once reyes, y el rey Brandegoris, el rey Idres y el rey Agwisance tiraron a tierra a Griflet, hombre y caballo, y a Lucan el Mayordomo, hombre y caballo. Entonces se volvió la lucha muy sañuda por ambas partes.

Cuando sir Kay vio a Griflet a pie, fue sobre el rey Nentres, lo derribó, llevó su caballo a sir Griflet, y lo montó otra vez. También sir Kay, con la misma lanza, derribó al rey Lot, y lo hirió muy gravemente. Vio eso el Rey de los Cien Caballeros, y corrió sobre sir Kay, lo derribó, tomó su caballo y se lo dio al rey Lot, por lo que dijo éste: «Muchas gracias» Cuando sir Griflet vio a sir Kay y a Lucan el Mayordomo a pie, tomó una lanza afilada, gruesa y cuadrada, fue a Pinel, buen hombre de armas, derribó al hombre y al caballo,

tomó luego su caballo y se lo dio a sir Kay.

Cuando el rey Lot vio al rey Nentres a pie, fue sobre Melot de la Roche, lo derribó, hombre y caballo, dio al rey Nentres el caballo y lo montó otra vez. También vio el Rey de los Cien Caballeros al rey Idres a pie, fue sobre Gwinas de Bloi, lo derribó, hombre y caballo, dio el caballo al rey Idres y lo montó otra vez; y el rey Lot derribó a Clariance de la Forest Savage, y dio el caballo al duque Eustace. Y cuando estuvieron los reyes a caballo otra vez se reunieron los once, y dijeron que se vengarían del estrago recibido ese día.

Entretanto llegó el rey Arturo con ansioso continente, y halló a Ulfius y a Brastias a pie, en gran peligro de morir bajo los pies de los caballos. Entonces el rey Arturo como un león fue sobre el rey Cradelment del norte de Gales, y le atravesó el costado izquierdo, de manera que cayeron el caballo y el rey; y entonces tomó el caballo por la rienda, lo llevó a Ulfius, y dijo: «Toma este caballo, mi viejo amigo, pues gran menester tienes de él.»

—Muchas gracias —dijo Ulfius.

Entonces sir Arturo hizo tan maravillosamente en armas, que todos los hombres tuvieron asombro. Cuando el Rey de los Cien Caballeros vio al rey Cradelment a pie, fue sobre sir Héctor, padre de sir Kay, que tenía buen caballo, derribó al hombre y al caballo, dio el caballo al rey, y lo montó otra vez; y cuando el rey Arturo vio al rey cabalgar sobre el caballo de sir Héctor, se enojó y con la espada le descargó un golpe en el yelmo, de manera que le tajó un trozo de yelmo y de escudo, y entró la espada en el cuello del caballo, cayendo al suelo el rey y el caballo. Entonces sir Kay fue sobre sir Morganor, senescal del Rey de los Cien Caballeros, lo derribó, hombre y caballo, y llevó el caballo a su padre, sir Héctor; entonces sir Héctor fue sobre un caballero llamado Lardans, derribó al hombre y al caballo, y llevó el caballo a sir Brastias, que tenía gran necesidad de uno, y había sido muy pisoteado. Cuando Brastias descubrió a Lucan el Mayordomo que combatía herido a los pies de los caballos, y que no paraba sir Griflet de hacer maravillosamente por rescatarlo, y que eran catorce los caballeros que atacaban a sir Lucan, entonces descargó un golpe sobre el yelmo a uno de ellos que le entró hasta los dientes; y fue a otro, y de otro golpe le hizo volar un brazo al campo; fue después a un tercero y le dio en el hombro, de manera que hombro y brazo volaron en el campo. Cuando Griflet vio que le llegaba ayuda, hirió a un caballero en la sien, de manera que yelmo y cabeza fueron a tierra, tomó el caballo de este caballero, lo llevó a sir Lucan, y le dijo que montase en él y vengase sus heridas. Pues Brastias había matado a un caballero antes y encabalgado a Griflet.

CAPÍTULO 15

De la dureza de la batalla, y el asombro del rey Lot al divisar al rey Bors

Entonces Lucan vio al rey Agwisanse, que casi había matado antes a Moris de la Roche, y corrió sobre él con una lanza corta y gruesa, y le dio tal caída, que cayó el caballo a tierra. También halló Lucan a pie a Bellias de Flandes y a sir Gwinas, dos osados caballeros; y en la furia que le entró mató a dos caballeros noveles, y los encabalgó otra vez. Entonces se hizo la batalla más cruda por ambas partes, aunque Arturo se alegró de que sus caballeros estuviesen a caballo otra vez; y de tal manera luchaban que el ruido y estruendo resonaba por el río y el bosque. Por donde se aprestaron el rey Ban y el rey Bors, enderezaron sus escudos y arneses, y se mostraron tan valerosos que muchos enemigos se espantaban y temblaban de ansiedad.

Todo este tiempo Lucan, Gwinas, Brian y Bellias de Flandes, sostenían fuerte contienda contra seis reyes, los cuales eran el rey Lot, el rey Nentres, el rey Brandegoris, el rey Idres, el rey Uriens y el rey Agwisanse. Y con ayuda de sir Kay y de sir Griflet, tenían a estos seis reyes en tal estrecho, que apenas se podían defender. Pero cuando sir Arturo vio que no acabaría la batalla por ninguna manera, se mostró furioso como un león, dirigiendo su caballo aquí y allá, a diestra y a siniestra, de manera que no paró hasta que hubo matado a veinte caballeros. También hirió gravemente al rey Lot en el hombro haciéndole desamparar el campo, pues sir Kay y sir Griflet hacían con el rey Arturo grandes hechos de armas.

Entonces Ulfius, Brastias y sir Héctor se encontraron contra el duque Eustace, y el rey Cradelment, y el rey Clarivaus de Northumberland, y el rey Carados, y con el Rey de los Cien Caballeros. Se encontraron, pues, estos caballeros con estos reyes, haciéndoles desamparar el campo. Entonces el rey Lot hizo gran duelo por sus destrozos y el de sus compañeros, y dijo a los diez reyes: «A menos que hagáis lo que pienso, seremos muertos y destruidos. Que vengan conmigo el Rey de los Cien Caballeros, el rey Agwisanse, el rey Idres, y el duque de Cambenet, y nosotros cinco tendremos quince mil hombres de armas, y nos apartaremos mientras vosotros seis sostenéis la lucha con doce mil; y cuando veamos que habéis luchado con ellos mucho tiempo, entonces atacaremos ferozmente; pues nunca les venceremos —dijo el rey Lot—, sino por este medio» Así que se partieron como habían devisado, y seis reyes se hicieron fuertes contra Arturo, y sostuvieron batalla largamente.

Entretanto salieron de su emboscada el rey Ban y el rey Bors, con Lionses y Phariance en la vanguardia; y ambos caballeros se encontraron con el rey Idres y su compañía, y allí comenzó una gran confusión de quebrar de lanzas y golpear de espadas, con gran mortandad de hombres y caballos, en la que el

rey Idres casi fue desbaratado. Al ver esto Agwisance, el rey, puso a Lionses y a Phariance a punto de morir; pues el duque de Cambenet acudió con una gran compañía, por lo que estos dos caballeros se vieron en tan gran peligro de sus vidas que tuvieron que volverse, aunque siempre se libraban ellos y su compañía maravillosamente. Cuando el rey Bors vio rechazados a estos caballeros tomó mucho agravio; entonces acudió con tantos que su compañía parecía oscura como el índigo.

Cuando el rey Lot divisó al rey Bors, lo reconoció bien, y dijo: «¡Oh, Jesús, defiéndenos de la muerte y las horribles lesiones! Pues bien veo que estamos en gran peligro de muerte; pues allá veo un rey, que es uno de los hombres más dignos, y los mejores caballeros del mundo se inclinan a su compañía»

—¿Quién es? —dijo el Rey de los Cien Caballeros.

—Es —dijo el rey Lot— el rey Bors de Gaula; me maravilla cómo ha venido a este país sin enterarnos todos nosotros.

—Ha sido por consejo de Merlín —dijo un caballero.

—En cuanto a mí —dijo el rey Carados—, quiero encontrarme con el rey Bors; vosotros me rescataréis si es menester.

—Id —dijeron todos—; haremos todo lo que podamos.

Entonces cabalgaron el rey Carados y su hueste a paso sosegado, hasta que estuvieron a un tiro de arco del rey Bors; entonces ambas batallas dejaron correr a sus caballos lo más aprisa que podían. Y Bleoberis, que era ahijado del rey Bors, llevaba el estandarte principal, y era muy buen caballero.

—Ahora veremos —dijo el rey Bors— si estos bretones del norte saben llevar las armas.

Y se encontró el rey Bors con un caballero, y lo atravesó con una lanza, de manera que cayó muerto a tierra; sacó después la espada, e hizo maravillosos hechos de armas, de los que se asombraron ambos bandos.

Y no fallecieron sus caballeros, sino hicieron su parte, y el rey Carados fue derribado a tierra. En esto vino el Rey de los Cien Caballeros y rescató al rey Carados por fuerza de armas, pues era este rey muy buen caballero, y muy joven.

CAPÍTULO 16

De cómo entra el rey Ban en la batalla. Ambos bandos se dan una tregua para descansar

Por entonces entró en el campo el rey Ban, fiero como un león, con bandas verdes y oro encima.

—¡Ah, ah! —dijo el rey Lot—, ahora vamos a ser vencidos, pues allá veo al más valiente caballero del mundo, y hombre de más renombre, pues no hay dos hermanos como el rey Ban y el rey Bors, por donde de necesidad debemos abandonar o morir; pues a menos que abandonemos esforzada y prudentemente, no tendremos sino la muerte.

Cuando el rey Ban entró en la batalla, lo hizo con tal fiereza que sus golpes resonaban en el bosque y el agua; por donde el rey Lot lloró de piedad y duelo, viendo el fin de tantos buenos caballeros. Pero por la gran fuerza del rey Ban hicieron que las dos batallas del norte que se habían partido se juntasen por miedo, mientras los tres reyes y sus caballeros seguían matando, de manera que daba piedad ver aquella multitud de gente que huía.

Pero el rey Lot, y el Rey de los Cien Caballeros, y el rey Morganor juntaron caballerescamente a la gente, e hicieron grandes proezas de armas, y sostuvieron la batalla todo ese día, como bravos. Cuando el Rey de los Cien Caballeros observó el gran estrago que el rey Ban había hecho, arremetió para él con su caballo, y le descargó desde arriba sobre el yelmo un gran golpe que lo dejó aturdido. Entonces el rey Ban se enojó con él, y lo siguió fieramente; se dio cuenta el otro, levantó el escudo y espoleó al caballo, pero cayó el tajo del rey Ban, cortó una raja del escudo, resbaló la espada en su cota por la espalda, y cortó la cubierta de acero y al mismo caballo en dos piezas, de manera que la espada dio en tierra. Entonces el Rey de los Cien Caballeros evitó el caballo con presteza, y con su espada ensartó una y otra vez el caballo del rey Ban. En eso saltó prestamente el rey Ban del caballo muerto, y acometió al otro con tanta gana, golpeándole encima del yelmo, que lo derribó a tierra. También en esa ira derribó al rey Morganor, y hubo gran mortandad de buenos caballeros y mucha gente.

Por entonces entró el rey Arturo en la pelea, y halló al rey Ban a pie entre hombres y caballos muertos, luchando como un león sañudo, de manera que ninguno se podía acercar donde él alcanzaba con la espada sin que se llevase un grave revés, de lo que tuvo el rey Arturo mucha piedad. Y estaba Arturo tan ensangrentado que nadie le podía reconocer por su escudo, ya que todo estaba cubierto de sangre y de sesos, el escudo y la espada. Y al mirar Arturo en derredor suyo vio un caballero sobre muy buen caballo, y al punto corrió sir Arturo a él, y le dio tal golpe encima del yelmo que la espada le entró hasta los dientes, y el caballero cayó muerto a tierra; tomó Arturo luego el caballo por la rienda, y se lo llevó al rey Ban; y dijo: «Gentil hermano, tomad este caballo, pues gran menester tenéis de él; y mucho pesar tengo de vuestro gran daño.»

—Pronto quedará vengado —dijo el rey Ban—; pues confío en Dios que mi fortuna no sea tal, sino que pueda pesar esto a algunos de ellos.

—Mucho me place —dijo Arturo—, pues veo vuestras hazañas muy esforzadas; sin embargo, podía no haber venido yo a vos en esta sazón.

Pero cuando el rey Ban hubo montado a caballo, entonces comenzó nueva batalla, la cual fue dura y cruel, de muy gran mortandad. Y por gran fuerza, el rey Arturo, el rey Ban y el rey Bors hicieron a sus caballeros retraerse un poco. Pero no cedían los once reyes y su caballería; así que se retrajeron a un pequeño bosque, pasaron un riachuelo, y allí descansaron, ya que de noche no podían descansar en el campo. Entonces los once reyes y sus caballeros se juntaron todos en un montecillo, como hombres amedrentados y sin sosiego. Pero no había hombre que pudiese pasar entre ellos, tan apretados se tenían por delante y detrás, de manera que el rey Arturo se maravilló de sus hechos de armas y enojó mucho.

—¡Ah, sir Arturo! —dijeron el rey Ban y el rey Bors—, no les culpéis, pues hacen lo que los hombres buenos deben hacer.

—Por mi fe —dijo el rey Ban—, son los mejores guerreros, y caballeros de más proeza, que he visto o conocido, y esos once reyes son hombres de gran honor; y si fuesen vuestros no habría rey bajo el cielo que tuviese once caballeros iguales, y de tal merecimiento.

—Puedo no amarlos —dijo Arturo—, ya que quieren destruirme.

—Sabemos eso bien —dijeron el rey Ban y el rey Bors—, pues son vuestros mortales enemigos, cosa que han probado de antemano, y este día han hecho su parte, y es gran lástima su porfía.

Se reunieron entonces los once reyes, y dijo el rey Lot: «Señores, debéis proceder de otra manera, o nos vendrá una gran derrota. Ved cuánta gente hemos perdido, y los buenos hombres que perdemos, porque vamos guardando siempre a estos peones, y por cada peón que salvamos perdemos diez de a caballo; por ende, éste es mi consejo: apartemos a nuestros peones, ahora que es casi noche, pues el noble Arturo no perderá tiempo en acometer a los peones, y pueden ponerse a salvo, ya que el bosque está cerca. Y cuando estemos juntos los jinetes, hagamos tal ordenanza que ninguno desampare so pena de muerte. Y el que vea a alguno aprestarse a huir, sin tardanza lo mate, pues es mejor matar a un cobarde, que no que nos maten a todos por un cobarde. ¿Qué decís? —dijo el rey Lot—. Respondedme todos.»

—Bien dicho está —dijo el rey Nentres; lo mismo dijo el Rey de los Cien Caballeros; y lo mismo dijeron el rey Carados y el rey Uriens; y lo mismo el rey Idres y el rey Brandegoris; y lo mismo el rey Cradelment y el duque de Cambenet; lo mismo dijeron el rey Clarivaus y el rey Agwisance, y juraron no

fallecer a los otros, ni por vida ni por muerte. Y todo aquel que huyese sería muerto. Seguidamente enmendaron los arneses, enderezaron los escudos, tomaron nuevas lanzas, las posaron sobre sus muslos, y se tuvieron quedos como si fuesen un grupo de troncos.

CAPÍTULO 17

Más sobre la dicha batalla, y cómo fue acabada por Merlín

Cuando sir Arturo y los reyes Ban y Bors los vieron, a ellos y a sus caballeros, alabaron mucho su noble gesto de caballería, pues eran los más esforzados guerreros que nunca habían conocido ni visto. En esto llegaron a ellos cuarenta nobles caballeros, y dijeron a los tres reyes que se querían apartar de su ejército; éstos eran sus nombres: Lionses, Phariance, Ulfius, Brastias, Héctor, Kay, Lucan el Mayordomo, Griflet le Fise de Dieu, Moris de la Roche, Gwinas de Bloi, Brian de la Forest Savage, Bellias, Morians del Castillo de las Doncellas, Flannedrius del Castillo de las Damas, Anneceans, que era ahijado del rey Bors, noble caballero, Ladinus de la Rouse, Emerause, Caulas, Gracian le Castelein, un tal Blois de la Case, y sir Colgrevaunce de Gore. Todos estos caballeros cabalgaron delante con las lanzas sobre sus muslos, espolearon con fuerza a sus caballos cuanto podían correr. Y los once reyes con parte de sus caballeros arremetieron, a todo correr de sus caballos, con sus lanzas, y allí se hicieron maravillosos hechos de armas por ambas partes. Entraron también Arturo, Ban y Bors en lo espeso de la lucha, matando a una y otra mano, de manera que sus caballos andaban en la sangre hasta las cernejas. Pero los once reyes y su hueste estaban siempre ante Arturo. Por donde Ban y Bors tenían maravilla, contemplando la gran mortandad que había; pero a la postre fueron rechazados al otro lado de un pequeño río.

En eso vino Merlín sobre un gran caballo negro, y dijo a Arturo: «¿Aún no terminas, no has hecho bastante? De sesenta mil hombres este día no te quedan vivos sino quince mil. Por tanto, es hora de decir basta, pues Dios está enojado contigo de ver que no acabas nunca; y no serán vencidos esta vez los once reyes, sino que si sigues luchando con ellos más tiempo te dejará tu fortuna y la de ellos crecerá. Y por ende retírate a tu aposentamiento y descansa lo más presto que puedas, y recompensa a tus buenos caballeros con oro y con plata, pues bien lo han merecido; ninguna riqueza puede ser demasiada para ellos, pues con tan pocos hombres como tienes, nunca hubo otros que hicieran tanta proeza como han hecho ellos hoy, pues este día han igualado a los mejores guerreros del mundo».

—Eso es verdad —dijeron los reyes Ban y Bors.

—Y también —dijo Merlín—, retírate adonde quieras, pues en estos tres años puedo asegurar que no te harán daño; y entonces oirás más nuevas —y después dijo Merlín a Arturo—: Estos once reyes tienen entre manos más de lo que imaginan, pues los sarracenos han desembarcado en sus países, más de cuarenta mil, los cuales queman y matan, han puesto cerco al castillo de Wandesborow, y hacen gran destrucción; por ende nada temáis en estos tres años. También, señor, mandad que sean recogidos todos los bienes ganados en esta batalla, y cuando los tengáis en vuestras manos, dadlos generosamente a estos dos reyes, Ban y Bors, que puedan recompensar con ellos a sus caballeros; eso hará que los extranjeros estén mejor dispuestos a haceros servicio cuando sea menester. A vuestros propios caballeros los podéis recompensar también con vuestros bienes el momento que queráis.

—Bien dicho está —dijo Arturo—; y como has devisado, así será hecho.

Cuando les fueron entregados los bienes a Ban y Bors, éstos los dieron tan generosamente a sus caballeros como fueron dados a ellos. Seguidamente Merlín tomó licencia de Arturo y de los dos reyes para ir a visitar a su maestro Bleise, que vivía en Northumberland; y partió y fue a su maestro, el cual se alegró mucho de su llegada.

Y allí le contó cómo les había ido a Arturo y los dos reyes en la gran batalla, y cómo había sido acabada, y dijo los nombres de cada rey y caballero de merecimiento que allí estuvo. Y Bleise escribió la batalla, palabra por palabra, como Merlín se la había contado: cómo empezó, y por quién, y cómo había acabado, y quién tuvo lo peor. Todas las batallas que tuvieron lugar en tiempos de Arturo, hizo Merlín que su maestro Bleise las escribiese; también le hizo escribir todas las batallas que cada caballero de honor de la corte de Arturo llevó a cabo.

Después de esto, se partió Merlín de su maestro y fue al rey Arturo que estaba en el castillo de Bedegraine, el cual era uno de los castillos que hay en la Floresta de Sherwood. E iba Merlín tan disfrazado que el rey Arturo no lo reconoció, pues iba todo cubierto con pieles de oveja negra, un par de grandes botas, arco y flechas, y tosco vestido pardo, y traía gansos silvestres en la mano; y era el día después de la Candelaria; pero el rey Arturo no lo reconoció.

—Señor —dijo Merlín al rey—, ¿queréis otorgarme un don?

—¿Por qué —dijo el rey Arturo— he de otorgarte un don, patán?

—Señor —dijo Merlín—, mejor sería otorgarme un don que no está en vuestra mano, que perder grandes riquezas, pues aquí en este mismo lugar donde fue la gran batalla, hay un gran tesoro oculto en la tierra.

—¿Quién te ha dicho eso, patán? —dijo Arturo.

—Merlín me lo ha dicho —dijo él.

Entonces Ulfius y Brastias lo reconocieron bien, y sonrieron. «Señor —dijeron estos dos caballeros—, es Merlín quien así os habla.»

Entonces el rey Arturo fue muy turbado, y maravillado de Merlín, y lo mismo el rey Ban y el rey Bors, y se rieron mucho de él.

Entretanto vino una doncella que era hija de un conde; se llamaba éste Sanam, y ella Lionors, y era muy hermosa doncella; y acudía para rendir homenaje, como otros señores habían hecho después de la gran batalla. Y el rey Arturo puso en ella su amor grandemente, y ella en él, y tuvo que ver con ella, y engendró en ella un hijo que se llamó Borre, que después fue buen caballero, y de la Tabla Redonda.

Entonces vino nueva que el rey Rience del norte de Gales hacía gran guerra al rey Leodegrance de Camelerd, lo que enojó al rey Arturo, pues lo amaba mucho, y odiaba al rey Rience, pues estaba siempre contra él. Y por ordenanza de los tres reyes, fueron enviados de regreso a Benwick todos los que quisieron partir, por temor al rey Claudas: Phariance y Antemes, y Gracian, y Lionses de Payarne, con los principales de los que debían guardar las tierras de los dos reyes.

CAPÍTULO 18

Cómo el rey Arturo, el rey Ban y el rey Bors rescataron al rey Leodegrance, y otros incidentes

Y entonces el rey Arturo, y el rey Ban, y el rey Bors partieron con su compañía, veinte mil, y en seis días llegaron al país de Camelerd, y allí rescataron al rey Leodegrance, y mataron a mucha gente del rey Rience, hasta el número de diez mil hombres, y lo pusieron en fuga.

Entonces tuvieron estos tres reyes gran acogida del rey Leodegrance, que les agradeció su gran bondad, de haberlo vengado de sus enemigos; y allí vio Arturo por primera vez a Ginebra, hija del rey de Camelerd, y desde entonces la amó siempre. Después, se casaron, como se cuenta en el libro. Y para concluir brevemente, Ban y Bors se despidieron para volver a sus propios países, pues el rey Claudas hacía gran destrucción en sus tierras.

—Entonces —dijo Arturo—, iré con vosotros.

—No —dijeron los reyes—, no en esta sazón, pues aún tenéis mucho que hacer en estas tierras; por ende nos partiremos, y con los grandes bienes que hemos ganado en estas tierras por vuestra donación, pagaremos a buenos

caballeros y resistiremos la malicia del rey Claudas, pues por la gracia de Dios, si tenemos necesidad, enviaremos por vuestro socorro; y si tenéis necesidad vos, mandadnos llamar, que no tardaremos, por la fe de nuestros cuerpos.

—No será menester —dijo Merlín— que estos dos reyes vuelvan aquí para guerrear, sino sé bien que el rey Arturo no estará mucho tiempo sin veros; pues en un año o dos tendréis gran necesidad, y entonces él os vengará de vuestros enemigos como vosotros le habéis vengado de los suyos. Pues estos once reyes morirán todos en un día, por la gran fuerza y proeza de armas de dos bravos caballeros —como se cuenta después—, llamados Balin le Savage, y Balan, su hermano, que son tan buenos caballeros como ninguno de cuantos viven.

Volvemos ahora a los once reyes, que regresaron a una ciudad llamada Sorhaute, la cual ciudad estaba en la tierra del rey Uriens; allí se refrescaron como pudieron, hicieron que los físicos examinasen sus heridas, y se dolieron grandemente por la muerte de su gente.

En eso vino un mensajero y contó cómo había entrado en sus tierras gente sin ley, así como sarracena, unos cuarenta mil, «y queman y matan a toda la gente que hallan a su paso, sin merced, y han puesto cerco al castillo de Wandesborow».

—Ay —dijeron los once reyes—, he aquí dolor sobre dolor; y si no hubiésemos guerreado contra Arturo como hemos hecho, pronto nos habría vengado él; en cuanto al rey Leodegrance, ama a Arturo más que a nosotros; y en cuanto al rey Rience, harto trabajo tiene con Leodegrance, ya que le ha puesto cerco. Así que consintieron juntos defender todas las marcas de Cornualles, de Gales y del norte.

Primeramente, pusieron al rey Idres en la ciudad de Nantes, de Bretaña, con cuatro mil hombres de armas, para que vigilase la tierra y el agua. También pusieron en la ciudad de Windesan al rey Nentres de Garlot, con cuatro mil caballeros, para que vigilase por agua y por tierra. También mandaron más de ocho mil hombres de guerra, para reforzar todas las fortalezas de las marcas de Cornualles. Y pusieron también más caballeros en todas las marcas de Gales y de Escocia, con muchos buenos hombres de armas, y así se mantuvieron juntos por espacio de tres años, aliados siempre con poderosos reyes y duques y señores. Y a ellos se unieron el rey Rience del norte de Gales, el cual era fuerte en hombres, y Nerón, también poderoso en hombres. Y todo este tiempo guarnecieron las marcas y las abastecieron de buenos hombres de armas, y vituallas, y todas maneras de pertrechos para la guerra, para vengarse de la batalla de Bedegraine, como se cuenta en el libro de aventuras siguiente.

CAPÍTULO 19

Cómo el rey Arturo cabalgó a Caerleon, y de su sueño, y cómo vio a la Bestia Aulladora

Después de partir los reyes Ban y Bors, el rey Arturo cabalgó a Caerleon. Y allí vino a él la mujer del rey Lot de Orkney, en manera de embajada, aunque era enviada allí para que espíase la corte del rey Arturo; y llegó ricamente ataviada, con sus cuatro hijos: Gawain, Gaheris, Agravain y Gareth, con muchos otros caballeros y damas. Y como era muy hermosa dama, el rey concibió gran amor por ella, y deseó yacer con ella. Y acordados ambos, engendró en ella a Mordred, siendo como era su hermana, por parte de la madre, Igraine. Y permaneció ella un mes, y a la postre partió.

Entonces el rey tuvo un sueño maravilloso del que fue muy espantado (pero en todo este tiempo el rey Arturo no sabía que la mujer del rey Lot era hermana suya). Éste fue el sueño de Arturo:

Imaginó que entraban en esta tierra grifos y serpientes, y que quemaban y mataban a toda la gente de la tierra; después imaginó que luchaba con ellos, y que le hacían muy gran daño, y le herían dolorosamente, pero a la postre los mataba.

Cuando el rey despertó, tuvo mucho pesar de su sueño; y para apartarlo de su pensamiento, se aprestó con muchos caballeros a salir a montar. Así que estuvo el rey en la floresta, vio un gran ciervo ante él.

—Seguiré ese ciervo —dijo el rey Arturo.

Y espoleó al caballo, y cabalgó en pos de él mucho tiempo, y por pura fuerza estuvo cerca muchas veces de acertarle; sin embargo, lo persiguió tanto tiempo que su caballo perdió aliento y cayó muerto; entonces un ayudante le trajo otro caballo. Al ver el rey al ciervo emboscado, y a su caballo muerto, se sentó junto a una fuente, y cayó en gran pensamiento.

Y estando así sentado, le pareció oír ruido de perros, como de unos treinta. Y en eso vio venir hacia él a la más extraña bestia que había visto ni oído nombrar. Y vino la bestia a la fuente a beber, y el ruido que salía de su vientre era como el gañido de treinta pares de perros; pero todo el tiempo que la bestia estuvo bebiendo no salió estruendo ninguno de su vientre; y seguidamente partió la bestia con gran ruido, de lo que tuvo el rey gran maravilla. Y cayó en gran pensamiento, y a poco quedó dormido.

Y vino a continuación un caballero a pie a Arturo, y dijo: «Caballero

absorto y soñoliento, dime si has visto pasar por aquí una extraña bestia.»

—Tal he visto —dijo el rey—, de manera que estará a dos millas; ¿qué queréis con esa bestia? —dijo Arturo.

—Señor, hace mucho que sigo a esa bestia, y me ha matado el caballo; y pluguiera a Dios que tuviese otro para seguir mi demanda.

En eso vino uno con el caballo del rey; y cuando el caballero vio el caballo, rogó al rey que se lo diese: «Pues desde hace un año sigo esta demanda, y la acabo, o dejo en ella la mejor sangre de mi cuerpo.»

Pellinor, rey en aquella sazón, seguía a la Bestia Aulladora, y después de su muerte la siguió sir Palomides.

CAPÍTULO 20

Cómo el rey Pellinor tomó el caballo de Arturo y siguió a la Bestia Aulladora, y cómo Merlín topó con Arturo

—Señor caballero —dijo el rey—, dejad esa demanda y consentid que yo la tenga, y yo la seguiré otro año.

—Ah, loco —dijo el caballero a Arturo—, es en vano tu deseo, pues no será acabada sino por mí, o por uno de mi linaje.

En eso saltó al caballo del rey, montó en la silla, y dijo: «Muchas gracias, este caballo es mío.»

—Bien —dijo el rey—; puedes tomar mi caballo por fuerza, pero quisiera probar si eres mejor a caballo que yo.

—Pues —dijo el caballero—, búscame aquí cuando quieras, que aquí cerca de esta fuente me hallarás —y continuó su camino.

Entonces el rey permaneció sentado pensativo, y mandó a sus hombres que trajesen un caballo lo más aprisa que pudiesen. A poco llegó junto a él Merlín con la semejanza de un mancebo de catorce años, saludó al rey, y le preguntó por qué estaba tan pensativo.

—Bien puedo estarlo —dijo el rey—, pues he visto la más maravillosa visión que jamás vi.

—Lo sé tan bien como tú mismo —dijo Merlín—, y conozco todos tus pensamientos; pero eres un necio de tomar tanto pensamiento, pues eso no te enmendará. También sé quién eres, y quién fue tu padre, y en quién fuiste engendrado: tu padre fue el rey Uther Pendragon, y te engendró en Igraine.

—Eso es falso —dijo el rey Arturo—. ¿Cómo podrías saberlo tú si no tienes edad para haber conocido a mi padre?

—Sí —dijo Merlín—. Lo sé mejor que tú y que ningún hombre vivo.

—No te creo —dijo Arturo, y se enojó con el mancebo.

Partió Merlín y volvió con la semejanza de un viejo de ochenta años, de lo que el rey fue muy contento, ya que parecía muy sabio. Entonces dijo el anciano: «¿Por qué estáis tan triste?»

—Bien puedo estar triste —dijo Arturo—, por muchas cosas. También ha estado aquí un mancebo, y me ha dicho muchas cosas que a mi entender no debía saber, pues no tenía edad para conocer a mi padre.

—Sí —dijo el anciano—, el mancebo os ha dicho verdad, y más os habría dicho si le hubieseis dejado. Pero habéis hecho algo hace poco por lo que Dios está descontento de vos, pues habéis yacido con vuestra hermana, y habéis engendrado en ella un hijo que os destruirá, a vos y a todos los caballeros de vuestro reino.

—¿Quién sois vos —dijo Arturo— que me dais estas nuevas?

—Soy Merlín, y era yo con semejanza de mancebo.

—Ah —dijo el rey Arturo—, eres un hombre maravilloso; pero mucho me maravillan tus palabras, que debo morir en batalla.

—No os maravilléis —dijo Merlín—, pues es voluntad de Dios que vuestro cuerpo sea castigado por vuestras acciones deshonestas. Yo sí puedo bien estar triste —dijo Merlín—, ya que tendré una muerte vergonzosa, y seré puesto pronto en tierra; en cambio vos tendréis una muerte honrosa.

Y mientras así hablaban, llegó uno con el caballo del rey; y montó el rey en su caballo, y Merlín en otro, y partieron hacia Caerleon.

Y luego preguntó el rey a Héctor y a Ulfius cómo había sido engendrado él, y ellos le contaron que su padre fue Uther Pendragon, y su madre la reina Igraine. Entonces dijo a Merlín: «Quiero que sea traída mi madre, que pueda hablar yo con ella; si dice que es así, entonces lo creeré.»

Enviaron a toda prisa por la reina, y vino trayendo con ella a Morgana el Hada, su hija, que era hermosa dama como ninguna podía ser, y el rey acogió a Igraine de la mejor manera.

CAPÍTULO 21

Cómo Ulfius acusó a la reina Igraine, madre de Arturo, de traición; y

cómo vino un caballero y deseó que fuese vengada la muerte de su amo

A poco llegó Ulfius, y dijo abiertamente, de manera que pudiesen oírlo el rey y todos los que estaban en la mesa ese día: «Sois la dama más falsa del mundo, y la más traidora a la persona del rey.»

—Cuidado —dijo Arturo—, pues es grave palabra la que dices.

—Sé bien lo que digo —dijo Ulfius—, y aquí está mi guante para probar sobre quien diga lo contrario, que esta reina Igraine es causante de vuestro gran daño, y de vuestra gran guerra. Pues, si ella hubiese hablado en vida del rey Uther Pendragon, de vuestro origen, y cómo fuisteis engendrado, no habríais tenido las guerras mortales que habéis tenido; pues la mayor parte de los barones de vuestro reino no sabían de quién erais hijo, ni por quién fuisteis engendrado; y ella, que os parió de su cuerpo, debió haberlo hecho conocer públicamente en excusa de su honra y la vuestra, así como la de todo el reino; por donde afirmo que es falsa a Dios y a vos y a todo vuestro reino; y a quien diga lo contrario se lo probaré sobre su cuerpo.

Entonces habló Igraine y dijo: «Soy mujer y no puedo luchar; pero antes que sea deshonrada, habrá algún hombre bueno que tome mi querella. Además —dijo—, Merlín sabe bien, y vos sir Ulfius, cómo el rey Uther vino a mí en el castillo de Tintagel con la semejanza de mi señor, que había muerto tres horas antes, y de esa manera engendró un hijo esa noche en mí. Y el décimo tercer día después el rey Uther se desposó conmigo, y por su mandamiento, cuando el niño nació, fue entregado a Merlín, y criado por él, y no vi nunca más al niño, ni supe cuál era su nombre, pues hasta ahora no lo he visto.»

Y dijo allí Ulfius a la reina: «Merlín es más culpable que vos.»

—Bien sé yo —dijo la reina—, que parí un hijo de mi señor el rey Uther, pero no sé qué ha sido de él.

Entonces Merlín tomó al rey por la mano, diciendo: «Ésta es vuestra madre.» Y seguidamente sir Héctor atestiguó cómo lo había criado él por mandamiento de Uther. Y seguidamente el rey Arturo tomó a su madre, la reina Igraine, en sus brazos, y la besó, y lloraron ambos el uno sobre el otro. Y entonces el rey mandó celebrar una fiesta que duró ocho días.

Más tarde, un día, llegó a la corte un escudero a caballo, trayendo un caballero delante de él, herido de muerte, y contó cómo había un caballero en la floresta que había puesto un pabellón junto a una fuente «y ha matado a mi amo, un buen caballero, cuyo nombre era Miles; por donde os suplico que pueda ser enterrado mi señor, y que algún caballero vengue la muerte de mi amo». Entonces corrió gran rumor en la corte sobre la muerte de este caballero, y cada hombre dijo su opinión.

Vino entonces Griflet, que no era sino escudero, y muy mancebo, de la edad del rey Arturo, y suplicó al rey, por todo el servicio que le había hecho, que le diese la orden de caballería.

CAPÍTULO 22

Cómo Griflet fue hecho caballero, y justó con un caballero

—Eres muy mancebo y tierno de edad —dijo Arturo— para tomar tan alta orden sobre ti.

—Señor —dijo Griflet—, os suplico que me hagáis caballero.

—Señor —dijo Merlín—, sería gran lástima perder a Griflet, pues será muy buen hombre cuando sea de edad, permaneciendo con vos el término de su vida. Y si aventura su cuerpo con ese caballero de la fuente, correrá gran peligro de no volver, pues es uno de los mejores caballeros del mundo, y el más fuerte hombre de armas.

—Bien —dijo Arturo. Y a deseos de Griflet, el rey lo hizo caballero.

—Ahora —dijo Arturo a sir Griflet—, ya que te he hecho caballero, debes otorgarme tú un don.

—Lo que queráis —dijo Griflet.

—Me prometerás por la fe de tu cuerpo que, cuando hayas justado con el caballero de la fuente, quedes a pie o a caballo, volverás derechamente a mí sin más debate.

—Os lo prometo —dijo Griflet— como deseáis.

Entonces tomó Griflet su caballo con gran prisa, enderezó su escudo, tomó una lanza en la mano, y cabalgó a gran galope hasta que llegó a la fuente; y allí cerca vio un rico pabellón, y junto a él, bajo un paño había un hermoso caballo bien ensillado y embridado, y en un árbol un escudo de diversos colores y una gruesa lanza. Entonces Griflet hirió el escudo con el cuento de su lanza.

En eso salió el caballero del pabellón, y dijo: «Gentil caballero, ¿por qué derribáis mi escudo?»

—Porque quiero justar con vos —dijo Griflet.

—Será mejor que no lo hagáis —dijo el caballero—, pues sois muy mancebo, y recién hecho caballero, y vuestra fuerza no es nada para la mía.

—En cuanto a eso —dijo Griflet—, quiero justar con vos.

—Eso me disgusta —dijo el caballero—, pero ya que de necesidad débolo hacer, me aprestaré a ello. ¿De dónde sois? —dijo el caballero.

—Señor, soy de la corte de Arturo.

Así pues, corrieron contra sí los dos caballeros, y la lanza de Griflet se hizo toda trozos; y el otro atravesó a Griflet el escudo y el costado izquierdo, quebrando la lanza, de manera que el trozo le quedó en el cuerpo, y cayeron caballo y caballero.

CAPÍTULO 23

Cómo los doce caballeros vinieron de Roma y pidieron tributo por esta tierra de Arturo, y cómo Arturo luchó con un caballero

Cuando el caballero lo vio tendido de esta manera en el suelo, se apeó, y tuvo mucho pesar, pues creyó que lo había matado. Entonces le desenlazó el yelmo y le dio aire, y con el trozo de la lanza, lo puso sobre su caballo, lo reanimó, y encomendó a Dios, y dijo que tenía un corazón fuerte, y que si podía vivir probaría ser muy buen caballero. Y así volvió sir Griflet a la corte, donde se hizo gran duelo por él. Pero por medio de buenos físicos fue sanado y salvado.

A poco llegaron doce caballeros a la corte, hombres de mucha edad, los cuales venían del emperador de Roma, y pidieron a Arturo tributo por este reino, de lo contrario el emperador le destruiría a él y su tierra.

—Sois mensajeros —dijo Arturo—, por donde podéis decir cuanto queráis; si no, moriríais por eso. Pero ésta es mi respuesta: no debo al emperador ningún tributo, ni quiero tenerle ninguno, sino se lo daré en campo llano, y será con una lanza afilada, o una espada afilada, y no tardaré mucho, por el alma de mi padre, Uther Pendragon.

Y partieron a continuación los mensajeros muy enojados, quedando el rey Arturo muy airado también, pues habían venido en mala hora, ya que tenía mucho enojo por la herida de sir Griflet. Y mandó a un hombre privado de su cámara que antes que fuese día tomase su mejor caballo y armadura, con cuanto pertenecía a su persona, y estuviese fuera de la ciudad antes del alba. Así, pues, antes de amanecer se reunió con su criado y su caballo, montó, enderezó su escudo, tomó su lanza, y mandó a su chambelán que aguardase allí hasta que él volviera.

Y cabalgó Arturo sosegadamente hasta que fue día, y vio entonces a tres

patanes persiguiendo a Merlín con intención de matarle. Así que fue el rey hacia ellos, y dijo: «¡Huid, patanes!»; cuando vieron ellos a un caballero, tuvieron miedo y huyeron.

—Ah, Merlín —dijo Arturo—, aquí habrías sido muerto, pese a todas tus artes, de no haber estado yo.

—No —dijo Merlín—, no habría sido así, pues podía haberme salvado si hubiese querido; pero tú estás más cerca de la muerte que yo, pues vas a ella, si Dios no es tu amigo.

Y mientras iban hablando llegaron a la fuente, y al rico pabellón que había junto a ella. Entonces el rey Arturo advirtió dónde estaba sentado un caballero armado, en una silla.

—Señor caballero —dijo Arturo—, ¿por qué causa estás aquí, de manera que no puede pasar ningún caballero por este camino a menos que juste contigo? —dijo el rey—. Te aconsejo que dejes esa costumbre —dijo Arturo.

—Esta costumbre he usado —dijo el caballero—, y usaré contra quien diga que no, y a quien le agravie mi costumbre que la enmiende si quiere.

—Yo la enmendaré —dijo Arturo.

—Yo te lo impediré —dijo el caballero.

Tomó al punto su caballo, enderezó el escudo, tomó una lanza, y se dieron en los escudos con tal saña que hicieron pedazos sus lanzas. En seguida Arturo sacó su espada.

—No, eso no —dijo el caballero—; es más justo —dijo el caballero— que nos encontremos otra vez con lanzas afiladas.

—De grado lo haría —dijo Arturo—, si tuviese aquí más lanzas.

—Yo tengo bastantes —dijo el caballero.

Y vino un escudero con dos buenas lanzas, y Arturo escogió una y él otra.

Espolearon luego a sus caballos y se juntaron con todas sus fuerzas, de manera que ambos quebraron las lanzas hasta sus manos. Entonces Arturo puso mano a su espada.

—No —dijo el caballero—, será mejor, ya que sois el mejor justador de cuantos hasta aquí he tenido ante mí, que por el amor de la alta orden de caballería justemos otra vez.

—Soy concorde —dijo Arturo.

Al punto fueron traídas gruesas lanzas, tomó una cada caballero, y corrieron contra sí, de manera que la lanza de Arturo se hizo toda trozos. Pero

la del otro caballero le hirió con tal fuerza en medio del escudo que hombre y caballo cayeron a tierra; entonces Arturo sacó la espada airado, y dijo: «Ahora te probaré a pie, señor caballero, pues que he perdido el honor a caballo.»

—Yo seguiré a caballo —dijo el caballero.

Entonces se enojó Arturo, y enderezó el escudo hacia él con la espada desenvainada. Cuando el caballero vio eso, se apeó, pues pensó que ninguna honra tendría un caballero con tal ventaja, estando a caballo, y el otro a pie, así que se apeó y enderezó su escudo hacia Arturo. Allí comenzó una fuerte batalla de muchos grandes golpes, tajando con sus espadas de tal suerte que las rajadas saltaban a los campos, y derramaban ambos mucha sangre, de manera que el todo lugar donde luchaban estaba cubierto de ella; y así estuvieron luchando mucho tiempo, y descansando, y después volvían a la batalla otra vez, y se arremetían como dos carneros, de manera que uno y otro caían a tierra. Y a la postre se descargaron ambos tal golpe que sus espadas se encontraron derechamente. Pero la espada del caballero partió en dos trozos la del rey Arturo, lo que pesó a éste. Entonces dijo el caballero a Arturo: «Estás a mi merced, si quiero perdonarte o matarte, y a menos que te rindas como vencido y menguado, morirás.»

—En cuanto a la muerte —dijo el rey Arturo—, bien venida sea cuando llegue, pero rendirme a ti como menguado, antes quiero morir que ser afrentado de esa manera.

Y seguidamente saltó el rey sobre Pellinor, lo tomó por en medio, lo derribó, y le arrancó el yelmo. Cuando el caballero vio esto, se enfureció, pues era muy grande de cuerpo y de mucha fuerza; y al punto puso a Arturo debajo de él, le arrancó el yelmo, y fue a cortarle la cabeza.

CAPÍTULO 24

Cómo Merlín salvó la vida de Arturo, y arrojó un encantamiento sobre el rey Pellinor y lo hizo dormir

En esto llegó Merlín y dijo: «Caballero, ten tu mano, pues si matas a ese caballero harás a este reino el más grande estrago que ha recibido ningún reino, pues este caballero es un hombre de más merecimiento de lo que tú imaginas.»

—Pues, ¿quién es? —dijo el caballero.

—Es el rey Arturo.

Entonces quiso matarlo por miedo a su enojo, levantó la espada, y al punto

Merlín echó un encantamiento al caballero, de manera que cayó a tierra vencido por un gran sueño. Entonces Merlín levantó al rey Arturo y subió sobre el caballo del caballero.

—¡Ay! —dijo Arturo—, ¿qué has hecho, Merlín? ¿Has matado a este buen caballero con tus artes? No vive ningún caballero tan digno como era él; antes quisiera dejar mi tierra un año con tal que él tuviese vida.

—No tengáis cuidado —dijo Merlín—, pues más sano está que vos; pues no está sino dormido, y despertara dentro de tres horas. Os he dicho —dijo Merlín—, qué caballero era; aquí habríais muerto de no haber estado yo. Además, no vive ningún caballero tan grande de cuerpo como él, y en adelante os hará muy buen servicio; y se llama Pellinor, y tendrá dos hijos que serán muy buenos hombres; salvo uno, no tendrán par en proeza y vida honesta, y sus nombres serán Perceval de Gales y Lamorak de Gales; y él os dirá el nombre de vuestro hijo engendrado en vuestra hermana, el cual será la destrucción de todo este reino.

CAPÍTULO 25

Cómo Arturo, por medio de Merlín, tuvo su espada Excalibur de la Dama del Lago

Partieron, pues, el rey y él, y fueron a un ermitaño que era un hombre bueno y gran físico. Y el ermitaño examinó todas sus heridas y le dio buenos bálsamos; y estuvo el rey allí tres días, y cuando fueron bien enmendadas sus heridas, que fue capaz de cabalgar y andar, partieron.

Y mientras cabalgaban dijo Arturo: «No tengo espada.»

—No importa —dijo Merlín—, aquí cerca hay una espada que será vuestra, si puedo.

Siguieron cabalgando hasta que llegaron a un lago, el cual era una hermosa agua y ancha, y en medio del lago advirtió Arturo un brazo vestido con brocado blanco que sostenía una hermosa espada en la mano.

—Mirad —dijo Merlín—, allí está la espada de la que os he hablado.

En eso vieron una doncella que andaba sobre el lago.

—¿Qué doncella es ésa? —dijo Arturo.

—Esa es la Dama del Lago —dijo Merlín—; y dentro del lago hay una gran cueva, y en ella un hermoso lugar como no hay otro en la tierra, y ricamente aderezado. Y esta doncella vendrá en seguida a vos; habladle

gentilmente a fin que quiera daros esa espada.

Al punto vino la doncella a Arturo, lo saludó, y él a ella también.

—Doncella —dijo Arturo—, ¿qué espada es aquella que sostiene aquel brazo por encima del agua? Quisiera que fuese mía, pues no tengo espada.

—Señor rey Arturo —dijo la doncella—; aquella espada es mía, y si queréis otorgarme un don cuando yo os lo pida, la tendréis.

—Por mi fe —dijo Arturo—, os daré el don que me pidáis.

—Pues bien —dijo la doncella—. Subid a aquella barca, remad hasta la espada y tomadla con la vaina, que yo os pediré el don cuando vea mi sazón.

Así que se apearon sir Arturo y Merlín, ataron sus caballos a dos árboles, y subieron a la nave; y cuando llegaron a la espada que sostenía la mano, sir Arturo la tomó por el puño, la asió, y el brazo y la mano se sumergieron en el agua; volvieron a tierra, se pusieron en camino, y al poco rato vio sir Arturo un rico pabellón.

—¿Qué significa aquel pabellón?

—Es el pabellón de sir Pellinor —dijo Merlín—, con el que luchasteis hace poco; pero se ha ido; no está ahí. Las ha habido con un caballero vuestro llamado Egglame, y han luchado, pero a la postre Egglame ha huido; si no habría sido muerto; y lo ha perseguido hasta Caerleon, y nosotros toparemos con él en seguida, por el camino.

—Bien dicho está eso —dijo Arturo—, ahora que tengo espada, quiero trabar batalla con él y vengarme.

—Señor, no lo debéis hacer —dijo Merlín—, pues el caballero está cansado de luchar y perseguir, y no ganaríais honra ninguna en haberlas con él; también, no será vencido fácilmente por ningún caballero de cuantos viven; y por ende es mi consejo que lo dejéis pasar, pues os hará buen servicio en breve tiempo, y sus hijos después de sus días. También veréis el día, en breve espacio, en que os placera mucho darle vuestra hermana por esposa.

—Cuando lo vea, haré como me aconsejáis —dijo Arturo.

Entonces sir Arturo miró su espada, y le plació muy bien.

—¿Qué os gusta más —dijo Merlín—, la espada o la vaina?

—Me gusta más la espada —dijo Arturo.

—Sois desavisado —dijo Merlín—, pues la vaina vale por diez espadas; pues mientras tengáis la vaina con vos, no perderéis sangre ni seréis herido gravemente, por ende guardad bien la vaina siempre con vos.

Así cabalgaron hasta Caerleon, y por el camino se encontraron con sir Pellinor; pero Merlín había hecho tal artificio que Pellinor no vio a Arturo, y pasó sin decir palabra.

—Me maravilla —dijo Arturo— que no haya dicho nada el caballero.

—Señor —dijo Merlín—, no os ha visto; pues si os hubiera visto no habríais seguido tan fácilmente.

Y llegaron a Caerleon, de lo cual fueron muy contentos sus caballeros. Y cuando conocieron sus aventuras, se maravillaron que hubiese arriesgado así su persona solo. Pero todos los hombres de merecimiento dijeron que era una alegría estar bajo tal capitán, que ponía su persona en aventura como nacían los otros pobres caballeros.

CAPÍTULO 26

Cómo llegaron nuevas a Arturo que el rey Rience había vencido a once reyes, y cómo deseó la barba de Arturo para orlar su manto

Entre tanto llegó un mensajero del rey Rience del Norte de Gales, que era rey también de toda Irlanda, y de muchas islas. Y éste era su mensaje, saludando al rey Arturo de esta manera: que el rey Rience había desbaratado y vencido a once reyes, y cada uno de ellos le había rendido un homenaje. El cual era éste: le había entregado sus barbas limpiamente cortadas, y cuanta tenían; por donde el mensajero venía por la barba del rey Arturo. Pues el rey Rience había mandado orlar un manto con barbas de reyes, y quedaba un lugar vacío en el manto, por donde le enviaba por su barba; si no, entraría en sus tierras a fuego y a sangre, «y no parará hasta tener la cabeza y la barba».

—Bien —dijo Arturo—, ya has dicho tu mensaje, que es el más villano y ruin que haya oído hombre ninguno enviar a un rey; también puedes ver que mi barba es aún muy joven para hacer una orla con ella. Pero di esto a tu rey: que no le debo ningún homenaje, ni ninguno de mis mayores, pero antes que pase mucho tiempo me rendirá homenaje él a mí sobre ambas rodillas, o perderá su cabeza, por la fe de mi cuerpo, pues éste es el mensaje más vergonzoso que jamás he oído. He visto que tu rey no ha topado aún con hombres de merecimiento, pero dile que tendré su cabeza si no me rinde homenaje.

Entonces partió el mensajero.

—Y bien, ¿hay alguno aquí —dijo Arturo— que conozca al rey Rience?

Entonces respondió un caballero llamado Naram: «Señor, yo conozco bien

al rey; es hombre muy fuerte de cuerpo, como hay pocos, y muy soberbio; y, señor, no dudéis que os hará guerra con poderosa fuerza.»

—Bien —dijo Arturo—, ordenaré para él en breve tiempo.

CAPÍTULO 27

Cómo fueron mandados traer todos los niños nacidos el primero de mayo, y cómo se salvó Mordred

Entonces el rey Arturo mandó traer todos los niños nacidos el primero de mayo, engendrados por señores y nacidos de damas; pues Merlín había dicho al rey Arturo que sería nacido el primero de mayo el que le había de destruir; por donde mandó traerlos todos, so pena de muerte; y fueron hallados muchos hijos de señores, y llevados todos al rey, y fue enviado Mordred por la mujer del rey Lot. Y fueron puestos en una nave y enviados a la mar, y algunos tenían cuatro semanas de edad, y otros menos.

Y por fortuna la nave fue empujada contra un castillo, donde se destrozó toda, y perecieron la mayor parte, salvo Mordred, que fue arrojado fuera, y lo halló un buen hombre que lo crio hasta que tuvo catorce años, y entonces lo llevó a la corte, como se cuenta después, hacia el final de la muerte de Arturo.

Muchos señores y barones de este reino se disgustaron, de haber perdido así a sus hijos, y muchos culparon a Merlín más que a Arturo; pero todos callaron, unos por miedo y otros por amor.

Pero cuando el mensajero llegó al rey Rience, éste se enojó sin medida, y se proveyó de una gran hueste, como se refiere en el libro de Balin le Savage que sigue a continuación: cómo por ventura Balin tuvo la espada.

Explicit Liber Primus

LIBRO II

CAPÍTULO 1

De una doncella que llegó ceñida con una espada en busca de un hombre de tal virtud que la sacase de la vaina

Después de la muerte de Uther Pendragon reinó Arturo, su hijo, el cual sostuvo gran guerra en sus días para tener toda Inglaterra en su mano. Pues había muchos reyes en el reino de Inglaterra, y en Gales, Escocia y Cornualles.

Y acaeció una vez cuando el rey Arturo estaba en Londres, que llegó un caballero y dio nuevas al rey, cómo el rey Rience del Norte de Gales había levantado a gran número de gente, y había entrado en la tierra, quemado y matado al pueblo vasallo del rey.

—Si es verdad eso —dijo Arturo—, sería gran vergüenza para mi estado si no fuese poderosamente resistido.

—Es verdad —dijo el caballero—, pues yo mismo he visto la hueste.

—Bien —dijo el rey—, ordenaré resistir su malicia.

Entonces mandó hacer pregón, que todos los señores, caballeros y gentileshombres de armas acudieran a un castillo llamado Camelot en aquellos días, que allí mandaría celebrar el rey un consejo general y una gran justa.

Así pues, cuando el rey llegó allí con toda su baronía, y se aposentaron como mejor les pareció, vino una doncella con un mensaje de la gran señora Lile de Avelion. Y cuando llegó delante del rey Arturo, dijo de quién venía, y cómo era enviada a él con un mensaje por esta causa. Entonces dejó caer su manto, que estaba ricamente forrado, y estaba ceñida con una noble espada, de lo que fue maravillado el rey, y dijo: «Doncella, ¿por qué causa ceñís esa espada? No se acuerda con vos.»

—Os lo diré —dijo la doncella—. Esta espada que ciño me da mucha aflicción y estorbo, pues no puedo ser librada de ella sino por un caballero, pero ha de ser muy buen hombre de sus manos y de sus hechos, y estar sin villanía ni engaño, y sin traición. Y si puedo hallar un caballero que tenga todas estas virtudes, podrá sacar esta espada de la vaina; pues he estado en la corte del rey Rience, donde me habían dicho que había muy buenos caballeros, y él y todos han probado pero ninguno ha conseguido sacarla.

—Esta es gran maravilla —dijo Arturo—, si es verdad; yo mismo probaré a sacar la espada, no porque presuma de ser el mejor caballero, sino porque quiero empezar yo la prueba, dando ejemplo a todos los barones para que prueben uno después de otro cuando yo lo haya hecho.

Entonces Arturo tomó la espada por la vaina y el ceñidor, y tiró de ella con gana, pero la espada no salió.

—Señor —dijo la doncella—, no es menester tirar tan fuerte, pues el que la saque lo hará con poco esfuerzo.

—Decís bien —dijo Arturo—, ahora probad todos mis barones.

—Pero mirad de no estar manchados de vergüenza, engaño ni traición, pues entonces no os aprovechará —dijo la doncella—; pues ha de ser un caballero limpio de villanía, y de noble linaje por el lado del padre y por lado de la madre.

Los más de los barones de la Tabla Redonda que en aquella sazón estaban allí probaron de uno en uno, aunque no lo consiguieron; por donde la doncella hizo gran aflicción, y dijo: «¡Ay! Yo creía que en esta corte estaban los mejores caballeros, sin falsía ni traición.»

—Por mi fe —dijo Arturo—, aquí están buenos caballeros, a mi parecer, como no los hay en el mundo; pero no es su gracia ayudaros, lo cual me disgusta.

CAPÍTULO 2

Cómo Balin, ataviado como un pobre caballero, sacó la espada, que después fue causa de su muerte

Y acaeció en aquella sazón que había un pobre caballero con el rey Arturo que había sido prisionero suyo medio año y más por matar a un caballero, el cual era pariente del rey Arturo. El nombre de este caballero era Balin, y por buena mediación de los barones había sido liberado de prisión, pues tenía fama de buen hombre de su cuerpo, y había nacido en Northumberland; y entró privadamente en la corte, y vio esta aventura, por donde se le animó el corazón, y quiso probar como los otros caballeros; pero como iba pobremente ataviado se puso entre la multitud; pero en su corazón estaba seguro de conseguirlo, si su gracia le ayudaba, como ninguno de los caballeros que allí estaban. Y cuando la doncella tomó licencia de Arturo y de todos los barones, e iba a partir, la llamó este caballero Balin. Y dijo:

—Doncella, os ruego de vuestra cortesía que me consintáis probar a mí también, como estos señores; aunque voy pobremente vestido, en mi corazón soy tan determinado como algunos de estos otros, y creo que puedo conseguirlo.

Miró la doncella al pobre caballero, y vio que era hombre apuesto; pero por su pobre atavío pensó que no debía ser de merecimiento, y que no estaría sin villanía ni traición. Y dijo al caballero: «Señor, no es menester ponerme en más pena o trabajo, pues no parece que vayáis a salir airoso donde otros han fallecido.»

—Ah, gentil doncella —dijo Balin—, la honra y las buenas prendas, y los buenos hechos, no están sólo en el atavío, sino que la hombría y la honra se

esconden en la persona del hombre, y hay muchos caballeros dignos que no son conocidos de todo el pueblo, y por ende la honra y la osadía no están en el atavío.

—Por Dios —dijo la doncella— que decís verdad; por donde probaréis a hacer lo que podáis.

Entonces Balin tomó la espada por el ceñidor y la vaina, y la sacó fácilmente; y cuando miró la espada, le plació mucho. Entonces el rey y todos los barones fueron muy maravillados que Balin hubiese hecho aquella aventura; y muchos caballeros tuvieron gran despecho de Balin.

—Ciertamente —dijo la doncella—, éste es muy buen caballero; el mejor que jamás he hallado, y de más merecimiento, y sin falsedad, traición ni villanía, el cual hará muchas maravillas. Ahora, gentil y cortés caballero, devolvedme la espada.

—No —dijo Balin—, pues tendré esta espada a menos que la tomen de mí por fuerza.

—No sois avisado —dijo la doncella— al quitarme la espada, pues con ella mataréis al mejor amigo que tenéis, y al hombre que más amáis en el mundo, y esa espada será vuestra destrucción.

—Tomaré la aventura que Dios quiera ordenarme —dijo Balin—, pero no tendréis la espada esta vez, por la fe de mi cuerpo.

—En breve tiempo os pesará —dijo la doncella—, pues quisiera tener la espada más por vuestro provecho que por el mío, pues mucho pesar tengo por vos; pues no queréis creer que esa espada será vuestra destrucción y ésa es gran lástima —con esto partió la doncella, haciendo gran aflicción.

Envió luego Balin por su caballo y armadura, y quiso partir de la corte, y tomó licencia del rey Arturo.

—No —dijo el rey—, espero que no querréis partir tan prestamente de esta compañía. Supongo que estáis disgustado por el desamor que os mostré. Culpadme menos, pues fui informado mal contra vos, pues no presumía que fueseis caballero de tanto honor y proeza, y si queréis permanecer en esta corte entre mi compañía, os acrecentaré a vuestro contentamiento.

—Dios agradezca a vuestra alteza —dijo Balin—; ningún hombre podrá alabar vuestra generosidad y alteza la mitad de lo que vale; pero en esta sazón de necesidad debo partir, suplicándoos siempre vuestra buena gracia.

—Ciertamente —dijo el rey—, soy muy enojado por vuestra partida; os ruego, gentil caballero, que no tardéis mucho tiempo, y seréis muy bien recibido por mí y mis barones, y yo enmendaré todo el yerro que he hecho contra vos.

—Dios agradezca a vuestra gran señoría —dijo Balin, y seguidamente se aprestó a partir.

Entonces la mayor parte de los caballeros de la Tabla Redonda dijeron que Balin no había acabado esta aventura por su fuerza solamente, sino por brujería.

CAPÍTULO 3

Cómo la Dama del Lago demandó la cabeza del caballero que había ganado la espada, o la cabeza de la doncella

Mientras este caballero se aprestaba a partir, entró en la corte una señora llamada la Dama del Lago. Llegó a caballo, ricamente ataviada, y saludó al rey Arturo, y le pidió un don que le había prometido cuando ella le dio la espada.

—Es verdad —dijo Arturo—; un don os prometí, pero he olvidado el nombre de la espada que me disteis.

—Su nombre —dijo la dama— es Excalibur, que es tanto como decir Acero afilado.

—Decís bien —dijo el rey—, pedid lo que queráis y lo tendréis, si está en mi poder darlo.

—Pues bien —dijo la dama— pido la cabeza del caballero que ha ganado la espada, y si no, la cabeza de la doncella que la trajo, aunque no me importaría tener sus dos cabezas, pues él mató a mi hermano, buen caballero y verdadero, y la dama fue causante de la muerte de mi padre.

—En verdad —dijo el rey Arturo—, no puedo con mi honor otorgaros la cabeza de ninguno de los dos; por ende pedid cualquier otra cosa, que yo satisfaré vuestro deseo.

—No quiero pedir otra cosa —dijo la dama.

Cuando Balin estuvo presto a partir, vio a la Dama del Lago, por cuya mediación había sido muerta la madre de Balin, y a la cual buscaba hacía tres años; y cuando le dijeron que había pedido su cabeza al rey Arturo, fue derechamente a ella y dijo: «Mal hallada seáis; quisierais tener mi cabeza, y por ende vais a perder la vuestra», y con su espada le tajó la cabeza delante del rey Arturo.

—¡Ah, qué afrenta! —dijo Arturo—. ¿Por qué habéis hecho eso? Me habéis afrentado a mí y a toda mi corte, pues ésta era una dama a la que estaba yo obligado, y aquí había venido bajo mi salvoconducto; nunca os perdonaré

esta ofensa.

—Señor —dijo Balin—, siento vuestro disgusto, pues esta dama era la dama más desleal de cuantas viven, y por encantamiento y hechicería ha sido destructora de muchos buenos caballeros, y ella fue causante de que mi madre fuese quemada, por su falsedad y traición.

—Cualquiera que sea la causa que tuvieseis —dijo Arturo—, debíais haberos abstenido en mi presencia. Por ende, no creáis sino que os pesará, pues despecho como éste no he tenido otro en mi corte. Por ende salid de mi corte lo aprisa que podáis.

Recogió Balin la cabeza de la dama, y la llevó a su posada, y se encontró allí con su escudero, al que pesó que hubiese disgustado al rey Arturo, y se fueron de la ciudad.

—Ahora debemos partirnos —dijo Balin—. Toma esta cabeza, llévala a mis amigos, y cuéntales cómo me ha ido; y di a mis amigos de Northumberland que mi mayor enemiga ha muerto. Diles también cómo estoy fuera de prisión, y qué aventura me ha acaecido en la ganancia de esta espada.

—¡Ay! —dijo el escudero—, mucha reprobación merecéis por haber disgustado al rey Arturo.

—En cuanto a eso —dijo Balin—, correré a encontrarme a toda prisa con el rey Rience y destruirle, o morir en ello; y si tengo la fortuna de vencerlo, entonces el rey Arturo será mi bueno y gracioso señor.

—¿Dónde os hallaré? —dijo el escudero.

—En la corte del rey Arturo —dijo Balin.

Y se partieron su escudero y él en esta sazón.

Entonces el rey Arturo y toda la corte hicieron gran duelo, y tuvieron vergüenza de la muerte de la Dama del Lago. Y el rey la enterró ricamente.

CAPÍTULO 4

Cómo Merlín contó la aventura de esta doncella

En aquel tiempo había un caballero, hijo del rey de Irlanda, cuyo nombre era Lanceor, el cual era un caballero orgulloso que se tenía por uno de los mejores de la corte. Y tenía gran despecho de Balin por la ganancia de la espada, y hubiese nadie tenido por más osado, ni de más proeza. Y preguntó al rey Arturo si le daba licencia para ir en pos de Balin, y vengar el despecho que

había hecho.

—Haced lo que podáis —dijo Arturo—, estoy enojado con Balin, que haya quedado quito del despecho que me ha hecho a mí y a mi corte.

Entonces este Lanceor fue a su posada para apretarse. Entre tanto llegó Merlín a la corte del rey Arturo, y le fue contada la aventura de la espada, y la muerte de la Dama del Lago.

—Pues bien —dijo Merlín—, de esta doncella que aquí está de pie y ha traído la espada a vuestra corte os contaré la causa de su venida: es la más falsa doncella de cuantas viven.

—No digáis eso —dijeron muchos.

—Tiene un hermano, muy buen caballero de proeza y hombre verdadero; y esta doncella amaba a otro caballero al que tenía por amante. Y este buen caballero hermano suyo se encontró con el que ella tenía por amante, y lo mató por fuerza de sus manos. Cuando esta falsa doncella entendió esto, fue a la señora Lile de Avelion y le suplicó ayuda para vengarse de su propio hermano.

CAPÍTULO 5

Cómo Balin fue perseguido por sir Lancear, caballero de Irlanda, y cómo justó con él y lo mató

»Y esta señora Lile de Avelion tomó esta espada que ella traía consigo, y dijo que ningún hombre la sacaría de la vaina a menos que fuese uno de los mejores caballeros de este reino, el cual sería bravo y lleno de proeza, y que con esa espada mataría a su hermano. Ésta era la causa por la que vino la doncella a esta corte. Lo sé tan bien como vosotros. Pluguiera a Dios que no hubiese venido, pues no vino en honrosa hermandad a hacer bien, sino siempre gran daño. Ese caballero que ha ganado la espada será destruido por esa espada, por la cual causará gran daño, pues no vive caballero de más proeza que él, y a vos os hará, mi señor Arturo, gran honor y cortesía; y es gran lástima que deba durar poco tiempo, pues de su fuerza y osadía no conozco que viva otro igual.

Así pues, el caballero de Irlanda se armó en todos puntos, enderezó su escudo en su hombro, montó a caballo, y tomó su lanza en la mano, y fue detrás a más andar, cuanto podía ir su caballo. Y en poco espacio, en una montaña, vio a Balin; y a grandes voces gritó: «Aguardad, caballero, pues aguardaréis lo queráis o no, y no os aprovechará el escudo que lleváis

delante.»

Cuando Balin oyó las voces, volvió su caballo fieramente, y dijo: «Gentil caballero, ¿qué me queréis, acaso queréis justar conmigo?»

—Sí —dijo el caballero irlandés—, para eso vengo en pos vuestro.

—Quizá —dijo Balin— habría sido mejor permanecer donde estabais, pues muchos creen poner en reproche a su enemigo, y a menudo recae en ellos mismos. ¿De qué corte sois enviado? —dijo Balin.

—Vengo de la corte del rey Arturo —dijo el caballero de Irlanda—; de allí vengo para vengar el desprecio que habéis hecho este día al rey Arturo y a su corte.

—Bien veo —dijo Balin— que debo haberlas con vos; siento haber agraviado al rey Arturo, o a cualquiera de su corte; y vuestra querella conmigo es muy simple —dijo Balin—, pues la dama que ha muerto me hizo gran daño, si no, habría sido el caballero más aborrecible de cuantos viven por matar a una dama.

—Aprestaos —dijo el caballero Lanceor— y enderezad hacia mí, pues uno de los dos ha de quedar en el campo.

Enrizaron entonces sus lanzas, se juntaron todo lo que sus caballos podían correr y el caballero irlandés hirió a Balin en el escudo, de manera que su lanza se hizo toda pedazos. Y Balin le atravesó el escudo, rasgó su cota, y le traspasó el cuerpo y la grupa del caballo; y al punto dio vuelta fieramente a su caballo, y sacó la espada sin saber que lo había matado; entonces lo vio tendido como un cadáver.

CAPÍTULO 6

Cómo una doncella, amada de Lancear, se dio muerte por amor, y cómo Balin se encontró con su hermano Balan

Entonces miró en su derredor, y advirtió que venía una doncella lo aprisa que el caballo podía cabalgar, sobre un hermoso palafrén. Y cuando vio muerto a Lanceor hizo aflicción fuera de medida, y dijo: «¡Ah, Balin, dos cuerpos has matado y un corazón, y dos corazones en un cuerpo, y dos almas has perdido!» Y seguidamente tomó la espada de su amor que yacía muerto y cayó al suelo desvanecida.

Y cuando se levantó hizo gran duelo fuera de medida, lo que afligió sobremanera a Balin. Y fue a ella para quitarle la espada de la mano; pero ella

la asió tan fuertemente que no se la podía quitar sin herirla. Y súbitamente puso el pomo en el suelo, y se ensartó el cuerpo de parte a parte.

Cuando Balin vio su acción, tuvo gran pesar en su corazón, y vergüenza de que tan hermosa doncella se hubiese destruido por amor del que había muerto. «Ay —dijo Balin—, mucho me pesa la muerte de este caballero, por el amor de esta doncella, pues muy grande y verdadero amor había entre ellos»; y por aflicción no pudo seguir mirándolos, sino que volvió el caballo y miró hacia una gran floresta. Y descubrió, por las armas, a su hermano Balan. Y cuando se acercaron, se quitaron los yelmos, se besaron, y lloraron de alegría y piedad. Entonces dijo Balin:

—Poco imaginaba yo topar con vos en esta súbita aventura; mucho me alegra veros libre de vuestra dolorosa prisión, pues me dijo un hombre, en el Castillo de las Cuatro Piedras, que habíais sido liberado, y que os había visto en la corte del rey Arturo; y por eso he venido a este país, pues aquí suponía que os hallaría.

Al punto contó Balin a su hermano su aventura de la espada, y la muerte de la Dama del Lago, y cómo el rey Arturo se había disgustado con él. «Por lo que ha mandado a este caballero en pos mío, que aquí yace muerto; y me aflige mucho la muerte de esta doncella.»

—También a mí —dijo Balan—, pero debéis tomar la aventura que Dios quiera ordenaros.

—En verdad —dijo Balin—, mucho me pesa que mi señor Arturo esté disgustado conmigo, pues es el más digno rey que ahora gobierna en la tierra, y quiero ganar su amor, o poner mi vida en aventura. Pues el rey Rience ha puesto cerco al Castillo Terrabil; nos encaminaremos a toda prisa, para probar nuestro merecimiento y proeza sobre él.

—De buen grado —dijo Balan— iré con vos, y nos ayudaremos uno al otro como los hermanos deben hacer.

CAPÍTULO 7

Cómo un enano reprobó a Balin por la muerte de Lancear, y cómo los halló el rey Marco de Cornualles, e hizo una tumba sobre ellos

—Vayámonos ahora de aquí —dijo Balin—, y bien encontrados seamos.

Entre tanto hablaban, vino a caballo un enano de la ciudad de Camelot, cuanto más de prisa podía, y halló los cuerpos muertos, por donde hizo gran duelo, y se mesó los cabellos de aflicción, y dijo: «¿Quién de vosotros,

caballeros, ha hecho esto?»

—¿Por qué lo preguntas? —dijo Balan.

—Porque quisiera saberlo —dijo el enano.

—Fui yo —dijo Balin—, que maté a este caballero en mi defensa, pues aquí venía en mi persecuimiento, y lo mataba yo a él, o él a mí; y esta doncella se ha dado muerte por su amor, lo cual me pesa, y por ella deberé a todas las mujeres el mejor amor.

—Ay —dijo el enano—, gran daño te has hecho a ti mismo, pues este caballero que aquí está muerto era uno de los hombres más valientes que vivían, y ten por seguro, Balin, que el linaje de este caballero te perseguirá por todo el mundo hasta que te haya matado.

—En cuanto a eso —dijo Balin—, no temo grandemente, sino mucho me pesa haber disgustado a mi señor el rey Arturo, por la muerte de este caballero.

Y mientras así hablaban llegó un rey de Cornualles a caballo, que se llamaba rey Marco. Y cuando vio estos dos cuerpos muertos, y entendió cómo habían muerto, por los dos antedichos caballeros, hizo gran lamentación por el amor verdadero que había entre ellos, y dijo: «No partiré hasta haber hecho sobre esta tierra una tumba»; e hincó allí sus pabellones, y buscó por todo el país una tumba, y en una iglesia hallaron una que era hermosa y rica; y entonces el rey mandó poner a ambos en la tierra, y la tumba sobre ellos, y escribió los nombres de ambos, sobre la tumba, cómo AQUÍ YACE LANCEOR HIJO DEL REY DE IRLANDA, QUE A SU PROPIO REQUERIMIENTO MURIÓ POR MANO DE BALIN, y cómo SU DAMA, COLOMBE, Y AMANTE, SE DIO MUERTE CON LA ESPADA DE SU AMADO POR AFLICCIÓN Y DOLOR.

CAPÍTULO 8

Cómo profetizó Merlín que lucharían allí dos de los mejores caballeros del mundo, que eran sir Lanzarote y sir Tristán

Entre tanto acaecía esto vino Merlín al rey Marco; y viendo todo lo que había hecho, dijo: «Aquí en este mismo sitio tendrá lugar la batalla más grande entre dos caballeros que hubo ni habrá, y más fieles amantes; sin embargo, ninguno de ellos matará al otro.» Y Merlín escribió sobre la tumba, con letras de oro, los nombres de los que lucharían en aquel lugar, los cuales nombres eran Lanzarote del Lago y Tristán.

—Eres un hombre maravilloso —dijo el rey Marco a Merlín—, al hablar

de tales maravillas; eres un simple y un necio al decir tales cosas. ¿Cuál es tu nombre? —dijo el rey Marco.

—En esta sazón —dijo Merlín—, no lo diré; pero en la hora en que sir Tristán sea prendido con su dama soberana, entonces oiréis y sabréis mi nombre, y en esa sazón tendréis nuevas que no os placarán —y dijo después a Balin—: Te has hecho gran daño; por no salvar a esta dama se ha dado muerte, pudiendo haberla salvado si hubieses querido.

—Por la fe de mi cuerpo —dijo Balin—, no la pude salvar, pues se mató súbitamente.

—Me pesa —dijo Merlín—, pues por la muerte de esa dama darás el golpe más doloroso que ha dado jamás hombre ninguno, salvo el de Nuestro Señor; pues herirás al caballero más probado y hombre más honrado de cuantos ahora viven, y por ese golpe tres reinos sufrirán gran pobreza, miseria y desdicha doce años, y no sanará el caballero de esa herida en muchos años.

Entonces Merlín se despidió de Balin. Y dijo Balin: «Si supiese yo que es verdad lo que dices, que cometeré esa acción peligrosa, yo mismo me daría muerte para dejarte mentiroso.»

En eso desapareció Merlín súbitamente. Y entonces Balin y su hermano tomaron su licencia del rey Marco.

—Primero —dijo el rey—, decidme vuestro nombre.

—Señor —dijo Balin—, podéis ver que llevo dos espadas, por ende podéis llamarme el Caballero de las Dos Espadas.

Y se partieron el rey Marco hacia Camelot, para el rey Arturo, y Balin tomó el camino del rey Rience; y mientras cabalgaban juntos toparon con Merlín disfrazado, aunque no lo reconocieron.

—¿Adónde vais? —dijo Merlín.

—Poca cuenta —dijeron los dos hermanos— tenemos que darte a ti.

—Pero, ¿cuál es tu nombre? —dijo Balin.

—En esta sazón —dijo Merlín— no te lo diré.

—Mal se ve —dijeron los caballeros— que seas hombre verdadero, cuando no quieres decir tu nombre.

—En cuanto a eso —dijo Merlín—, como quiera que sea, puedo decir por qué lleváis ese camino: vais en busca del rey Rience, pero de nada os valdrá, a menos que tengáis mi consejo.

—Ah —dijo Balin—, sois Merlín; queremos hacer por tu consejo.

—Venid —dijo Merlín—, ganaréis gran honra; y ved de obrar caballerescamente, pues tendréis gran menester de ella.

—En cuanto a eso —dijo Balan—, no temáis, que haremos lo que podamos.

CAPÍTULO 9

Cómo Balin y su hermano, por consejo de Merlín, prendieron al rey Rience y lo llevaron al rey Arturo

Entonces Merlín los apostó en un bosque, entre las hojas junto al camino, y quitó las bridas a sus caballos y los puso a pacer, dejando que ellos se acostaran a descansar hasta que fue cerca de la media noche. Entonces Merlín les mandó que se levantasen, y se apercibiesen, pues el rey estaba cerca de ellos, ya que había ido secretamente de su hueste con tres veintenas de caballos de sus mejores caballeros, y veinte de ellos iban delante para prevenir a la Dama de Vanee que el rey estaba en camino, pues esa noche el rey Rience yacería con ella.

—¿Cuál es el rey? —dijo Balin.

—Aguardad —dijo Merlín—, aquí en un camino estrecho daréis con él — y a continuación mostró a Balin y a su hermano por dónde venía.

Al punto Balin y su hermano se encontraron con el rey, lo derribaron e hirieron fieramente, y lo dejaron tendido en el suelo; y allí mataron a diestra y a siniestra, más de cuarenta de sus hombres, y huyeron los restantes. Entonces volvieron al rey Rience, y lo habrían matado de no haberse rendido él a la gracia de ambos. Entonces dijo así:

—Caballeros acabados de proeza, no me matéis, pues con mi vida podéis ganar, y con mi muerte no ganaréis nada.

Entonces dijeron estos dos caballeros: «Cierto y verdad es lo que decís», así que lo pusieron en una litera de caballos.

En eso desapareció Merlín, fue ante el rey Arturo y le contó cómo había sido prendido y desbaratado su mayor enemigo.

—¿Por quién? —dijo el rey Arturo.

—Por dos caballeros —dijo Merlín— que quisieran placer a vuestra señoría; mañana sabréis qué caballeros son.

A poco llegaron el Caballero de las Dos Espadas y Balan, su hermano,

trayendo con ellos al rey Rience del Norte de Gales, y allí lo entregaron a los porteros, y los encargaron de él; y sin otra cosa se volvieron a ir otra vez con el alba del día.

Fue entonces el rey Arturo al rey Rience, y dijo: «Señor sed bien venido. ¿Por qué aventura habéis llegado aquí?»

—Señor —dijo el rey Rience—, aquí vine por una fuerte aventura.

—¿Quién os ha ganado? —dijo el rey Arturo.

—Señor —dijo el rey—, el Caballero de las Dos Espadas y su hermano, que son dos maravillosos caballeros de proeza.

—No los conozco —dijo Arturo—, pero muy obligado soy a ellos.

—Ah —dijo Merlín—, yo os lo diré: son Balin, que acabó la espada, y su hermano Balan, un buen caballero, pues no vive otro de más proeza ni honra, y por él habrá el más grande duelo que yo haya visto de ningún caballero, pues no vivirá mucho.

—Ay —dijo el rey Arturo—, ésa es gran lástima; pues muy obligado soy a él, y mal he merecido su gentileza.

—No —dijo Merlín—, hará mucho más por vos, cosa que sabréis muy presto. Pero, señor, ¿estáis abastecido? —dijo Merlín—, pues mañana la hueste de Nerón, hermano del rey Rience, vendrá sobre vos antes del mediodía con una gran hueste, por ende aparejad pues yo me partiré de vos.

CAPÍTULO 10

Cómo el rey Arturo tuvo una batalla contra Nerón y el rey Lot de Orkney, y cómo el rey Lot fue engañado por Merlín, y cómo fueron muertos doce reyes

Entonces el rey Arturo aprestó su hueste en diez batallas, y Nerón estaba apercebido en el campo, ante el Castillo Terrabil, con una gran hueste de diez batallas, con mucha más gente de la que Arturo tenía. Nerón tenía la vanguardia con la mayor parte de su gente. Y fue Merlín al rey Lot de la Isla de Orkney, y lo retuvo con un cuento de profecía, hasta que Nerón y su gente fueron destruidos. Y allí sir Kay el Senescal lo hizo muy bien, de manera que nunca le abandonó la honra en los días de su vida; y sir Hervis de Revel hizo maravillosos hechos con Arturo, y el rey Arturo mató ese día veinte caballeros y lisió cuarenta. A la sazón vinieron el Caballero de las Dos Espadas y su hermano Balan; pero hacían los dos tan maravillosamente que el rey y todos

los caballeros, se maravillaban de ellos, y todos los que los observaban decían que eran enviados del cielo como ángeles, o demonios del infierno; y el mismo rey Arturo se dijo que eran los mejores caballeros que nunca había visto, pues daban tales golpes que todos los hombres tenían asombro de ellos.

Entretanto vino uno al rey Lot, y le dijo que mientras él tardaba, Nerón había sido destruido y muerto con toda su gente.

—Ay —dijo el rey Lot—, afrentado soy, pues por mi defecto han sido muertos muchos hombres dignos, pues de haber estado juntos no habría habido hueste bajo el cielo capaz de contender con nosotros; ese embaucador con su profecía se ha burlado de mí.

Todo esto lo había hecho Merlín, pues sabía bien que si el rey Lot hubiese estado con su cuerpo en la primera batalla, el rey Arturo habría sido muerto, y toda su gente destruida; y bien sabía Merlín que uno de los reyes moriría ese día, y no quería que muriese ninguno de ellos; pero de los dos, prefería que muriese el rey Lot, antes que el rey Arturo.

—¿Qué es mejor hacer? —dijo el rey Lot de Orkney—. ¿Será mejor tratar con el rey Arturo, o luchar?, pues la mayor parte de nuestra gente ha sido muerta y destruida.

—Señor —dijo un caballero—, id sobre Arturo, pues están cansados y agotados de la lucha, y nosotros estamos frescos.

—En cuanto a mí —dijo el rey Lot—, quiero que cada caballero haga su parte como yo haré la mía.

Entonces avanzaron las banderas, se arremetieron e hicieron pedazos sus lanzas; y los caballeros de Arturo, con la ayuda del Caballero de las Dos Espadas y su hermano Balan, pusieron al rey Lot y su hueste en lo peor. Pero siempre el rey Lot se mantenía en lo más adelante, y hacía maravillosos hechos de armas, pues toda su hueste se tenía por sus manos, y resistía a todos los caballeros. Ay, pero no pudo durar; lo cual fue gran lástima, que fuese vencido tan acabado caballero como era él, que poco tiempo antes había sido uno de los caballeros del rey Arturo, y estaba casado con la hermana del rey Arturo; y porque yació el rey Arturo con la mujer del rey Lot, que era su hermana, y engendró en ella a Mordred, el rey Lot se tuvo siempre contra Arturo.

Y había un caballero al que llamaban Caballero de la Extraña Bestia, cuyo derecho nombre era Pellinor, el cual era buen hombre de proeza; y descargó éste un poderoso golpe al rey Lot cuando luchaba con todos sus enemigos, erró el golpe, y dio en el cuello al caballo, que cayó al suelo con el rey Lot; y a continuación Pellinor le dio un gran tajo sobre el yelmo y cabeza, hasta las cejas. Entonces toda la hueste de Orkney huyó, por la muerte del rey Lot, y allí

fueron muertos muchos hijos de madres. Pero el rey Pellinor llevó siempre el baldón de la muerte del rey Lot, por donde sir Gawain vengó la muerte de su padre al décimo año de ser hecho caballero, y mató al rey Pellinor con sus propias manos.

También murieron en esa batalla doce reyes del lado del rey Lot con Nerón, y todos fueron enterrados en la iglesia de San Esteban de Camelot, y los restantes de los caballeros y otros fueron enterrados en una gran peña.

CAPÍTULO 11

Del enterramiento de doce reyes, y de la profecía de Merlín, cómo Balin daría el Golpe Doloroso

Y vino al enterramiento la mujer del rey Lot, Margawse, con sus cuatro hijos, Gawain, Agravain, Gaheris y Gareth. También vinieron el rey Uriens, padre de sir Uwain, y su mujer Morgana el Hada, que era hermana del rey Arturo. Todos éstos vinieron al enterramiento.

Pero de todos estos doce reyes, el rey Arturo mandó hacer una tumba muy ricamente, y para el rey Lot hizo su tumba sola; después mandó hacer Arturo doce imágenes de latón y cobre, y doradas con oro, en representación de doce reyes, y cada una de ellas tenía un cirio ardiendo día y noche; y fue hecho el rey Arturo en imagen de una figura de pie, por encima de ellos, con una espada en la mano; y las doce figuras tenían el continente de hombres vencidos.

Todo esto lo hizo Merlín con sus artes sutiles, y dijo allí al rey: «Cuando yo muera dejarán de arder estos cirios, y poco después vendrán a vosotros, y serán acabadas las aventuras del Santo Grial.» También dijo a Arturo cómo Balin, el esforzado caballero, dará el Golpe Doloroso, por donde acaecerá gran venganza.

—¡Ah!, ¿dónde están Balin y Balan y Pellinor? —dijo el rey Arturo.

—En cuanto a Pellinor —dijo Merlín—, se encontrará presto con vos; y en cuanto a Balin, no estará mucho tiempo lejos de vos; pero el otro hermano partirá: no lo veréis más.

—Por mi fe —dijo Arturo—, son dos maravillosos caballeros, y en especial Balin aventaja en proeza a cuantos caballeros he hallado, y muy obligado soy a él; pluguiera a Dios que permaneciese conmigo.

—Señor —dijo Merlín—, ved de guardar bien la vaina de Excalibur, pues no perderéis sangre ninguna mientras la tengáis sobre vos, así tengáis todas las

llagas que os puedan caber.

(Después, por gran confianza, Arturo encomendó la vaina a su hermana Morgana el Hada; y ésta amaba más a otro caballero que a su marido el rey Uriens, o al rey Arturo, y quiso que matase a su hermano Arturo, para lo cual hizo otra vaina como aquélla por encantamiento, y dio la vaina de Excalibur a su amor. Y este caballero se llamaba Accolon, que más tarde estuvo cerca de matar al rey Arturo.) Después de esto Merlín profetizó al rey Arturo que habría una gran batalla cerca de Salisbury, y su propio hijo Mordred estaría contra él. También le dijo que Bagdemagus era primo suyo, y pariente cercano del rey Uriens.

CAPÍTULO 12

Cómo vino un caballero afligido ante Arturo, y cómo lo fue a buscar Balin, y cómo ese caballero fue muerto por un caballero invisible

Un día o dos después estaba el rey Arturo algo enfermo, e hizo hincar su pabellón en un prado, y allí se acostó sobre una colcha a dormir; pero no podía tener descanso. A poco oyó un gran ruido de caballo, y en seguida el rey se asomó a la entrada del pabellón, y vio pasar un caballero justo ante él haciendo gran duelo.

—Aguarda, gentil señor —dijo Arturo—, y dime por qué haces esta aflicción.

—Poco me podéis remediar —dijo el caballero, y siguió camino del Castillo de Meliot.

Poco después vino Balin, y cuando vio al rey Arturo se apeó de su caballo, fue al rey a pie, y le hizo reverencia.

—Por mi cabeza —dijo Arturo—, sed bien venido. Señor, ahora mismo ha pasado por este camino un caballero haciendo gran lamentación cuya causa no sé; por donde deseo de vuestra cortesía y gentileza que traigáis aquí a este caballero de grado o por fuerza.

—Haré por vuestra señoría más que eso —dijo Balin.

Y cabalgó a más andar, halló al caballero con una doncella en una floresta, y le dijo: «Señor caballero, debéis venir conmigo al rey Arturo, a decirle de vuestra aflicción.»

—No lo haré —dijo el caballero—, pues eso me heriría grandemente y a vos no os aprovecharía.

—Señor —dijo Balin—, os ruego que os aprestéis, pues debéis venir conmigo, o habré de luchar con vos y llevaros por fuerza, lo cual me disgustaría.

—¿Queréis ser mi fiador —dijo el caballero—, y voy con vos?

—Sí —dijo Balin—, o moriré por ello.

Y se aprestó a ir con Balin, y dejó a la doncella sosegada. Y cuando estaban ante el pabellón del rey Arturo, vino uno invisible, y atravesó el cuerpo de parte a parte, con una lanza, a este caballero que iba con Balin.

—Ay —dijo el caballero—, muerto soy bajo vuestro conducto por un caballero llamado Garlón; por ende tomad mi caballo, que es mejor que el vuestro, id a la doncella, seguid la empresa en que yo estaba como ella os guiará, y vengad mi muerte cuando podáis.

—Así lo haré —dijo Balin—, y de eso hago voto a la caballería —y se partió de este caballero con gran aflicción.

Y el rey Arturo mandó enterrar a este caballero ricamente, y se hizo mención sobre su tumba, cómo había sido muerto Herlews le Berbeus, y por quién había sido hecha la traición: el caballero Garlon. Pero la doncella llevó siempre consigo el trozo de la lanza que había matado a sir Herlews.

CAPÍTULO 13

Cómo Balin y la doncella toparon con un caballero que fue muerto de la misma guisa, y cómo sangró la doncella por la costumbre de un castillo

Así pues, se metieron Balin y la doncella en una floresta, y allí toparon con un caballero que había estado monteando; y este caballero preguntó a Balin por qué causa hacía tan gran lamentación.

—No me place decíroslo —dijo Balin.

—Pues si estuviese yo armado como vos estáis —dijo el caballero—, lucharía con vos.

—Poca necesidad habría —dijo Balin—, pues no tengo ningún temor en decíroslo —y le contó toda la causa, cómo era.

—Ah —dijo el caballero—, ¿es eso todo? Aquí os aseguro yo, por la fe de mi cuerpo, no partirme nunca de vos mientras dure mi vida.

Fueron a la posada, se armaron, y cabalgó con Balin. Y como llegasen a una ermita, justo delante de un cementerio, vino invisible el caballero Garlon,

y atravesó a este caballero, Perin de Mountbeliard, por el cuerpo con una lanza.

—Ay —dijo el caballero—, muerto soy por ese caballero traidor que cabalga invisible.

—Ay —dijo Balin—, no es el primer despecho que me hace.

Y el ermitaño y Balin enterraron al caballero bajo una rica piedra y real tumba. Y por la mañana hallaron letras de oro escritas, cómo SIR GAWAIN VENGARÁ LA MUERTE DE SU PADRE, EL REY LOT, EN EL REY PELLINOR.

Poco después Balin y la doncella cabalgaron hasta que llegaron a un castillo; se apeó allí Balin, y entraron en el castillo él y la doncella; y así que Balin cruzó la entrada, cayó el rastrillo a su espalda, y muchos hombres en derredor de la doncella, con propósito de matarla. Al ver aquello Balin tomó mucho agravio, pues no la podía ayudar; subió entonces a la torre, saltó de los muros al foso sin daño, sacó luego la espada y quiso luchar con ellos. Y ellos dijeron que no, que no querían luchar, pues no hacían sino la vieja costumbre del castillo; y le contaron cómo su señora estaba enferma, y llevaba acostada muchos años, y no podía sanar a menos que tuviese una fuente de plata llena de sangre de una doncella pura e hija de rey, «y por ende, la costumbre del castillo es que esta doncella no pase por este camino a menos que dé de su sangre una fuente de plata llena».

—Bien —dijo Balin—, pues sangrará cuanto pueda sangrar, pero no perderé su vida mientras tenga yo vida.

Y Balin la hizo sangrar por consentimiento de ella, aunque su sangre no ayudó a la dama. Y descansaron allí él y ella toda la noche, y tuvieron muy buena acogida, y por la mañana siguieron su camino. Y como se cuenta después en el Santo Grial, la hermana de sir Perceval ayudó a esta dama con su sangre, por cuya causa murió ella.

CAPÍTULO 14

Cómo Balin se encontró con aquel caballero llamado Garlon en una fiesta, y allí lo mató para tener su sangre y sanar con ella al hijo de su huésped

Cabalgaron tres o cuatro días sin dar con ninguna aventura, y por fortuna se aposentaron con un gentilhombre que era hombre rico y de mucha hacienda. Y estando sentados cenando oyó Balin a uno quejarse tristemente en una silla junto a él.

—¿Qué son esas quejas? —dijo Balin.

—En verdad —dijo su huésped—, os lo voy a contar. Hace muy poco estuve en una justa, y allí justé con un caballero que es hermano del rey Pellam, y lo derribé dos veces; entonces él prometió desquitarse en mi mejor amigo; y así hirió a mi hijo, que no puede sanar hasta que tenga yo la sangre de ese caballero, el cual cabalga siempre invisible, aunque no sé su nombre.

—Ah —dijo Balin—, conozco a ese caballero, se llama Garlón; él ha matado a dos caballeros míos de la misma manera; por ende más quisiera yo encontrarme con ese caballero que todo el oro de este reino, por el despecho que me ha hecho.

—Pues os diré —dijo su huésped— que el rey Pellam de Listinoise ha hecho pregonar en todo este país una gran fiesta que será dentro de veinte días, y ningún caballero podrá ir a ella, a menos que lleve a su mujer, o a su amante; y ese día veréis a ese caballero, enemigo vuestro y mío.

—Entonces os prometo —dijo Balin— parte de su sangre para sanar con ella a vuestro hijo.

—Mañana nos pondremos en camino —dijo su huésped.

Así por la mañana salieron los tres hacia Listinoise, y tuvieron quince días de jornada antes de llegar; y ese mismo día comenzaba la gran fiesta. Se apearon, llevaron los caballos al establo, y entraron en el castillo; pero el huésped de Balin no pudo entrar porque no tenía ninguna dama. Pero Balin fue bien recibido y llevado a una cámara y desarmado. Y le fueron traídas ropas a su contentamiento, y quisieron que Balin dejase su espada.

—No —dijo Balin—, eso no lo haré, pues es costumbre de mi país que un caballero tenga siempre su arma consigo, y esa costumbre quiero guardar o partiré como he venido.

Entonces le dieron licencia para llevar su espada, entró en el castillo y fue sentado entre caballeros de merecimiento, y a su dama delante de él.

A poco preguntó Balin a un caballero: «¿No hay en esta corte un caballero llamado Garlon?»

—Allá va —dijo el caballero—, aquél con la cara oscura; es el más maravilloso caballero de cuantos ahora viven, pues destruye a muchos buenos caballeros, ya que anda invisible.

—¡Ah —dijo Balin—, ése es! —entonces Balin pensó mucho rato para sí: «Si lo mato aquí no escaparé, y si lo dejo ahora, quizá no me encuentre con él en una ocasión como ésta y hará mucho daño mientras viva.»

En esto vio Garlon que Balin le miraba; entonces se llegó a Balin y le dio

con el revés de la mano en la cara; y dijo: «Caballero, ¿qué me miras así? Por vergüenza, come tu vianda, y haz lo que has venido a hacer.»

—Verdad dices —dijo Balin—, no es éste el primer despecho que tú me haces, por ende haré lo que he venido a hacer —y se levantó fieramente, y le hendió la cabeza hasta los hombros—. Dadme el trozo de lanza —dijo Balin a su dama— con que mató a vuestro caballero —al punto se lo dio ella, pues siempre llevaba aquel trozo consigo. Y seguidamente Balin le atravesó el cuerpo con él, diciendo en voz alta—: Con este trozo de lanza mataste a un buen caballero, que ahora se hinca en tu cuerpo.

Llamó entonces Balin a su huésped, diciendo: «Ahora podéis llevaros sobra de sangre con que sanar a vuestro hijo.»

CAPÍTULO 15

Cómo Balin luchó con el rey Pellam, y cómo se quebró su espada, y cómo tuvo una lanza con la que dio el Golpe Doloroso

Al punto se levantaron todos los caballeros de la mesa para ir sobre Balin, y el mismo rey Pellam saltó fieramente, y dijo: «Caballero, ¿por qué has matado a mi hermano? Morirás por ello antes que partas.»

—Pues bien —dijo Balin—, hacedlo vos.

—Sí —dijo el rey Pellam—, ningún hombre las habrá contigo sino yo, por el amor de mi hermano.

Entonces el rey Pellam asió en su mano una arma esquiva e hirió rabiosamente a Balin; pero Balin puso su espada entre su cabeza y el golpe, con lo que su espada se quebró. Viéndose Balin desarmado, corrió a una cámara en busca de alguna arma; y fue de cámara en cámara, sin poder hallar ninguna, siempre con el rey Pellam en pos suyo. Y a la postre entró en una cámara maravillosamente bien aderezada, y ricamente, con una cama ataviada con paño de oro de lo más costoso que se podía pensar, y vio a uno yaciendo en ella; y cerca de ella había una mesa de oro con cuatro columnas de plata, y sobre ella estaba una maravillosa lanza extrañamente labrada.

Y cuando Balin vio la lanza, la tomó en su mano, se volvió al rey Pellam y lo hirió muy gravemente con esta lanza, de manera que el rey Pellam cayó desvanecido; y seguidamente se quebraron el techo y muros del castillo, viniéndose a tierra, y Balin cayó de tal suerte que no podía mover pie ni mano. Y la mayor parte del castillo, derrumbada por el Golpe Doloroso, quedó encima de Pellam y de Balin tres días.

CAPÍTULO 16

Cómo Balin fue librado por Merlín. Y cómo salvó a un caballero que quería darse muerte por amor

Entonces vino Merlín, levantó a Balin, le dio un buen caballo, pues el suyo había muerto, y le dijo que saliese de ese país.

—Quisiera tener a mi doncella —dijo Balin.

—Mira —dijo Merlín— dónde yace muerta.

Y el rey Pellam permaneció muchos años mal herido, sin sanar, hasta que lo sanó Galahad el Alto Príncipe en la demanda del Santo Grial, pues en aquel lugar estaba parte de la sangre de Nuestro Señor Jesús Cristo, que José de Arimatea había traído a esta tierra, y él mismo yacía en aquella rica cama. Y aquélla era la misma lanza que Longius había hincado a Nuestro Señor en el corazón. El rey Pellam era pariente cercano de José, y el hombre más digno que vivía en aquel tiempo; y fue gran lástima de su herida, pues por ese golpe vino gran dolor, congoja y desventura.

Entonces se partió Balin de Merlín, y dijo éste: «No nos encontraremos más en este mundo.» Y recorrió hermosos países y ciudades, y halló gente muerta, destruida, por todas partes. Y los que estaban vivos le gritaban: «¡Ah, Balin, gran estrago has causado en estos países!; por el Golpe Doloroso que diste al rey Pellam, tres países han sido destruidos; pero no dudes que a la postre la venganza caerá sobre ti.»

Cuando Balin hubo pasado estos países fue muy contento. Y cabalgó ocho días antes de encontrar ninguna aventura. Y a la postre entró en una hermosa floresta en un valle; advirtió una torre, y junto a ella vio un gran caballo de guerra atado a un árbol, y allí cerca, sentado en el suelo, un hermoso caballero haciendo gran lamentación, y era un hombre hermoso y bien hecho. Dijo Balin: «Dios os salve; ¿por qué estáis tan afligido? Decídmelo, que yo lo remediaré en lo que pueda.»

—Señor caballero —replicó él—, tú me causas gran congoja, pues estaba en alegres pensamientos y ahora me pones en más pesar.

Se apartó Balin un poco de él, y observó su caballo; entonces le oyó Balin decir así: «Ah, hermosa señora, por qué has roto la promesa, pues prometiste encontrarte aquí conmigo a medio día; ahora puedo maldecirte por haberme dado esta espada, pues con ella me quitaré la vida»; y la sacó. Saltó Balin al punto sobre él, y lo tomó por la mano.

—Suelta mi mano —dijo el caballero—, o te mataré.

—No será menester —dijo Balin—, pues os prometo mi ayuda para tener a vuestra dama, si queréis decirme dónde está.

—¿Cuál es vuestro nombre? —dijo el caballero.

—Mi nombre es Balin le Savage.

—Ah, señor, harto bien os conozco; sois el Caballero de las Dos Espadas, y el hombre de más proeza con sus manos, que vive.

—Mi nombre es Garnish del Monte, hijo de hombre pobre, pero por mi proeza y osadía un duque me ha hecho caballero, y me ha dado tierras; se llama duque Hermel, y es a su hija a quien amo, y ella a mí, a lo que creo.

—¿A qué distancia está de aquí? —dijo Balin.

—A sólo seis millas —dijo el caballero.

—Vayámonos de aquí —dijeron estos dos caballeros. Y cabalgaron a más andar, hasta que llegaron a un hermoso castillo bien murado y fosado.

—Yo entraré en el castillo —dijo Balin—, y veré si está ella.

Entró, pues, registró de cámara en cámara, y halló su cama, pero ella no estaba allí. Entonces Balin miró en un pequeño jardín, y la vio acostada bajo un laurel, sobre una colcha de jamete verde, con un caballero en sus brazos, estrechamente abrazados el uno al otro, y bajo sus cabezas yerbas y plantas. Cuando Balin la vio así acostada con el caballero más deshonesto que conocía, siendo ella hermosa dama, volvió a recorrer todas las cámaras, y fue a decirle al caballero dónde la había hallado muy dormida, y lo llevó adonde ella estaba durmiendo.

CAPÍTULO 17

Cómo aquel caballero mató a su amada y a un caballero que yacía con ella, y después, cómo se mató él con su propia espada, y cómo Balin fue a un castillo donde perdió la vida

Y cuando Garnish la vio así acostada, de puro dolor le manó sangre de la boca y nariz, y con su espada les cortó la cabeza a ambos; y entonces hizo lamentación fuera de medida, y dijo: «Oh, Balin, mucho dolor me has traído, pues si no me hubieses mostrado esta visión, me habría ahorrado este dolor.»

—En verdad —dijo Balin—, lo he hecho con intención que ello levantase tu ánimo, y que pudieses ver y conocer su falsedad, y hacer que dejases de

amar a tal dama; Dios sabe que no he hecho sino lo que hubiese querido que me hicieras a mí.

—¡Ay! —dijo Garnish—, ahora mi dolor se ha doblado de manera que no puedo durar, habiendo dado muerte a la que más amaba en toda mi vida —y súbitamente se ensartó sobre su propia espada hasta el puño.

Cuando Balin vio aquello, se fue de allí, por que no dijese la gente que los había matado él; y siguió su camino, y a los tres días llegó a una cruz, en la que había letras de oro escritas, que decían: NINGÚN CABALLERO SOLO CABALGUE HACIA ESTE CASTILLO.

Entonces vio venir un viejo y canoso gentilhombre hacia él que le dijo: «Balin le Savage, traspasas tus límites viniendo por este camino, por ende vuélvete y saldrás ganancioso.» Y al punto desapareció; y en eso oyó tocar un cuerno como si anunciase la muerte de una bestia. «Ese toque —dijo Balin— es por mí; pues yo soy la presa, aunque aún no estoy muerto.»

A continuación de esto vio unas cien dueñas y muchos caballeros, que lo recibieron con hermosa muestra, y allí hubo danzas y música y todas maneras de alegría. Entonces dijo la principal dama del castillo: «Caballero de las Dos Espadas, tenéis que haberlas y justar con un caballero que aquí cerca guarda una isla, pues ningún hombre puede pasar por esta vía, sino que debe justar antes.»

—Desdichada costumbre es ésa —dijo Balin—, que no pueda pasar por esta vía un caballero a menos que juste.

—No tendrás que haberlas sino con un solo caballero —dijo la señora.

—Pues bien —dijo Balin—, ya que lo he de hacer, estoy presto; pero los hombres andantes están a menudo cansados, y también sus caballos; pero aunque esté cansado mi caballo, mi corazón no lo está. De grado iré, aunque halle mi muerte.

—Señor —dijo un caballero a Balin—, creo que vuestro escudo no es bueno. Yo os prestaré uno más grande; os ruego que lo aceptéis.

Y tomó el escudo desconocido, y dejó el suyo, cabalgó hacia la isla, y lo pusieron a él y al caballo en un gran batel; y cuando llegó al otro lado se encontró con una doncella que le dijo: «¡Oh, caballero Balin!, ¿por qué has dejado tu escudo? ¡Ay, en gran peligro te has puesto, pues por tu escudo habrías sido conocido! Gran lástima es de ti, como nunca fue de otro caballero, pues de tu proeza y osadía no tienes par vivo.»

—Me pesa —dijo Balin— haber entrado en este país, pero ahora no puedo volverme por vergüenza, y cualquier aventura que me venga, sea a vida o a muerte, la tomaré como me llegue.

Y entonces se miró la armadura, entendió que iba bien armado, y seguidamente se santiguó y montó sobre su caballo.

CAPÍTULO 18

Cómo Balin se encontró con su hermano Balan, y cómo se mataron el uno al otro sin conocerse, hasta que estuvieron heridos de muerte

Entonces vio venir del castillo a un caballero, y su caballo aparejado todo de bermejo, y él con el mismo color. Cuando este caballero de bermejo vio a Balin, pensó que debía de ser su hermano Balin por las dos espadas; pero porque no conocía su escudo, juzgó que no era él. Y bajaron sus lanzas, se juntaron maravillosamente aprisa, y se hirieron el uno al otro en el escudo; pero sus lanzas y su carrera fueron tan recias que se derribaron hombre y caballo, y quedaron ambos en el suelo sentidos.

Pero Balin fue muy magullado con la caída de su caballo, pues estaba fatigado del viaje. Y Balan fue el primero en ponerse de pie y sacar la espada. Fue hacia Balin y éste se levantó y fue contra él; pero Balan hirió primero a Balin, alzó éste el escudo, y el golpe se lo hendió, y le tajó el yelmo. Entonces Balin hirió a su vez con aquella desdichada espada, y estuvo muy cerca de matar a su hermano Balan; y lucharon hasta que les falleció el aliento.

Entonces Balin alzó los ojos hacia el castillo y vio las torres llena de damas. Y volvieron a la lucha otra vez, hiriéndose dolorosamente, y deteniéndose muchas veces a tomar aliento; y así siguió la batalla, de manera que todo el lugar donde luchaban estaba tinto en sangre. Y a la sazón se habían infligido uno al otro no menos de siete grandes llagas, de las que la menor de ellas podía haber sido la muerte del más poderoso gigante de este mundo.

Entonces comenzaron a batallar otra vez tan maravillosamente que espantaba oír de aquella batalla por la mucha sangre derramada, y las cotas desclavadas, de manera que por todos los costados estaban desnudos.

A la postre Balan, el hermano más joven, se retrajo un poco y cayó. Entonces dijo Balin le Savage: «¿Qué caballero eres tú? Pues hasta ahora ningún caballero me había igualado.»

—Me llamo Balan —dijo el otro—, y soy hermano del buen caballero Balin.

—¡Ay! —dijo Balin—, que haya visto yo este día —y seguidamente cayó de espaldas desvanecido.

Entonces Balan se llegó a pies y manos, quitó el yelmo a su hermano, y no

le pudo conocer por la cara, tan llena de tajos y sangre como estaba; pero cuando despertó, dijo: «¡Oh, Balan, hermano, tú me has matado, y yo a ti, por donde todo el ancho mundo hablará de nosotros dos!»

—¡Ay! —dijo Balan—, que haya visto yo este día, en que por desdicha no he podido conoceros, pues bien había visto vuestras dos espadas; pero porque teníais otro escudo creí que erais otro caballero.

—¡Ay! —dijo Balin—, todo esto lo ha hecho un desdichado caballero del castillo, pues él me hizo dejar mi propio escudo para nuestra destrucción; y si yo pudiese vivir, destruiría ese castillo por sus malvadas costumbres.

—Bien hecho estaría —dijo Balan—, pues nunca recibí gracia para partirme de ellos desde que vine aquí, pues aquí me acaeció matar al caballero que guardaba esta isla, y desde entonces no he podido partir, ni podrás tú, hermano, si acaso me matas como has hecho, y escapas con vida.

En eso vino la señora de la torre con cuatro caballeros y seis damas y seis ayudantes con ellos, y oyó cómo se hacían sus quejas, diciendo: «De una misma tumba salimos, como fue el vientre de una madre, y en una misma fosa yaceremos.» Y Balan rogó a la señora de su gentileza que, por su leal servicio, los enterrase en el mismo lugar en que había sido hecha la batalla. Y ella dijo llorando que lo haría ricamente de la mejor manera.

—¿Queréis enviar ahora por un preste, que podamos recibir nuestro sacramento, y recibir el bendito cuerpo de Nuestro Señor Jesús Cristo?

—Sí —dijo la señora—; así será hecho —y envió por un sacerdote que les dio sus ritos.

—Cuando seamos enterrados en una tumba —dijo Balin—, y se haga mención sobre nosotros, cómo dos hermanos se dieron muerte, no habrá hombre bueno, ni caballero, que viendo nuestra tumba no rece por nuestras ánimas.

Y todas las dueñas y doncellas lloraron de piedad. Y a poco murió Balan, pero Balin no murió hasta pasada la media noche; y fueron enterrados los dos, y la señora mandó que se hiciese mención de Balan, cómo fue muerto allí por manos de su hermano; aunque ella no sabía el nombre de Balin.

CAPÍTULO 19

Cómo Merlín los enterró a los dos en una tumba, y de la espada de Balin

Por la mañana llegó Merlín e hizo escribir el nombre de Balin sobre la

tumba con letras de oro; cómo AQUÍ YACE BALIN LE SAVAGE, QUE FUE EL CABALLERO DE LAS DOS ESPADAS, EL CUAL DIO EL GOLPE DOLOROSO.

También mandó hacer Merlín una cama, en la que no podía yacer hombre ninguno sin que perdiese el juicio, aunque Lanzarote del Lago anuló el poder de esta cama por su nobleza.

Y así que hubo muerto Balin, tomó Merlín su espada, le sacó el pomo y puso otro pomo. Pidió luego Merlín a un caballero que estaba delante que manejase la espada, y probó éste, y no la pudo manejar. Entonces Merlín se rio.

—¿Por qué os reís? —dijo el caballero.

—Esta es la causa —dijo Merlín—: ningún hombre manejará esta espada sino el mejor caballero del mundo, y ése será sir Lanzarote, o Galahad su hijo, y Lanzarote matará con esta espada al hombre del mundo que más amaba, el cual será sir Gawain.

Todo esto hizo escribir en el pomo de la espada. Después Merlín hizo un puente de hierro y de acero hasta aquella isla, que era sólo de medio pie de ancho, por el que no pasaría ningún hombre ni osaría subir en él, sino el que fuese muy buen hombre y caballero sin traición ni villanía. También dejó Merlín la vaina de la espada de Balin en este lado de la isla para que la hallase Galahad. También hizo Merlín con su sutileza que la espada de Balin quedase derechamente metida en una piedra de mármol grande como una muela, y que la piedra se tuviese siempre sobre el agua, lo que hizo muchos años, y navegó por ventura corriente abajo hasta la ciudad de Camelot, que en inglés es Winchester. Y ese mismo día Galahad el Alto Príncipe llegó al rey Arturo trayendo consigo la vaina, y acabó la espada que estaba en la piedra de mármol, la cual se tenía sobre el agua. Y acabó la espada el Domingo de Pentecostés, como se refiere en el libro del Santo Grial.

Poco después de hecho esto vino Merlín al rey Arturo y le contó del Golpe Doloroso que Balin había dado al rey Pellam, y cómo Balin y Balan habían hecho la más maravillosa batalla jamás oída, y cómo habían sido enterrados en una misma tumba.

—Ay —dijo el rey Arturo—, ésta es la más grande lástima que he oído contar de dos caballeros, pues no conozco en el mundo otros dos caballeros como ellos.

Así termina la historia de Balin y de Balan, dos hermanos nacidos en Northumberland, buenos caballeros.

Sequitur liber III

LIBRO III

CAPÍTULO 1

Cómo el rey Arturo tomó mujer, y casó con Ginebra, hija de Leodegrance, rey de la tierra de Camelerd, con la que tuvo la Tabla Redonda

En el principio de Arturo, después que fue elegido rey por ventura y por gracia, pues la mayor parte de los barones no sabían que era hijo del rey Uther Pendragon, aunque Merlín lo hizo saber públicamente, pero muchos reyes y señores sostuvieron gran guerra contra él por esta causa, pero Arturo los venció a todos, se gobernó la mayor parte de los días de su vida por el consejo de Merlín. Y acaeció una vez que dijo el rey Arturo a Merlín: «Mis barones no me dejan tener descanso, pero de necesidad debo tomar mujer, aunque no tomaré ninguna sino por tu acuerdo y tu consejo.»

—Está bien —dijo Merlín— que toméis mujer, pues un hombre de vuestra generosidad y nobleza no debe estar sin mujer. Y bien, ¿hay alguna a la que améis más que a las otras?

—Sí —dijo el rey Arturo—, amo a Ginebra, la hija del rey Leodegrance, de la tierra de Camelerd, el cual tiene en su casa la Tabla Redonda que, como tú dices, tuvo de mi padre Uther. Y esta doncella es la dama más valiente y hermosa que conozco viva, o aun que podría hallar.

—Señor —dijo Merlín—, en cuanto a belleza y hermosura, es una de las más hermosas de cuantas viven; pero si no la amaseis tan bien como la amáis, y vuestro corazón no estuviese determinado, yo os hallaría una doncella de belleza y bondad que os placiese y gustase; pero cuando el corazón de un hombre está determinado, es contrario a volverse de ello.

—Eso es verdad —dijo el rey Arturo.

Pero Merlín advirtió al rey encubiertamente que no era sano para él tomar a Ginebra por mujer, pues le previno que Lanzarote la amaría, y ella a él; y seguidamente volvió sus palabras hacia las aventuras del Santo Grial. Entonces Merlín deseó del rey llevar hombres con él para inquirir de Ginebra, y el rey se los otorgó; y fue Merlín al rey Leodegrance de Camelerd, y le habló del deseo del rey, que quería tomar por mujer a su hija Ginebra.

—Ésa es para mí —dijo el rey Leodegrance— la mejor nueva que he oído

nunca, que tan digno rey de proeza y nobleza quiera casar con mi hija. Y en cuanto a mis tierras, se las daría si supiese que le place, pero él tiene sobra de tierras, y no necesita ninguna; pero le enviaré un don que le placirá mucho más, pues le daré la Tabla Redonda que Uther Pendragon me dio a mí, la cual, cuando está completa, reúne a ciento cincuenta caballeros. Y en cuanto a cien buenos caballeros yo mismo los tengo, pero faltan cincuenta, pues muchos han sido muertos en mis días.

Y Leodegrance entregó su hija Ginebra a Merlín, y la Tabla Redonda con los cien caballeros; y cabalgaron refrescadamente, con gran realeza, ya por agua ya por tierra, hasta que llegaron cerca de Londres.

CAPÍTULO 2

Cómo fueron ordenados los caballeros de la Tabla Redonda, y bendecidas sus sillas por el obispo de Canterbury

Cuando el rey Arturo oyó de la llegada de Ginebra y los cien caballeros con la Tabla Redonda, hizo gran alegría por su llegada, y de aquel rico don, y dijo públicamente: «Muy bien venida a mí es esta hermosa dama, pues hace mucho que la amo, y por ende nada hay tan grato para mí. Y más me placen estos caballeros de la Tabla Redonda que muy grandes riquezas.»

Y a toda prisa hizo ordenar el rey para el casamiento y la coronación, de la más honrosa guisa que se podía devisar. «Ahora, Merlín —dijo el rey Arturo—, ve y búscame por toda esta tierra cincuenta caballeros de la más grande proeza y merecimiento.»

En breve tiempo Merlín había hallado veintiocho de estos caballeros, pero no pudo hallar más. Entonces fue traído el Obispo de Canterbury, y bendijo las sillas con gran realeza y devoción, y se sentaron los veintiocho caballeros en sus sillas.

Y cuando fue hecho esto, dijo Merlín: «Gentiles señores, debéis levantaros todos y venir al rey Arturo a hacerle homenaje; así tendrá más voluntad de conservaros.»

Así, pues, se levantaron y le hicieron homenaje; y cuando se hubieron ido, Merlín halló en cada silla letras de oro que decían el nombre del caballero que había estado sentado en ella. Pero dos sillas estaban vacías.

Y vino luego el joven Gawain y pidió al rey un don.

—Pedid —dijo el rey—, y os lo otorgaré.

—Señor, os pido que me hagáis caballero el mismo día que os desposéis con la hermosa Ginebra.

—Muy de grado lo haré —dijo el rey Arturo—; y os haré toda la honra que pueda, pues debo por razón de ser vos mi sobrino, hijo de mi hermana.

CAPÍTULO 3

Cómo un hombre pobre que cabalgaba sobre una yegua flaca deseó del rey Arturo que hiciese caballero a su hijo

En esto entró un hombre pobre en la corte, y traía consigo a un hermoso mozo de dieciocho años, cabalgando sobre una yegua flaca; y el pobre hombre preguntaba a todo el que encontraba: «¿Dónde hallaré al rey Arturo?»

—Allá está —dijeron los caballeros—, ¿quieres algo de él?

—Sí —dijo el hombre pobre—, por eso he venido aquí.

Luego que llegó ante el rey, lo saludó y dijo: «¡Oh, rey Arturo, flor de todos los caballeros y reyes, ruego a Jesús que te salve! Señor, me han dicho que en esta sazón de vuestro casamiento otorgaríais a cualquier hombre el don que os pidiese, excepto que no fuese razonable.»

—Eso es verdad —dijo el rey—; tal pregón he mandado hacer, y mantendré, con tal que no menoscabe mi reino ni mi estado.

—Bien y graciosamente decís —dijo el hombre pobre—. Señor, no os pido otra cosa sino que hagáis a este hijo mío caballero.

—Gran cosa es lo que pides de mí —dijo el rey—. ¿Cuál es tu nombre? —dijo el rey al hombre pobre.

—Señor, mi nombre es Aries el vaquero.

—¿Viene esto de ti o de tu hijo? —dijo el rey.

—Señor —dijo Aries—, este deseo viene de mi hijo y no de mí, pues os diré que tengo trece hijos, y todos ellos hacen trabajo que les pongo, y están contentos de trabajar, pero este hijo no quiere trabajar para mí, por mucho que mi mujer y yo hagamos, sino que anda siempre disparando o arrojando dardos, le gusta ver batallas y caballeros, y día y noche desea de mí ser hecho caballero.

—¿Cuál es tu nombre? —dijo el rey al mancebo.

—Me llamo Tor, señor.

El rey le observó atentamente, vio que tenía muy graciosa cara y estaba muy bien hecho de sus años. «Bien —dijo el rey Arturo a Aries el vaquero—, trae a todos tus hijos ante mí, que yo pueda verlos.»

Así lo hizo el pobre hombre, y todos estaban formados muy parecidamente a él. Pero Tor no era como ninguno de ellos en forma ni continente, pues era mucho más que ninguno de ellos.

—Y bien —dijo el rey Arturo al vaquero—, ¿dónde está la espada con la que ha de ser hecho caballero?

—Aquí está —dijo Tor.

—Sácala de la vaina —dijo el rey—, y requiéreme que te haga caballero.

Entonces Tor bajó de su yegua y sacó su espada, se arrodilló y requirió al rey que quisiese hacerle caballero, y que pudiese ser caballero de la Tabla Redonda.

—En cuanto a caballero, os haré —y seguidamente le dio en el cuello con la espada, diciendo—: Sed buen caballero, como ruego a Dios que lo podáis ser, y si sois de proeza y de merecimiento, seréis caballero de la Tabla Redonda. Ahora, Merlín —dijo Arturo—, decid si este Tor será buen caballero o no.

—Sí, señor; ha de ser buen caballero, pues viene del hombre más bueno de cuantos hay vivos, y de sangre de rey.

—¿Cómo es eso, señor? —dijo el rey.

—Os lo diré —dijo Merlín—. Este hombre pobre, Aries el vaquero, no es su padre, ni tiene ningún parentesco con él, pues su padre es el rey Pellinor.

—Yo creo que no —dijo el vaquero.

—Trae a tu mujer ante mí —dijo Merlín—, y no lo negará.

Al punto fue traída la mujer, que era una hermosa dueña, y allí respondió a Merlín muy mujerialmente, y contó al rey y a Merlín que cuando era doncella y fue a ordeñar las vacas, topó con un grave caballero, «y medio por fuerza tuvo mi doncellez, y en aquella sazón engendró a mi hijo Tor, y se llevó mi galgo que yo tenía conmigo en aquella sazón, y dijo que guardaría el galgo por mi amor».

—Ah —dijo el vaquero—, no sospechaba yo esto, pero bien lo puedo creer, pues nunca tuvo mis maneras.

—Señor —dijo Tor a Merlín—, no deshonréis a mi madre.

—Señor —dijo Merlín—, más honra es para vos que daño, pues vuestro padre es buen hombre y rey, y muy bien puede acrecentaros a vos y a vuestra

madre, pues fuisteis engendrado antes que ella se casase.

—Eso es verdad —dijo la mujer.

—Entonces menos agravio es para mí —dijo el vaquero.

CAPÍTULO 4

Cómo sir Tor fue reconocido por hijo del rey Pellinor, y cómo Gawain fue hecho caballero

Y por la mañana llegó el rey Pellinor a la corte del rey Arturo, el cual tuvo gran alegría de él, y le habló de Tor, cómo era hijo suyo, y cómo lo había hecho caballero a requerimiento del vaquero. Cuando Pellinor contempló a Tor, se plació mucho. Y el rey hizo también caballero a Gawain, pero Tor fue al primero que hizo en la fiesta.

—¿Cuál es la causa —dijo el rey Arturo— que haya dos sitios vacíos en las sillas?

—Señor —dijo Merlín—, ningún hombre se sentará en esos sitios sino los de más merecimiento. Pero en la Silla Peligrosa no se sentará sino uno; y si alguien fuese tan osado de hacerlo será destruido; pues el que se ha de sentar en ella no tendrá par.

Y seguidamente tomó Merlín al rey Pellinor por la mano, y al llegar a la que estaba junto a las dos sillas, y a la Silla Peligrosa, dijo, de manera que todos lo oyesen: «Éste es vuestro sitio, y más digno sois de sentaros en él que ninguno de cuantos aquí están.»

Por lo que sir Gawain sintió gran envidia, y dijo a Gaheris su hermano: «En gran honor es puesto ese caballero, cosa que me agravia mucho, pues mató a nuestro padre el rey Lot; por ende lo mataré —dijo Gawain— con una espada que me han afilado, la cual es muy cortante.»

—No lo haréis en esta sazón —dijo Gaheris—, pues sólo soy escudero, y cuando sea caballero me vengaré de él; y por ende, hermano, es mejor que aguardéis otra ocasión, que podamos tenerle fuera de la corte, pues si lo hiciésemos aquí, turbaríamos esta gran fiesta.

—De grado haré —dijo Gawain— como queréis.

CAPÍTULO 5

Cómo en la fiesta de las bodas del rey Arturo con Ginebra entró un ciervo blanco en la sala, y treinta pares de perros, y cómo una perra perseguía al ciervo, a la que se llevaron

Entonces fue aparejada la alta fiesta, y el rey se desposó en Camelot con doña Ginebra en la Iglesia de san Esteban, con gran solemnidad. Y como estuviese sentado cada hombre según su grado, fue Merlín a todos los caballeros de la Tabla Redonda, y les mandó que se tuviesen quedos y no se fuese ninguno, «pues veréis una extraña y maravillosa aventura».

Y estando todos allí sentados entró corriendo un ciervo blanco en la sala, y una perra blanca en pos suyo, y treinta pares de perros negros detrás, con gran bullicio. Y el ciervo fue en derredor de la Tabla Redonda, y al pasar junto a otras mesas, la perra blanca le mordió en la nalga y le arrancó un pedazo, por donde el ciervo dio un gran salto y derribó a un caballero que estaba sentado al lado de la mesa, y al punto se levantó el caballero, tomó a la perra, salió con ella de la sala, tornó su caballo y se fue su camino con la perra.

A poco vino una dama sobre un palafrén blanco, y dijo a voces al rey Arturo: «Señor, no consintáis que reciba yo este despecho, pues era mía la perra que el caballero se llevó.»

—Nada puedo hacer yo en eso —dijo el rey.

En esto vino un caballero todo armado sobre un gran caballo, y se llevó a la dama por fuerza, mientras ella no cesaba de gritar y hacer gran duelo. Cuando hubo desaparecido se alegró el rey, por tanto ruido como hacía.

—No —dijo Merlín—, no debéis dejar tan ligeramente estas aventuras, pues deben ser llevadas a cabo, si no, traerían deshonra a vos y a vuestra fiesta.

—Quiero —dijo el rey— que todo sea hecho por vuestro consejo.

—Entonces —dijo Merlín— mandad llamar a sir Gawain, pues debe traer otra vez al ciervo blanco. También, señor, debéis mandar llamar a sir Tor, pues él debe traer a la perra y el caballero, o matarlo si no. También mandad llamar al rey Pellinor, pues debe traer a la dama y el caballero, o matarlo si no. Y estos tres caballeros harán maravillosas aventuras antes de volver.

Entonces fueron llamados los tres antedichos, y tomó cada uno su mandado, y se armó seguramente. Pero sir Gawain tuvo la primera recuesta, y por ende, empezaré por él.

Cómo sir Gawain fue a traer otra vez el ciervo, y cómo dos hermanos lucharon entre sí por el ciervo

Cabalgó sir Gawain a más andar, y fue su hermano Gaheris con él como escudero para hacerle servicio. Y mientras cabalgaban, vieron a dos caballeros que luchaban a caballo con mucha saña, por lo que sir Gawain y su hermano se pusieron entre ellos, y les preguntaron por qué causa luchaban así.

Respondió uno de los caballeros, y dijo: «Luchamos por una simple cuestión; pues los dos somos hermanos, nacidos y engendrados de un mismo hombre y una misma mujer.»

—¡Ay! —dijo sir Gawain—, y ¿por qué lo hacéis?

—Señor —dijo el mayor de los dos—, por aquí ha pasado este día un ciervo blanco, seguido de muchos perros, y una perra blanca siempre cerca de él, y hemos entendido que es una aventura hecha para la alta fiesta del rey Arturo; y por ende Quería ir en pos suyo por ganar honor; y aquí mi hermano más joven dijo que quería ir él en pos del ciervo, pues era mejor caballero que yo, y por esta causa hemos trabado debate, y hemos acordado probar cuál de los dos es mejor caballero.

—Simple causa es ésta —dijo sir Gawain—; con extraños debíais debatir, y no hermano con hermano; por ende, si no queréis hacer por mi consejo, las habré con vosotros, a saber, os rendiréis a mí, e iréis al rey Arturo y os rendiréis a su gracia.

—Señor caballero —dijeron los dos hermanos—, estamos fatigados de luchar, y hemos perdido mucha sangre por nuestra porfía, y por ende no quisiéramos haberlas con vos.

—Entonces haced como os digo —dijo sir Gawain.

—Aceptamos cumplir vuestra voluntad; pero, ¿por quién diremos que somos enviados allí?

—Podéis decir: «por el caballero que sigue la demanda del ciervo blanco». ¿Y cuál es vuestro nombre? —dijo Gawain.

—Sorlouse de la Floresta —dijo el mayor.

—Y el mío —dijo el más mancebo—, Brian de la Floresta.

Y se partieron y se fueron ellos a la corte del rey, y sir Gawain en pos de su demanda. Y siguiendo al ciervo por los ladridos de los perros, vio justo ante él, un gran río, y el ciervo se echó a nadar; y cuando sir Gawain iba a seguirlo, vio un caballero en el otro lado; y dijo éste: «Señor caballero, no vengas tras este ciervo, a menos que quieras justar conmigo.»

—No os falleceré en eso —dijo sir Gawain—, para seguir la empresa en que estoy —y seguidamente hizo nadar a su caballo por el agua.

Y tomaron luego sus lanzas y corrieron contra sí muy crudamente; pero sir Gawain lo tiró del caballo; volvió entonces su caballo, y le mandó que se rindiese.

—No —dijo el caballero—, no lo haré, aunque tengas lo mejor de mí a caballo. Te ruego, valiente caballero, que bajes a pie y midámonos con espadas.

—¿Cuál es vuestro nombre? —dijo sir Gawain.

—Alardin de las Islas —dijo el otro.

Entonces enderezaron uno y otro sus escudos y se acometieron, pero sir Gawain le tajó tan reciamente el yelmo que le llegó a los sesos, y el caballero cayó muerto.

—¡Ah! —dijo Gaheris—, ése ha sido un poderoso golpe de un joven caballero.

CAPÍTULO 7

Cómo fue perseguido el ciervo hasta el interior de un castillo y allí muerto, y cómo Gawain mató a una dama

Entonces Gawain y Gaheris cabalgaron a más andar en pos del ciervo blanco, y soltaron tras él tres pares de galgos, y éstos lo persiguieron hasta el interior de un castillo; y en la principal plaza del castillo mataron al ciervo. Sir Gawain y Gaheris venían detrás. En eso salió un caballero de una cámara con una espada sacada en la mano, y mató dos de los galgos a la vista de sir Gawain, y a los restantes los persiguió con la espada afuera del castillo.

Y cuando volvió dijo: «Ah, mi ciervo blanco, mucho pesar tengo que hayas muerto, pues a mí te dio mi señora soberana, y mal te he guardado; y cara se ha de pagar tu muerte si vivo.»

Y entró al punto en su cámara, se armó, salió airadamente, y se encaró con sir Gawain.

—¿Por qué habéis matado a mis perros? —dijo sir Gawain—; no hicieron sino lo que era propio en ellos, y más habría querido yo que hubieseis vengado vuestra ira sobre mí que no sobre una bestia muda.

—Verdad dices —dijo el caballero—. Ya me he vengado en tus perros, y

ahora lo haré en ti antes que te vayas.

Entonces bajó a pie sir Gawain, enderezó su escudo, y se acometieron poderosamente, y se hendieron los escudos, se abollaron los yelmos, y se rasgaron las cotas de manera que la sangre les manaba hasta los pies. A la postre sir Gawain hirió tan fuertemente al caballero que éste cayó a tierra, y entonces pidió merced, y se rindió, y rogóle que como caballero y gentilhombre que era, le perdonase la vida.

—Morirás —dijo sir Gawain— por haber matado mis perros.

—Os haré reparación —dijo el caballero— en lo que pueda.

Sir Gawain no quiso tener merced, sino le desenlazó el yelmo para tajarle la cabeza. En eso salió su dama de una cámara y se arrojó sobre él, y le cortó la cabeza a ella por mala fortuna.

—Ay —dijo Gaheris—, eso está horrible y vergonzosamente hecho; nunca se apartará tal vergüenza de vos; también debíais otorgar merced a aquellos que la piden, pues un caballero sin merced carece de honor.

Sir Gawain quedó tan turbado por la muerte de esta hermosa dama que no supo qué hacer, y dijo al caballero: «Levanta, te daré merced.»

—No, no —dijo el caballero—; no me importa la merced ahora, pues has matado a mi amor y mi dama, a la cual amaba por encima de toda cosa terrenal.

—Mucho me pesa —dijo Gawain—, pues pensaba darte el golpe a ti. Pero ahora irás al rey Arturo y le contarás de tu aventura y cómo has sido vencido por el caballero de la empresa del ciervo blanco.

—No me importa —dijo el caballero— vivir o morir —pero por temor a la muerte, juró ir al rey Arturo; y le hizo llevar un galgo delante de él, sobre el caballo, y otro detrás.

—¿Cuál es vuestro nombre —dijo sir Gawain—, antes que nos partamos?

—Mi nombre es —dijo el caballero— Ablamor del Pantano.

Y partió hacia Camelot.

CAPÍTULO 8

Cómo lucharon cuatro caballeros contra Gawain y Gaheris, y cómo fueron vencidos éstos, y salvadas sus vidas a requerimiento de cuatro damas

Entró sir Gawain en el castillo, se aprestó a dormir allí toda la noche y fue a desarmarse.

—¿Qué vais a hacer —dijo Gaheris—, queréis desarmaros en este país? Pensad que tenéis aquí muchos enemigos.

No bien había dicho esto cuando vinieron cuatro caballeros bien armados, y asaltaron de recio a sir Gawain, y le dijeron: «Tú, recién hecho caballero, has afrentado a tu caballería; pues un caballero sin merced es deshonorado. También has matado a una hermosa dama para gran vergüenza tuya hasta el fin del mundo, y no dudes sino que tendrás gran necesidad de merced antes que te partas de nos.»

Y seguidamente uno de ellos descargó a sir Gawain un gran golpe que casi lo tiró a tierra; le hirió Gaheris con fuerza a su vez y así siguieron de un lado y del otro, de manera que sir Gawain y Gaheris estaban en peligro de sus vidas; y uno con arco, un arquero, atravesó el brazo a sir Gawain hiriéndole muy gravemente.

Y cuando iban a ser muertos vinieron cuatro hermosas damas y suplicaron a los caballeros gracia para sir Gawain. Y buenamente, a requerimiento de las damas, otorgaron a sir Gawain y Gaheris sus vidas, y les hicieron rendirse como prisioneros. Entonces Gawain y Gaheris hicieron gran duelo. «¡Ay! —dijo sir Gawain—, mucho me aflige mi brazo, sin duda voy a quedar lisiado»; y así hacía su queja lastimeramente.

Por la mañana temprano vino a sir Gawain una de las cuatro damas que había oído toda su queja, y dijo: «Señor caballero, ¿cómo estáis?»

—No bien —dijo él.

—Es vuestra propia culpa —dijo la dama—, pues habéis hecho una muy horrible acción al matar a la dama, lo cual será gran villanía para vos. Pero, ¿no sois del linaje del rey Arturo? —dijo la dama.

—Sí, en verdad —dijo sir Gawain.

—¿Cuál es vuestro nombre? —dijo la dama—. Debéis decírmelo, antes que paséis.

—Me llamo Gawain, hijo del rey Lot de Orkney, y mi madre es hermana del rey Arturo.

—¡Ah!, entonces sois sobrino del rey Arturo —dijo la dama—; hablaré por vos para que tengáis salvoconducto para ir a Arturo, por su amor.

Y partió ella y contó a los cuatro caballeros cómo su prisionero era sobrino del rey Arturo, «y se llama sir Gawain, hijo del rey Lot de Orkney». Y ellos le dieron la cabeza del ciervo porque estaba en su demanda. Seguidamente

libraron a sir Gawain con esta promesa, que debía llevar a la dama muerta con él de esta manera: la cabeza colgada de su cuello, y el resto del cuerpo echado delante de él, sobre la crin de su caballo.

Y así emprendió el camino de Camelot. Y así que hubo llegado, deseó Merlín del rey Arturo que hiciese jurar a sir Gawain que contaría todas las aventuras, y cómo había matado a la dama, y cómo no quiso otorgar ninguna merced al caballero, por donde fue muerta la dama. Entonces el rey y la reina se disgustaron grandemente con Gawain por la muerte de la dama.

Y por ordenanza de la reina se reunió un jurado de damas sobre sir Gawain, y sentenciaron que siempre, mientras viviese debía estar con todas las damas, y luchar por sus querellas; y que siempre debía ser cortés, y no negar nunca merced a quien se la pidiese. Así lo juró Gawain sobre los cuatro Evangelios, que nunca estaría contra dueña ni doncella, a menos que luchase él por una dueña y su adversario por otra. Y así acaba la aventura que hizo sir Gawain en las bodas del rey Arturo. Amén.

CAPÍTULO 9

Cómo sir Tor fue en pos del caballero con la perra, y de su aventura por el camino

Cuando sir Tor estuvo presto montó sobre su caballo, y salió en pos del caballero con la perra. Y por el camino topó súbitamente con un enano que dio un golpe a su caballo en la cabeza con una estaca, que lo echó atrás el trecho de su lanza.

—¿Por qué has hecho eso? —dijo sir Tor.

—Porque no pasarás por esta vía, a menos que justes con aquellos caballeros de los pabellones.

Entonces advirtió Tor dónde estaban dos pabellones, y gruesas lanzas de pie, con dos escudos colgados de los árboles junto a los pabellones.

—No puedo detenerme —dijo sir Tor—, pues estoy en una demanda que de necesidad debo seguir.

—No pasarás —dijo el enano, y seguidamente tocó su cuerno.

Entonces vino uno armado a caballo, enderezó su escudo, y fue aprisa hacia Tor; enderezó éste contra él, y se arremetieron de tal manera que Tor lo sacó del caballo. Y al punto el caballero se rindió a su merced. «Pero, señor, tengo un compañero en aquel pabellón que luego las habrá con vos.»

—Será bien recibido —dijo sir Tor.

Entonces advirtió que venía otro caballero con gran ímpetu, y enderezó cada uno para el otro, que fue maravilla ver; pero el caballero dio a sir Tor un gran golpe en medio del escudo de manera que su lanza se hizo toda trozos. Y sir Tor le atravesó el escudo por abajo, y le entró por el costado, aunque no lo mató el golpe. Seguidamente se apeó sir Tor y le descargó un gran golpe encima del yelmo, y al punto el caballero se rindió y le suplicó merced.

—De buen grado te la daré —dijo sir Tor—; pero tú y tu compañero debéis ir al rey Arturo, y otorgaros prisioneros a él.

—¿Por quién diremos que somos enviados?

—Diréis: «por el caballero que seguía la demanda del caballero que iba con la perra». Y ahora, ¿cuáles son vuestros nombres? —dijo sir Tor.

—Mi nombre es —dijo el uno— sir Felot de Langduk.

—Y mi nombre es —dijo el otro— sir Petipace de Winchelsea.

—Pues id —dijo sir Tor—, y que Dios os valga, y a mí.

Entonces vino el enano y dijo a sir Tor: «Os ruego que me deis un don.»

—De buen grado —dijo sir Tor—; pide.

—No pido más —dijo el enano—, sino que me consintáis haceros servicio, pues no quiero servir más caballeros menguados.

—Toma un caballo —dijo sir Tor—, y ven conmigo.

—Sé que vais en pos del caballero con la perra blanca; yo os llevaré adonde está —dijo el enano.

Y cabalgaron por una floresta, y a la postre descubrieron dos pabellones cerca de un priorato, con dos escudos, y uno de los escudos era de color blanco, y el otro era bermejo.

CAPÍTULO 10

Cómo halló sir Tor la perra con una dama, y cómo le asaltó un caballero por la dicha perra

Seguidamente se apeó sir Tor, tomó del enano su ancha espada, se llegó al pabellón blanco, y vio tres doncellas acostadas en él, durmiendo sobre una colcha; y fue al otro pabellón, y halló a una dama durmiendo en él; pero allí estaba la perra blanca que empezó a llamarla con ladridos, a lo cual salió la

dama del pabellón, y todas sus doncellas. Pero luego que vio sir Tor a la perra blanca, la tomó por fuerza y la llevó al enano.

—¿Cómo, acaso queréis —dijo la dama— quitarme mi perra?

—Sí —dijo sir Tor—, esta perra he buscado desde la corte del rey Arturo hasta aquí.

—Pues bien, caballero —dijo la dama—, no iréis lejos con ella sin ser enfrentado y agraviado.

—Aguardaré la aventura que venga por la gracia de Dios —y montó sobre su caballo, y emprendió su camino hacia Camelot; pero estaba tan próxima la noche que no pudo llegar sino poco más allá.

—¿Conoces alguna posada? —dijo Tor.

—No conozco ninguna —dijo el enano—; pero aquí cerca hay una ermita, y allí debéis tomar la posada que halléis.

Y al poco rato llegaron a la ermita y tomaron aposento; y había yerba, avena y comida para sus caballos; presto fueron atendidos, y muy flaca fue su cena; pero descansaron allí toda la noche hasta por la mañana, y oyeron una misa devotamente, se despidieron del ermitaño, y sir Tor rogó al ermitaño que rezase por él. El ermitaño dijo que lo haría, y lo encomendó a Dios. Y montó él a caballo y cabalgó hacia Camelot mucho tiempo.

En eso oyeron dar voces a un caballero que venía tras ellos, y decía: «¡Caballero, aguarda y dame la perra que has quitado a mi dama!»

Se volvió sir Tor, y vio cómo era un caballero apuesto y bien encabalgado, y bien armado en todos los puntos; entonces sir Tor enderezó su escudo, tomó su lanza en las manos, vino el otro fieramente sobre él, y se derribaron ambos, hombre y caballo, a tierra. Se levantaron ligeramente y sacaron las espadas ansiosos como leones, se pusieron los escudos delante, y se tajaron los escudos, de manera que caían rajadas por ambas partes. También se tajaron los yelmos, y les salía la sangre caliente, y se cortaron y rasgaron las espesas mallas de sus cotas, de manera que manaba la sangre caliente y estaban ambos con muchas heridas y muy cansados.

Pero al notar sir Tor que el otro desfallecía, fue aprisa sobre él, dobló sus golpes, y le hizo caer a tierra de costado. Entonces sir Tor le mandó que se rindiese.

—Eso no lo haré —dijo Abelleus— en tanto dure mi vida y esté mi ánima dentro de mi cuerpo, a menos que quieras darme la perra.

—No lo haré —dijo sir Tor—, pues era mi demanda volver la perra, o a ti, o a ambos.

CAPÍTULO 11

Cómo sir Tor venció al caballero, y cómo éste perdió la cabeza a requerimiento de una dama

En eso vino una doncella cabalgando sobre un palafrén, todo lo aprisa que podía ir, gritando en voz alta a sir Tor.

—¿Qué me queréis? —dijo sir Tor.

—Te suplico —dijo la doncella—, por el amor del rey Arturo, que otorgues un don; te lo requiero, gentil caballero, como gentilhombre que eres.

—Pues bien —dijo sir Tor—, pedid el don y os lo daré.

—Muchas gracias —dijo la doncella—; pues pido la cabeza del falso caballero Abelleus, pues es el caballero más infame de cuantos viven, y el más infame criminal.

—Me disgusta —dijo sir Tor— el don que os he otorgado; que haga reparación en lo que os haya agraviado.

—Ahora no puede —dijo la doncella—, pues mató a mi hermano ante mis propios ojos, que sería mejor caballero que él, si hubiese tenido gracia; y yo estuve de rodillas media hora ante él en el barro para salvar la vida de mi hermano, que ningún daño le había hecho sino luchar con él por ventura de armas, y pese a todo lo que pude hacer le tajó la cabeza; por donde te requiero, como caballero acabado que eres, que me des mi don, o te avergonzaré en toda la corte del rey Arturo; pues es el caballero más falso que vive, y gran destructor de buenos caballeros.

Cuando Abelleus oyó esto, fue más espantado, y se rindió a él y pidió merced.

—No puedo ahora —dijo sir Tor—, o me hallarían falso a mi promesa; pues cuando yo os quería haber tomado a merced, vos no quisisteis pedir ninguna a menos que os devolviese la perra que era mi demanda.

Y seguidamente le quitó el yelmo; y se levantó él y huyó, y corrió sir Tor detrás, y le segó por entero la cabeza.

—Señor —dijo la doncella—, ahora es casi noche; os ruego que vengáis y os aposentéis conmigo en mi morada, que está muy cerca de aquí.

—De buen grado —dijo sir Tor, pues su caballo y él habían tenido mal descanso desde que partieron de Camelot.

Y fue con ella, y tuvo muy buena acogida con ella; y tenía ella por marido un viejo caballero muy gentil, el cual le hizo muy buena acogida, al caballo y a él. Y por la mañana oyó su misa, quebró su ayuno, y tomó licencia del caballero y de la dama, los cuales rogaron que les dijese su nombre.

—En verdad —dijo—, me llamo sir Tor, que he sido hecho caballero hace poco, y ésta es la primera empresa de armas que he hecho: devolver lo que este caballero Abelleus se llevó de la corte del rey Arturo.

—Oh, gentil caballero —dijeron la dama y su marido—; si venís por aquí por nuestras marcas, venid a visitar nuestra pobre morada, que estará siempre a vuestro mandamiento.

Así, pues, partió sir Tor, y llegó a Camelot el tercer día por mediodía, y el rey, la reina y toda la corte fueron muy contentos de su llegada, e hicieron gran alegría de que hubiese vuelto; pues había salido de la corte con poco socorro, sino que su padre el rey Pellinor le había dado un corcel viejo, y el rey Arturo armadura y una espada, y otro socorro no tenía, sino cabalgaba solo. Entonces el rey y la reina, por consejo de Merlín, le hicieron jurar que contaría de sus aventuras; y las contó, y dio pruebas de sus hechos como antes se ha referido, por donde el rey y la reina hicieron gran alegría.

—No, no —dijo Merlín—, éstas no son sino menudencias para lo que hará; pues probará ser un noble caballero de proeza, bueno como ninguno de cuantos viven, y gentil y cortés, y de buenas prendas, y muy leal a su promesa, y nunca hará ofensa.

Y por las palabras de Merlín, el rey Arturo le dio un condado de tierras que le llegó. Y aquí acaba la demanda de sir Tor, hijo del rey Pellinor.

CAPÍTULO 12

Cómo el rey Pellinor cabalgó en pos de la dama y el caballero que la llevaba, y cómo una dama deseó ayuda de él, y cómo luchó él con dos caballeros por esa dama, de los que mató uno del primer golpe

Entonces el rey Pellinor se armó, montó sobre su caballo, y cabalgó a más andar en pos de la dama que el caballero se llevaba. Y al meterse en una floresta, vio en un valle a una doncella sentada junto a una fuente, con un caballero herido en sus brazos, y la saludó Pellinor.

Y cuando ella lo vio, le gritó muy alto: «¡Socórreme, caballero, por el amor de Cristo, rey Pellinor!»

Pero no quiso éste detenerse, tan ansioso iba en pos de su demanda,

mientras ella gritaba cien veces que la ayudase. Al ver que no se quería detener pidió a Dios que le enviase tanta necesidad de ayuda como ella tenía, y que pudiese sentirla antes de morir. Y como cuenta el libro, allí murió el caballero que estaba herido, por donde la dama de pura aflicción se dio muerte con su espada.

Siguiendo el rey Pellinor por aquel valle, topó con un hombre pobre, un labrador.

—¿No has visto —dijo Pellinor— a un caballero que cabalgaba llevando a una dama?

—Sí —dijo el hombre—, a ese caballero he visto, y a la dama que hacía gran duelo, y allá abajo en un valle veréis dos pabellones, y uno de los caballeros de los pabellones disputaba la dama a ese caballero, y decía que era su prima cercana, por donde no la llevaría más lejos. Y así, han trabado batalla por esa querella, el uno diciendo que la tendría por fuerza, y el otro que tendría el gobierno de ella, ya que era su pariente, y la llevaría a su familia; y en esta querella les había dejado luchando. Y si vais a buen paso, luchando los hallaréis, y a la dama bajo la guarda de los dos escuderos, en los pabellones.

—Dios te lo agradezca —dijo el rey Pellinor.

Entonces cabalgó al galope hasta que divisó los dos pabellones, y a los dos caballeros luchando. Fue al punto a los pabellones, vio a la dama que era su empresa y dijo: «Gentil señora, debéis ir conmigo a la corte del rey Arturo.»

—Señor caballero —dijeron los dos escuderos que estaban con ella—, allá están dos caballeros que luchan por esta dama; id a despartirlos, acordad con ellos, y entonces la tendréis a vuestro contentamiento.

—Bien decís —dijo el rey Pellinor.

Y al punto cabalgó entre ellos, los despartió, y les preguntó las causas por que luchaban.

—Señor caballero —dijo el uno—, os las voy a decir: esta dama es pariente cercana mía, hija de mi tía, y al oírla quejarse que iba con él a su pesar, he trabado batalla con él.

—Señor caballero —dijo el otro, cuyo nombre era Hontzlake de Wentland—, a esta dama gané por mi proeza de armas este día en la corte del rey Arturo.

—Eso está mentirosamente dicho —dijo el rey Pellinor—, pues allí llegasteis súbitamente cuando estábamos en la alta fiesta, y os llevasteis a esta dama antes que nadie pudiese estar apercebido; por ende, es mi empresa volverla otra vez, y a vos también, o uno de nosotros quedará en el campo; por ende conmigo irá la dama, o moriré en ello, pues lo he prometido al rey

Arturo. Y por ende no luchéis más, pues ninguno de vosotros tendrá parte ninguna de ella en esta sazón, y si os place luchar por ella, luchad conmigo, que yo la defenderé.

—Pues bien —dijeron los caballeros—; aprestaos, porque os asaltaremos con todo nuestro poder.

Y cuando el rey Pellinor quiso apartar su caballo de ellos, sir Hontzlake lo ensartó con una espada y dijo: «Ahora estás a pie como nosotros.»

Cuando el rey Pellinor vio muerto su caballo, saltó con presteza de él y sacó la espada, se puso el escudo delante, y dijo: «Caballero, guarda bien tu cabeza, pues vas a tener un revés por haber matado mi caballo.»

Y el rey Pellinor le dio tal golpe encima del yelmo que le hendió la cabeza hasta la barbilla, de manera que cayó a tierra muerto.

CAPÍTULO 13

Cómo el rey Pellinor ganó a la dama y la llevó a Camelot, a la corte del rey Arturo

Y entonces se volvió al otro caballero que estaba mal herido. Pero cuando vio éste el revés del otro, no quiso luchar, sino se arrodilló y dijo: «Llevaos a mi prima la dama como requerís, y os requiero, como caballero acabado que sois, que no la pongáis en afrenta ni villanía.»

—¿Pues qué —dijo el rey Pellinor—, no queréis luchar por ella?

—No, señor —dijo el caballero—, no lucharé con un caballero de proeza como vos.

—Decís bien —dijo Pellinor—; os prometo que no tendrá ninguna villanía por mí, como caballero verdadero que soy. Pero ahora estoy sin caballo —dijo Pellinor—, así que tomaré el caballo de Hontzlake.

—No será menester —dijo el caballero—, pues yo os daré un caballo que os placera, con tal que queráis albergaros conmigo, pues es casi noche.

—De buen grado —dijo el rey Pellinor— pasaré con vos la noche entera.

Y allí tuvo con él muy buena acogida, comió de lo mejor con muy buen vino, y holgó toda esa noche. Y por la mañana oyó una misa y comió; entonces le fue traído un hermoso corcel bayo, con la silla del rey Pellinor aparejada sobre él.

—Y bien, ¿cómo debo llamaros —dijo el caballero—, ya que tenéis a mi

prima por vuestro deseo de esta empresa?

—Señor, os lo diré: mi nombre es rey Pellinor de las Islas, y caballero de la Tabla Redonda.

—Ahora soy contento —dijo el caballero— que tan noble hombre tenga el gobierno de mi prima.

—¿Y cuál es vuestro nombre? —dijo Pellinor—, os ruego que me lo digáis.

—Señor, mi nombre es sir Meliot de Logres, y esta dama prima mía se llama Nimue, y el caballero que estaba en el otro pabellón es mi jurado hermano, muy buen caballero, llamado Brian de las Islas, y es muy contrario a hacer injusticias, y muy contrario a luchar con ningún hombre, aunque si se le insiste, por vergüenza no lo puede dejar.

—Es maravilla —dijo Pellinor—, que no quiera haberlas conmigo.

—Señor, con ninguno las habrá, a menos que sea a su recuesta.

—Llevadlo a la corte —dijo Pellinor— uno de estos días.

—Señor, iremos juntos.

—Seréis bien venidos —dijo Pellinor— a la corte del rey Arturo, y muy recomendados por vuestra venida.

Partió, pues, con la dama, y la llevó a Camelot. Y cuando iban por un valle que estaba lleno de piedras, tropezó el caballo de la dama y la tiró, de manera que se magulló el brazo gravemente, y casi se desvaneció de dolor.

—Ay, señor —dijo la dama—, se me ha descoyuntado el brazo, y debo necesariamente descansar.

—Pues lo haréis bien —dijo el rey Pellinor.

Y se apeó bajo un árbol donde había hermosa yerba, dejó en ella su caballo, se echó después al pie del árbol y durmió hasta que fue casi noche. Y cuando despertó quiso seguir.

—Señor —dijo la dama—, está tan oscuro que lo mismo iríais adelante como atrás.

Así que se quedaron e hicieron allí su albergue. Entonces sir Pellinor se quitó la armadura. Y poco antes de la media noche oyeron el trote de un caballo.

—Estad queda —dijo el rey Pellinor—, pues oiremos de alguna aventura.

CAPÍTULO 14

Cómo de camino oyó a dos caballeros, estando acostado por la noche en un valle, y de sus aventuras

Y se armó en seguida. Y justo delante de él vio cómo se juntaron dos caballeros, el uno que venía de Camelot, y el otro del norte, y se saludaban.

—¿Qué nuevas traéis de Camelot? —dijo el uno.

—Por mi cabeza —dijo el otro—, en la corte he estado espiando al rey Arturo, y hay tal compañía allí que no se romperá nunca, y casi todo el mundo se tiene con Arturo, pues allí está la flor de la caballería. Y por esta causa voy para el norte: para contar a nuestros capitanes de la compañía que hay con el rey Arturo.

—En cuanto a eso —dijo el otro caballero—, traigo un remedio conmigo, que es el más grande veneno de que hayáis oído hablar; a Camelot voy con él, pues tenemos un amigo cerca del rey Arturo, y muy estimado, que envenenará al rey Arturo, pues así lo ha prometido a nuestros capitanes, y ha recibido grandes dones por hacerlo.

—Guardaos de Merlín —dijo el otro caballero—, pues él conoce todas las cosas por artes diabólicas.

—No por eso lo dejaré —dijo el caballero. Y se partieron.

Poco después se aprestó Pellinor, y su dama, y cabalgaron hacia Camelot; y al pasar junto a la fuente donde estaban el caballero herido y la dama halló allí al caballero, y la dama comida por leones o bestias salvajes, toda salvo la cabeza, por donde hizo gran aflicción, y lloró amargamente, y dijo: «¡Ay!, su vida podía haber salvado, pero iba tan fiero en mi demanda que no me quise parar.»

—¿Por qué hacéis ese duelo? —dijo la dama.

—No lo sé —dijo Pellinor—, pero mi corazón se aflige amargamente de su muerte, pues era muy hermosa dama y joven.

—¿Queréis hacer por mi consejo? —dijo la dama—. Tomad a este caballero y haced que sea enterrado en una ermita; después tomad la cabeza de la dama, y llevadla con vos a Arturo.

Tomó, pues, el rey Pellinor al caballero muerto sobre sus hombros, lo llevó a la ermita, y encargó al ermitaño con el cadáver, de manera que fuesen hechos servicios por el ánima; «y tomad su arnés por vuestro trabajo».

—Así se hará —dijo el ermitaño— como tengo que responder ante Dios.

CAPÍTULO 15

Cómo cuando llegó a Camelot juró sobre un libro contar la verdad de su demanda

Y partieron seguidamente, y fueron adonde yacía la cabeza de la dama con hermoso cabello dorado, de manera que el rey Pellinor se afligió en extremo al contemplarla, pues mucho movía su corazón aquel semblante. Y hacia el mediodía llegaron a Camelot; y el rey y la reina fueron muy alegres de su llegada a la corte. Y allí le hicieron jurar sobre los cuatro Evangelios que contaría la verdad de su demanda de un cabo al otro.

—¡Ah!, sir Pellinor —dijo la reina Ginebra—, gran reprobación merecéis por no haber salvado la vida de esta dama.

—Señora —dijo Pellinor—, gran reprobación mereceríais vos si, pudiendo, no salvaseis vuestra propia vida; pero, salvo vuestro placer, iba yo tan furioso en mi demanda que no me quise detener, lo cual me pesa, y me pesará los días de mi vida.

—En verdad —dijo Merlín—, que ha de pesaros mucho, pues esa dama era vuestra propia hija, engendrada en la Dama de la Regla, y ese caballero muerto era su amado, el cual se habría desposado con ella, y era joven y muy buen caballero, y habría probado ser buen hombre; y a esta corte venía, y se llamaba sir Miles de las Landas, y vino por detrás un caballero y lo mató con una lanza, cuyo nombre es Loraine le Savage, y es un falso caballero y cobarde; y ella por gran aflicción y dolor, se mató con la espada de él, y se llamaba Elaine. Y porque no quisisteis deteneros a ayudarla, os fallecerá vuestro mejor amigo en la más grande congoja que hayáis estado nunca ni estaréis. Y esa penitencia os tiene Dios ordenada por esa acción, que aquel en quien más fiéis de cuantos hombres viven dejará que os maten.

—Siento —dijo el rey Pellinor— que me vaya a acontecer esto, pero Dios puede bien deshacer el destino.

Y acabada la demanda del ciervo blanco, la cual siguió sir Gawain, y la demanda de la perra, seguida por sir Tor, hijo de Pellinor, y la de la dama que se llevó el caballero, que en aquella sazón siguió el rey Pellinor, el rey estableció a todos sus caballeros, y dio tierras a los que no eran ricos en tierras, dándoles cargo de no cometer nunca crimen ni desafuero, y de huir siempre de la traición; también, de no ser crueles por ningún medio, sino dar merced a quien la pidiese, so pena de perder su honra y el señorío del rey Arturo para siempre; y de socorrer siempre a damas, doncellas y dueñas, so

pena de muerte. También, que ningún hombre tomase batalla ninguna en injusta querella ni por amor ni por bienes mundanos. Esto juraron todos los caballeros de la Tabla Redonda, viejos y mancebos. Y cada año lo juraron en la alta fiesta de Pentecostés.

Explicit las Bodas del rey Arturo

Sequitur liber quartus

LIBRO IV

CAPÍTULO 1

Cómo Merlín se prendó y enamoró perdidamente de una de las Damas del Lago, y cómo fue encerrado en una cueva bajo una piedra y allí murió

Después de estas empresas de sir Gawain, sir Tor y el rey Pellinor, acaeció que Merlín se prendó de la doncella que el rey había traído a la corte, y era una de las doncellas del Lago, llamada Nimue. Pero Merlín no le daba descanso, sino siempre quería estar con ella. Y ella le hacía siempre buena muestra, hasta que aprendió de él todas maneras de cosas que deseaba; y Merlín se enamoró perdidamente de ella, al extremo que no se podía apartar de ella.

En una sazón dijo al rey Arturo que no duraría mucho tiempo, sino que pese a todas sus artes sería puesto en la tierra muy pronto, y contó al rey muchas cosas que acaecerían, pero no cesaba de prevenir al rey que guardase siempre bien su espada y su vaina, pues le dijo cómo se las robaría una mujer en la que él fiaba mucho. También dijo al rey Arturo que le echaría de menos, «y más que todas vuestras tierras querríais tenerme otra vez».

—Ah —dijo el rey—, ya que sabéis de vuestra ventura, proveed para ella, y deshaced con vuestras artes esa desventura.

—No —dijo Merlín—, no será así —y se partió del rey.

Al poco tiempo partió la Doncella del Lago, y Merlín fue con ella constantemente adondequiera que iba. Y muchas veces quiso Merlín tenerla privadamente por sus artes sutiles; entonces ella le hizo jurar que no haría ningún encantamiento sobre ella si quería tener su voluntad. Y así lo juró él; y fueron ella y Merlín sobre la mar, a la tierra de Benwick, donde el rey Ban tenía gran guerra contra el rey Claudas; y allí habló Merlín con la mujer del rey Ban, una hermosa dama y buena, y se llamaba Elaine, y vio allí al joven

Lanzarote. Y la reina hizo gran lamentación por la guerra mortal que el rey Claudas hacía sobre su señor y sus tierras.

—No toméis ningún pesar —dijo Merlín— pues este mismo hijo dentro de veinte años os vengará del rey Claudas, de manera que toda la Cristiandad hablará de ello; y este mismo hijo será el hombre de más merecimiento del mundo; y sé bien que su primer nombre es Galahad —dijo Merlín—, y después lo habéis confirmado Lanzarote.

—Es verdad —dijo la reina— que su primer nombre es Galahad. ¡Oh Merlín! —dijo la reina—, ¿viviré para ver a mi hijo como tal hombre de proeza?

—Sí, señora, por mi peligro que lo veréis, y aún viviréis muchos inviernos después.

Poco después partieron la dama y Merlín y por el camino Merlín le mostró muchos prodigios, y vinieron a Cornualles. Y no paraba Merlín de asediar a la dama para tener su donceller; y ésta estaba muy cansada y deseosa de librarse de él, pues le temía por ser hijo de un demonio, y no podía librarse de él por ningún medio.

Acaeció en una sazón que Merlín le mostró en una peña dónde estaba un gran prodigio que, por obra de encantamiento, se hallaba bajo una gran piedra. Y por sutil arte hizo ella que Merlín fuese debajo de aquella piedra para enseñarle aquellas maravillas; pero ella obró de tal manera por él, que Merlín no volvió a salir pese a todas las artes que pudo hacer. Y se partió y dejó allí a Merlín.

CAPÍTULO 2

Cómo vinieron cinco reyes a esta tierra para guerrear contra Arturo, y qué consejo tuvo Arturo contra ellos

Y fue el rey Arturo a Camelot, celebró allí una gran fiesta con alegría y gozo, y poco después retornó a Cardol. Y allí vino nueva a Arturo que el rey de Dinamarca, y el rey de Irlanda, su hermano, y el rey del Valle, y el rey de Soleyse, y el rey de la Isla de Longtains, estos cinco reyes, con una gran hueste, habían entrado en sus tierras, quemando y matando cuanto se les ponía delante, ciudades y castillos, que daba piedad oír.

—Ay —dijo el rey Arturo—, aún no he holgado un mes desde que fui coronado rey de esta tierra. Ahora no lo haré hasta encontrarme con esos reyes en campo llano, de lo cual hago voto; y para que no sean destruidos mis fieles

vasallos por mi defecto, venga conmigo quienquiera, y quédese quien no.

Entonces mandó el rey escribir al rey Pellinor, y le rogó que a toda prisa se aperciese con cuanta gente pudiera levantar con la mayor diligencia, y fuese tras él a toda prisa. Todos los barones se enojaron en secreto de que el rey quisiese partir tan súbitamente; pero por ningún medio se quiso quedar el rey, sino mandó escribir a los que no estaban allí, pidiéndoles que fuesen tras él, los que no estaban en aquella sazón en la corte.

Entonces fue el rey a la reina Ginebra, y dijo: «Señora aprestaos pues vendréis conmigo, pues no puedo estar mucho tiempo apartado de vos. Haréis sentirme más osado cualquiera que sea la aventura que me pueda acaecer; no quiero saber que mi señora está en ningún peligro.»

—Señor —dijo ella—, estoy a vuestro mandamiento, y estaré presta a la hora que vos lo estéis.

Y al otro día de mañana partieron el rey y la reina con cuanta compañía tenían, y entraron en el norte, en una floresta junto al Humber, y allí se albergaron.

Cuando les llegó voz y nueva a los cinco reyes antedichos que Arturo estaba cerca del Humber en una floresta, un caballero, hermano de uno de los cinco reyes, les dio este consejo:

—Sabéis bien que sir Arturo tiene la flor de la caballería del mundo con él, como se ha probado en la gran batalla que hizo con los once reyes; por ende, corramos noche y día hacia él hasta que estemos cerca, pues cuanto más tarda más fuerte es, y más débiles somos nosotros; y es tan ardoroso que ha venido al campo con poca gente, y por ende vayamos sobre él antes del alba y destruyámosle totalmente; ninguno de sus caballeros debe escapar.

CAPÍTULO 3

Cómo el rey Arturo los hubo con ellos y los derrocó, y mató a los cinco reyes e hizo huir a los restantes

A este consejo fueron concordados los cinco reyes, atravesaron con su hueste el Norte de Gales, llegaron de noche a Arturo, y cayeron sobre su hueste cuando el rey y sus caballeros estaban en sus pabellones. El rey Arturo estaba desarmado, y se había acostado a descansar con su reina Ginebra.

—Señor —dijo sir Kay—, no conviene que estemos desarmados.

—No tendremos necesidad —dijeron sir Gawain y sir Griflet, que yacían

en un pequeño pabellón cercano al rey.

En eso oyeron gran estruendo, y muchos gritaban: «¡Traición, traición!»

—¡Ay —dijo el rey Arturo—, hemos sido traicionados! A las armas, compañeros —gritó entonces. Y en seguida se armaron en todos puntos.

Entonces vino un caballero herido al rey, y dijo: «Señor, salvaos vos y mi señora la reina, pues nuestra hueste ha sido destruida, y muerta mucha de nuestra gente.»

Tomaron al punto sus caballos el rey y la reina y tres caballeros, y cabalgaron hacia el Humber para pasarlo; pero el agua estaba tan turbada que tuvieron miedo de cruzar.

—Ahora podéis escoger —dijo el rey Arturo—, si queréis quedaros y tomar la aventura de este lado, pues si os prenden os matarán.

—Más quisiera morir en el agua —dijo la reina— que caer y morir en manos de vuestros enemigos.

Y mientras así hablaban, sir Kay vio venir solos a caballo a los cinco reyes, lanza en mano, derechamente hacia ellos.

—Mirad —dijo sir Kay—, allá están los cinco reyes; vayamos a ellos y desafiémosles.

—Eso sería necedad —dijo sir Gawain—, pues nosotros sólo somos tres, y ellos cinco.

—Eso es cierto —dijo sir Griflet.

—No importa —dijo sir Kay—, yo me entenderé con dos de ellos, y entonces podréis entenderos vosotros con los otros tres.

Y seguidamente sir Kay dejó correr su caballo lo aprisa que podía, y le atravesó a uno de ellos el escudo y el cuerpo una braza, de manera que el rey cayó a tierra muerto. Vio aquello sir Gawain y corrió sobre otro rey tan de recio que le atravesó el cuerpo. A continuación el rey Arturo fue a otro, y le atravesó el cuerpo con una lanza, de manera que cayó a tierra muerto. Entonces sir Griflet fue sobre el cuarto rey, y le dio tal caída que le quebró el cuello. Al punto sir Kay fue sobre el quinto rey, y lo hirió tan duramente encima del yelmo que el tajo le hendió el yelmo y la cabeza hasta tierra.

—Bien dado ese golpe —dijo el rey Arturo—, y honrosamente has mantenido tu promesa, por ende te honraré mientras viva.

Y seguidamente pusieron a la reina en una barca, en el Humber; pero no paraba la reina Ginebra de alabar a sir Kay por sus hazañas, y decía: «Cualquier dama que améis, si no os ama ella a vos, merecería gran reproche;

y entre las damas —dijo la reina—, sostendré yo vuestra noble fama, pues gran palabra disteis, y la cumplisteis honrosamente.» Y con eso la reina partió.

Entonces el rey y los tres caballeros se metieron en la floresta, pues allí pensaban oír de los que habían escapado; y allí hallaron a la mayor parte de su gente, y les contaron todo, cómo habían muerto los cinco reyes. «Y por ende, mantengámonos juntos hasta que sea día, y cuando la hueste de ellos vea que han muerto sus capitanes, harán tal duelo que no se valerán más.»

Como dijo el rey, así fue: pues cuando hallaron muertos a los cinco reyes hicieron tal duelo que se cayeron de sus caballos. Seguidamente llegó el rey Arturo y con muy poca gente, y mató a diestra y a siniestra, al extremo que casi no escapó ninguno, sino fueron todos muertos, en número de treinta mil. Y cuando hubo acabado del todo la batalla, se arrodilló el rey y dio gracias a Dios humildemente. Entonces envió por la reina, no tardó ésta en venir, e hizo gran gozo por el vencimiento de aquella batalla.

CAPÍTULO 4

Cómo fue acabada la batalla antes que él llegase, y cómo fundó el rey una abadía donde fue la batalla

En eso vino uno al rey Arturo, y le dijo que el rey Pellinor estaba a menos de tres millas con una gran hueste.

Y dijo el rey: «Ve a él, y hazle saber cómo nos ha ido.»

Al poco rato llegó el rey Pellinor con una gran hueste, saludó a la gente y al rey, y hubo gran contento por ambas partes. Entonces el rey mandó averiguar cuánta gente de su bando había muerto; y hallaron que eran poco más de doscientos los hombres muertos y ocho caballeros de la Tabla Redonda en sus pabellones.

Entonces el rey mandó levantar y devisar en el mismo lugar donde había sido la batalla una hermosa abadía, y la dotó de gran hacienda, y la hizo llamar Abadía de La Bella Aventura. Pero cuando algunos de ellos llegaron a sus países, de los que los cinco reyes eran reyes, y contaron cómo éstos habían muerto, hicieron allí gran duelo. Y todos los enemigos del rey Arturo, como el rey del Norte de Gales, y los reyes del norte, al saber de la batalla, tuvieron muy gran pesar. Y el rey retornó aprisa a Camelot.

Y cuando hubo llegado a Camelot llamó al rey Pellinor, y dijo: «Entended bien que hemos perdido ocho de los mejores caballeros de la Tabla Redonda, y por vuestro consejo escogeremos otros ocho de los mejores que podemos

hallar en esta corte.»

—Señor —dijo Pellinor—, os aconsejaré lo mejor según mi concepto: hay en vuestra corte muy nobles caballeros viejos y mancebos; y por ende por mi parecer debéis escoger mitad de los viejos y mitad de los mancebos.

—¿Cuáles son los viejos? —dijo el rey Arturo.

—Señor —dijo el rey Pellinor—, creo que el rey Uriens, que casó con vuestra hermana Morgana el Hada, y el Rey del Lago, y sir Hervis de Revel, noble caballero, y sir Galagars, el cuarto.

—Está bien devisado —dijo el rey Arturo—, y así mismo se hará. ¿Y quiénes son los cuatro caballeros mancebos? —dijo Arturo.

—Señor —dijo Pellinor—, el primero es sir Gawain, vuestro sobrino, que es tan buen caballero de su tiempo como ninguno de esta tierra; y el segundo a mi entender es sir Griflet le Fise de Dieu, que es buen caballero y muy deseoso en armas, y quien pueda verle vivo verá caballero probado; y el tercero que a mi entender testa bien que sea de los caballeros de la Tabla Redonda es sir Kay el Senescal, pues muchas veces ha hecho muy dignamente, y ahora en vuestra postrera batalla hizo muy honrosamente llegando a matar dos reyes.

—Por mi cabeza —dijo Arturo—, más digno es de ser caballero de la Tabla Redonda que ninguno de cuantos habéis nombrado, aunque no hiciese más proeza los días de su vida.

CAPÍTULO 5

Cómo sir Tor fue hecho caballero de la Tabla Redonda, y cómo se disgustó Bagdemagus

—Ahora —dijo el rey Pellinor— os propondré dos caballeros, y vos escogeréis cuál es el más digno, que son sir Bagdemagus, y sir Tor, mi hijo. Pero por ser sir Tor hijo mío no lo puedo alabar, aunque si no fuese hijo mío, osaría decir que de su edad no hay en esta tierra mejor caballero que él, ni de mejores condiciones, y contrario a hacer ninguna sinrazón y contrario a aceptar ninguna.

—Por mi cabeza —dijo Arturo—, muy buen caballero es como cualquiera de los que habéis nombrado este día, lo sé bien —dijo el rey—, pues lo he visto probado, aunque dice poco y hace mucho más; pues no conozco ninguno en toda esta corte, si fuese él tan bien nacido de su madre como lo es de vuestra parte, de tanta proeza y poder como él; y por ende lo escogeré a él, y dejaré a sir Bagdemagus hasta otra ocasión.

Y una vez así escogidos por acuerdo de todos los barones, fueron hallados en sus sillas los nombres de los caballeros que aquí se han nombrado; y se sentaron en sus sillas, de lo que sir Bagdemagus tuvo grandísimo enojo, que sir Tor fuese puesto delante de él, y por ende partió súbitamente de la corte, llevando a su escudero con él, y cabalgó mucho tiempo por una floresta, hasta que llegaron a una cruz, y allí se apeó y dijo devotamente sus oraciones. Entre tanto su escudero halló escrito sobre la cruz que Bagdemagus no tornaría más a la corte, hasta haber vencido a un caballero de la Tabla Redonda, cuerpo por cuerpo.

—Mirad, señor —dijo el escudero—, aquí hallo escrito de vos, por ende os aconsejo que tornéis a la corte.

—No lo haré —dijo Bagdemagus— hasta que los hombres digan gran honra de mí, y merezca ser caballero de la Tabla Redonda.

Siguieron, pues, cabalgando, y por el camino hallaron una rama de yerba santa que era señal del Santo Grial; y ningún caballero hallaba tales señales sino el de vida derecha.

Y yendo sir Bagdemagus en pos de muchas aventuras, le acaeció llegar a la peña donde la Dama del Lago había puesto a Merlín bajo la piedra, y allí le oyó hacer duelo, por lo que sir Bagdemagus quiso ayudarle, y se llegó a la gran piedra; pero era tan pesada que cien hombres no la podían levantar. Cuando Merlín supo que estaba allí, le mandó que dejase su trabajo, pues todo era en vano, ya que no podría ser ayudado sino por la que le había puesto allí.

Y partió Bagdemagus, e hizo muchas aventuras, y probó después ser muy buen caballero, y volvió a la corte y fue hecho caballero de la Tabla Redonda.

Y por la mañana llegaron nuevas y otras aventuras.

CAPÍTULO 6

Cómo el rey Arturo, el rey Uriens y sir Accolon de Gaula persiguieron un ciervo, y de su maravillosa aventura

Acaeció entonces que Arturo y muchos de sus caballeros fueron a montar a una gran floresta; y sucedió que el rey Arturo, el rey Uriens y sir Accolon de Gaula persiguieron un gran ciervo, pues los tres iban bien encabalgados, y tan aprisa corrieron que al poco rato estaban los tres a diez millas de su compañía. Y a la postre fueron con tanto empeño que mataron a los caballos debajo de ellos. Entonces se quedaron los tres a pie, con el ciervo siempre delante, muy cansado y fatigado.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo el rey Arturo—. Estamos en mal trance.

—Sigamos a pie —dijo el rey Uriens—, hasta que podamos dar con alguna posada.

Entonces vieron al ciervo caído en una gran ribera de agua, y una perra mordiéndole en la garganta, y muchos otros perros que venían detrás. Entonces el rey Arturo tocó señal de presa y despiezó el ciervo.

Entonces el rey alzó los ojos y vio delante de él, en una gran agua, una pequeña nave toda aderezada de seda hasta el agua; y vino derechamente a ellos, y arribó a la orilla. Entonces Arturo fue a la ribera, se asomó a ella, y no vio dentro ninguna criatura terrenal.

—Señores —dijo el rey—, venid acá, y veamos qué hay en esta nave.

Y entraron los tres, y la hallaron ricamente cubierta con tela de seda. A todo esto era ya noche oscura, y súbitamente vieron alrededor de ellos cien antorchas, puestas sobre todos los bordes de la nave, que daban gran lumbré; seguidamente salieron doce hermosas doncellas e hicieron reverencia al rey Arturo de rodillas, lo llamaron por su nombre, y dijeron que era muy bien venido, y que tendría la mejor acogida que ellas le podían dar. El rey dio las gracias cortésmente. A continuación llevaron al rey y sus dos compañeros a una hermosa cámara, donde había un mantel ricamente aderezado de todo lo que pertenecía a una mesa, y allí fueron servidos de todos los vinos y viandas que ellos podían pensar; de lo cual fue el rey muy maravillado, pues nunca había comido mejor en una cena.

Y cuando hubieron cenado a su sabor, el rey Arturo fue llevado a una cámara, más ricamente aderezada que ninguna de cuantas había visto; y lo mismo fue servido el rey Uriens, y llevado a otra cámara igual, y sir Accolon fue llevado a una tercera cámara muy ricamente y bien ataviada; y se acostaron holgadamente en sus camas. Y al punto se quedaron dormidos, y durmieron profundamente toda la noche.

Y por la mañana el rey Uriens estaba en Camelot, acostado en brazos de su mujer, Morgana el Hada. Y al despertarse fue muy maravillado, cómo había llegado allí, ya que en la víspera se hallaba a dos jornadas de Camelot. Y cuando despertó el rey Arturo vio que estaba en una prisión oscura, oyendo alrededor suyo muchas quejas de caballeros desventurados.

CAPÍTULO 7

Cómo Arturo tomó sobre sí luchar para ser librado de prisión, y también para librar a veinte caballeros que estaban en prisión

—¿Quiénes sois que así os quejáis? —dijo el rey Arturo.

—Aquí somos veinte caballeros, prisioneros —dijeron—; algunos de nosotros hace que yacemos aquí siete años; y otros más, y otros menos.

—¿Por qué causa? —dijo Arturo.

—Os la diremos —dijeron los caballeros—. El señor de este castillo, cuyo nombre es sir Damas, y es el más falso caballero del mundo, y el más lleno de traición, y el más cobarde de cuantos viven, tiene un hermano más joven, buen caballero de proeza, llamado sir Ontzlake y este traidor Damas, hermano mayor, no quiere darle parte ninguna de su hacienda, sino que sir Ontzlake retiene de él, por proeza de sus manos, una hermosa y rica mansión donde sir Ontzlake mora dignamente, y es bien amado de todo el pueblo. Y este sir Damas, nuestro dueño, es así mismo desamado, pues no tiene merced, y es cobarde, y ha habido gran guerra entre ambos; pero Ontzlake tiene siempre lo mejor, y no cesa de ofrecer a sir Damas luchar por la hacienda, cuerpo por cuerpo, aunque él no quiere, a menos que halle un caballero que luche por él. Para lo cual sir Damas ha convenido buscar un caballero, pero es tan desamado y odiado que no hay ninguno que quiera luchar por él. Y viendo Damas que no hay ninguno que consienta luchar por él, se pone diariamente al acecho con muchos caballeros con él, y prende a todos los caballeros de este país, para ver y espiar sus aventuras, y los prende por fuerza y trae a esta prisión. Y así nos ha prendido uno por uno, cuando íbamos en pos de nuestras aventuras, y muchos buenos caballeros han muerto en esta prisión por hambre, hasta el número de dieciocho. Y si cualquiera de los que aquí están, o han estado, hubiese querido luchar con su hermano Ontzlake, nos habría librado; pero porque este Damas es tan falso y tan lleno de traición, no hemos querido luchar por él y morir por ello. Y estamos tan flacos a causa del hambre que casi no podemos tenernos de pie.

—Dios os libre por su merced —dijo Arturo.

En esto vino una doncella a Arturo, y le preguntó: «¿Cómo os halláis?»

—No sé decir —dijo él.

—Señor —dijo ella—, si consentís luchar por mi señor, seréis librado de prisión, si no, no escaparéis en la vida.

—Muy duro es eso —dijo Arturo—, aunque más quisiera luchar con un caballero que morir en prisión; haré la batalla —dijo Arturo—, con tal que pueda quedar libre yo, y todos estos prisioneros.

—Sí —dijo la doncella.

—Estoy presto —dijo Arturo— si tengo caballo y armadura.

—No os faltará nada —dijo la doncella.

—Creo, doncella, que os he visto en la corte de Arturo.

—No —dijo la doncella—. Nunca he estado allí. Soy la hija del señor de este castillo.

Sin embargo era falsa, pues era una de las doncellas de Morgana el Hada. Y fue al punto a sir Damas, le contó cómo haría batalla por él, y éste envió por Arturo. Y cuando llegó era de tan lozano de color, y bien hecho de sus miembros, que todos los caballeros que le vieron dijeron que sería lástima que tal caballero muriese en prisión. Así, pues, sir Damas y él fueron concordados, con esta condición: que todos los otros caballeros serían librados; lo cual juró sir Damas a Arturo, y también hacer la batalla a todo riesgo. Y con esto fueron sacados los veinte caballeros de su oscura prisión a la sala, y librados, y se quedaron todos ellos a ver la batalla.

CAPÍTULO 8

Cómo Accolon se halló junto a una fuente, y tomó sobre sí hacer batalla contra Arturo

Volvemos ahora a Accolon de Gaula, que cuando despertó se halló en el borde de una profunda fuente, a menos de medio pie, con gran peligro de muerte. Y de esta fuente salía un caño de plata, y de este caño manaba agua hacia arriba en una piedra de mármol. Cuando sir Accolon vio esto, se santiguó y dijo: «Jesús, salva a mi señor rey Arturo, y al rey Uriens, pues estas doncellas de la nave nos han traicionado, pues eran demonios y no mujeres; y si puedo escapar de esta desventura, destruiré a todas las que pueda hallar de estas falsas doncellas que encantamientos.» Y en eso vino un enano de boca grande y nariz roma, saludó a sir Accolon y dijo cómo venía de la reina Morgana el Hada, «la cual os saluda bien, y os pide que seáis de corazón fuerte, ya que mañana lucharéis con un caballero, a la hora de prima; y por ende os envía aquí Excalibur, la espada de Arturo, y la vaina, y os ruega que si la amáis, hagáis la batalla a todo trance, sin ninguna merced, como prometisteis cuando hablasteis con ella en privado; y a la doncella que le traiga la cabeza del caballero con el que vais a luchar, la hará reina.»

—Bien os entiendo —dijo Accolon—; mantendré lo que le he prometido, ahora que tengo la espada. ¿Cuándo habéis visto a mi señora la reina Morgana el Hada?

—Hace muy poco —dijo el enano.

Entonces Accolon lo tomó en sus brazos y dijo: «Recomendadme a mi señora la reina, y decidle que todo será hecho como le he prometido, o moriré por ello. Pues creo —dijo Accolon— que ha hecho todas estas artes y encantamientos por esta batalla.»

—Bien podéis creerlo —dijo el enano.

En eso vino un caballero con una dama y seis escuderos, saludó a Accolon, y le rogó que se levantase, y fuese a descansar a su mansión. Y subió Accolon sobre un caballo desocupado, y fue con el caballero a una hermosa mansión cercana a un priorato, y allí tuvo muy buena acogida.

Entonces sir Damas envió a su hermano sir Ontzlake, diciéndole que se apercibiese por la mañana, a la hora de prima, y estuviese en el campo para luchar con un buen caballero, pues había hallado uno que estaba presto a hacer batalla en todos puntos. Cuando este mandado llegó a sir Ontzlake, tuvo mucho pesar, pues había sido herido poco antes en los muslos con una lanza, e hizo gran duelo. Pero aunque estaba herido, quiso tomar la batalla pendiente. Y acaeció en aquella sazón que, por mediación de Morgana el Hada, Accolon se aposentaba con sir Ontzlake; y cuando oyó de aquella batalla, y cómo Ontzlake estaba herido, dijo que lucharía por él, ya que Morgana el Hada le había enviado Excalibur y la vaina para luchar con el caballero la mañana: ésta fue la causa por que sir Accolon tomó la batalla pendiente. Entonces sir Ontzlake fue muy contento y agradeció de corazón a sir Accolon que hiciese tanto por él. Y seguidamente sir Ontzlake envió mandado a su hermano sir Damas, que tenía un caballero que por él estaría presto en el campo para la hora de prima.

Así que por la mañana estuvo sir Arturo armado y bien encabalgado, y preguntó a sir Damas: «¿Cuándo iremos al campo?»

—Señor —dijo sir Damas—, debéis oír misa.

Oyó, pues, una misa Arturo, y acabada la misa vino un escudero sobre un gran caballo, y preguntó a sir Damas si su caballero estaba presto, «pues el nuestro está ya apercibido en el campo».

Entonces montó sir Arturo a caballo, y allí estaban todos los caballeros y comunes de aquel país; y por consejo de todos fueron escogidos doce buenos hombres del país para guardar a los dos caballeros.

Y cuando estuvo Arturo a caballo vino una doncella de Morgana el Hada, y trajo a sir Arturo una espada como Excalibur, con la vaina, y dijo a Arturo: «Morgana el Hada os envía aquí vuestra espada por gran amor.»

Se lo agradeció él, y creyó que así era; aunque era falsa, pues la espada y la vaina eran fingidas, quebradizas y falsas.

CAPÍTULO 9

De la batalla entre el rey Arturo y Accolon

Y enderezaron de ambas partes del campo, y dejaron correr con tal prisa sus caballos que se dieron ambos en medio del escudo con la cabeza de la lanza, de manera que fueron a tierra, hombre y caballo; se levantaron entonces de un salto, y sacaron las espadas.

Mientras estaban así empeñados en la batalla, llegó al campo la Doncella del Lago que había puesto a Merlín bajo la piedra; y vino allí por amor del rey Arturo, pues sabía cómo Morgana el Hada había ordenado de manera que el rey Arturo muriese ese día, y por ende venía a salvarle la vida.

Y trabaron ansiosamente batalla, y se dieron muchos grandes golpes. Pero la espada de Arturo no mordía como la de Accolon; y las más de las veces, cada golpe que Accolon daba hería gravemente a Arturo, de manera que era maravilla que siguiese de pie, y no paraba de manarle la sangre en abundancia. Cuando Arturo vio el suelo tan lleno de sangre sintió desmayo, y entonces adivinó que había sido cambiada su espada con traición; pues su espada no mordía el acero como solía; por donde temió mucho que iba a morir, pues le parecía que la espada que estaba en manos de Accolon era Excalibur, ya que cada golpe que Accolon daba hacía correr la sangre de Arturo.

—Caballero —dijo Accolon a Arturo—, guárdate bien de mí.

Pero Arturo no respondió; y le dio tal revés encima del yelmo que le hizo inclinarse, y casi caer a tierra. Entonces sir Accolon retrajo un poco, se adelantó con Excalibur en alto, y descargó tal golpe a sir Arturo, que casi lo tiró a tierra. Entonces se enojaron ambos, y se dieron muchos golpes sañudos, pero sir Arturo seguía perdiendo tanta sangre que era maravilla que se tuviese sobre sus pies; aunque estaba tan lleno de caballería que soportaba caballerescamente el sufrimiento. Y sir Accolon no perdía una sola gota de sangre, por donde estaba muy entero, mientras que sir Arturo estaba muy débil, y creía en verdad que iba a morir; pero pese a todo, hacía como que podía continuar y tenía a Accolon tan a raya como podía. Pero Accolon fiaba tanto en Excalibur que se mostraba muy osado. Y todos los que observaban decían que jamás habían visto un caballero luchar tan bien como hacía Arturo, considerando la sangre que perdía. Y toda la gente tenía pesar por él, pero los dos hermanos no querían tener avenencia.

Y no paraban de luchar ambos como fieros caballeros; y se retrajo sir Arturo un poco para descansar, y sir Accolon le llamó a la batalla, diciendo:

«No es momento que yo te consienta descansar.» Y fue al punto rabiosamente sobre Arturo; y sir Arturo se enojó por la sangre que había perdido, y descargó un golpe a Accolon encima del yelmo, con tal fuerza, que casi le hizo caer a tierra; y con esto se quebró la espada de Arturo por la cruz, y cayó en la yerba entre la sangre, quedando el pomo y el puño en sus manos. Cuando sir Arturo vio esto, tuvo mucho miedo de morir, aunque siguió con el escudo en alto sin perder terreno, ni desfallecer su ánimo.

CAPÍTULO 10

Cómo la espada con que luchaba el rey Arturo se quebró, y cómo recobró de Accolon su propia espada Excalibur, y venció a su enemigo

Entonces sir Accolon comenzó con palabras de traición, y dijo: «Caballero, estás vencido, y no puedes durar; y también estás desarmado, y has perdido mucha de tu sangre, y mucho me disgusta matarte, por ende ríndete a mí como menguado.»

—No —dijo sir Arturo—, no lo puedo hacer, pues he prometido hacer la batalla a todo trance, por la fe de mi cuerpo, mientras tenga vida, y por ende antes quisiera morir con honor que vivir con vergüenza; y si me fuese posible morir cien veces, preferiría hacerlo antes que rendirme a ti, pues aunque estoy sin arma, no estoy sin honor, y si me matas desarmado, tuya será la vergüenza.

—En cuanto a vergüenza —dijo Accolon—, no haré cuenta; así que guárdate de mí, pues eres ya hombre muerto.

Y seguidamente Accolon le dio tal golpe que casi lo derribó a tierra, y quiso que Arturo le pidiese merced. Pero sir Arturo se echó sobre Accolon con el escudo, y le dio con el pomo en la mano tal puñada que le hizo retroceder tres pasos.

Cuando la Doncella del Lago vio a Arturo, cuan lleno de proeza estaba su cuerpo, y la falsa traición que se había urdido para matarle, tuvo gran lástima que tan buen caballero y hombre de proeza fuera a ser destruido. Y el siguiente golpe que sir Accolon le descargó fue tal que por encantamiento de la doncella le cayó la espada Excalibur de la mano a tierra.

Y a continuación saltó sir Arturo con presteza a ella, la asió en su mano, y al punto supo que era su espada Excalibur; y dijo: «Demasiado tiempo has estado apartada de mí, y mucho daño me has hecho»; en eso vio la vaina colgando a su costado, saltó súbitamente sobre él, se la arrancó y la arrojó lo más lejos de él que pudo. «Ah, caballero —dijo Arturo—, este día me has hecho mucho daño con esta espada; ahora ha llegado tu muerte, pues no te

prometo sino que vas a recibir con esta espada, antes que nos partamos, los mismos pagos que tú me has dado, pues mucho dolor me has hecho soportar, y mucha sangre he perdido.»

Y al punto sir Arturo se abalanzó sobre él con todo su poder y lo tiró a tierra; le arrancó el yelmo, y le dio tal revés sobre la cabeza que le salió sangre de los oídos, la nariz y la boca.

—Ahora te voy a matar —dijo Arturo.

—Bien podéis hacerlo —dijo Accolon—, si os place, pues sois el mejor caballero que he hallado, y bien veo que Dios está con vos. Pero prometí hacer esta batalla a todo riesgo —dijo Accolon—, y no ser menguado mientras viva; por ende, jamás me rendiré por mi boca, sino haga Dios con mi cuerpo Su voluntad.

Entonces sir Arturo le recordó, y pensó que había visto a este caballero.

—Dime —dijo Arturo—, antes que te mate, ¿de qué país eres, y de qué corte?

—Señor caballero —dijo sir Accolon—, soy de la corte del rey Arturo, y me llamo Accolon de Gaula.

Entonces sintió Arturo más desmayo que antes; pues se acordó de su hermana Morgana el Hada, y del encantamiento de la nave. «Oh, señor caballero —dijo—, os ruego que me digáis quién os dio esta espada, y por quién la tuvisteis.»

CAPÍTULO 11

Cómo Accolon confesó la traición de Morgana el Hada, hermana del rey Arturo, y cómo ella había querido hacer que lo matasen

Entonces se acordó sir Accolon, y dijo: «Maldita sea esa espada, pues por ella he tenido mi muerte.»

—Bien puede ser —dijo el rey.

—Pues, señor —dijo Accolon—, os lo diré: esta espada ha sido guardada para mí la mayor parte de este año, y Morgana el Hada, mujer del rey Uriens, me la envió ayer por un enano, con esta intención: que matase al rey Arturo, su hermano. Pues sabed que el rey Arturo es el hombre del mundo al que ella más odia, porque es de más honra y proeza que ninguno de su sangre. Y también me ama fuera de medida como amante, y yo a ella; y si ella pudiese hacer que muriese Arturo con sus artes, prestamente mataría a su marido el rey

Uriens, y entonces devisaría que yo fuese rey de esta tierra, y reinase, y sería ella mi reina; pero eso ahora no es posible —dijo Accolon—, pues estoy seguro de mi muerte.

—Pues —dijo sir Arturo—, sentiría por vos que hubieseis sido rey de esta tierra. Habría sido gran daño que hubieseis destruido a vuestro señor —dijo Arturo.

—Es cierto —dijo Accolon—, pero ahora que os he dicho la verdad, os ruego que me digáis de dónde sois, y de qué corte.

—Ah, Accolon —dijo el rey Arturo—, pues te hago saber que yo soy el rey Arturo, a quien has hecho gran daño.

Cuando Accolon oyó esto, dijo en voz alta: «Gentil y dulce señor, tened merced de mí, pues no os había conocido.»

—Ah, sir Accolon —dijo el rey Arturo—, merced tendrás, pues veo por tus palabras que en esta sazón no conociste mi persona; pero entiendo por ellas que estabas concorde con la muerte de mi persona, y por ende eres traidor; pero te sé menos culpable, pues mi hermana Morgana el Hada por sus falsas artes te ha hecho acordar y consentir sus falsos placeres, pero yo me vengaré gravemente si vivo, de manera que toda la Cristiandad hablará de ello. Dios sabe que la he honrado y venerado más que a todo mi linaje, y he fiado más en ella que en mi propia mujer y todos mis otros parientes.

Entonces sir Arturo llamó a los guardadores del campo, y dijo: «Señores, venid, pues aquí somos dos caballeros que hemos luchado con gran daño para ambos, y cada uno podía haber matado igual al otro, si así hubiese acaecido, aunque si uno de nosotros hubiese reconocido al otro, no habría habido aquí ninguna batalla, ni se habría dado golpe ninguno.»

Entonces habló Accolon muy alto a todos los caballeros y hombres allí reunidos, y dijo de esta manera: «Oh señores, este noble caballero con el que he luchado, de lo que tengo mucho pesar, es el hombre de más proeza, esfuerzo y merecimiento del mundo, pues es el mismo rey Arturo, señor natural de todos nosotros; y por desdicha y desventura he hecho esta batalla contra el rey y señor al que soy obligado.»

CAPÍTULO 12

Cómo Arturo acordó a los dos hermanos, y libró a los veinte caballeros, y cómo murió sir Accolon

Entonces cayó toda la gente de rodillas, y pidió merced al rey Arturo.

—Tendréis merced —dijo Arturo—. Aquí podéis ver qué aventuras acontecen a menudo a los caballeros andantes, cómo he luchado con uno de mis propios caballeros para gran daño mío y suyo. Pero señores, ya que estoy mal herido, y él, y tengo gran menester de un poco de descanso, vais a entender la opinión sobre vosotros los dos hermanos:

»En cuanto a ti, sir Damas, por quien he sido campeón y he ganado el campo de este caballero, os juzgaré, sin embargo. Porque vos, sir Damas, tenéis fama de caballero soberbio, y lleno de villanía, e indigno de proeza por vuestras acciones; por ende, quiero que deis a vuestro hermano el señorío entero con sus privilegios, de esta forma: que sir Ontzlake tenga vuestro señorío, y os dé anualmente un palafrén para cabalgar, pues mejor os cumple cabalgar así que sobre corcel. También te doy cargo, sir Damas, so pena de muerte, que no aflijas nunca a ningún caballero andante que vaya en pos de su aventura. Y también que devuelvas a estos veinte caballeros, que tanto tiempo has tenido prisioneros, todos sus arneses, por donde estén conformes ellos; y si alguno viene a mi corte a dar queja de ti, por mi cabeza que morirás por ello. En cuanto a vos, sir Ontzlake, dado que sois tenido por buen caballero, y lleno de proeza, y verdadero y gentil en todos vuestros hechos, éste será vuestro encargo: que con toda buena prisa vengáis a mí y a mi corte, y seáis uno de mis caballeros; y si vuestros hechos después hacen que os prefiera, por la gracia de Dios, en breve tiempo tendréis hacienda para vivir tan honrosamente como vuestro hermano sir Damas.

—Dios agradezca vuestra crecida bondad y generosidad; desde ahora estaré en todo tiempo a vuestro mandamiento; pues, señor —dijo sir Ontzlake—, a Dios plugo que fuera yo herido hace poco por un caballero aventurero en ambos muslos, lo que me afligió mucho; si no, habría hecho yo esta batalla con vos.

—Pluguiera a Dios —dijo Arturo— que hubiese sido así, pues entonces no habría sido yo herido como ahora estoy. Y os diré por qué causa: no habría sido herido como ahora estoy, de no haber sido mi propia espada, que me fue robada a traición; que esta batalla fue ordenada de antemano para matarme, y llevada a propósito con falsa traición, y con falso encantamiento.

—Ay —dijo sir Ontzlake—, es gran lástima que, siendo tan noble como sois de vuestras hazañas y proeza, haya ningún hombre o mujer que conciba en su corazón mover traición ninguna contra vos.

—Yo les recompensaré —dijo Arturo— en breve tiempo, por la gracia de Dios. Ahora decidme —dijo Arturo—, ¿a qué trecho estoy de Camelot?

—Señor, estáis a dos jornadas de allí.

—Quisiera llegar a algún lugar digno —dijo sir Arturo—, donde pudiese

descansar.

—Señor —dijo sir Ontzlake—, aquí cerca hay una rica abadía fundada por vuestros mayores, de monjas, a sólo tres millas.

Se despidió, pues, el rey de toda la gente, montó a caballo, y sir Accolon con él. Y cuando llegaron a la abadía, hizo llamar físicos que examinasen sus heridas y las de Accolon; pero sir Accolon murió a los cuatro días, pues había perdido tanta sangre que no pudo vivir, pero el rey Arturo se recobró bien.

Y cuando murió Accolon, mandó que le llevasen en unas andas de caballos, con seis caballeros, a Camelot. Y dijo: «Llevallo a mi hermana Morgana el Hada y decid que se lo envió como presente, y decidle que tengo mi espada Excalibur y la vaina.»

Y partieron con el cuerpo.

CAPÍTULO 13

Cómo Morgana quiso matar a sir Uriens su marido, y cómo le salvó su hijo sir Uwain

Entre tanto Morgana el Hada creía que el rey Arturo había muerto. Y un día vio al rey Uriens en cama durmiendo. Entonces llamó a una doncella de su consejo, y dijo: «Ve y trae la espada de mi señor, pues nunca he visto mejor ocasión para matarle que ahora.»

—Oh, señora —dijo la doncella—, si matáis a mi señor, no podréis escapar.

—No tengas cuidado —dijo Morgana el Hada—, pues ahora veo mi mejor ocasión para hacerlo, así que ve aprisa y tráeme la espada.

Entonces partió la doncella, y halló a sir Uwain durmiendo en una cama en otra cámara; fue, pues, a él, lo despertó, y le dijo: «Levantaos y vigilad a mi señora vuestra madre, pues quiere dar muerte al rey vuestro padre que duerme en su cama, pues voy a llevarle su espada.»

—Bien —dijo sir Uwain—, id a vuestro mandado y dejadme hacer.

Al punto llevó la doncella a Morgana la espada con manos temblorosas, tomola ella con presteza, la sacó, se llegó sin temor a la cama, y miró cómo y dónde podía matarlo mejor.

Y cuando alzó la espada para herir, saltó sir Uwain sobre su madre, la asió por la mano, y dijo: «¡Ah, malvada!, ¿qué vas a hacer? Si no fueses mi madre,

con esta espada te cortarí­a la cabeza. Ah —dijo sir Uwain—, dicen que Merlín fue engendrado por un demonio, pero yo puedo decir que un demonio terrenal me ha parido a mí.»

—Oh, gentil hijo mío, Uwain, ten merced de mí, que he sido tentada por un demonio, por donde te suplico merced; nunca más lo haré; salva mi honra y no me descubras.

—Con esta condición os perdonaré —dijo sir Uwain—, que nunca os pongáis en riesgo de hacer tales hechos.

—No lo haré, hijo —dijo ella—; de eso te doy seguridad.

CAPÍTULO 14

Cómo la reina Morgana el Hada hizo gran llanto por la muerte de Accolon, y cómo robó la vaina de Arturo

Entonces vino nueva a Morgana el Hada que Accolon había sido muerto, y su cuerpo llevado a la iglesia, y cómo el rey Arturo tenía otra vez su espada.

Pero cuando la reina Morgana supo que Accolon había muerto, se afligió tanto que casi le reventó el corazón. Pero como no quería que se supiese, por fuera mantuvo su continente, y no hizo semblante ninguno de dolor. Pero sabía bien que si esperaba a que llegase su hermano, ningún oro salvaría su vida. Fue, pues, a la reina Ginebra, y pidió licencia para ir a su país.

—Podéis aguardar —dijo la reina Ginebra—, a que haya vuelto vuestro hermano el rey.

—No puedo —dijo Morgana el Hada—, pues tengo nuevas tan urgentes, que no puedo aguardar.

—Bien —dijo Ginebra—, podéis partir cuando queráis.

Así que temprano por la mañana, tomó su caballo y cabalgó todo ese día y la mayor parte de la noche, y al otro día hacia medio día llegó a la misma abadía de monjas donde yacía el rey Arturo; y al saber que estaba él allí, preguntó dónde. Y le respondieron que se había metido en la cama a dormir, pues había tenido muy poco descanso las tres noches últimas.

—Bien —dijo ella—, os doy cargo que ninguna de vosotras le despertéis hasta que yo lo haga —y se apeó del caballo, y pensó robarle Excalibur su espada.

Y fue derechamente a su cámara, y ningún hombre osó desobedecer su

mandamiento; y halló dormido a Arturo en la cama, con Excalibur desnuda en su mano diestra. Cuando vio eso, le pesó mucho no poder conseguir la espada sin despertarle, ya que sabía bien que la mataría. Entonces tomó la vaina y emprendió su camino a caballo.

Cuando el rey despertó y echó de menos su vaina, se enojó y preguntó quién había estado allí; y le dijeron que su hermana la reina Morgana había estado allí, que había ocultado la vaina debajo de su manto y se había ido.

—Ay —dijo Arturo—, falsamente me habéis velado.

—Señor —dijeron todos—, no osamos desobedecer el mandamiento de vuestra hermana.

—Ah —dijo el rey—, traed el mejor caballo que pueda hallarse, y decid a sir Ontzlake que se arme a toda prisa, tome otro buen caballo, y venga conmigo.

Al punto estuvieron el rey y Ontzlake bien armados, salieron en pos de esta dama, y llegaron junto a una cruz donde hallaron un vaquero, y preguntaron al pobre hombre si hacía poco había pasado alguna dama por allí.

—Señor —dijo este pobre hombre—, hace bien poco ha pasado una dama con cuarenta caballos, y hacia aquella floresta iba.

Dieron espuelas a sus caballos, siguieron aprisa, y al poco rato vio Arturo a Morgana el Hada. Entonces la persiguió cuanto más podía. Cuando ella vio que la seguía cabalgó a más andar por la floresta, hasta que llegó a un llano; y cuando vio que no podía escapar, fue hacia un lago cercano, y dijo: «Me pase lo que me pase, no tendrá mi hermano esta vaina.» Y la arrojó a lo más profundo del agua, y se hundió, ya que era pesada por el oro y las piedras preciosas. Entonces entró en un valle donde había muchas grandes piedras; y cuando vio que iba a ser alcanzada, tomó forma por encantamiento, hombre y caballo, de una gran piedra de mármol.

Y fue derechamente a su cámara, y ningún hombre osó desobedecer su mandamiento; y halló dormido a Arturo en la cama, con Excalibur desnuda en su mano diestra. Cuando vio eso, le pesó mucho no poder conseguir la espada sin despertarle, ya que sabía bien que la mataría. Entonces tomó la vaina y emprendió su camino a caballo.

Cuando el rey despertó y echó de menos su vaina, se enojó y preguntó quién había estado allí; y le dijeron que su hermana la reina Morgana había estado allí, que había ocultado la vaina debajo de su manto y se había ido.

—Ay —dijo Arturo—, falsamente me habéis velado.

—Señor —dijeron todos—, no osamos desobedecer el mandamiento de vuestra hermana.

—Ah —dijo el rey—, traed el mejor caballo que pueda hallarse, y decid a sir Ontzlake que se arme a toda prisa, tome otro buen caballo, y venga conmigo.

Al punto estuvieron el rey y Ontzlake bien armados, salieron en pos de esta dama, y llegaron junto a una cruz donde hallaron un vaquero, y preguntaron al pobre hombre si hacía poco había pasado alguna dama por allí. —Señor —dijo este pobre hombre—, hace bien poco ha pasado una dama con cuarenta caballos, y hacia aquella floresta iba.

Dieron espuelas a sus caballos, siguieron aprisa, y al poco rato vio Arturo a Morgana el Hada. Entonces la persiguió cuanto más podía. Cuando ella vio que la seguía cabalgó a más andar por la floresta, hasta que llegó a un llano; y cuando vio que no podía escapar, fue hacia un lago cercano, y dijo: «Me pase lo que me pase, no tendrá mi hermano esta vaina.» Y la arrojó a lo más profundo del agua, y se hundió, ya que era pesada por el oro y las piedras preciosas. Entonces entró en un valle donde había muchas grandes piedras; y cuando vio que iba a ser alcanzada, tomó forma por encantamiento, hombre y caballo, de una gran piedra de mármol.

A poco de esto llegaron sir Arturo y sir Ontzlake donde el rey pudo reconocer a su hermana y sus hombres, y a un caballero de otro. «Ah —dijo el rey—, aquí podéis ver la venganza de Dios; y ahora me pesa que haya acaecido esta desventura.» Y buscó la vaina con los ojos, pero no la vio, así que tornó a la abadía de la que venía.

Pero cuando Arturo se hubo ido, tornó ella y todos sus hombres a la semejanza de antes; y dijo: «Señores, ahora podemos ir donde nos plazca.»

CAPÍTULO 15

Cómo Morgana el Hada salvó a un caballero que iba a ser ahogado, y cómo volvió el rey Arturo a su corte

Entonces dijo Morgana: «¿Habéis visto a mi hermano Arturo?»

—Sí —dijeron sus caballeros—, hartos bien; y ya lo habríais notado si hubiésemos podido movernos del sino, pues su semblante archibestial nos habría hecho huir.

—Os creo —dijo Morgana.

Poco después, por el camino, topó con un caballero que llevaba a otro sobre su caballo, delante de él, atado de pies y manos, y los ojos vendados, al que iba a ahogar en una fuente. Al ver a este caballero así atado, preguntó:

«¿Qué vais a hacer con este caballero?»

—Señora —dijo él—, lo llevo a ahogar.

—¿Por qué causa? —preguntó ella.

—Por hallarlo con mi mujer; y ella tendrá luego la misma muerte.

—Sería una lástima —dijo Morgana el Hada—. Y bien, ¿qué decís vos, caballero, es verdad lo que dice? —preguntó al caballero que iba a ser ahogado.

—En verdad que no, señora; no dice justicia de mí.

—¿De dónde sois —dijo Morgana el Hada—, y de qué país?

—Soy de la corte del rey Arturo, me llamo Manassen, primo de Accolon de Gaula.

—Decís bien —dijo ella—, y por amor a él seréis librado, y tendréis a vuestro adversario en el mismo trance en que estáis vos.

Y fue soltado Manassen y atado el otro caballero. Y al punto lo desarmó Manassen, se armó él con su arnés, subió luego a caballo, puso al caballero delante de él, y lo arrojó a la fuente y lo ahogó. Después volvió a Morgana y le preguntó si quería algo para el rey Arturo.

—Dile que te he rescatado, no por amor a él, sino por amor a Accolon, y dile que no le temo mientras pueda tomar yo y los que vienen conmigo, semejanza de piedras; y hazle saber que podré hacer mucho más cuando vea mi sazón.

Y partió ella hacia el país de Gore, y allí fue ricamente recibida, e hizo muy fuertes sus castillos y villas, pues tenía siempre mucho miedo del rey Arturo.

Cuando el rey hubo descansado bien en la abadía fue a Camelot, donde halló a su reina y sus barones muy contentos de su llegada. Y cuando oyeron de sus extrañas aventuras como antes se han referido, entonces se maravillaron todos de la falsedad de Morgana el Hada; muchos caballeros desearon quemarla. Entonces vino Manassen a la corte y habló al rey de su aventura.

—Bien —dijo el rey—; es una tierna hermana; me vengaré de ella si vivo, de manera que toda la Cristiandad hablará de ello.

Y por la mañana vino una doncella de Morgana al rey, la cual traía el más rico manto que se había visto nunca en aquella corte, pues tenía recamadas tantas piedras preciosas como podían caber unas junto a otras, y eran las más costosas piedras que había visto nunca el rey. Y dijo la doncella: «Vuestra hermana os envía este manto, y desea que aceptéis este presente de ella; y en

lo que os ha ofendido, lo enmendará a vuestro contentamiento.»

Cuando el rey contempló este manto, le plació mucho; aunque dijo poco.

CAPÍTULO 16

Cómo la Doncella del Lago salvó al rey Arturo de un manto que le habría quemado

En eso vino la Doncella del Lago al rey, y dijo: «Señor, debo hablar con vos en privado.»

—Decid —dijo el rey— qué queréis.

—Señor —dijo la doncella—, no os pongáis ese manto hasta que hayáis visto más, y de ninguna guisa dejéis que os cubra a vos ni a ninguno de vuestros caballeros, hasta haber mandado a su traedora que lo ponga sobre sí.

—Bien —dijo el rey Arturo—, se hará como vos me aconsejáis.

Y dijo entonces a la doncella que venía de su hermana: «Doncella, este manto que me habéis traído, quiero verlo sobre vos.»

—Señor —dijo ella—, no se me acuerda llevar atavíos de un rey.

—Por mi cabeza —dijo Arturo—, os lo pondréis antes que cubra mi espalda, ni la de ninguno de los que aquí están.

E hizo el rey que fuese puesto sobre ella, y al punto cayó muerta, no llegando a decir una palabra más, y ardió hasta que fue carbón.

Entonces se enojó el rey en extremo, más que estaba antes, y dijo al rey Uriens: «Mi hermana, vuestra mujer, está siempre por traicionarme, y sé bien que vos, o mi sobrino, vuestro hijo, sois concordes con ella para destruirme: en cuanto a vos —dijo el rey al rey Uriens—, no creo grandemente que seáis de su consejo, pues Accolon me confesó de su propia boca que ella querría destruirnos como a mí, por ende os tengo excusado; pero en cuanto a vuestro hijo, sir Uwain, tengo recelo de él, por ende os doy cargo que lo alejéis de mi corte.»

Así pues, Uwain fue despedido. Y cuando sir Gawain supo eso, se aprestó a ir con él, y dijo: «Quien destierra a mi primo hermano me destierra a mí también.»

Y partieron los dos, entraron en una gran floresta, y llegaron a una abadía de monjas, donde fueron bien aposentados. Pero cuando el rey supo que sir Gawain se había partido de la corte, hubo gran lamentación entre todos los

estados.

—Ahora —dijo Gaheris, hermano de Gawain—, hemos perdido dos buenos caballeros por el amor de uno.

Y al otro día de mañana oyeron sus misas en la abadía, y se pusieron en camino hasta que llegaron a una gran floresta. Entonces sir Gawain vio en un valle, junto a un torreón, doce hermosas doncellas, y dos caballeros armados sobre grandes caballos, y las doncellas iban y venían a un árbol. Y entonces advirtió sir Gawain cómo colgaba un escudo blanco de aquel árbol, y cada vez que las doncellas pasaban junto a él lo escupían, y algunas arrojaban barro sobre el escudo.

CAPÍTULO 17

Cómo sir Gawain y sir Uwain toparon con doce hermosas doncellas, y cómo éstas se quejaron de sir Marhaus

Entonces fueron sir Gawain y sir Uwain y las saludaron, y preguntaron por qué hacían aquel menosprecio al escudo.

—Señores —dijeron las doncellas—, os lo vamos a decir. Hay un caballero en este país dueño de este escudo blanco, que es muy bueno de sus manos, pero odia a todas las dueñas y doncellas, y por ende hacemos todo este menosprecio al escudo.

—Os diré —dijo sir Gawain— que mal se acuerda con un buen caballero menospreciar a todas las dueñas y doncellas, aunque quizá tiene alguna causa para odiaros, y quizá ama en otros lugares a dueñas y doncellas, y es amado también, si es tal hombre de proeza como decís. Pero, ¿cuál es su nombre?

—Señor —dijeron ellas—, su nombre es Marhaus, hijo del Rey de Irlanda.

—Le conozco bien —dijo sir Uwain—, es muy buen caballero como ninguno de cuantos viven, pues le vi una vez probado en una justa donde había muchos caballeros reunidos, y en aquella sazón no pudo resistirle ninguno.

—¡Ah, doncellas! —dijo sir Gawain—, pareceme que merecéis reprobación, pues es de suponer que quien ha colgado ese escudo ahí no tardará en venir, y entonces pueden desafiarlo esos caballeros a caballo, lo que es más honroso para vosotras que eso; pues no quiero seguir aquí más tiempo para ver deshonrado el escudo de un caballero.

Y con eso se apartaron sir Uwain y Gawain un poco de ellas, y divisaron entonces dónde venía sir Marhaus cabalgando sobre un gran caballo derecho

hacia ellos. Y cuando las doce doncellas vieron a sir Marhaus huyeron al torreón como alocadas, de manera que algunas de ellas se cayeron por el camino.

Entonces uno de los caballeros de la torre enderezó su escudo, y dijo en voz alta: «Señor Marhaus, defiéndete.» Y corrieron contra sí, de manera que el caballero quebró su lanza sobre Marhaus, y Marhaus le dio con tal fuerza que le quebró el cuello y espinazo del caballo. Vio esto el otro caballero del torreón, y enderezó hacia Marhaus, y se encontraron con tanta gana que el caballero del torreón cayó sin más, hombre y caballo; totalmente muerto.

CAPÍTULO 18

Cómo sir Marhaus justó con sir Gawain y sir Uwain, y derrocó a ambos

Entonces sir Marhaus fue a su escudo, vio cómo estaba mancillado, y dijo: «De este menosprecio me he vengado en parte, pero por el amor de la que me dio este escudo blanco, te llevaré, y colgaré el mío donde tú estabas»; y lo colgó de su cuello. Entonces cabalgó derechamente a sir Gawain y sir Uwain, y les preguntó qué hacían allí. Le respondieron que venían de la corte del rey Arturo por ver aventuras.

—Pues aquí estoy presto —dijo sir Marhaus—, como caballero aventurero, para cumplir cualquier aventura que queráis desear —y con esto se apartó de ellos para tomar carrera.

—Dejadle —dijo sir Uwain a sir Gawain—, pues es muy buen caballero, como el que más de cuantos viven; por mi voluntad, no quisiera que ninguno de nosotros se encontrase con él.

—No —dijo sir Gawain—, eso no; sería vergüenza para nosotros no probarle, ni él sería nunca tan buen caballero.

—Pues bien —dijo sir Uwain—, yo le probaré antes, pues soy más débil que vos, y si me derriba, entonces podréis vengarme.

Y se juntaron estos dos caballeros con gran ímpetu, y sir Uwain hirió a sir Marhaus de manera que su lanza se hizo pedazos sobre el escudo; y sir Marhaus le dio tan gravemente que hombre y caballo fueron por tierra, hiriendo a sir Uwain en el costado izquierdo. Entonces sir Marhaus volvió su caballo y fue para sir Gawain con su lanza; y al ver eso sir Gawain, enderezó su escudo, enristraron ambos sus lanzas, y se juntaron con todo el poder de sus caballos, y uno y otro caballero se dieron con fuerza en medio de los escudos; pero la lanza de sir Gawain se quebró, y la de sir Marhaus resistió, con lo que

sir Gawain y su caballo fueron a dar en tierra.

Se levantó sir Gawain con diligencia, sacó la espada, y fue para sir Marhaus a pie; y al ver eso sir Marhaus, sacó la espada y corrió hacia sir Gawain a caballo.

—Señor caballero —dijo sir Gawain—, baja a pie, o te mataré a caballo.

—Muchas gracias —dijo sir Marhaus— por la gentileza de enseñarme cortesía, pues no está bien que un caballero esté a pie y el otro a caballo.

Seguidamente sir Marhaus puso su lanza contra un árbol, se apeó, ató el caballo a un árbol, enderezó su escudo, fueron el uno para el otro ansiosamente, y se arremetieron con las espadas de manera que sus escudos volaban en rajadas, destrozándose los yelmos y las cotas, e hiriéndose ambos.

Pero sir Gawain, a partir de las nueve, se volvía más fuerte cada vez, hasta llegada la hora del medio día, en que su poder aumentaba tres veces. Todo esto vio sir Marhaus, y fue muy maravillado, cómo recrecía su fuerza; y se herían ambos muy gravemente. Y así que pasó el medio día, e iban para la hora de vísperas, fue menguando la fuerza de sir Gawain, y se volvió tan débil que apenas podía durar más; entonces sir Marhaus fue cada vez más fuerte.

—Señor caballero —dijo sir Marhaus—, he notado bien que sois muy buen caballero y maravilloso hombre de poder como nunca he notado a otro, mientras os dura, y nuestras querellas no son grandes; por ende, sería lástima haceros daño, pues siento que estáis muy débil.

—Ah —dijo sir Gawain—, gentil caballero, habéis dicho la palabra que habría dicho yo.

Y seguidamente se quitaron los yelmos, se besaron, y se juraron amarse el uno al otro como hermanos. Y sir Marhaus rogó a sir Gawain que se aposentase con él esa noche. Así que tomaron sus caballos, y cabalgaron hacia la casa de sir Marhaus.

Y mientras iban de camino, «señor caballero —dijo Gawain—, maravillame que un hombre tan valiente como vos sois no améis a dueñas ni a doncellas».

—Señor —dijo sir Marhaus—, injustamente dicen de mí las que me dan ese nombre, pero sé bien que son las doncellas del torreón las que así me llaman, y otras como ellas. Pero os voy a decir por qué causa las odio: porque son hechiceras y encantadoras muchas de ellas, y por bueno de su cuerpo y lleno de proeza que un caballero pueda ser, ellas lo vuelven cobarde para tener lo mejor de él, y ésta es la principal causa de que las odie. Y a todas las buenas dueñas y doncellas rindo servicio como debe hacer un caballero.

Como refiere el libro en francés, hubo muchos caballeros que vencieron a

sir Gawain, pese al triple poder que tenía: sir Lanzarote del Lago, sir Tristán, sir Bors de Ganis, sir Perceval, sir Pelleas, y sir Marhaus; estos seis caballeros tuvieron lo mejor de sir Gawain.

Y al poco rato llegaron a la morada de sir Marhaus, que estaba en un pequeño priorato, se apearon allí, los desarmaron dueñas y doncellas, y se apresuraron a curarles de sus llagas, pues los tres estaban heridos. Y los tres tuvieron buen aposentamiento con sir Marhaus, y buena acogida; pues cuando supo él que eran hijos de la hermana del rey Arturo les hizo toda la acogida que estaba en su poder, y permanecieron allí siete noches, hasta que estuvieron bien curados de sus heridas, y a la postre partieron.

—Sin embargo —dijo sir Marhaus—, no nos partiremos tan ligeramente, pues quiero llevaros a través de la floresta —y cabalgaron día por día bien siete días antes que hallasen ninguna aventura.

A la postre entraron en una gran floresta, que era llamada el país y floresta de Arroy, y país de extrañas aventuras.

—A este país —dijo sir Marhaus— jamás ha venido caballero ninguno, desde que fue cristianizado, que no haya topado con extrañas aventuras.

Siguieron cabalgando, pues, y se metieron en un profundo valle lleno de piedras, y en él vieron una hermosa corriente de agua; arriba estaba la cabecera de la corriente, una hermosa fuente, y había tres doncellas sentadas junto a ella. Cabalgaron, pues, hasta ellas, y se saludaron unos y otras; y la mayor llevaba una guirnalda de oro sobre la cabeza, y era de sesenta inviernos o más, y su cabello era blanco bajo la guirnalda. La segunda doncella era de treinta inviernos y llevaba un cerco de oro alrededor de la cabeza. La tercera doncella sólo tenía quince años de edad, y una guirnalda de flores alrededor de la cabeza. Después de contemplarlas, estos caballeros les preguntaron por qué causa estaban sentadas en aquella fuente.

—Estamos aquí —dijeron las doncellas— por esta causa: cuando vemos algún caballero andante, le enseñamos extrañas aventuras; y ya que sois tres caballeros en busca de aventuras, y nosotras tres doncellas, cada uno de vosotros debe escoger a una de nosotras; y cuando lo hayáis hecho así, os llevaremos a tres caminos, y cada uno escogerá un camino y llevará a su doncella con él. Y dentro de doce meses, en este día, deberéis juntaros aquí otra vez, y que Dios guíe vuestras vidas; y debéis prometer cumplirlo así.

—Bien dicho está eso —dijo sir Marhaus.

CAPÍTULO 19

Cómo sir Marhaus, sir Gawain y sir Uwain encontraron a las doncellas y cada uno de ellos tomó una

—Ahora escojamos cada uno de nosotros una doncella. Debo decir —dijo sir Uwain— que soy el más joven, y más débil que vosotros dos; por ende quiero tener a la doncella más vieja, pues ella ha visto muchas cosas, y puede ayudarme cuando tenga necesidad, pues tengo más necesidad de ayuda que vosotros dos.

—Entonces —dijo sir Marhaus— yo quiero tener a la doncella de treinta inviernos, pues me viene mejor.

—Pues os lo agradezco —dijo sir Gawain—, ya que me habéis dejado a la más joven y más bella, y es la que prefiero para mí.

Entonces cada doncella tomó a su caballero por su brida, y lo llevó a los tres caminos, y allí hicieron juramento de reunirse en la fuente ese día en doce meses, si estaban vivos. Y se besaron y partieron, y cada caballero sentó a su dama tras él. Y sir Uwain tomó el camino que iba hacia poniente, y sir Marhaus tomó el camino del sur, y sir Gawain el que iba hacia el norte.

Empezaremos, pues, por sir Gawain, el cual siguió por aquel camino hasta que llegó a una hermosa mansión donde vivía un viejo caballero y buen amo, y allí preguntó sir Gawain al caballero si sabía de alguna aventura en aquel país.

—Yo os mostraré una mañana —dijo el viejo caballero—, la cual será maravillosa.

Y al otro día de mañana entraron en la floresta de aventuras hasta que llegaron a un claro; y allí cerca hallaron una cruz; y estando allí detenidos, pasó junto a ellos el más hermoso caballero y hombre más apuesto que habían visto, haciendo infinito duelo como jamás hiciera hombre ninguno. Entonces se dio cuenta éste de sir Gawain, lo saludó, y pidió a Dios que le enviase mucha honra.

—En cuanto a eso —dijo sir Gawain—, os lo agradezco mucho; pido a Dios también que os envíe honra y dignidad.

—Ah —dijo el caballero—, bien puedo dejar a un lado eso, pues tras la honra me ha llegado la aflicción y la vergüenza.

CAPÍTULO 20

Cómo un caballero y un enano contendieron por una dama

Y seguidamente pasó este lado del claro; y en el otro lado vio sir Gawain diez caballeros detenidos que se apercebían con sus escudos y sus lanzas contra aquel caballero solo que había pasado junto a sir Gawain. Entonces enristró este caballero una gruesa lanza, y uno de los diez caballeros se encontró con él; pero este afligido caballero le dio tan recio golpe que lo tiró por la cola del caballo. Y lo mismo sirvió este doliente caballero a todos ellos, derribando algunos al hombre y al caballo, y todo lo hizo con una sola lanza; y cuando los diez estuvieron a pie, acometieron a aquel caballero solo; y él permaneció como de piedra, y consintió que le bajasen del caballo, le atasen de pies y manos, lo amarrasen bajo el vientre del caballo, y lo llevasen así.

—¡Oh, Jesús! —dijo sir Gawain—, dolorosa visión es ésta, ver a ese caballero así tratado, y parece que el caballero consiente que le aten, pues no hace ninguna resistencia.

—Ninguna —dijo su huésped—, es verdad; pues si quisiera él, todos serían harto flojos para hacerlo.

—Señor —dijo la doncella a sir Gawain—, me parece que sería honra vuestra ayudar a ese doloroso caballero, pues creo que es uno de los mejores caballeros que he visto.

—Lo haría por él —dijo sir Gawain—, pero parece que no quiere tener ninguna ayuda.

—Entonces —dijo la doncella—, creo que no tenéis ningún deseo de ayudarle.

Mientras hablaban, vieron a un caballero en el otro lado del claro, todo armado salvo la cabeza. Y por el otro extremo llegó un enano a caballo todo armado salvo la cabeza, con una boca grande y una nariz roma; y cuando el enano estuvo cerca, dijo: «¿Dónde está la dama que debía vernos aquí?»

en eso salió ella del bosque. Entonces empezaron a contender ellos por la dama; pues el caballero dijo que la tendría, y el enano que la tendría él.

—¿Lo hacemos bien? —dijo el enano—. Allá hay un caballero, en la cruz; pongámoslo en sus manos, y como él juzgue, así sea.

—De buen grado —dijo el caballero.

Fueron, pues, los tres a sir Gawain, y le dijeron por qué contendían.

—Y bien, señores —dijo él—, ¿queréis poner el caso en mis manos?

—Sí —dijeron ambos.

—Entonces, doncella —dijo sir Gawain—, poneos entre los dos, y aquel al que os plazca ir, os tendrá.

Y cuando fue puesta entre ambos, dejó al caballero y fue al enano; y el enano la tomó y emprendió su camino cantando, y el caballero tomó el suyo con gran congoja.

Entonces llegaron allí dos caballeros todo armados, y dijeron a altas voces: «Sir Gawain, caballero del rey Arturo, apréstate a toda prisa a justar conmigo.»

Corrieron contra sí, de manera que cayeron uno y otro; y una vez a pie, sacaron las espadas, e hicieron muy bravamente.

Entre tanto el otro caballero fue a la doncella, y le preguntó por qué estaba con aquel caballero, «y si queréis venir conmigo, seré vuestro fiel caballero».

—Y con vos quiero estar —dijo la doncella—, pues con sir Gawain no hallo de corazón que pueda estar; pues aquí ha desbaratado ahora un caballero solo a diez, ya la postre se lo han llevado cobardemente, y por ende vayámonos los dos mientras ellos luchan.

Sir Gawain luchó con aquel otro caballero mucho rato; pero a la postre fueron acordados ambos. Entonces el caballero rogó a sir Gawain que se aposentase con él esa noche.

Y mientras iba sir Gawain con este caballero, le preguntó: «¿Qué caballero de este país es el que derribó diez caballeros? Pues después que hizo eso muy bravamente, consintió que le atasen de pies y manos, y se lo llevasen.» —Ah —dijo el caballero—, ése es, creo, el mejor caballero del mundo, y el hombre de más proeza, y ha sido así servido más de diez veces, y se llama sir Pelleas, y ama a una gran señora de este país llamada Ettard. Y cuando la amó, fue pregonada en este país una gran justa tres días, y que fuesen allí todos los caballeros de este país y todas las dueñas, y el que probase ser mejor caballero, tendría una muy buena espada y un cerco de oro; y el cerco debía donarlo el caballero a la dama más hermosa que estuviese en la justa. Y este caballero sir Pelleas fue el mejor de los que allí estaban, aunque había quinientos caballeros; pero no hubo hombre que se encontrase con sir Pelleas al que él no tirase o descabalgase; y cada uno de estos tres días derribó veinte caballeros, por donde le dieron el galardón. Y seguidamente fue adonde estaba la señora Ettard, le dio el cerco, y dijo abiertamente que era la más hermosa dama que allí había, y que lo probaría sobre cualquier caballero que dijese que no.

CAPÍTULO 21

Cómo sir Pelleas se dejó prender porque quería ver a su dama, y cómo sir Gawain prometió conseguirle el amor de su dama

»Y la escogió por su señora soberana, y no amar jamás a otra sino a ella; pero ella era tan orgullosa que hizo menosprecio de él, y dijo que nunca lo amaría, aunque muriese por ella. Por donde todas las dueñas y doncellas tuvieron menosprecio de ella, por ser tan orgullosa, pues otras había que eran más hermosas; y ninguna de las que allí estaban, de haberles ofrecido sir Pelleas su amor, habría dejado de amarlo por su noble proeza. Y este caballero prometió a la señora Ettard seguirla a este país, y no dejarla hasta que le amase. Y aquí está él, lo más cerca de ella, albergado junto a un priorato, y cada semana envía ella caballeros a luchar con él. Y cuando los ha puesto en lo peor, entonces les consiente voluntariamente que le lleven prisionero, porque quiere tener una visión de esta dama. Y ella le hace siempre gran despecho, pues unas veces hace que sus caballeros lo aten a la cola del caballo, y otras debajo de su vientre; y de la más vergonzosa guisa que se puede pensar, es llevado a ella. Y todo lo hace para que deje este país, y deje de amarla; pero todo esto no puede hacerle desistir, pues si hubiese querido luchar a pie, habría tenido lo mejor de los diez caballeros, a pie como a caballo.

—Ay —dijo sir Gawain—, gran lástima es de él; y después de esta noche lo buscaré mañana, en esta floresta, para prestarle toda la ayuda que pueda.

Y por la mañana se despidió sir Gawain de su huésped sir Carados, y se metió en la floresta; y a la postre dio con sir Pelleas, el cual hacía gran lamentación sin medida; se saludaron el uno al otro, y le preguntó por qué hacía tales quejas. Y como se ha referido más arriba, así lo contó sir Pelleas a sir Gawain; «pero siempre consiento a sus caballeros que me traten como visteis ayer, con la esperanza de ganar a la postre su amor, pues ella sabe bien que sus caballeros no me vencerían tan ligeramente si yo escogiese luchar con ellos a todo riesgo. Por donde, si no la amase yo como la amo, preferiría morir cien veces, si pudiese morir tantas, antes que consentir ese despecho; pero confío en que a la postre tendrá piedad de mí, pues el amor hace sufrir a muchos buenos caballeros para alcanzar su propósito; pero, ¡ay!, yo soy desventurado». Y seguidamente hizo tan gran duelo y lamentación que apenas se podía tener sobre el caballo.

—Pues bien —dijo sir Gawain—, dejad vuestros llantos, y os prometo por la fe de mi cuerpo hacer cuanto esté en mi poder para conseguiros el amor de vuestra dama; os doy mi palabra.

—Ah —dijo sir Pelleas—, ¿de qué corte sois? Os ruego que me lo digáis, mi buen amigo.

Y dijo sir Gawain: «Soy de la corte del rey Arturo, hijo de su hermana, y el rey Lot de Orkney fue mi padre, y me llamo sir Gawain.»

Entonces dijo él: «Yo me llamo sir Pelleas, nacido en las Islas, y de

muchas islas soy señor, y nunca he amado a dueña ni doncella ninguna hasta esta hora desventurada. Y, señor caballero, ya que sois pariente tan cercano del rey Arturo, e hijo de rey, no me traicionéis sino ayudadme, pues no puedo llegar junto a ella sino por algún buen caballero, pues está en un fuerte castillo, a cuatro millas de aquí, y de todo este país es señora. Y no puedo llegar a su presencia, sino consintiendo que me prendan sus caballeros, y si hiciese por tener una visión de ella, hace tiempo que habría muerto. Y hasta ahora no he tenido una palabra graciosa de ella, sino que, cuando soy llevado ante ella, me reprocha de la más injusta manera; entonces me quitan ellos mi caballo y arnés, y me echan a las puertas, y no consiente ella que me den de comer ni de beber; y siempre me ofrezco para ser su prisionero, pero ella no lo quiere consentir, aunque no desearía yo más, por muchos sufrimientos que tuviese, con tal de tener una visión de ella diariamente.»

—Bien —dijo sir Gawain—, todo esto remediaré yo si queréis hacer como voy a devisar: tomaré vuestro caballo y vuestra armadura, iré a su castillo y le diré que os he matado, y entraré con ella para hacer que me quiera, y entonces haré mi verdadera parte, de manera que sin falta tendréis su amor.

CAPÍTULO 22

Cómo sir Gawain fue a la señora Ettard y yació con ella, y cómo sir Pelleas los halló durmiendo

Y seguidamente sir Gawain dio palabra a sir Pelleas que le sería verdadero y fiel; y se dieron promesa el uno al otro, cambiaron sus caballos y arneses, partió sir Gawain, y fue al castillo donde estaban los pabellones de esta dama delante de la puerta.

Y tan presto como Ettard vio a sir Gawain, huyó hacia el castillo.

Alzó la voz sir Gawain, y le rogó que aguardase, que no era sir Pelleas: «Soy otro caballero que ha matado a sir Pelleas.»

—Quitaos el yelmo —dijo la señora Ettard—, que pueda ver vuestra cara.

Y cuando vio que no era sir Pelleas, lo hizo apearse, lo llevó a su castillo, y le preguntó si en verdad había matado a sir Pelleas. Respondió él que sí, y dijo que se llamaba sir Gawain, de la corte del rey Arturo, e hijo de su hermana.

—En verdad —dijo ella— que es gran lástima, pues era muy buen caballero de su cuerpo; pero de todos los hombres vivos, era al que más odiaba, pues nunca podía verme libre de él; y por haberlo matado, seré vuestra mujer, y haré lo que os plazca —e hizo buena acogida a sir Gawain.

Entonces dijo sir Gawain que amaba a una dama y que por ningún medio le quería amar ella.

—Merece reprobación —dijo Ettard— si no os ama; pues ya que sois tan bien nacido, y hombre de tanta proeza, no hay dama en el mundo demasiado buena para vos.

—¿Me prometéis —dijo sir Gawain— hacer lo que podáis, por la fe de vuestro cuerpo, para conseguirme el amor de mi dama?

—Sí, señor —dijo ella—, os lo prometo por la fe de mi cuerpo.

—Pues bien —dijo sir Gawain—, sois vos a quien amo tan bien; por ende os ruego que mantengáis vuestra promesa.

—No tengo elección —dijo la señora Ettard—, a menos que fuese perjura —y le otorgó cumplir todo su deseo.

Era entonces por el mes de mayo, cuando ella y sir Gawain salieron del castillo y cenaron en un pabellón; y allí fue hecha una cama, y se acostaron juntos sir Gawain y la señora Ettard; y puso ella a sus doncellas en otro pabellón, y en el tercero parte de sus caballeros, pues ningún temor tenía ya de sir Pelleas. Y sir Gawain yació con ella en aquel pabellón dos días y dos noches.

Y al tercer día, en la mañana temprano, se armó sir Pelleas, pues no había dormido nada desde que sir Gawain se partiera de él; y sir Gawain le había prometido por la fe de su cuerpo venir a él, a su pabellón junto al priorato, en espacio de un día y una noche. Entonces sir Pelleas montó a caballo, fue a los pabellones que estaban fuera del castillo, y halló en el primer pabellón tres caballeros en tres camas, con tres escuderos acostados a sus pies. Fue después al segundo pabellón y halló cuatro dueñas acostadas en cuatro camas. Y entonces fue al tercer pabellón y halló a sir Gawain acostado en la cama con su señora Ettard, en brazos el uno del otro; y al ver esto casi le reventó el corazón de dolor; y dijo: «¡Ay!, que un caballero haya sido hallado tan falso»; tomó entonces su caballo y no pudo permanecer allí más tiempo de pura aflicción.

Y cuando hubo cabalgado casi media milla, volvió otra vez, determinado a matar a los dos; y al verlos yacer tan dormidos, casi no pudo tenerse sobre el caballo de dolor, y se dijo así: «Aunque jamás haya sido este caballero más falso, no lo mataré durmiendo, pues no quiero destruir la alta orden de caballería»; y seguidamente partió otra vez.

Y antes que hubiese cabalgado media milla tornó otra vez, determinado a matar a los dos, haciendo la más grande lamentación que hiciera hombre alguno. Y cuando llegó a los pabellones, ató su caballo a un árbol, sacó la

espada desnuda en la mano, y se llegó adonde yacían; pero pensó que sería vergüenza matarlos durmiendo; y dejó la espada desnuda atravesada sobre sus cuellos, tomó su caballo, y se fue su camino.

Y al llegar sir Pelleas a sus pabellones, contó a sus caballeros y escuderos lo que le había acaecido, y les dijo así: «Por el leal y buen servicio que me habéis hecho os daré todos mis bienes, pues me voy a acostar, y no me levantaré hasta morir. Y cuando haya muerto, os doy cargo que saquéis el corazón de mi cuerpo y se lo llevéis entre dos fuentes de plata, y le digáis cómo la vi acostada con el falso caballero sir Gawain.» Y al punto se desarmó sir Pelleas, y se metió en la cama, haciendo maravilloso duelo y llanto.

Despertaron entonces sir Gawain y Ettard de su sueño, hallaron la espada desnuda sobre sus cuellos, y entonces supo ella que era la espada de sir Pelleas.

—¡Ay! —dijo a sir Gawain—, me habéis traicionado, y a sir Pelleas, pues dijisteis que le habíais dado muerte, y ahora sé bien que no es así, que está vivo. Y si sir Pelleas hubiese sido tan descortés como vos habéis sido con él, ahora seríais un caballero muerto. Pero me habéis engañado y traicionado falsamente, de manera que todas las dueñas y doncellas pueden guardarse por vos y por mí.

Y con esto se aprestó sir Gawain, y entró en la floresta.

Y acaeció entonces que la Doncella del Lago, Nimue, topó con un caballero de sir Pelleas que iba a pie por la floresta haciendo gran duelo, y le preguntó la causa. Y el afligido caballero le contó cómo su amo y señor había sido traicionado por un caballero y una dama, y cómo «nunca más se levantará de su cama, hasta morir».

—Llevadme a él —dijo ella al punto—, y os certifico que no morirá por amor; y la que le ha inspirado tal amor se verá en tan mal trance como él está, antes que pase mucho tiempo, pues no es ninguna alegría que tan orgullosa dama no quiera tener merced de un caballero esforzado.

Al punto la llevó aquel caballero a él, y al verlo acostado en su cama, pensó que jamás había visto un caballero tan apuesto; y seguidamente arrojó un encantamiento sobre él, y cayó dormido.

Y entre tanto fue ella a la señora Ettard, y dejó cargo que ninguno lo despertase hasta que ella volviese. Y a las dos horas volvió con la señora Ettard, y ambas damas lo hallaron dormido.

—Mirad —dijo la Doncella del Lago—, debíais avergonzaros de matar a tal caballero —y con esto arrojó tal encantamiento sobre ella que lo amó al extremo que casi perdió el juicio.

—¡Oh, Señor Jesús! —dijo la señora Ettard—, ¿qué me ha ocurrido que amo ahora al que más he odiado de todos los hombres vivos?

—Ése es el recto juicio de Dios —dijo la doncella.

Y despertó luego sir Pelleas, y miró a Ettard; y al verla la reconoció, y la odió más que a ninguna de cuantas mujeres vivían, y dijo: «Vete, traidora, no te pongas nunca más delante de mi vista.»

Y cuando ella le oyó decir así, lloró e hizo grandísima aflicción, fuera de medida.

CAPÍTULO 23

Cómo sir Pelleas dejó de amar a Ettard por mediación de la Doncella del Lago, a la que amó siempre después

—Señor caballero Pelleas —dijo la Doncella del Lago—, tomad vuestro caballo y salid conmigo de este país, y amaréis a una dama que os amaré.

—De buen grado —dijo sir Pelleas—, pues esta señora Ettard me ha hecho mucho despecho y afrenta —y allí le contó todo, de principio a fin, y cómo él había determinado no levantarse nunca más, hasta que hubiese muerto—. Y ahora me ha enviado Dios tal gracia, que la odio tanto como la amaba antes, ¡gracias a Nuestro Señor Jesús!

—Agradecédmelo a mí —dijo la Doncella del Lago.

Se armó al punto sir Pelleas, tomó su caballo, y mandó a sus hombres que llevasen detrás sus pabellones y pertrechos, adonde la Doncella del Lago quisiese asignar.

Y la señora Ettard murió de aflicción, y la Doncella del Lago alegró a sir Pelleas, y se amaron durante los días de su vida.

CAPÍTULO 24

Cómo sir Marhaus cabalgó con la doncella, y cómo llegó al Duque de las Marcas del Sur

Volvemos ahora a sir Marhaus, que iba con la doncella de treinta inviernos de edad, hacia el sur. Y entraron en una profunda floresta, y por fortuna les sobrevino la noche, y cabalgaron mucho tiempo por un profundo camino; y a

la postre llegaron a un cercado, y allí pidieron posada.

Pero el hombre del cercado no los quiso aposentar por muchos ruegos que le hicieron; aunque esto les dijo el buen hombre: «Si queréis tomar la aventura de vuestro aposentamiento, os llevaré adonde seréis aposentados.»

—¿Qué aventura es la que tendré por mi aposentamiento? —dijo sir Marhaus.

—La sabréis cuando lleguéis allí —dijo el buen hombre.

—Señor, cualquiera que sea la aventura, te ruego que me lleves allí —dijo sir Marhaus—; pues estoy cansado, así como mi doncella y mi caballo.

Fue, pues, el buen hombre, abrió la entrada, y al cabo de una hora lo llevó a un hermoso castillo; llamó entonces el pobre hombre al portero, fue llevado al punto dentro del castillo, y dijo al señor cómo le había traído un caballero andante y una doncella que querían aposentarse con él.

—Que entre —dijo el señor—, puede que se arrepienta de haber tomado aposentamiento aquí.

Así, pues, fue entrado sir Marhaus con una antorcha, donde tuvo la grata visión de hombres jóvenes que le dieron la bien venida. Entonces llevaron su caballo al establo, y a él y a la doncella los guiaron a la sala, donde estaban de pie un poderoso duque y muchos hombres gallardos a su alrededor. Entonces este señor le preguntó cómo se llamaba, y de dónde venía, y con quién moraba.

—Señor —dijo él—, soy uno de los caballeros del rey Arturo, y caballero de la Tabla Redonda, y mi nombre es sir Marhaus, y soy nacido en Irlanda.

Y entonces le dijo el duque: «Mucho me pesa; y la causa es ésta: que no amo a tu señor, ni a ninguno de tus compañeros de la Tabla Redonda; y por ende puedes holgar esta noche lo que puedas, pues de mañana yo y mis seis hijos lucharemos contigo.»

—¿No hay remedio ninguno, sino haberlas con vos y vuestros seis hijos a un tiempo? —dijo sir Marhaus.

—No —dijo el duque—; pues por esta causa he hecho voto; porque sir Gawain mató a mi séptimo hijo en un encuentro; por ende hice voto que ningún caballero de la corte del rey Arturo se aposentaría conmigo, ni vendría donde yo pudiese haberlas con él, sin que vengase yo la muerte de mi hijo.

—¿Cuál es vuestro nombre? —dijo sir Marhaus—; os ruego que me lo digáis, si os place.

—Sabe bien que soy el Duque de las Marcas del Sur.

—Ah —dijo sir Marhaus—, he oído decir que sois hace mucho tiempo gran enemigo de mi señor Arturo y sus caballeros.

—Eso lo sentirás mañana —dijo el duque.

—¿Tendré que haberlas con vos? —dijo sir Marhaus.

—Sí —dijo el duque—, no tendrás elección; y por ende, ve a tu cámara, y tendrás todo cuanto te pertenece.

Y partió sir Marhaus, fue llevado a una cámara, y su doncella fue llevada a la suya. Y por la mañana envió el duque mandado a sir Marhaus para que se aparejase. Así que se levantó sir Marhaus se armó, fue cantada una misa delante de él, quebró su ayuno, y montó a caballo en el patio del castillo donde debían hacer la batalla. Allí estaba el duque todo apercebido a caballo, y bien armado, y sus seis hijos con él; y cada uno tenía una lanza en la mano. Y se encontraron, quebrando sus lanzas el duque y dos de sus hijos sobre él; pero sir Marhaus mantuvo en alto la suya y no tocó a ninguno de ellos.

CAPÍTULO 25

Cómo sir Marhaus luchó con el duque y sus seis hijos y les hizo rendirse

Vinieron entonces los cuatro hijos por parejas, y quebraron sus lanzas dos de ellos, y lo mismo los otros dos. Y todo este tiempo sir Marhaus no los tocó. Entonces sir Marhaus fue al duque, y le dio con su lanza de manera que hombre y caballo cayeron a tierra; y lo mismo sirvió a sus hijos; entonces se apeó sir Marhaus, y dijo al duque que se rindiese o lo mataría.

Se recobraron entonces algunos de los hijos, y quisieron ir sobre sir Marhaus; y dijo sir Marhaus al duque: «Haz cesar a tus hijos, o daré fin a todos vosotros.»

Viendo el duque que no podía escapar de la muerte, gritó a sus hijos, les dio cargo que se rindiesen a sir Marhaus; y se arrodillaron todos y ofrecieron los pomos de sus espadas al caballero, y él los recibió. Entonces ayudaron a levantar a su padre, y de común acuerdo prometieron a sir Marhaus no ser más enemigos del rey Arturo, y que al siguiente Domingo de Pentecostés irían él y sus hijos a presentarse a la gracia del rey.

Partió entonces sir Marhaus, y a los dos días su doncella le llevó adonde había un gran torneo que la señora de Vawse había hecho pregonar. Y el que hiciese mejor tendría un rico cerco de oro que valía mil besantes. Y allí hizo sir Marhaus tan noblemente que fue renombrado, y derribó unos cuarenta caballeros, y fue recompensado con el cerco de oro.

Partió entonces de aquí con gran honra; y en espacio de siete noches su doncella le llevó a la plaza de un conde, llamado conde Fergus, el cual fue después caballero de sir Tristán; y este conde era muy mancebo, y recién venido a sus tierras, y había un gigante muy cerca de él, llamado Taulurd, el cual tenía otro hermano en Cornualles llamado Taulas, al que mató sir Tristán cuando estaba fuera de su juicio. Y este conde hizo su queja a sir Marhaus que había un gigante cerca de él que destruía todas sus tierras, y cómo no osaba cabalgar ni ir a ninguna parte por él.

—Señor —dijo el caballero—, ¿cómo acostumbra él a luchar, a caballo o a pie?

—A caballo no —dijo el conde—, que no hay caballo que lo pueda llevar.

—Bien —dijo sir Marhaus—, entonces lucharé con él a pie.

Y por la mañana sir Marhaus rogó al conde que uno de sus hombres le llevase adonde estaba el gigante; y allí estaba, pues lo vio sentado bajo un acebo, y con muchas mazas de hierro y hachas de guerra en derredor suyo.

Enderezó, pues, este caballero para el gigante, poniéndose el escudo delante, y el gigante tomó una maza de hierro en la mano, y del primer golpe partió el escudo de sir Marhaus en dos pedazos. Y entonces estuvo éste en gran peligro, pues el gigante era luchador experimentado; pero a la postre sir Marhaus le cortó el brazo diestro por encima del codo. Entonces huyó el gigante, y el caballero fue tras él; y se metió en un agua, pero el gigante era tan alto que sir Marhaus no pudo vadear tras él. Entonces mandó sir Marhaus al hombre del conde Fergus que le trajese piedras, y con estas piedras dio el caballero al gigante muchos graves golpes hasta que a la postre lo hizo caer en el agua, y allí murió.

Entonces sir Marhaus fue al castillo del gigante, y libró veinticuatro damas y doce caballeros de la prisión del gigante, y tuvo grandes riquezas sin número, de manera que nunca fue pobre los días de su vida. Tornó entonces al conde Fergus, el cual se lo agradeció infinitamente, y quiso darle la mitad de sus tierras; pero él no quiso aceptar ninguna.

Sir Marhaus moró con el conde casi medio año, pues fue muy magullado con el gigante, y a la postre se despidió. Y yendo por el camino, topó con sir Gawain y sir Uwain, y por ventura se encontraron con cuatro caballeros de la corte de Arturo: el primero era sir Sagamore le Desirous, y sir Ozana, sir Dodinas le Savage y sir Felot de Listinoise; y allí sir Marhaus derribó con una lanza a estos cuatro caballeros, y los hirió gravemente. Y con esto partió a reunirse en el día asignado.

CAPÍTULO 26

Cómo sir Uwain cabalgó con la doncella de sesenta años de edad, y cómo ganó el precio torneando

Volvemos ahora a sir Uwain, que cabalgó hacia poniente con su doncella de sesenta inviernos de edad, la cual le llevó adonde había un torneo cerca de la marca de Gales. Y en aquel torneo sir Uwain derribó treinta caballeros, por donde le fue dado el precio, que era un gerifalte, y un corcel blanco paramentado con paño de oro. Entonces hizo sir Uwain muchas aventuras por mediación de la doncella vieja que le llevó a una dama llamada Dama de la Roca, la cual era muy cortés.

Y había en el país dos caballeros que eran hermanos, y llamados peligrosos caballeros, de los que uno se llamaba sir Edward del Castillo Bermejo, y el otro sir Hugh del Castillo Bermejo; y estos dos hermanos habían despojado a la Dama de la Roca de una baronía de tierras por extorsión. Y como este caballero se aposentase con esta dama, le hizo ella su queja de estos dos caballeros.

—Señora —dijo sir Uwain—, muy de reprobar son, pues obran contra la alta orden de caballería, y del juramento que hicieron; y si os place yo hablaré con ellos, pues soy uno de los caballeros del rey Arturo, y les trataré con franqueza; y si no quieren, haré batalla con ellos, y en defensa de vuestro derecho.

—Muchas gracias —dijo la dama—, y donde no pueda yo pagaros, Dios lo hará.

Y por la mañana al otro día envió por los dos caballeros, que debían venir a hablar con la Dama de la Roca, y sabed bien que no fallecieron, pues vinieron con cien a caballo. Pero cuando esta dama los vio de esta manera tan fuertes, no quiso consentir que sir Uwain saliese a ellos por ninguna seguridad ni gentil habla, sino le hizo hablar con ellos desde una torre. Pero a la postre estos dos hermanos no quisieron escuchar ruegos, y respondieron que conservarían aquello que tenían.

—Bien —dijo sir Uwain—, entonces lucharé con uno de vosotros, y probaré que hacéis a esta dama sinrazón.

—No queremos —dijeron ellos—, pues si hacemos batalla, lucharemos los dos a la vez con un caballero, y por ende si queréis luchar así, estaremos prestos a la hora que asignéis. Y si nos vencéis en batalla, la dama tendrá sus tierras otra vez.

—Decís bien —dijo sir Uwain—; por ende, aparejad de manera que estéis

aquí mañana en la defensa del derecho de la dama.

CAPÍTULO 27

Cómo sir Uwain luchó con dos caballeros y los venció

Así, fueron dadas garantías por ambas partes de manera que no se moviese traición por ninguna de ellas; entonces se partieron los caballeros y se aprestaron, y esa noche sir Uwain tuvo gran agasajo.

Y por la mañana se levantó temprano y oyó misa, quebró su ayuno y salió al llano fuera de las puertas, donde estaban los dos hermanos aguardándole. Y cabalgaron contra sí muy fuertemente, de manera que sir Edward y sir Hugh quebraron sus lanzas sobre sir Uwain. Y sir Uwain dio tal golpe a sir Edward que lo derribó por encima del caballo, aunque no se quebró su lanza. Entonces metió espuelas a su caballo, fue sobre sir Hugh y lo derrocó; pero se recobraron prestamente, enderezaron los escudos, sacaron las espadas, y pidieron a sir Uwain que se apease e hiciese su batalla a todo riesgo.

Entonces sir Uwain dejó el caballo súbitamente, se puso el escudo delante, sacó la espada, y arremetieron contra sí, y se dieron uno y otros tales golpes, hiriendo estos dos hermanos a sir Uwain tan gravemente, que la Dama de la Roca creyó que iba a morir. Y así lucharon cinco horas como hombres rabiosos fuera de razón. Y a la postre sir Uwain descargó sobre el yelmo de sir Edward tal golpe que le entró la espada hasta la clavícula; entonces menguó el denuedo de sir Hugh, pero sir Uwain lo acosó con saña, con intención de matarle. Al ver esto sir Hugh, se hincó de rodillas y se rindió a sir Uwain. Y éste de su gentileza recibió su espada, lo tomó por la mano, y fueron juntos al castillo.

Entonces la Dama de la Roca fue muy contenta, y sir Hugh hizo gran lamentación por la muerte de su hermano. Entonces le fueron restituidas a la dama todas sus tierras, y sir Hugh recibió mandado de estar en la corte del rey Arturo en la siguiente fiesta de Pentecostés. Y sir Uwain moró con la dama casi medio año, pues tardó mucho en sanar de sus grandes heridas.

Y cuando se acercó el día acordado en que sir Gawain, sir Marhaus y sir Uwain debían juntarse en la encrucijada, cada caballero se encaminó hacia allá para mantener la promesa que había hecho; y sir Marhaus y sir Uwain llevaron a sus doncellas con ellos, pero sir Gawain había perdido a la suya como se ha referido antes.

CAPÍTULO 28

Cómo al fin del año los tres caballeros con sus tres doncellas se reunieron en la fuente

Así, pues, al cabo de los doce meses se reunieron los tres caballeros en la fuente, y sus doncellas; pero la doncella que tenía sir Gawain pudo decir muy poca honra de él. Y se partieron de las doncellas y cabalgaron por una gran floresta, y allí toparon con un mensajero que venía del rey Arturo, el cual hacía casi doce meses que los buscaba por toda Inglaterra, Gales y Escocia, con el mandado que si podía hallar a sir Gawain y a sir Uwain los trajese otra vez a la corte. Y entonces fueron contentos todos, y rogaron a sir Marhaus que fuese con ellos a la corte del rey.

Y a los doce días llegaron a Camelot, y el rey fue muy contento de su llegada, y lo mismo toda la corte. Entonces el rey les hizo jurar sobre un libro que contarían todas las aventuras que les habían acaecido esos doce meses, y así lo hicieron ellos. Y allí era sir Marhaus bien conocido, pues había caballeros a los que había desafiado antes, y era diputado uno de los mejores caballeros vivos.

Cercana la fiesta de Pentecostés vino la Doncella del Lago trayendo consigo a sir Pelleas; y en esta alta fiesta hubo grandes justas de caballeros; y de todos los caballeros que estuvieron en esas justas tuvo sir Pelleas el precio, y sir Marhaus fue diputado el siguiente; pero sir Pelleas era tan fuerte que muy pocos caballeros pudieron asentarle un bote de lanza. Y en esa siguiente fiesta sir Pelleas y sir Marhaus fueron hechos caballeros de la Tabla Redonda, pues había sillas vacías, pues ese año habían sido muertos dos caballeros, y gran alegría tuvo el rey Arturo de sir Pelleas y de sir Marhaus. Pero Pelleas no amó nunca más a sir Gawain, aunque le perdonó por amor al rey Arturo; pero a menudo, en justas y torneos, sir Pelleas se desquitó de sir Gawain, pues así se refiere en el libro francés. Y muchos días después sir Tristán luchó con sir Marhaus en una isla, e hicieron allí una gran batalla; pero a la postre sir Tristán lo mató; y sir Tristán fue herido de manera que casi no se podía recobrar, y yació en un convento de monjas medio año. Y sir Pelleas fue un digno caballero, y uno de los cuatro que acabaron el Santo Grial; y la Doncella del Lago hizo por sus medios que nunca las hubiese con sir Lanzarote del Lago, pues donde sir Lanzarote estaba en cualquier justa o torneo, no consentía que estuviese él ese día, a menos que fuese en el bando de sir Lanzarote.

Explicit Liber Quartus.

Incipit Liber Quintus

LIBRO V

CAPÍTULO 1

Cómo doce ancianos embajadores de Roma vinieron al rey Arturo a demandar tributo por Bretaña

Cuando el rey Arturo hubo descansado tras larga guerra, y celebraba una real fiesta y Tabla Redonda con sus aliados, reyes, príncipes y nobles caballeros todos de la Tabla Redonda, entraron en su sala, estando sentado él en su trono real, doce ancianos, llevando cada uno un ramo de olivo, en señal de que venían como embajadores y mensajeros del emperador Lucio, el cual era llamado en aquel tiempo Dictador o Procurador del Bien Público de Roma; los cuales dichos mensajeros, después de entrar y venir a la presencia del rey Arturo, le rindieron homenaje haciéndole reverencia, y le dijeron de esta guisa:

—El alto y poderoso emperador Lucio envía saludos al rey de Bretaña, mandándote que le reconozcas por tu señor, y le envíes el tributo debido de este reino al imperio, que tu padre, y antes tus predecesores, han pagado como hay testimonio, y tú como rebelde no le reconoces como tu soberano, y te resistes y retienes contrario a los estatutos y decretos hechos por el noble y digno Julio César, conquistador de este reino, y primer Emperador de Roma. Y si rechazas su demanda y mandamiento, sabe de cierto que hará fuerte guerra contra ti, tus reinos y tierras, y os castigará a ti y a tus súbditos, de manera que será ejemplo perpetuo para todos los reyes y príncipes, por negar su tributo a ese noble imperio que domina sobre el universal mundo.

Así que hubieron manifestado el efecto de su mensaje, les mandó el rey retirarse, y dijo que debía consultar con su consejo, y que entonces les daría respuesta.

Entonces algunos de los jóvenes caballeros, al oír su mensaje, quisieron correr sobre ellos para matarles, diciendo que era una afrenta para todos los caballeros allí presentes consentirles decir así al rey. Y al punto mandó el rey, so pena de muerte, que ninguno de ellos les ofendiese ni hiciese ningún daño, y mandó a un caballero que los llevase a su aposentamiento; «y ved que tengan todo lo necesario y conveniente para ellos, con la mejor muestra, y no se ahorre delicadeza ninguna, pues los romanos son grandes señores, y aunque no me place a mí ni a mi corte su mensaje, sin embargo debo tener presente mi

honra».

Después de esto llamó el rey a todos sus señores y caballeros de la Tabla Redonda para deliberar sobre este asunto, y deseó de ellos que le diesen su consejo.

Entonces sir Cador de Cornualles habló primero, y dijo: «Señor, este mensaje me place bien, pues hemos descansado muchos días, y holgado, y ahora espero que haréis feroz guerra a los romanos, por donde no dudo que ganaremos honra.»

—Bien creo —dijo Arturo—, que te place bien este asunto, pero no se pueden dar estas respuestas, aunque mucho me agravia la demanda, pues ciertamente no pagaré jamás tributo a Roma, por donde os ruego que me aconsejéis. Sé que Belinus y Brenius, reyes de Bretaña, han tenido el imperio en sus manos muchos días, y también Constantino el hijo de Helena, lo que es clara prueba que no debemos tributo ninguno a Roma, sino de justicia los que descendemos de ellos tenemos derecho a reclamar el título del imperio.

CAPÍTULO 2

Cómo los reyes y señores prometieron al rey Arturo ayuda y socorro contra los romanos

Entonces respondió el rey Agwisanca de Escocia: «Señor, debéis de derecho estar por encima de todos los otros reyes, pues como vos no hay par ni igual en toda la Cristiandad, tocante a caballería y dignidad, y os aconsejo que no obedezcáis a los romanos; pues cuando reinaron sobre nosotros afligieron a nuestros mayores, y sometieron esta tierra a grandes extorsiones y pagos, por donde hago aquí voto de vengarme de ellos; y para reforzar vuestra querrela proveeré con veinte mil buenos hombres de guerra, abastecidos a mi costa, que os acompañarán conmigo cuando os plazca.»

Y el rey de la Pequeña Bretaña otorgó para lo mismo treinta mil; por donde el rey Arturo les dio las gracias. Y entonces cada uno acordó hacer guerra, y ayudar según su fuerza, que fue a saber: el Señor de Gales Occidental prometió traer treinta mil hombres; y sir Uwain, y sir Idrus su hijo, con sus parientes, prometieron traer treinta mil. Entonces sir Lanzarote prometió asimismo una gran multitud. Y cuando el rey Arturo entendió el ánimo de todos, y la buena voluntad, les dio las gracias vivamente; y después hizo llamar a los embajadores para que oyesen su respuesta. Y en presencia de todos sus caballeros y señores les dijo de esta guisa:

—Quiero que volváis a vuestro señor, y Procurador del Bien Común de los

romanos, y le digáis que ninguna cuenta hago de su demanda y mandamiento, y que no sé de ningún pago ni tributo que le deba yo a él, ni a ningún príncipe terrenal, cristiano ni pagano; sino pretendo tener y ocupar la soberanía del imperio, para lo que estoy titulado por derecho de mis predecesores, en otro tiempo reyes de esta tierra; y decidle que soy deliberada y totalmente determinado, a ir con mi ejército con fuerza y poder hasta Roma, por la gracia de Dios, a tomar posesión del imperio y someter a los que se rebelen. Por donde le mando, a él y a todos los de Roma, que incontinentemente me rindan homenaje, y me reconozcan por su emperador y gobernador, so pena de lo que pueda venir.

Y entonces mandó a su tesorero que les diese grandes y generosos dones, y pagase todas sus expensas, y asignó a sir Cadour para que los llevase fuera de la tierra.

Y tomaron su licencia y partieron, embarcaron en Sandwich, y siguieron por Flandes, Alemania, las montañas y toda Italia, hasta que llegaron a Lucio. Y después de hecha la reverencia, hicieron relación de su respuesta, como antes habéis oído.

Cuando el emperador Lucio hubo entendido bien su mensaje, fue muy demudado, ya que se había puesto furioso, y dijo: «Había pensado que Arturo obedecería mi mandamiento, y que él mismo os serviría, como bien se le acordaba, más que a ningún otro rey.»

—Oh, señor —dijo uno de los senadores—, dejad esas vanas palabras, pues os hacemos saber que yo y mis compañeros fuimos muy amedrentados de ver su continente. Temo que esto se vuelva en contra vuestra, pues pretende ser señor de este imperio, lo que es muy de temer si viene, pues es en todo muy distinto de lo que pensáis, y tiene la corte más noble del mundo; ningún otro rey ni príncipe puede compararse con él en su noble esplendor. El Día de Año Nuevo le vimos en su estado, que es el más real que hemos visto nunca, pues era servido a su mesa con nueve reyes, y la más noble compañía de príncipes, señores, y caballeros que hay en el mundo; y cada caballero era probado y semejante a un señor; y tiene la Tabla Redonda; y es su persona la más esforzada de cuantas viven; y puede ser que conquiste todo el mundo, pues es bien poco para su valor. Por donde os aconsejo que guardéis bien vuestras marcas y estrechos de las montañas; pues es ciertamente digno de ser temido.

—Bien —dijo Lucio—; antes de Pascua pienso pasar las montañas, entrar en Francia, y allí arrebatarle sus tierras con genoveses y otros poderosos guerreros de Toscana y Lombardía. Y mandaré que todos los que sean súbditos y aliados del imperio de Roma vengan en mi ayuda.

Y seguidamente envió viejos y avisados caballeros a estos países

siguientes: primero a Ambage y Arrage, a Alejandría, a la India, a Armenia, donde el río Éufrates entra en Asia, a África, y Europa la Ancha, a Ertayne y Elamye, a Arabia, Egipto y Damasco, a Damietta y a Cayer, a Capadocia, a Tarso, Turquía, Ponto y Panfilia, Siria y Galacia. Todos éstos estaban sometidos a Roma, y muchos más, como Grecia, Chipre, Macedonia, Calabria, Cataluña, Portugal, con muchos miles de españoles. Y todos estos reyes, duques y almirantes, se consagraron alrededor de Roma, con dieciséis reyes y gran multitud de gente.

Cuando el emperador supo de su llegada aprestó a sus romanos y todos los pueblos entre él y Flandes. También tomó consigo cincuenta gigantes engendrados por demonios, los cuales fueron ordenados para guardar su persona y quebrantar la delantera de la batalla del rey Arturo.

Y así partió de Roma, y bajó las montañas para destruir las tierras que Arturo había conquistado, y llegó a Colonia, cercó un castillo vecino, lo rindió en seguida, lo guarneció con doscientos sarracenos o infieles, y después destruyó muchos hermosos países que Arturo había ganado al rey Claudas. Y así llegó Lucio con toda su hueste, desplegada a lo ancho de sesenta millas, mandando que se juntasen con él en Borgoña, pues se proponía destruir el reino de la Pequeña Bretaña.

CAPÍTULO 3

Cómo el rey Arturo celebró un Parlamento en York, donde ordenó cómo debía ser gobernado el reino en su ausencia

Dejamos ahora al emperador Lucio y hablamos del rey Arturo, que mandó a todo su acompañamiento que se aprestase, el octavo día de san Hilario, a celebrar un Parlamento en York. Y en ese Parlamento determinaron confiscar toda la armada de la tierra, y en espacio de quince días estar apercebidos en Sandwich, que allí mostraría a su ejército cómo se proponía conquistar el imperio que le pertenecía tener de derecho.

Y allí nombró dos gobernadores de este reino, que fueron, a saber, sir Bawdwin de Bretaña, por que aconsejase lo mejor, y sir Constantino, hijo de sir Cador de Cornualles, que después de la muerte de Arturo fue rey de este reino. Y en presencia de todos sus señores resignó en ellos el gobierno del reino y de su reina Ginebra, por donde se enojó a sir Lanzarote, pues dejaba a sir Tristán con el rey Marco por amor a la Bella Isolda.

Entonces la reina Ginebra hizo gran lamentación por la partida de su señor y otros, y se desvaneció de tal guisa que las damas la llevaron a su cámara.

Partió, pues, el rey con su gran ejército, y dejó a la reina y el reino bajo el gobierno de sir Bawdwin y Constantino. Y cuando estuvo sobre su caballo, dijo en alta voz: «Si muero en esta jornada, quiero que sir Constantino sea mi heredero, y rey de este reino, como el más cercano de mi sangre»; y partió después, y entró en la mar en Sandwich con todo su ejército, con gran multitud de barcos, galeras, cocas, galeazas, haciendo vela sobre la mar.

CAPÍTULO 4

Cómo el rey Arturo, embarcado y acostado en su cámara, tuvo un sueño maravilloso, y de su exposición

Y estando acostado el rey en su cámara de la nave, se adormeció y tuvo un sueño maravilloso: le pareció que un espantoso dragón ahogaba a mucha de su gente, y que salía volando de poniente, y tenía la cabeza esmaltada de azur, y sus hombros relucían como el oro, y su vientre era como de una malla de maravilloso matiz, su cola de puntas afiladas, sus patas de fino sable, y sus garras como de oro fino; y de la boca le salía una espantosa llama de fuego, como si la tierra y el agua ardiesen totalmente. Después, le pareció que salía de oriente un terrible jabalí todo negro, en una nube, con grandes pezuñas como estacas; era velludo y de mirada feroz, la bestia más horrible que jamás vio hombre ninguno; rugía y erraba tan espantablemente que era maravilla oír. Entonces el horrible dragón avanzó y vino por los aires como un halcón, dando grandes golpes sobre el jabalí, y el jabalí lo hirió a su vez con sus feroces colmillos, de manera que su pecho se ensangrentó todo, y la sangre caliente volvió bermeja toda la mar. Entonces el dragón se elevó volando hacia las alturas, bajó con gran arremetida, hirió al jabalí en el espinazo, que tenía diez pies de la cabeza a la cola, redujo al jabalí todo a polvo, la carne y los huesos, y se fue volando por encima de la mar.

Y en eso despertó el rey, y se sintió muy turbado de este sueño, y envió al punto por un sabio filósofo, mandando que le dijese el significado de su sueño.

—Señor —dijo el filósofo—, el dragón que has soñado representa tu propia persona que aquí navega; y los colores de sus alas son los reinos que has ganado, y su cola llena de puntas afiladas significa a los nobles caballeros de la Tabla Redonda; y el jabalí al que mata el dragón, que sale de las nubes, representa algún tirano que atormenta al pueblo, o que probablemente vas a luchar tú sólo con algún gigante horrible y abominable, como no has visto otro igual en tus días; por ende, nada debes temer de este espantable sueño, sino ve como conquistador.

Después de esto, no tardaron en tener tierra a la vista, y navegaron hasta que arribaron a Barflete, en Flandes; y una vez allí halló apercebidos a muchos de sus grandes señores, como les había sido mandado que aguardasen.

CAPÍTULO 5

Cómo un hombre del país le contó de un maravilloso gigante, y cómo luchó y lo conquistó

Entonces vino a él un labrador del país, y le contó cómo había en el país de Constantino, cerca de Bretaña, un gran gigante que había matado, asesinado y devorado a mucha gente del país, y llevaba siete años sustentándose con los hijos de la gente común de aquella tierra, «a tal extremo que todos los niños han sido muertos y destruidos; y ahora ha prendido a la duquesa de Bretaña cuando cabalgaba con su séquito, y se la ha llevado a la morada que tiene en una montaña, para violarla y yacer con ella hasta el fin de su vida; y mucha gente la ha seguido, más de quinientos; pero ninguno ha podido rescatarla, sino la han dejado gimiendo y llorando lamentablemente, por donde creo que la ha matado satisfaciendo su inmundo apetito de lujuria. Era mujer de tu primo sir Howell, al que nosotros tenemos por muy próximo de tu sangre. Ahora, como rey justo que eres, ten piedad de esta dama, y vénganos a todos como noble conquistador.»

—¡Ay! —dijo el rey Arturo—, gran maldad es ésa; antes que el mejor de mis reinos habría querido yo estar a un estadio de él, para haber rescatado a esa dama. Ahora, compañero —dijo el rey Arturo—, ¿puedes llevarme donde mora ese gigante?

—Sí, señor —dijo el buen hombre—, mira allá donde ves aquellos dos grandes fuegos; allí le hallarás, y más tesoros de los que creo que hay en toda Francia.

Cuando el rey hubo entendido este piadoso caso, volvió a su tienda. Llamó entonces a sir Kay y sir Bedevere, y les mandó que secretamente aprestasen caballo y arnés para él y ellos dos, pues después de vísperas quería cabalgar en peregrinación con los dos al monte de San Miguel. Se aprestó entonces, se armó en todos los puntos, y tomó su caballo y su escudo.

Y partieron los tres de allí, y cabalgaron más aprisa que nunca, hasta que llegaron al pie de aquel monte. Se apearon, y el rey les mandó que permaneciesen allí, pues quería subir él solo a aquel monte. Y ascendió por aquella ladera hasta que llegó a un gran fuego, donde halló una viuda cuitada retorciéndose las manos y haciendo gran llanto, sentada junto a una sepultura

recién hecha. Entonces la saludó el rey Arturo, y demandó de ella por qué hacía tal lamentación; a lo que respondió ella, y dijo:

—Señor caballero, habla bajo, pues allá está un demonio, y si te oye vendrá y te destruirá; por desdichado te tengo; ¿qué haces aquí, en esta montaña? Pues aun si fueseis cincuenta como tú, no podríais hacer resistencia contra este demonio: aquí yace muerta una duquesa, la cual era la más hermosa del mundo, mujer de sir Howell, duque de Bretaña; forzándola, la ha matado, y desgarrado hasta el ombligo.

—Señora —dijo el rey—; vengo del noble conquistador rey Arturo, a tratar con ese tirano en favor pueblo vasallo.

—¡Malhaya tales tratos! —dijo ella—; ninguna cuenta hace de rey ni de ningún otro; pero si le traes a la mujer de Arturo, doña Ginebra, más se alegrará que si le das media Francia. Mira de no allegar demasiado a él, porque ha vencido a quince reyes, y una cota se ha hecho toda llena de piedras preciosas bordada con sus barbas, que ellos le enviaron la pasada Navidad para tener su amor, y por la salvación de su pueblo. Y si quieres hablar con él, en aquel gran fuego lo tienes, cenando.

—Pues cumpliré mi mensaje —dijo Arturo—, pese a vuestras espantosas palabras —y fue por la cresta de aquel monte, y vio dónde estaba sentado royendo un miembro humano, y calentando sus anchas piernas al fuego, sin calzones, mientras tres hermosas doncellas daban vueltas a tres asadores donde había ensartados doce recién nacidos como pajarillos. Cuando el rey Arturo vio aquella escena lastimera sintió gran compasión de ellos, al extremo que el corazón se le encogió de dolor, y lo saludó de esta guisa:

—El que rige el mundo te dé corta vida y muerte vergonzosa; y el diablo tenga tu alma. ¿Por qué has matado a esos niños inocentes, y asesinado a esta duquesa? Levanta y apercíbete, glotón, pues este día vas a morir de mi mano.

Entonces se levantó el glotón de un salto, tomó una gran maza en la mano, y dio tal golpe al rey que le tiró al suelo la corona del yelmo. Y el rey lo hirió a su vez, le rajó el vientre y cortó los genitales, de manera que le cayeron al suelo las entrañas e intestinos. Entonces el gigante arrojó la maza, agarró al rey en sus brazos, y le estrujó las costillas. Las tres doncellas, entonces, se arrodillaron y clamaron a Cristo por ayuda y socorro de Arturo. Y Arturo giraba y se retorció, de manera que unas veces estaba debajo y otras encima. Y dando vuelcos y tumbos de esta suerte, rodaron cuesta abajo hasta llegar a la señal de la mar; y mientras así giraban no cesaba Arturo de asestarle con su daga. Y acaeció que vinieron a parar adonde los dos caballeros estaban y guardaban el caballo de Arturo; y al ver éstos al rey tan sujeto por los brazos del gigante acudieron a soltarlo.

Entonces el rey mandó a sir Kay que tajase la cabeza del gigante, la pusiese sobre el fuste de una lanza, la llevase a sir Howell, y le dijese que su enemigo había sido muerto; «y después, haced atar esta cabeza a una barbacana para que pueda verla y contemplarla todo el pueblo; id ahora los dos a la montaña, y traedme mi escudo, mi espada y la maza de hierro; y en cuanto al tesoro, tomadlo, pues hallaréis allí infinitos bienes; con tal que tenga yo la túnica y la maza, no deseo más. Éste era el gigante más fiero conque he topado, salvo otro que vencí en el monte de Arabia; aunque éste era más grande y feroz».

Entonces los caballeros trajeron la maza y la túnica, tomaron para sí parte del tesoro, y volvieron otra vez con la hueste. Y al punto se conoció esto por todo el país, por donde vino la gente a dar gracias al rey.

Y éste les respondió: «Agradecedlo a Dios, y repartid los bienes entre vosotros.» Y después de eso el rey Arturo dijo y mandó a Howell, su primo, que ordenase la construcción de una iglesia en el mismo monte, en honor de san Miguel.

Y por la mañana el rey movió con su gran batalla, y entró en la Champagne, en un valle, y allí asentaron sus tiendas; y cuando estaba comiendo el rey, vinieron dos mensajeros, de los cuales uno era Mariscal de Francia, y dijeron al rey que el emperador había entrado en Francia, y había destruido una gran parte, y estaba en Borgoña, la cual había destruido, y hecho gran mortandad de gente, y quemado pueblos y burgos; «por donde, si no vienes prestamente, deberán rendir sus cuerpos y sus bienes».

CAPÍTULO 6

Cómo el rey Arturo envió a sir Gawain y otros a Ludo, y cómo fueron asaltados y escaparon con honra

Entonces el rey hizo llamar a sir Gawain, sir Bors, sir Lionel y sir Bedevere, y les mandó que fuesen derechamente a sir Lucio; «y decidle que prestamente abandone mi tierra; y si no quiere, decidle que se apreste a hacer batalla y deje de afligir a la pobre gente».

Enderezaron al punto estos nobles caballeros a caballo, y cuando llegaron a un verde bosque, vieron muchos pabellones asentados en un prado, de seda de diversos colores, cerca de un río; y el pabellón del emperador estaba en medio con un águila desplegada encima. Hacia aquella tienda cabalgaron nuestros caballeros, y ordenaron hacer sir Gawain y sir Bors el mensaje, y quedar sir Lionel y sir Bedevere en una emboscadura.

E hicieron sir Gawain y sir Bors su mensaje, y mandaron a Lucio, en nombre de Arturo, que dejase su tierra, o se aparejase en breve a batallar. A lo que respondió Lucio, y dijo: «Volved a vuestro señor, y decidle que le someteré a él y todas sus tierras.»

Entonces se enojó sir Gawain, y dijo: «Más que toda Francia quisiera luchar yo contra ti.»

—Y yo —dijo sir Bors—, más que toda Bretaña o Borgoña.

Entonces dijo un caballero llamado sir Gainus, pariente cercano del emperador: «Ved cuan llenos de orgullo y soberbia están estos bretones, y cómo alardean y presumen como si sostuviesen el mundo.»

Entonces sir Gawain tomó mucho agravio por estas palabras, sacó la espada y le cortó la cabeza. Y seguidamente dieron la vuelta a sus caballos, cruzaron aguas y bosques, hasta que llegaron a su emboscadura donde sir Lionel y sir Bedevere aguardaban.

Los romanos siguieron aprisa detrás, a caballo y a pie, por campo llano, hasta el bosque; entonces sir Bors volvió su caballo y vio venir a gran prisa un caballero, y le atravesó el cuerpo con una lanza, de manera que cayó muerto a tierra; entonces llegó Caliburn, uno de los más fuertes de Pavía, y derribó muchos de los caballeros de Arturo. Y cuando sir Bors le vio hacer tanto daño, enderezó hacia él, y le atravesó el pecho, de manera que cayó muerto a tierra. Entonces sir Feldenak pensó vengar la muerte de Gainus en sir Gawain, pero se dio cuenta sir Gawain, y le descargó un golpe sobre la cabeza el cual no paró hasta que le llegó al pecho.

Se volvió entonces y fue adonde estaban emboscados sus compañeros. Y allí hubo un encuentro, pues los emboscados cayeron sobre los romanos, matando y tajando, y los obligaron a volverse y huir, persiguiéndolos los nobles caballeros hasta sus tiendas.

Entonces los romanos allegaron más gente, trajeron también de a pie, y formaron una nueva batalla, con tanta gente que fueron prendidos sir Bors y sir Berel. Pero cuando vio eso sir Gawain, tomó con él al buen caballero sir Idrus, y diciendo que no vería más al rey Arturo si no los rescataba, sacó su buena espada Galatine, y fue en pos de los que llevaban a aquellos dos caballeros; e hirió al que llevaba a sir Bors, y le quitó a sir Bors, y lo entregó a sus compañeros. Y así mismo rescató sir Idrus a sir Berel.

Entonces comenzó a recrecer la batalla, de manera que nuestros caballeros se vieron en gran peligro, por donde sir Gawain envió por socorro al rey Arturo, pidiendo que acuciase, «pues estoy malherido, y nuestros prisioneros pueden pagar sobrado rescate».

Y fue el mensajero al rey y le dijo su mensaje. Y al punto hizo reunir el rey su ejército; pero antes de partir, llegaron los prisioneros, y sir Gawain y sus compañeros ganaron el campo y pusieron en fuga a los romanos, y después se juntaron con su compañía en tal guisa que no perdieron ningún hombre de merecimiento, salvo que sir Gawain fue gravemente herido. Entonces el rey hizo que le examinasen las heridas y lo curasen.

Y así fue el comienzo de la primera jornada de los bretones y romanos, y fueron muertos de los romanos más de diez mil; y esa noche hubo gran alegría y contento en la hueste del rey Arturo. Y por la mañana enviaron a todos los prisioneros a París bajo la guarda de sir Lanzarote, con muchos caballeros, y de sir Cador.

CAPÍTULO 7

Cómo Lucio envió espías a una emboscadura para rescatar a sus caballeros prisioneros, y cómo fueron estorbados

Volvemos ahora al Emperador de Roma, el cual espío que estos prisioneros iban a ser enviados a París, y al punto envió a una emboscadura algunos caballeros y príncipes, con sesenta mil hombres, para rescatar a sus caballeros y señores que iban prisioneros.

Y por la mañana Lanzarote y sir Cador, capitanes y gobernadores de todos los que conducían a los prisioneros, cuando iban a atravesar un bosque, envió sir Lanzarote algunos caballeros para que viesan si alguien lo podía impedir. Y cuando los dichos caballeros entraron en el bosque, espionaron y vieron la gran emboscada; y volvieron y dijeron a sir Lanzarote que les esperaban al acecho sesenta mil romanos.

Y entonces sir Lanzarote con los caballeros que tenía, y hombres de guerra en número de diez mil, se pusieron en ordenanza, y se encontraron y lucharon con ellos esforzadamente, y mataron y hostigaron a muchos de los romanos, y dieron muerte a muchos caballeros y emires del bando de los romanos y sarracenos; allí murió el rey de Lyly y tres grandes señores, Aliduke, Herawd y Heringdale. Pero sir Lanzarote luchaba tan noblemente que ninguno podía resistir un golpe de su mano, sino adonde iba mostraba su proeza y poder, pues mataba a una y otra mano; y los romanos y sarracenos huían de él como las ovejas del lobo o del león; y puso en fuga a cuantos quedaron vivos.

Y tanto tiempo lucharon que llegó nueva al rey Arturo; y se apercibió al punto y fue a la batalla, vio cómo sus caballeros habían vencido, y los abrazó, caballero por caballero, diciendo: «Bien merecéis poseer toda vuestra honra y

honor; jamás hubo rey, salvo yo, que tuviera tan nobles caballeros.»

—Señor —dijo Cador—, ninguno de nosotros falleció al otro; pero la proeza y esfuerzo de sir Lanzarote sería más que maravilla contar, y también de sus parientes, que han hecho este día muchos nobles hechos de guerra.

también contó sir Cador quiénes de sus caballeros habían muerto, como sir Berel, y también sir Moris y sir Maurel, dos buenos caballeros.

Entonces lloró el rey; y se secó los ojos con un pañuelo, y dijo: «Vuestro valor ha estado cerca de destruiros, pues aunque hubieseis vuelto, ninguna honra habríais perdido; pues yo llamo a eso necedad, caballeros, resistir uno cuando puede ser vencido.»

—No —dijeron Lanzarote y los otros—, pues una vez perdida la honra no se puede recobrar.

CAPÍTULO 8

Cómo un senador contó a Lucio de su desbaratamiento, y también de la gran batalla entre Arturo y Lucio

Dejamos ahora al rey Arturo y sus nobles caballeros, que habían ganado el campo, y habían llevado sus prisioneros a París, y hablamos de un senador que escapó de la batalla, fue al emperador Lucio, y le dijo:

—Señor emperador, te aconsejo que te retires. ¿Qué haces aquí? Nada ganarás en estas marcas sino grandes golpes sin ninguna medida, pues este día uno de los caballeros de Arturo valía en la batalla ciento de los nuestros.

—¡Malhayas tú —dijo Lucio—, por hablar cobardemente!; pues más me agravian tus palabras que todas las pérdidas que he tenido este día —y al punto envió delante un rey, que se llamaba sir Leomie, con un gran ejército, mandándole que acuciase, que él le seguiría aprisa.

Advertido el rey Arturo privadamente, envió su gente a Sajonia, y tomó las ciudades y castillos de los romanos. Entonces mandó el rey a sir Cador que tomase la retaguardia, y llevase con él algunos caballeros de la Tabla Redonda; «y sir Lanzarote, sir Bors, sir Kay, sir Marrok, con sir Marhaus, guardarán nuestra persona». Así el rey Arturo distribuyó su hueste en diversas partes, a fin que no escapasen sus enemigos.

Cuando el emperador entró en el valle de Sajonia, pudo ver dónde estaba el rey Arturo en orden de batalla con su bandera desplegada; y fue cercado a su alrededor por sus enemigos, de manera que de necesidad tenía que luchar, o

rendirse, pues no podía huir; pero dijo abiertamente a los romanos: «Señores, os amonesto este día que luchéis y cumpláis como hombres, y recordéis cómo Roma domina y es principal y cabeza de toda la tierra y universal mundo, y no consintáis que estos bretones resistan este día contra nosotros»; y seguidamente mandó a sus trompetas tañer sones sangrientos, de tal guisa que el suelo tembló y se estremeció.

Entonces se aproximaron las batallas, y arremetieron gritando por ambas partes, y dieron grandes golpes por ambas partes; y cayeron derribados muchos hombres, heridos y muertos; y ese día se hizo muestra de grandes valentías, proezas y hazañas de guerra, de manera que sería harto largo contar las nobles hazañas de cada hombre, pues podrían llenar un volumen entero. Pero en especial, el rey Arturo entró en la batalla exhortando a sus caballeros a hacerlo bien, y él mismo hizo tan noblemente con sus manos como era posible que hiciese un hombre: sacaba su espada Excalibur, observaba dónde eran más espesos los romanos y más acongojaban a su gente, y a esa parte enderezaba él, y tajaba y mataba, y rescataba a su gente; y mató a un gran gigante llamado Galapas, que era hombre descomunal de cuerpo y estatura: le segó y cortó ambas piernas por las rodillas, diciendo: «Ahora tienes mejor tamaño para entenderme contigo que antes»; y después le cortó la cabeza. Allí luchó sir Gawain noblemente, y dio muerte a tres emires, en aquella batalla. Y lo mismo hicieron todos los caballeros de la Tabla Redonda.

Y la batalla entre el rey Arturo y el emperador Lucio duró mucho tiempo. Lucio tenía de su lado a muchos sarracenos que murieron. Y fue muy grande la batalla, y unas veces llevaba una parte la ventaja y otras la desventaja, lo que duró mucho tiempo, hasta que a la postre vio el rey Arturo dónde luchaba el emperador Lucio, y hacía prodigios con sus manos.

Y al punto fue a él. Y se acometieron ambos fieramente, y a la postre Lucio dio a Arturo un golpe de través en el rostro, haciéndole una ancha herida. Y cuando el rey Arturo se sintió herido, al punto le dio un golpe con Excalibur que le hendió la cabeza, desde arriba de la cabeza, y no paró hasta que le llegó al pecho. Entonces el emperador cayó muerto, y allí acabó su vida. Y cuando se supo que el emperador había muerto, al punto emprendieron la huida los romanos con toda su hueste, y el rey Arturo, con todos sus caballeros, los persiguió, matando a cuantos podía alcanzar.

Y así fue dada la victoria al rey Arturo, y el triunfo; y allí fueron muertos de la parte de Lucio más de cien mil. Y después el rey Arturo hizo examinar todos los cuerpos muertos, y enterrar a los que eran de su séquito, cada uno según el estado y grado del que era. En cuanto a los heridos, hizo que los cirujanos examinasen sus llagas y heridas, mandando que ningún bálsamo ni medicina se ahorrara hasta que fuesen sanos.

Entonces fue el rey derechamente adonde el emperador Lucio yacía muerto, y con él halló muertos al Sultán de Siria, y al Rey de Egipto y al de Etiopía, que eran dos nobles reyes, con otros diecisiete reyes de diversas regiones, y también sesenta senadores de Roma, hombres nobles todos ellos, a los que el rey hizo embalsamar y perfumar con muchas buenas resinas aromáticas, y después encerar con sesenta envolturas de tela de cendal encerada, y poner en cofres de plomo, por que no se pudiesen descomponer ni heder; y sobre todos estos cuerpos fueron puestos sus escudos con sus armas y banderas, a fin que se supiese de qué países eran.

Y después halló a tres senadores que estaban vivos, a los que dijo: «Para salvar vuestras vidas quiero que toméis estos cuerpos muertos, los llevéis a la gran Roma, y los presentéis de mi parte a la Potestad, mostrándole mis cartas, y le digáis que prestamente estaré en Roma con mi persona. Y creo que los romanos se cuidarán de pedir ningún tributo de mí. Y mando que digáis, cuando lleguéis a Roma, a la Potestad y a todo el Consejo y Senado, que les envíe estos cuerpos muertos por el tributo que han demandado. Y si no se contentan con ellos, les pagaré más a mi llegada, pues otro tributo no les debo, ni quiero pagar. Y creo que éste es bastante por Bretaña, Irlanda, y toda Alemania y Germania. Y os doy cargo de decir además, que les mando, so pena de sus cabezas, que jamás demanden tributo ni impuesto de mí ni de mis tierras.»

Con este encargo y mandamiento partieron los tres senadores antedichos, con todos los dichos cuerpos muertos, colocando el cuerpo de Lucio en un carro, solo, cubierto con las armas del imperio; y después dos cuerpos de reyes en una carreta, y los cuerpos de los senadores detrás; y así fueron a Roma, y mostraron su legación y mensaje a la Potestad y Senado, relatando la batalla habida en Francia, y cómo fue perdido el campo y mucha e infinita gente muerta. Por donde les aconsejaban que de ninguna guisa moviesen más guerras contra aquel noble conquistador Arturo, «pues muy de temer son su fuerza y proeza, viendo a los nobles reyes y gran multitud de caballeros de la Tabla Redonda, al que ningún príncipe terrenal se puede comparar».

CAPÍTULO 9

Cómo Arturo, después que hubo acabado la batalla contra los romanos, entró en Alemania y en Italia

Ahora volvemos al rey Arturo y sus nobles caballeros, el cual, después de acabada la gran batalla contra los romanos, entró en Lorena, Brabante y Flandes, de donde tornó a la Alta Alemania, pasó las montañas, y entró en

Lombardía; y después, en Toscana, donde una ciudad no se quiso rendir, ni obedecer por ninguna guisa, por donde el rey Arturo la asedió y tuvo mucho tiempo cercada, y le hizo muchos asaltos; y los de dentro se defendieron valerosamente.

Entonces, en una sazón, llamó el rey a sir Florence, un caballero, y le dijo que faltaban vituallas, «y no lejos de aquí hay grandes florestas y bosques donde están muchos enemigos míos con mucho ganado. Quiero que te aprestes y vayas allá a saco; lleva contigo a mi sobrino sir Gawain, a sir Wisshard, sir Clegis, sir Cleremond, y al Capitán de Cardiff con otros, y traigas todas las bestias que puedas».

Y al punto se aprestaron estos caballeros, y fueron por oteros y altozanos, atravesaron bosques y florestas, hasta que entraron en un hermoso prado lleno de hermosas flores y yerba; y allí descansaron ellos y sus caballos toda esa noche.

Y con el alba de la mañana, al otro día, tomó sir Gawain su caballo y se fue calladamente de su compañía en busca de alguna aventura. Y a poco descubrió a un hombre armado, yendo sosegadamente su caballo por la linde de un bosque, con el escudo enlazado a su hombro, sentado sobre un fuerte corcel, y sin otro criado que un paje llevando una poderosa lanza. El caballero llevaba en su escudo tres grifos de oro, sable y carbúnculo, el jefe de plata. Cuando sir Gawain vio a este airoso caballero, enristró su lanza, cabalgó derecho a él, y demandó de él de dónde era.

El otro respondió y dijo que de Toscana, y demandó de sir Gawain: «¿Qué propones tú, caballero orgulloso, tan osadamente? Aquí no tienes presa, ya puedes probar lo que quieras, pues serás mi prisionero antes que te partas.»

Entonces dijo Gawain: «Mucho te vanaglorias y hablas palabras soberbias; te aconsejo, pese a toda tu presunción, que te aprestes y tomes tu aparejo, antes que te venga un mal mayor.»

CAPÍTULO 10

De una batalla hecha por Gawain contra un sarraceno, que después se rindió y se volvió cristiano

Entonces tomaron sus lanzas, corrieron el uno para el otro con todo el poder que tenían, y se atravesaron ambos los escudos hasta el hombro; sacaron luego las espadas, y se dieron tales golpes que saltaban centellas de sus yelmos. Entonces sir Gawain se sintió muy turbado, y con su buena espada Galatine le metió por el escudo y la cota, hecha de gruesa malla, le destrozó y

quebró las piedras preciosas, y le hizo tan grande herida que se le podía ver el hígado y el pulmón. Soltó entonces un gruñido aquel caballero, fue para sir Gawain, y de un terrible tajo le dio una gran herida y cortó una vena, lo que afligió en extremo a Gawain, y le hizo sangrar abundantemente.

Y dijo el caballero a sir Gawain: «Venda esa llaga antes que mude tu color, que has cubierto de sangre todo tu caballo y tus hermosas armas; pues todos los barberos de Bretaña no podrán restañar tu sangre, pues quien sea herido con esta hoja jamás dejará de sangrar.»

Entonces respondió Gawain: «Poco me aflige; no me dan miedo tus palabras demasiadas, ni arredran mi ánimo, sino que vas a sufrir angustia y dolor antes que nos partamos. Pero dime presto quién puede restañar mi sangre.»

—Eso puedo hacerlo yo —dijo el caballero—, si quiero; y lo haré, si tú me socorres y ayudas, que pueda ser bautizado, y creer en Dios, lo cual requiero de tu hombría, y será gran mérito para tu alma.

—Consiento —dijo sir Gawain—, así Dios me ayude, en cumplir todo tu deseo; pero dime primero qué buscas aquí tú solo, y de qué tierra y vasallaje eres.

—Señor —dijo—, me llamo Príamo, y un gran príncipe es mi padre, y ha sido rebelde a Roma y destrozado muchas de sus tierras. Mi padre descende de Alejandro y de Héctor por línea derecha. Y el duque Josué y Macabeo fueron de nuestro linaje. Soy justo heredero de Alejandría, África, y de todas las islas lejanas; aunque quiero creer en el Señor que tú crees; y por tu trabajo te daré sobradas riquezas. He sido tan vano y altivo en mi corazón que creía que nadie me podía igualar, ni semejarse a mí. Fui enviado a esta guerra con ciento cuarenta caballeros, y ahora me he encontrado contigo, que me has dado cumplida lucha; por donde, señor caballero, te ruego que me digas quién eres.

—No soy ningún caballero —dijo Gawain—; he sido criado en la guardarropa del noble rey Arturo muchos años, cuidando su armadura y sus otros aparejos, y poniendo cintas a los paletos de su pertenencia. Las Navidades pasadas me hizo ayudante, y me dio caballo y arnés, y cien libras en dinero; y si la fortuna es mi amiga, no dudo que seré acrecentado y favorecido por mi señor natural.

—¡Ah! —dijo Príamo—, si sus picaros son tan porfiados y fieros, harto buenos han de ser sus caballeros. Ahora, por el amor del Rey de los Cielos, seas pícaro o caballero, dime tu nombre.

—Por Dios —dijo Gawain—, que te voy a decir la verdad: me llamo sir Gawain, soy conocido en su corte y su cámara, y uno de los caballeros de la

Tabla Redonda; él me armó duque con su propia mano. Por ende, no os cause enojo si esta gracia me es afortunada; es la bondad de Dios la que me prestó mi fuerza.

—Más contento soy ahora —dijo Príamo— que si me hubieses dado toda la Provenza y París la rica. Preferiría haber sido destrozado con caballos salvajes, a que un truhán hubiese ganado tal precio, o que un paje o soldado hubiese tenido galardón sobre mí. Pero ahora, señor caballero, te prevengo que aquí cerca está un duque de Lorena con su ejército, y los más nobles hombres del Delfinado, y señores de Lombardía, con la guarnición de San Gotardo, y sarracenos de Sudlanda, que son sesenta mil buenos hombres de armas; por donde si no nos vamos presto de aquí, recibiremos daño, pues los dos estamos mal heridos, y puede ser que no nos recobremos; pero ved que mi paje no toque el cuerno, pues si lo hace, hay muy cerca de aquí cien caballeros que guardan mi persona, y si te prenden ningún rescate de oro ni plata te podrá librar.

Entonces sir Gawain pasó un agua para salvarse, le siguió el caballero, y cabalgaron hasta llegar a sus compañeros que se hallaban en el prado, donde habían estado toda la noche. Así que sir Wisshard descubrió a sir Gawain y vio que estaba herido, corrió a él llorando afligidamente, y demandó de él quién le había herido así; y Gawain le contó cómo había luchado con aquel hombre, y cada uno había herido al otro, y cómo tenía bálsamos que los sanarían; «pero puedo daros otra nueva: que presto las habremos con muchos enemigos».

Entonces sir Príamo y sir Gawain se apearon, dejaron pacer sus caballos en el prado, se desarmaron, y entonces manó nuevamente la sangre de sus llagas. Tomó Príamo de su paje una redoma llena de las cuatro aguas que salían del Paraíso, ungió con cierto bálsamo sus llagas, las lavó con aquella agua, y al cabo de una hora estaban ambos más sanos que nunca.

Y entonces, con una trompeta, fueron llamados todos a consejo, y allí les dijo Príamo qué señores y caballeros habían jurado rescatarle, y que sin falta serían asaltados con muchos miles, por donde les aconsejaba que se retrajesen.

Entonces dijo sir Gawain que sería gran vergüenza para ellos irse sin ningún golpe; «por donde aconsejo que tomemos nuestras armas y nos aprestemos a encontrarnos con esos sarracenos y herejes, que con la ayuda de Dios les venceremos y tendremos un honroso día sobre ellos. Y sir Florence permanecerá en este campo para resistir firme como noble caballero, y no desampararemos a aquellos compañeros».

—Cesad ya en vuestras razones —dijo Príamo—, pues os prevengo que hallaréis en aquellos bosques muchos peligrosos caballeros; sacarán las bestias para atraeros, ya que son innumerables y vosotros no pasáis de setecientos, lo que es muy poco número para luchar con tantos.

—Con todo —dijo sir Gawain—, los encontraremos a la vez, y veremos qué pueden hacer ellos; y que los mejores tengan la victoria.

CAPÍTULO 11

Cómo los sarracenos salieron de un bosque para rescatar sus bestias, y de una gran batalla

Entonces sir Florence llamó a sir Floridas a su lado, con cien caballeros, y se llevaron el rebaño de bestias. Detrás les siguieron setecientos hombres de armas; y salió súbitamente del bosque sir Ferrante de España, sobre un hermoso corcel, fue a sir Florence y le preguntó por qué huía. Entonces sir Florence tomó su lanza, fue contra él, le hirió en la frente y le quebró el hueso del cuello. Entonces se conmovieron todos los otros y pensaron vengar la muerte de sir Ferrante; y se acometieron entre ellos, y hubo gran lucha, y muchos murieron y quedaron en el suelo; y sir Florence con sus cien caballeros mantuvo siempre su puesto, y luchó bravamente.

Cuando el buen caballero Príamo vio la gran lucha, fue a Gawain y le pidió que le dejase ir a socorrer a su compañía, la cual estaba en grave estrecho.

—Señor, no os aflija —dijo sir Gawain—, pues el grado será de ellos. Ni una vez moveré mi caballo hacia ellos, a menos que vea más de lo que allí hay; pues son harto fuertes para vencerlos.

Y en eso, vio a un conde llamado sir Ethelwold, y al duque de los holandeses, salir súbitamente de un bosque con muchos miles, y caballeros de Príamo, e ir derechamente a la batalla. Entonces sir Gawain confortó a sus caballeros, y les pidió que no desmayasen, «pues todos serán nuestros».

Partieron al galope, se encontraron con sus enemigos, y allí hubo hombres derribados y muertos en ambas partes. Entonces se metieron entre ellos los caballeros de la Tabla Redonda, derribando a tierra a todo el que les resistía, al extremo que los hacían retraerse y huir.

—Por Dios —dijo sir Gawain— que esto me alegra el corazón, pues ahora ya son en número menos de veinte mil.

Entonces entró en la batalla Jubance, un gigante; y luchaba y mataba a cada golpe, y hostigaba a muchos de nuestros caballeros, entre los que murió sir Gherard, un caballero de Gales. Entonces nuestros caballeros tomaron ánimo, y mataron a muchos sarracenos. Entonces entró sir Príamo con su pendón, cabalgó entre los caballeros de la Tabla Redonda, y luchó tan bravamente que muchos de sus enemigos perdieron sus vidas. Y allí sir Príamo

mató al Marqués de la tierra de Moisés; y sir Gawain y sus compañeros hicieron tanto que tuvieron el campo; pero en aquella batalla fue muerto sir Chestelaine, doncel y guardián de sir Gawain, por donde se hizo mucha aflicción, y su muerte fue prestamente vengada. Y acabó la batalla, y quedaron muertos en el campo muchos señores de Lombardía y sarracenos.

Entonces sir Florence y sir Gawain albergaron seguramente a su gente, tomaron abundante cantidad de ganado, de oro y plata, y grandes tesoros y riquezas, y volvieron al rey Arturo, que aún mantenía el cerco. Y cuando llegaron al rey presentaron a sus prisioneros y contaron sus aventuras, y cómo habían vencido a sus enemigos.

CAPÍTULO 12

Cómo sir Gawain volvió al rey Arturo con sus prisioneros, y cómo el rey ganó una ciudad, y cómo fue coronado emperador

—Demos gracias a Dios —dijo el noble rey Arturo—. Pero, ¿qué hombre es ese que está ahí solo, y no parece prisionero?

—Señor —dijo Gawain—, éste es un buen hombre de armas que ha luchado conmigo, pero se ha rendido a Dios, y a mí, para hacerse cristiano; de no haber estado él, nunca habríamos vuelto; por donde os ruego que pueda ser bautizado, pues no vive hombre más noble ni mejor caballero de sus manos.

Entonces el rey mandó que al punto fuese bautizado, y se llamase de nombre Príamo, y lo hizo duque y caballero de la Tabla Redonda.

Y luego mandó el rey dar voz de asaltar la ciudad, y levantaron escalas, quebrantaron muros, y llenaron los fosos, de manera que con poco esfuerzo pudieron entrar en la ciudad.

Entonces salió una duquesa, y la condesa Clarisin, con muchas dueñas y doncellas, y arrodillándose ante el rey Arturo, le requirieron por el amor de Dios que recibiese la ciudad y no la tomase por asalto, pues entonces morirían muchos inocentes.

Entonces el rey se levantó la visera con modesto y noble continente, y dijo: «Señora, ninguno de mis vasallos os ofenderá a vos, ni a vuestras doncellas, ni a ninguno de cuantos os pertenecen; pero el duque debe esperar mi juicio.»

Seguidamente mandó el rey que cesase el asalto, y trajo las llaves el hijo mayor del duque; e hincándose de rodillas, las entregó al rey y le suplicó de gracia. Y el rey tomó la ciudad por acuerdo de sus señores, y prendió al duque, lo envió a Dover para quedar allí prisionero el término de su vida, y asignó

rentas para beneficio de la duquesa y para sus hijos.

Después hizo señores para que gobernasen aquellas tierras, y leyes como un señor debe hacer en su propio país. Y después emprendió jornada hacia Roma, enviando delante a sir Florence y sir Floridas, con quinientos hombres de armas, los cuales llegaron a la ciudad de Urbino y se emboscaron allí donde mejor les pareció para ellos, y cabalgaron por delante de la ciudad; y al punto salió mucha gente a hostigar a los delanteros. Salieron entonces súbitamente los de la emboscadura y ganaron el puente, y después la ciudad, y pusieron en los muros la bandera del rey. Entonces llegó el rey arriba de un otero, y vio la ciudad y su bandera sobre los muros, por lo que supo que había sido ganada la ciudad. Y al punto envió y mandó que ninguno de sus vasallos violase ni yaciese con dueña, esposa ni doncella ninguna; y cuando entró en la ciudad, pasó al castillo, confortó a los que estaban en congoja, y nombró allí capitán a un caballero de su propio país.

Y cuando los de Milán oyeron que aquella ciudad había sido ganada, enviaron al rey Arturo grandes sumas de dinero, suplicándole que, como señor suyo que era, tuviese piedad de ellos, prometiendo ser por siempre sus súbditos, y rendirle homenaje y vasallaje por las tierras de Placenza y Pavía, Pietrasanta y Pontremoli, y darle cada año un millón de oro mientras durase su vida.

Entra luego en Toscana, gana pueblos y castillos, asolando a su paso a todo el que no quiere obedecer, hasta Spoleto y Viterbo, y de allí entró en el valle de Visconte, entre los viñedos.

Y de aquí envió mensajeros a los senadores, para saber si querían reconocerle por su señor. Pero poco después, un sábado, vinieron al rey Arturo todos los senadores que quedaban vivos, y los más nobles cardenales que entonces moraban en Roma, y le suplicaron paz, e hicieron grandes ofertas; y le rogaron que como gobernador les diese licencia por seis semanas para convocar a todos los romanos, y coronarle entonces emperador con el crisma, como conviene a tan alto estado.

—Concuerto, como habéis devisado —dijo el rey—, en ser coronado el día de Navidad, y celebrar mi Tabla Redonda con los caballeros como me place.

Y entonces los senadores aparejaron para su entronización. Y el día concertado, como cuenta el romance, entró en Roma, y fue coronado emperador por mano del Papa, con toda la realeza que podía hacerse, y permaneció allí un tiempo, y estableció todas sus tierras desde Roma hasta Francia, y dio tierras y reinos a sus servidores y caballeros, según sus merecimientos, de tal guisa que ninguno tuvo queja, ni rico ni pobre. Y dio a sir Príamo el ducado de Lorena; lo que él agradeció, y dijo que le serviría los

días de su vida; y después nombró duques y condes, e hizo rico a cada hombre.

Después de esto se congregaron todos sus caballeros y señores ante él, y dijeron: «Gracias a Dios, ha terminado vuestra guerra y acabado vuestra conquista; tanto, que no sabemos de ninguno que sea tan grande y poderoso que ose mover guerra contra vos; por donde os suplicamos volver a casa, y que nos deis licencia para ir a nuestras mujeres, de las que hace mucho estamos lejos, y descansar, pues vuestra jornada ha acabado con honra y honor.»

Entonces dijo el rey: «Decís verdad, y no es de sabios tentar a Dios; por ende aparejad para tornar a Inglaterra.»

Allí fue cargar de arneses y bagaje, y gran acarrear. Y después que fue dada licencia, regresó y mandó que ningún hombre, so pena de muerte, robase ni tomase vitualla ni cosa ninguna por el camino, sino pagase por ella. Y fue sobre la mar, y tomó tierra en Sandwich, donde acudió la reina Ginebra, su mujer, a su encuentro, y fue noblemente recibido de todos los comunes de cada ciudad y burgo, y le fueron presentados grandes dones u su llegada con los que le dieron la bienvenida.

Aquí termina el libro quinto de la conquista que el rey Arturo alcanzó frente a Lucio, emperador de Roma, y aquí sigue el libro sexto, que es sobre sir Lanzarote del Lago

LIBRO VI

CAPÍTULO 1

Cómo partieron sir Lanzarote y sir Lionel de la corte en busca de aventuras, y cómo sir Lionel le dejó durmiendo y fue prendido

Poco después que el rey Arturo llegase de Roma a Inglaterra, todos los caballeros de la Tabla Redonda acudieron a él, y le suplicaron que hiciese muchas justas y torneos. Y hubo algunos que eran menos caballeros, los cuales acrecentaron tanto en armas y en honra que sobrepujaron a todos sus compañeros en proeza y nobles hechos, lo que quedó bien probado en muchos, pero en especial en sir Lanzarote del Lago, pues en todos los torneos y justas y hechos de armas, a vida y a muerte, pasó a todos los otros caballeros, y ninguna vez fue vencido, como no fuese a traición o por encantamiento; y tan

maravillosamente creció sir Lanzarote en honra, y en precio, que es el primer caballero del que el libro francés hace mención, después que llegase el rey Arturo de Roma. Por donde la reina Ginebra le tuvo en gran favor, por encima de todos los caballeros, y por cierto amó él también a la reina por encima de todas las otras dueñas y doncellas de su vida, y por ella llevó a cabo muchos hechos de armas, y la salvó de la hoguera con su noble caballería.

Mucho tiempo holgó sir Lanzarote con alegría y juegos. Y entonces pensó probarse a sí mismo en extrañas aventuras, y rogó a su sobrino, sir Lionel, que se apercibiese, «pues iremos los dos a buscar aventuras». Montaron, pues, sobre sus caballos, armados en todos los derechos, se metieron por una profunda floresta, y por un profundo llano. Era entonces el tiempo de calor, hacia el mediodía, y sir Lanzarote tuvo gran deseo de dormir. Entonces vio sir Lionel un gran manzano cerca de un seto, y dijo: «Hermano, allá hay una hermosa sombra donde podemos descansar sobre nuestros caballos.»

—Bien dicho está, gentil hermano —dijo sir Lanzarote—, pues en estos siete años no he tenido tanto sueño como ahora.

Así que descabalgaron y ataron sus caballos a sendos árboles, sir Lanzarote se acostó al pie de un manzano, con el yelmo debajo de la cabeza. Y sir Lionel veló mientras él dormía. Y sir Lanzarote se quedó profundamente dormido.

Y entre tanto, vinieron tres caballeros, huyendo lo más aprisa que podían cabalgar. Y los tres eran seguidos por un solo caballero. Y al verlo sir Lionel, pensó que jamás había visto caballero tan grande, ni hombre tan gallardo, y tan bien aparejado en todos derechos.

Al poco rato este fuerte caballero había alcanzado a uno de estos caballeros, y allí lo derribó a la fría tierra, donde quedó tendido. Fue entonces al segundo caballero, y le dio tal golpe que cayeron hombre y caballo. Y entonces fue derechamente al tercer caballero, y lo sacó del caballo, por detrás, el largo de una lanza. Entonces se apeó, arrendó su caballo, y ató a los tres caballeros con las correas de sus propias bridas.

Al verle sir Lionel hacer esto, pensó probarlo; se apercibió, tomó callada y privadamente su caballo, y determinó no despertar a sir Lanzarote. Y una vez sobre su caballo, alcanzó a este fuerte caballero, y le pidió que se volviese; y el otro dio tan recio golpe a sir Lionel que hombre y caballo fueron a tierra; se apeó, lo ató fuertemente, lo echó atravesado sobre su propio caballo, y sirviendo de la misma manera a los cuatro, se encaminó con ellos a su propio castillo.

Y cuando llegó allí, los hizo desarmar, y los azotó con espinos, todos desnudos, y después los encerró en una profunda prisión donde había muchos otros caballeros doliéndose grandemente.

CAPÍTULO 2

Cómo sir Héctor salió en busca de sir Lanzarote, y cómo fue prendido por sir Turquin

Cuando sir Héctor de Maris supo que sir Lanzarote había salido de la corte en busca de aventuras, se enojó consigo mismo, y se aprestó a buscarlo; y cuando llevaba cabalgando mucho tiempo por una gran floresta, topó con un hombre que parecía ser guardabosque. «Gentil compañero —dijo sir Héctor—, ¿sabes de alguna aventura en este país que sea por aquí cerca?»

—Señor —dijo el guardabosque—, este país conozco bien, y aquí mismo, a una milla, hay una fuerte morada, bien fosada, y junto a esa morada, a mano izquierda, hay un hermoso vado para abreviar los caballos; y sobre ese vado crece un hermoso árbol, del que cuelgan muchos y hermosos escudos que en otro tiempo poseyeron buenos caballeros, y en el hueco del árbol cuelga un bacín de cobre y latón; golpea ese bacín con el cuento de tu lanza tres veces, y a poco oirás nuevas, si no tienes la más favorable gracia que en muchos años ha tenido ningún caballero de cuantos han pasado por esta floresta.

—Muchas gracias —dijo sir Héctor—; y partió y fue al árbol, y vio muchos hermosos escudos.

entre ellos vio el escudo de su hermano sir Lionel, y de muchos otros que sabía que eran compañeros suyos de la Tabla Redonda, lo cual le afligió el corazón, y prometió vengar a su hermano. Al punto golpeó sir Héctor el bacín como enloquecido, dio de beber después a su caballo en el vado, y vino tras él un caballero que le mandó salir del agua, y que se aprestase; y al punto se volvió sir Héctor con presteza, puso en el ristre su lanza, y dio al otro caballero tan gran golpe que el caballo del otro se dio la vuelta dos veces.

—Bien hecho ha estado eso —dijo el fuerte caballero—, y caballerescamente me has dado —y con eso lanzó su caballo sobre sir Héctor, lo asió por debajo del brazo diestro, lo sacó limpiamente de la silla, cabalgó con él hasta su morada, y lo arrojó en medio del suelo. El nombre de este caballero era sir Turquin.

Entonces dijo a sir Héctor: «Ya que me has hecho este día más que ningún caballero en estos doce años, te otorgaré la vida con tal que jures ser mi prisionero todos los días de tu vida.»

—No —dijo sir Héctor—; no te prometeré hacer sino mi ventaja.

—Eso me pesa —dijo sir Turquin.

Y le hizo desarmar, y azotar con espinos todo desnudo; y luego lo metió en un profundo calabozo, donde reconoció a muchos de sus compañeros. Pero cuando sir Héctor vio a sir Lionel, entonces hizo gran aflicción.

¡Ay, hermano! —dijo sir Héctor—, ¿dónde está mi hermano sir Lanzarote?

—Gentil hermano, lo dejé dormido cuando me fui de él, bajo un manzano; y qué ha sido de él no te puedo decir.

¡Ay! —dijeron los caballeros—; a menos que sir Lanzarote nos ayude, jamás podremos ser liberados; pues ahora no sabemos de ningún caballero que pueda igualar a nuestro dueño Turquin.

CAPÍTULO 3

Cómo cuatro reinas hallaron dormido a Lanzarote, y cómo por encantamiento fue prendido y llevado a un castillo

Dejamos ahora a estos caballeros prisioneros, y hablamos de sir Lanzarote del Lago, que duerme al pie del manzano. Y sobre el medio día, llegan junto a él cuatro reinas de gran estado; y, por que no les diese la calor, cabalgaban junto a ellas cuatro caballeros, llevando una pieza de seda verde sobre cuatro lanzas, entre ellas y el sol; y las reinas cabalgaban sobre cuatro muías blancas.

Y mientras así cabalgaban oyeron cerca de ellas relinchar terriblemente un gran caballo; entonces descubrieron un caballero dormido que yacía todo armado bajo un manzano; tan presto como las reinas vieron su rostro, conocieron que era sir Lanzarote. Entonces empezaron a contender por aquel caballero, diciendo cada una que quería amor.

—No debemos porfiar —dijo Morgana el Hada, que era hermana del rey Arturo—; echaré un encantamiento sobre él de manera que no despertará en seis horas, y entonces lo llevaré a mi castillo; y cuando esté seguro en mi poder, desharé su encantamiento, y entonces le dejaremos escoger a cuál de nosotras quiere tener de amante.

Y fue echado este encantamiento sobre sir Lanzarote, lo acostaron después sobre su escudo, y así lo llevaron a caballo entre dos caballeros, y lo condujeron al Castillo Chariot, donde lo acostaron en una fría cámara, y por la noche le enviaron una hermosa doncella con su cena aderezada. A la sazón había pasado el encantamiento, y al entrar ella lo saludó, y le preguntó cómo estaba.

—No sé decir, gentil doncella —dijo sir Lanzarote—, pues no sé cómo he venido a este castillo, si no es por encantamiento.

—Señor —dijo ella—, debéis hacer buena cara, y si sois el caballero que dicen que sois, os diré más mañana, a la prima del día.

—Muchas gracias, gentil doncella —dijo sir Lanzarote—, de vuestra buena voluntad os requiero.

Y se partió ella. Y allí yació él toda esa noche sin recibir consuelo de nadie. Y al otro día de mañana vinieron temprano estas cuatro reinas, muy bien aderezadas, y le desearon todas buen día, y él a ellas.

—Señor caballero —dijeron las cuatro reinas—, has de entender que eres nuestro prisionero, y que aquí sabemos bien que eres sir Lanzarote del Lago, hijo del rey Ban; y como conocemos tus merecimientos, y que eres el más noble caballero de cuantos viven, y sabemos bien que ninguna dama puede tener tu amor sino una, que es la reina Ginebra, ahora la vas a perder para siempre, y ella a ti; y por ende será menester que escojas a una de nosotras cuatro.

—Yo soy la reina Morgana el Hada, reina de la Tierra de Gore, y aquí están la reina de Northgales, y la reina de la Tierra de Oriente, y la reina de las Islas Lejanas; escoge, pues, a cuál de nosotras quieres tener de amante, pues no puedes escoger sino esto, o morir en esta prisión.

—Duro caso es éste —dijo sir Lanzarote—, que tenga que morir, o escoger a una de vosotras, aunque antes quisiera morir con honra en esta prisión, que tener a una de vosotras como amante a mi pesar. Y por ende tenéis respuesta: que no quiero escoger a ninguna de vosotras, pues sois falsas encantadoras, y en cuanto a mi señora doña Ginebra, si estuviese en libertad como estaba, probaría sobre vosotras o sobre los vuestros, que es la dama más fiel a su señor de cuantas viven.

—Entonces —dijeron las reinas—, ¿es ésa tu respuesta, que nos rechazas?

—Sí, por mi vida —dijo sir Lanzarote—, rechazadas sois por mí.

Partieron, pues, y lo dejaron solo, que hiciese gran aflicción.

CAPÍTULO 4

Cómo sir Lanzarote fue librado por mediación de una doncella

Y al medio día vino la doncella a él con su comida, y le preguntó cómo estaba.

—En verdad, gentil doncella —dijo sir Lanzarote—, que en los días de mi vida nunca estuve tan mal.

—Señor —dijo ella—, eso me pesa, pero si queréis dejaros gobernar por mí, os ayudaré a salir de esta congoja, y no tendréis afrenta ni villanía, con tal que me hagáis una promesa.

—Gentil doncella, os la otorgaré; y mucho temor tengo de esas reinas hechiceras, pues han destruido muchos buenos caballeros.

—Señor —dijo ella—, eso es verdad; y por la generosidad y renombre que oyen de vos quisieran tener vuestro amor; y señor, dicen que vuestro nombre es sir Lanzarote del Lago, la flor de los caballeros, y están muy enojadas con vos por haberlas rechazado. Pero señor, si me prometéis ayudar a mi padre el martes que viene, que hay concertado un torneo entre él y el rey de Northgales, pues el martes pasado perdió mi padre el campo por tres caballeros de la corte de Arturo, y estáis allí el martes que viene, y ayudáis a mi padre, mañana antes de prima, por la gracia de Dios, os libraré totalmente.

—Gentil doncella —dijo sir Lanzarote—, decidme el nombre de vuestro padre, y entonces os daré respuesta.

—Señor caballero —dijo ella—, mi padre es el rey Bagdemagus, que fue injuriosamente reprochado en el postrer torneo.

—Tengo a vuestro padre —dijo sir Lanzarote— por un noble rey y buen caballero, y por la fe de mi cuerpo, tendréis mi cuerpo presto a rendir servicio a vuestro padre y a vos ese día.

—Señor —dijo ella—, muchas gracias; y aguardad apercibido mañana al alba, que yo seré la que os libre; y tornaréis vuestra armadura y vuestro caballo, escudo y lanza, y aquí cerca, a diez millas, hay una abadía de monjes blancos; allí os ruego que me esperéis, que de allí os llevaré a mi padre.

—Todo eso se hará —dijo sir Lanzarote—, como caballero verdadero que soy.

Y con eso partió ella, y volvió por la mañana temprano, y lo halló apercibido; entonces lo sacó de doce cerrojos, lo llevó a su armadura, y cuando estuvo todo armado, lo condujo hasta su caballo; lo ensilló él con diligencia, tomó una gruesa lanza en la mano, y se puso en camino, diciendo: «Gentil doncella, no os falleceré, por la gracia de Dios.»

Y cabalgó por una gran floresta todo ese día, sin poder hallar carrera ninguna, hasta que le cayó la noche encima, y entonces descubrió en un claro, un pabellón de cendal colorado.

—Por mi fe —dijo sir Lanzarote—; en ese pabellón me aposentaré toda esta noche.

Y se apeó, ató su caballo al pabellón, y se desarmó; y hallando allí un lecho, se acostó en él y se quedó profundamente dormido.

CAPÍTULO 5

Cómo un caballero halló a sir Lanzarote acostado en la cama de su amante, y cómo sir Lanzarote luchó con el caballero

Al cabo de una hora llegó el caballero del que era el pabellón, pensó que en aquel lecho yacía su amante, se acostó junto a sir Lanzarote, le tomó en sus brazos y comenzó a besarlo.

Y cuando sir Lanzarote sintió que le besaba una áspera barba, saltó con presteza del lecho, y el otro caballero tras él, pusieron mano uno y otro a las espadas, y salió a la puerta el caballero del pabellón, le siguió sir Lanzarote, y allí cerca en una pequeña hondonada le hirió sir Lanzarote gravemente, casi de muerte. Entonces se rindió a sir Lanzarote, y lo aceptó éste, con tal que le dijese por qué se había metido en la cama.

—Señor —dijo el caballero—, el pabellón es mío, y aquí tenía asignado esta noche que mi dama durmiese conmigo; y ahora seguramente voy a morir de esta herida.

—Mucho pesar tengo —dijo Lanzarote— de vuestra herida; pero temía una traición, pues hace poco he sido encantado; y por ende entrad en vuestro pabellón y tomad descanso, que creo que podré restañar vuestra sangre.

Y entraron ambos en el pabellón, y al punto sir Lanzarote le restañó la sangre. En eso vino la dama del caballero, que era muy hermosa, y cuando vio que su señor Belleus estaba herido, gritó a sir Lanzarote, e hizo gran duelo fuera de medida.

—Paz, mi amada y señora —dijo Belleus—, pues este caballero es un hombre bueno, y caballero aventurero —y allí le contó toda la causa, cómo había sido herido—. Y cuando me he rendido a él, graciosamente me ha dejado y me ha restañado la sangre.

—Señor —dijo la dama—, te requiero para que me digas qué caballero eres, y cuál es tu nombre.

—Gentil señora —dijo él—, mi nombre es sir Lanzarote del Lago.

—Así había imaginado yo por vuestra habla —dijo la dama—; pues muchas veces os he visto antes, y os conozco mejor de lo que creéis. Pero ahora quisiera de vuestra cortesía que me prometieseis, por los daños que nos habéis hecho a mí y a mi señor Belleus, que cuando él vaya a la corte del rey Arturo hagáis que le nombren caballero de la Tabla Redonda, pues es muy buen hombre de armas, y poderoso señor de tierras de muchas islas lejanas.

—Gentil señora —dijo sir Lanzarote—, haced que vaya a la corte en la alta fiesta que viene, y ved de ir vos con él, que yo haré lo que pueda, si prueba él ser valiente de sus manos, por que tengáis vuestro deseo.

Y al cabo de un rato, mientras así departían, pasó la noche, y esclareció el día. Entonces se armó sir Lanzarote, tomó su caballo, le enseñaron ellos el camino de la abadía, y hacia allá cabalgó el espacio de dos horas.

CAPÍTULO 6

Cómo sir Lanzarote fue recibido de la hija del rey Bagdemagus y cómo hizo él su queja a su padre

Y así que entró sir Lanzarote en el patio de la abadía, oyó la hija del rey Bagdemagus un gran caballo en el enlosado. Se levantó, fue a una ventana, vio a sir Lanzarote, y al punto mandó hombres que le tomasen aprisa el caballo y lo metiesen en el establo; y él fue llevado a una hermosa cámara, y desarmado; le envió la dama un vestido largo, y a poco entró ella. E hizo entonces a Lanzarote muy gran alegría, y dijo que era el caballero del mundo más bien venido para ella.

Entonces a toda prisa envió por su padre Bagdemagus, que estaba a doce millas de la abadía, y a poco llegó con una airosa compañía de caballeros con él. Y cuando se hubo apeado del caballo, fue derechamente a la cámara de sir Lanzarote, y allí halló a su hija; entonces el rey abrazó a sir Lanzarote, y se hicieron uno a otro buena alegría.

Luego sir Lanzarote hizo su queja al rey, cómo fue traicionado, y cómo su hermano sir Lionel se había partido sin él saber adónde, y cómo su hija le había librado de prisión. «Por ende, mientras yo viva, haré su servicio y el de todos sus parientes.»

—¿Entonces tengo segura vuestra ayuda —dijo el rey—, el martes que viene?

—Sí, señor —dijo Lanzarote—, no os falleceré; pues así lo he prometido a mi señora vuestra hija. Pero señor, ¿qué caballeros de mi señor Arturo son los que estaban con el rey de Northgales?

Y dijo el rey: «Eran sir Mador de la Porte, y sir Mordred y sir Gahalantine, los cuales destruyeron a todos mis caballeros, pues contra ellos tres, ni yo ni mis caballeros pudimos ofrecer ninguna fuerza.»

—Señor —dijo sir Lanzarote—, como he oído decir que el torneo será aquí, a tres millas de esta abadía, me enviaréis tres de vuestros caballeros, que

sean de vuestra confianza; y ved que los tres lleven escudos blancos, como yo, sin ninguna pintura en ellos; y nosotros cuatro saldremos de un pequeño bosque en medio de ambas partes, y caeremos ante nuestros enemigos y les haremos el quebranto que podamos; y de esta manera no sabrán qué caballero soy.

Descansaron esa noche, que era del domingo, y partió el rey, y envió a sir Lanzarote tres caballeros con los cuatro escudos blancos. Y el martes se albergaron en un espeso bosquecillo cercano a donde debía ser el torneo. Y había cadalsos y ventanas desde donde los señores y las damas pudiesen mirar y dar el precio.

Entonces entró en el campo el rey de Northgales, con ocho veintenas de yelmos. Y entonces los tres caballeros de Arturo se tuvieron apartados. Y seguidamente entró en el campo el rey Bagdemagus con cuatro veintenas de yelmos. Y enristraron sus lanzas, se arremetieron con gran ímpetu, y en ese primer encuentro murieron doce caballeros del bando del rey Bagdemagus, y seis del bando del rey de Northgales; y el bando del rey Bagdemagus fue rechazado gran trecho.

CAPÍTULO 7

Cómo se portó sir Lanzarote en un torneo, y cómo topó con sir Turquin llevando a sir Gaheris

En eso llegó sir Lanzarote del Lago, arremetió con su lanza en lo más espeso de la gente, derribó cinco caballeros con una lanza, y a cuatro de ellos les quebró la espalda. Y en aquella multitud derribó al rey de Northgales, y le quebró un muslo en esa caída. Toda esta acción de sir Lanzarote vieron los tres caballeros de Arturo.

—Aquél es un huésped experimentado —dijo sir Mador de la Porte—; por ende, vayamos de una vez por él.

Se encontraron y sir Lanzarote lo derribó, hombre y caballo, de manera que se le salió el hombro de su coyuntura.

—Ahora me pertenece a mí justar —dijo Mordred—, pues sir Mador ha tenido una grave caída.

Le vio sir Lanzarote, tomó una gruesa lanza en la mano, y le encontró, y sir Mordred quebró una lanza sobre él, y sir Lanzarote le dio tal golpe que quebró el arzón de su silla y lo hizo volar por encima de la cola del caballo, al extremo que hincó su yelmo en tierra un pie y más, y casi se quebró el cuello;

y allí quedó mucho tiempo fuera de sentido.

Entonces vino sir Gahalantine con una gruesa lanza, y Lanzarote contra él, con toda la fuerza que podían cabalgar, y quebraron ambas lanzas hasta sus manos; sacaron seguidamente las espadas, y se dieron muchos terribles golpes. Entonces se enojó sir Lanzarote en extremo, y descargó a sir Gahalantine tal golpe encima del yelmo, que de la nariz le manó sangre, y de los oídos y de la boca, con lo que le colgó la cabeza muy baja. Y en eso su caballo echo a correr, y sir Gahalantine se cayó a tierra.

Tomó luego sir Lanzarote una gruesa lanza en la mano, y antes que esta gruesa lanza se quebrase derribó a tierra dieciséis caballeros; algunos, al hombre y al caballo, otros al hombre, aunque no al caballo; y no hubo hombre que llevase armas, al que no hiriese él ese día. Y tomó después otra gruesa lanza, y derribó doce caballeros; y la mayor parte de ellos no se recobraron después.

Entonces los caballeros del rey de Northgales no quisieron justar más. Y allí fue otorgado el grado al rey Bagdemagus.

Partieron, pues, cada bando a su propio lugar, y sir Lanzarote cabalgó con el rey Bagdemagus a su castillo, donde tuvo muy buen agasajo con el rey como con su hija, los cuales le ofrecieron grandes dones. Y por la mañana se despidió, y dijo al rey que iría en busca de su hermano sir Lionel, quien se había ido de él cuando dormía; y tomó su caballo, y los encomendó a Dios.

Y dijo a la hija del rey: «Si tenéis necesidad alguna vez de mi servicio, os ruego que me lo hagáis saber, que no os falleceré, como caballero verdadero que soy.»

Y partió sir Lanzarote, y por ventura entró en la misma floresta donde lo habían prendido durmiendo. Y en medio de un camino topó con una doncella que cabalgaba sobre un palafrén blanco, y se saludaron.

—Gentil doncella —dijo sir Lanzarote—, ¿sabéis de alguna aventura en este país?

—Señor caballero —dijo aquella doncella—, aquí cerca hay aventuras, si osas probarlas.

—¿Por qué no había de probar aventuras? —dijo sir Lanzarote—; por esa causa he venido aquí.

—Pareces ser buen caballero —dijo ella—; y si osas tener encuentro con un buen caballero, te llevaré adonde está el mejor, y más poderoso que podrías hallar nunca; así que dime cuál es tu nombre y qué caballero eres. —Doncella, en cuanto a decirte mi nombre, no me importa grandemente; en verdad me llamo sir Lanzarote del Lago.

—Señor, bien pareces; aquí cerca hay aventuras adecuadas para ti, pues aquí cerca mora un caballero al que no vencerá ningún hombre que yo conozca sino vos, y se llama sir Turquin. Y por lo que sé tiene cautivos, de la corte de Arturo, sesenta y cuatro buenos caballeros, a los que ha vencido con sus propias manos. Pero cuando hayáis hecho esa jornada prometedme, como caballero verdadero que sois, que vendréis conmigo a librarnos a mí y a otras doncellas de un falso caballero que nos acongoja diariamente.

—Todo vuestro propósito, doncella, y deseo cumpliré, con tal que me llevéis a ese caballero.

—Bien, gentil caballero, seguid ahora vuestro camino —y lo llevó al vado y árbol donde colgaba el bacín. Dio sir Lanzarote de beber a su caballo, y seguidamente golpeó el bacín con el cuento de su lanza con tanta fuerza que lo desfondó; y pasó mucho rato sin que viese nada.

Entonces se puso a cabalgar ante las puertas de aquella morada, y así estuvo casi media hora. Y en eso advirtió que venía un gran caballero hacia él conduciendo un caballo, atravesado sobre el cual iba atado un caballero armado. Y como se acercase, le pareció a sir Lanzarote que lo conocía. Entonces advirtió sir Lanzarote que era sir Gaheris, hermano de sir Gawain, y caballero de la Tabla Redonda.

—Gentil doncella —dijo sir Lanzarote—, allá veo venir un caballero fuertemente atado que es compañero mío, y hermano de sir Gawain. Y en primer lugar os prometo, si a Dios place, rescatar a ese caballero; y a menos que su dueño sea mejor sobre la silla, libraré de peligro a todos los prisioneros que tiene, pues soy cierto que tiene cautivos a dos hermanos míos.

En el momento que se vieron el uno al otro, asieron sus lanzas.

—Gentil caballero —dijo sir Lanzarote—, baja del caballo a ese caballero herido, deja que descanse un rato, y probemos nuestras fuerzas; pues he sido informado que haces y has hecho gran despecho y afrenta a los caballeros de la Tabla Redonda; y por ende defiéndete.

—Si eres de la Tabla Redonda —dijo Turquin—, te desafié a ti y a toda tu compañía.

—Eso está demasiadamente dicho —dijo sir Lanzarote.

CAPÍTULO 8

Cómo lucharon sir Lanzarote y sir Turquin

Y entonces se pusieron las lanzas en los ristes, se juntaron lo aprisa que sus caballos podían correr, y se dieron ambos en medio del escudo tal golpe que quebraron el espinazo de sus caballos debajo de ellos, y quedaron ambos caballeros aturcidos; y tan presto como pudieron evitar sus caballos, se pusieron el escudo delante, sacaron sus espadas, y se acometieron con gana, dándose uno al otro tan fuertes golpes que ni escudos ni arneses los podían soportar. Y al cabo de un rato tenían ambos terribles heridas, y sangraban muy gravemente. Así estuvieron dos horas o más, dándose estocadas y tajos el uno al otro en todas las partes desnudas donde podían herir. Y a la postre quedaron sin aliento, y se detuvieron apoyados en sus espadas.

—Compañero —dijo sir Turquin—, ten tu mano un momento, y dime algo que te quiero preguntar.

—Habla.

Entonces dijo Turquin: «Eres el hombre más fuerte que he encontrado, y el más animoso, y semejante a un caballero al que odio por encima de todos los otros caballeros; y con tal que no seas él, con presteza quiero tener acuerdo contigo, y por tu amor libraré a todos los prisioneros que tengo, que son sesenta y cuatro. Así que dime tu nombre. Y seremos compañeros tú y yo, y jamás te falleceré mientras viva.»

—Bien dicho está eso —dijo sir Lanzarote—; pero ya que puedo tener tu amistad, ¿qué caballero es el que tú odias por encima de todos los otros?

—En verdad —dijo sir Turquin—, se llama sir Lanzarote del Lago; pues él mató a mi hermano, sir Carados, en la Torre Dolorosa, el cual era uno de los mejores caballeros de cuantos vivían; y por ende, de él hago excepción entre todos los caballeros, pues si alguna vez me encuentro con él, uno de los dos pondrá fin al otro, de eso hago voto. Y por sir Lanzarote he matado cien buenos caballeros, y otros tantos he dejado tan malheridos que jamás podrán valerse; y otros muchos han muerto en prisión, aunque tengo aún sesenta y cuatro; pero todos serán librados si me dices tu nombre, con tal que no seas sir Lanzarote.

—Bien veo —dijo sir Lanzarote— que si fuese tal hombre, podría callar, pues si tal hombre fuese, habría guerra mortal entre nosotros. Pues bien, señor caballero, a requerimiento tuyo quiero que conozcas y sepas que soy Lanzarote del Lago, hijo del rey Ban de Benwick, y caballero de la Tabla Redonda. Y ahora te desafío, y haz lo mejor que puedas.

—¡Ah! —dijo Turquin—, Lanzarote, más bien venido eres para mí de lo que lo fue jamás ningún caballero, pues no nos partiremos hasta que uno de los dos haya muerto.

Entonces se acometieron como dos toros salvajes, arremetiéndolo y tajando

con sus escudos y espadas, de manera que a veces caían ambos de narices. Así lucharon aún dos horas y más, sin querer tener descanso, y sir Turquin infligió a sir Lanzarote muchas heridas, de manera que el suelo donde luchaban estaba todo salpicado de sangre.

CAPÍTULO 9

Cómo fue muerto sir Turquin, y cómo sir Lanzarote mandó a sir Gaheris que librase a todos los prisioneros

Por último sir Turquin perdió fuerzas, y se retrajo un poco; y llevaba el escudo bajo por cansancio. Se dio cuenta sir Lanzarote, y saltó fieramente sobre él, lo asió por la babera de su yelmo, y lo tiró de rodillas; le arrancó luego el yelmo, y le segó el cuello de un tajo.

Y hecho esto fue sir Lanzarote a la doncella y le dijo: «Doncella, estoy presto a ir con vos donde queráis llevarme, pero no tengo caballo.»

—Gentil señor —dijo ella—, tomad el caballo de este caballero herido y enviadle a él a esta morada, y mandadle que libre a todos los prisioneros.

Fue, pues, Lanzarote a Gaheris, y le rogó que no se agraviase por tomarle prestado el caballo.

—No, gentil señor —dijo Gaheris—, quiero que toméis mi caballo a vuestro mandamiento, pues nos habéis salvado a mí y al caballo, y este día digo que sois el mejor caballero del mundo, pues este día habéis dado muerte delante de mí al hombre más fuerte, y mejor caballero, excepto vos, que he visto; y, gentil señor —dijo Gaheris—, os ruego que me digáis vuestro nombre.

—Señor, me llamo sir Lanzarote del Lago, y de derecho debía ayudaros por el rey Arturo, y en especial por mi señor Gawain, vuestro querido hermano. Y cuando entréis en esa morada, soy cierto que hallaréis allí muchos caballeros de la Tabla Redonda, pues he visto muchos escudos que conozco en aquel árbol. Está el escudo de sir Kay, de sir Brandiles, y de sir Marhaus; el escudo de sir Galihud, el de sir Brian de Listonoise, y el de sir Aliduke, con muchos más que no recuerdo ahora, y también los escudos de mis dos hermanos, sir Héctor de Maris y sir Lionel. Por donde os ruego que los saludéis a todos por mí, y les digáis que les ruego que tomen toda la hacienda que puedan hallar, y que se vayan mis hermanos a la corte y esperen allí hasta que yo llegue, pues tengo determinado estar allí por la fiesta de Pentecostés, pues ahora debo cabalgar con esta doncella para salvar mi promesa.

Y partió de Gaheris; y fue Gaheris a aquella morada, y halló allí un criado portero que guardaba muchas llaves. Arrojó luego sir Gaheris el portero al suelo, tomó las llaves de él, abrió prestamente la puerta de la prisión, y dejó salir a todos los prisioneros; y cada hombre soltó las cadenas de otro. Y cuando vieron a sir Gaheris, todos le dieron las gracias, pues creían que había matado a sir Turquin, ya que estaba herido.

—No he sido yo —dijo Gaheris—, que ha sido Lanzarote quien lo ha matado esforzadamente con sus manos. Con mis ojos lo he visto. Y os saluda bien a todos, y os ruega que os deis prisa en ir a la corte; y en cuanto a sir Lionel y Héctor de Maris, os ruega que le esperéis en la corte.

—No haremos eso —dijeron sus hermanos—; lo buscaremos mientras tengamos vida.

—Y yo también —dijo sir Kay—, lo buscaré antes de ir a la corte, como caballero verdadero que soy.

Todos estos caballeros buscaron entonces el aposento donde estaban las armaduras, se armaron, y halló cada uno su propio caballo, y cuanto le pertenecía. Y después de hecho esto, llegó un guardabosque con cuatro caballos cargados con gruesos venados.

Al punto dijo sir Kay: «Aquí tenemos buena vianda para una comida, pues hace muchos días que no hemos tenido un buen manjar.»

Así que asaron, hornearon y cocieron aquellos venados, y después de cenar, algunos quedaron allí toda la noche, pero sir Lionel y Héctor de Maris y sir Kay fueron en pos de sir Lanzarote, para hallarle si podían.

CAPÍTULO 10

Cómo sir Lanzarote cabalgó con una doncella y mató a un caballero que acongojaba a todas las damas y también a un villano que guardaba un puente

Ahora volvemos a sir Lanzarote, que cabalgaba con la doncella por un hermoso camino.

—Señor —dijo la doncella—, aquí cerca de este camino acostumbra estar un caballero que acongoja a todas las dueñas y doncellas, y cuando menos las roba, o yace con ellas.

—¿Cómo —dijo sir Lanzarote—, es un caballero ladrón y violador de mujeres? Hace afrenta a la orden de caballería y obra contra su juramento; es

lástima que viva. Pero gentil doncella, cabalgad delante vos, sola, que yo seguiré encubiertamente; y si os estorba o aflige, yo seré vuestro rescate, y le enseñaré a gobernarse como un caballero.

Así que siguió cabalgando la doncella por el camino con sosegado paso de ambladura. Y al poco rato salió del bosque aquel caballero a caballo, y su paje con él, arrebató a la doncella de su caballo, y ésta comenzó a dar voces.

En eso vino Lanzarote lo aprisa que podía, hasta que llegó a ese caballero, diciendo: «¡Ah, falso caballero y traidor a la caballería!, ¿quién te enseñó a afligir a dueñas y doncellas?»

Cuando el caballero vio a sir Lanzarote, que de esta manera le reprochaba, no respondió, sino sacó la espada y fue sobre sir Lanzarote; y sir Lanzarote arrojó su lanza, sacó la espada, y le dio tal golpe encima del yelmo que le hendió la cabeza, y el cuello, hasta la garganta.

—Ahora tienes el pago que hace tiempo merecías.

—Verdad es eso —dijo la doncella—. Pues así como sir Turquin acechaba para destruir caballeros, este caballero acechaba para destruir y acongojar señoras, doncellas y dueñas; y se llamaba sir Perís de la Forest Savage.

—Ahora, doncella —dijo sir Lanzarote—, ¿queréis algún otro servicio de mí?

—No, señor —dijo ella—, en esta sazón; pero Jesús Todopoderoso te proteja allí donde cabalgues o vayas, pues eres el caballero más cortés, y más gentil con todas las dueñas y doncellas de cuantos ahora viven. Pero una cosa, señor caballero, me parece que te falta: que eres caballero sin mujer, y no quieres amar a alguna dueña o doncella, pues nunca he oído que hayas amado a ninguna del grado que sea, y ésa es más grande lástima; pero dicen que amas a la reina Ginebra, y que ella tiene ordenado por encantamiento que jamás ames a ninguna otra sino a ella, y que ninguna otra dueña ni doncella te disfrutará; por donde muchas de esta tierra, de alto y bajo estado, hacen gran lamentación.

—Gentil doncella —dijo sir Lanzarote—, yo no puedo impedir que la gente diga de mí lo que le plazca; pero en cuanto ser hombre casado, no pienso; pues entonces tendría que acostarme con ella, y dejar las armas y los torneos, las batallas y las aventuras; y en cuanto a hablar de tomar mi placer en amantes, a eso me niego en principio por temor de Dios; pues los caballeros aventureros que son adúlteros o lujuriosos no son felices ni afortunados en las guerras, pues o son vencidos por un caballero más modesto que ellos, o para su maldición y desdicha matan caballeros que son mejores que ellos mismos. Y así, el que usa amantes es desdichado, y es desdicha cuanto les rodea.

Y se partieron ella y sir Lanzarote. Y entonces cabalgó él por una profunda floresta dos días y más, y tuvo estrecho aposentamiento. Y al tercer día entró en un largo puente, y allí saltó súbitamente sobre él un sucio patán, el cual descargó un golpe a su caballo en el hocico, de manera que lo hizo volverse, y le preguntó por qué entraba en aquel puente sin su licencia.

—¿Por qué no puedo seguir esta vía? —dijo sir Lanzarote—, no puedo ir por su lado.

—No tendrás elección —dijo el patán, y le lanzó un golpe con una gran maza herrada.

Entonces sir Lanzarote sacó su espada y rechazó el golpe, y le hendió la cabeza hasta los pechos.

En el otro extremo del puente había un hermoso pueblo; y toda la gente, hombres y mujeres, le gritaba a sir Lanzarote, y decía: «Jamás cometiste peor acción en contra tuya, pues has matado al principal portero de nuestro castillo!»

Sir Lanzarote les dejó decir lo que quisiesen, y fue derechamente al castillo; y cuando entró en él se apeó, ató el caballo a una argolla de la pared, vio un hermoso patio verde, y se encaminó hacia allá, pues le parecía un hermoso sitio para luchar. Miró entonces en derredor suyo, y vio mucha gente en puertas y ventanas, que decían: «Gentil caballero, eres desdichado.»

CAPÍTULO 11

Cómo sir Lanzarote mató dos gigantes y libró un castillo

En eso vinieron sobre él dos gigantes, bien armados en todo salvo la cabeza, con dos horribles mazas en la mano. Se puso sir Lanzarote el escudo delante, apartó el golpe de uno de ellos, y con la espada le abrió en dos la cabeza. Cuando su compañero vio esto, echó a correr como un loco, espantado de los horribles golpes; y Lanzarote corrió en pos suyo con toda su fuerza, le acertó un golpe en el hombro, y lo hendió hasta el ombligo.

Entonces sir Lanzarote entró en la sala; y vinieron sesenta dueñas y doncellas, se arrodillaron ante él, y dieron gracias a Dios y a él por su liberación. «Pues, señor —dijeron—, las más de nosotras hace siete años que somos aquí cautivas tuyas, haciendo todas maneras de labores de seda por nuestra comida, y todas somos nacidas grandes señoras. Y bendita sea la hora, caballero, en que naciste; pues has hecho lo más honroso que ha hecho ningún caballero en este mundo, de lo que daremos testimonio; y te rogamos todas

que nos digas tu nombre, que podamos decir a nuestros amigos quién nos libró de prisión.»

—Gentil doncella —dijo él—, me llamo sir Lanzarote del Lago.

—¡Ah, señor! —dijeron todas—, bien puedes ser tú ése, pues salvo tú, pensábamos, no podía haber ningún caballero que tuviese lo mejor de estos dos gigantes; pues muchos gentiles caballeros lo han intentado y han acabado ahí; y muchas veces hemos deseado que vinieses, que estos dos gigantes a ningún caballero temían sino a vos.

—Ahora podéis decir a vuestros amigos —dijo sir Lanzarote— cómo y quién os ha librado; y salud a todos de mi parte. Y si llego a alguna de vuestras marcas, dadme la acogida que creáis que merezco. Y el tesoro que haya en este castillo os lo doy para recompensar vuestro agravio. Y quisiera que el señor que es dueño de este castillo lo recibiese como es su derecho.

—Gentil señor —dijeron ellas—, el nombre de este castillo es Tintagel, y un duque lo poseyó en otro tiempo, casado con la hermosa Igraine, la cual casó después con Uther Pendragon, quien engendró en ella a Arturo.

—Ya entiendo entonces —dijo sir Lanzarote— a quién pertenece este castillo —y se partió de ellas, y las encomendó a Dios.

Montó entonces sobre su caballo, cabalgó por países extraños y salvajes, y cruzó muchas aguas y valles, y tuvo mal aposentamiento. Y a la postre, cerca de la noche, llegó por fortuna a un hermoso cercado, y en él halló a una vieja dueña que le aposentó con muy buena voluntad, y tuvieron buena acogida su caballo y él. Y cuando fue hora, su huésped lo llevó a una hermosa atalaya, encima de la puerta, a su cama. Allí sir Lanzarote se desarmó, puso el arnés cerca de él, se acostó y al punto se quedó dormido.

Y al poco rato llegó uno a caballo, y llamó a la puerta con gran prisa; y al oír esto sir Lanzarote, se levantó, se asomó a la ventana, y vio a la luz de la luna tres caballeros que venían en pos de este hombre solo, y se arrojaban los tres a la vez sobre él, espada en mano, y que el caballero se volvía a ellos también, caballerescamente, y se defendía.

—En verdad —dijo sir Lanzarote—, ayudaré a ese caballero, pues sería vergüenza por mi parte ver cómo tres caballeros acometen a uno solo. Si muere, habré participado en su muerte —y tomó seguidamente su arnés, salió por una ventana con una sábana, bajó hasta los cuatro caballeros, y dijo entonces en voz alta: «Volveos a mí, caballeros, y dejad de luchar con ese caballero.»

Entonces dejaron los tres a sir Kay, y se volvieron a sir Lanzarote; y allí empezó gran batalla, pues se apearon los tres, y se pusieron a descargar

muchos grandes golpes sobre sir Lanzarote, y a asaltarlo por todas partes. Entonces sir Kay enderezó para ayudar a sir Lanzarote.

—No, señor —dijo él—, no quiero ayuda vuestra ninguna; por ende, si queréis ayudarme, dejadme solo con ellos.

Sir Kay, por complacer al caballero, le consintió hacer su voluntad, y se tuvo apartado. Y a poco, en seis golpes, sir Lanzarote había dado con ellos en tierra. Y entonces suplicaron los tres: «Señor caballero, nos rendimos a vos como hombre poderoso, sin par.»

—En cuanto a eso —dijo sir Lanzarote—, no quiero tornar yo vuestra rendición. Pero si os rendís a sir Kay el senescal, con esa condición salvaré vuestras vidas, y si no, no.

—Gentil caballero —dijeron—, eso nos disgustaría; pues a sir Kay hemos perseguido hasta aquí, y lo habríamos vencido de no haber estado vos; por ende, no es de razón que nos rindamos a él.

—En cuanto a eso —dijo Lanzarote—, aconsejad bien, pues podéis escoger si queréis morir o vivir, pues si queréis rendiros, ha de ser a sir Kay.

—Gentil caballero —dijeron entonces ellos—, por salvar nuestras vidas haremos como tú nos mandas.

—Entonces —dijo sir Lanzarote—, el próximo Domingo de Pentecostés iréis a la corte del rey Arturo, y allí os otorgaréis a la reina Ginebra, y os pondréis los tres a su gracia y merced, y diréis que os envía sir Kay para ser sus prisioneros.

—Señor —dijeron—, así será hecho por la fe de nuestros cuerpos, si vivimos —y cada caballero lo juró sobre su espada.

Y con esto consintió sir Lanzarote que partiesen. Entonces sir Lanzarote llamó a la puerta con el pomo de su espada, vino luego su huésped, y entraron sir Kay y él.

—Señor —dijo su huésped—, creía que estabais en vuestra cama.

—Lo estaba —dijo sir Lanzarote—, pero me levanté y salté por la ventana para ayudar a un viejo compañero mío.

Y cuando se acercaron a la lumbre vio bien sir Kay que era sir Lanzarote; y entonces se hincó de rodillas, y le agradeció toda su bondad, que le hubiese librado dos veces de la muerte.

—Señor —dijo—, no he hecho sino lo que debía; y sed bien venido, aquí os reposaréis y tomaréis descanso.

Y cuando sir Kay se desarmó, pidió de comer; así, pues, le trajeron

viandas, y comió abundantemente. Y cuando hubo cenado, se fueron a acostar, aposentándose los dos en una cama.

Por la mañana, sir Lanzarote se levantó temprano, dejó a sir Kay durmiendo, tomó la armadura y escudo de sir Kay, se armó, fue después al establo, tomó su caballo, se despidió de su huésped, y partió. Poco más tarde se levantó sir Kay y echó de menos a sir Lanzarote. Y entonces se dio cuenta que se había ido con su armadura y su caballo.

—Pues por mi fe, sé bien que agraviará a alguno de la corte del rey Arturo; pues habrá caballeros que se muestren osados con él, creyendo que soy yo, y eso les engañará. Y con su armadura y su escudo, soy cierto de cabalgar en paz.

Y poco después partió sir Kay, y dio las gracias a su huésped.

CAPITULO 12

Cómo sir Lanzarote cabalgó disfrazado con el arnés de sir Kay, y cómo derribó un caballero

Ahora volvemos a sir Lanzarote, que había cabalgado mucho tiempo por una gran floresta, y a la postre entró en tierra baja, llena de hermosos ríos y prados. Y delante de él vio un largo puente, con tres pabellones de seda y cendal de diversos matices. Y fuera de los pabellones colgaban tres escudos blancos sobre fustes de lanzas, y había gruesas y largas lanzas puestas de pie junto a los pabellones; y en la entrada de cada pabellón había tres lozanos caballeros. Y sir Lanzarote pasó por delante de ellos sin decir nada.

Cuando hubo pasado, los tres caballeros se dijeron que era el orgulloso Kay: «Cree que no hay caballero tan bueno como él, aunque a menudo le han probado lo contrario.»

—Por mi fe —dijo uno de los caballeros cuyo nombre era sir Gauter—, iré tras él y lo desafiare por toda su soberbia; y vosotros podéis observar cómo hago.

Se armó, pues, este caballero, sir Gauter, se colgó el escudo en el hombro, montó sobre un gran caballo, tomó su lanza en la mano, y galopó en pos de sir Lanzarote. Y cuando llegó cerca de él, gritó: «Detente, orgulloso sir Kay, pues no pasarás quito.»

Y se volvió sir Lanzarote, enristraron uno y otro sus lanzas, se juntaron con todas sus fuerzas, y se quebró la lanza de sir Gauter, pero sir Lanzarote lo derribó, hombre y caballo.

Y cuando sir Gauter estuvo en tierra, se dijeron sus hermanos: «Ese caballero no es sir Kay, pues es más fuerte que él.»

—Me atrevo a poner la cabeza —dijo sir Gilmere— a que ése ha matado a sir Kay, y ha tomado su caballo y su arnés.

—Sea así o no —dijo sir Arnold, el tercer hermano—, montemos ahora sobre nuestros caballos y rescatemos a nuestro hermano sir Gauter, so pena de muerte. Harto trabajo vamos a tener para vencer a ese caballero, pues parece por su persona que es sir Lanzarote, o sir Tristán, o el buen caballero sir Pelleas.

Tomaron luego sus caballos, alcanzaron a sir Lanzarote, puso sir Gilmere su lanza adelante, y acometió a sir Lanzarote; y sir Lanzarote lo derribó, y quedó en el suelo sin sentido.

—Señor caballero —dijo sir Arnold—, eres un hombre fuerte, y presumo que has matado a dos de mis hermanos, por lo que mi corazón se levanta fuertemente contra ti. Si no sufriese mi honra, no las habría contigo; pero de necesidad debo tomar parte como ellos; por ende, caballero —dijo—, guárdate.

Y se arremetieron con todas sus fuerzas, y los dos hicieron pedazos sus lanzas. Entonces sacaron las espadas y se acometieron con gana.

En esto se levantó sir Gauter, fue a su hermano sir Gilmere, y le mandó: «Levantad, y ayudemos a nuestro hermano sir Arnold, que allá lucha maravillosamente con ese buen caballero.»

Saltaron con presteza sobre sus caballos y corrieron fieramente hacia sir Lanzarote. Y cuando éste los vio venir, descargó un tremendo golpe a sir Arnold, que cayó del caballo al suelo; se volvió entonces para los otros dos hermanos, y de dos tajos los derribó a tierra.

En esto sir Arnold empezó a levantarse con la cabeza toda ensangrentada, y fue derecho a sir Lanzarote.

—Dejémoslo ya —dijo sir Lanzarote—; no estaba yo lejos de ti cuando te hicieron caballero, sir Arnold, y sé también que eres buen caballero, y no quisiera matarte.

—Muchas gracias —dijo sir Arnold— por vuestra bondad; y oso decir, en cuanto a mí y mis hermanos, que no nos disgustará rendirnos a vos, con tal que conozcamos vuestro nombre, pues bien sabemos que no sois sir Kay.

—En cuanto a eso, tanto da; pues os rendiréis a doña Ginebra; y ved de estar con ella el Domingo de Pentecostés, y otorgaros a ella como prisioneros, y decir que fue sir Kay quien os envió a ella.

Juraron ellos hacerlo así, siguió adelante sir Lanzarote, y cada hermano ayudó a otro lo mejor que pudo.

CAPÍTULO 13

Cómo justó sir Lanzarote contra cuatro caballeros de la Tabla Redonda y los derrocó

Se metió sir Lanzarote por una profunda floresta, y en un valle cercano vio cuatro caballeros que estaban detenidos bajo un roble, y eran de la corte de Arturo: uno era sir Sagramore le Desirous, y Héctor de Maris, y sir Gawain, y sir Uwain. Luego que vieron estos cuatro caballeros a sir Lanzarote, creyeron por sus armas que era sir Kay.

—Por mi fe —dijo sir Sagramore—; voy a probar la fuerza de sir Kay —y tomó su lanza en la mano, y fue para sir Lanzarote.

En eso lo vio sir Lanzarote y lo conoció bien, enristro su lanza contra él, y dio tan fuerte golpe a sir Sagramore que cayó a tierra, hombre y caballo.

—Mirad, compañeros —dijo sir Héctor—; allá podéis ver el golpe que ha recibido; ese caballero es muy más fuerte de lo que fue nunca sir Kay. Ahora veréis qué puedo hacerle yo.

Y tomó sir Héctor su lanza en la mano y galopó hacia sir Lanzarote; y sir Lanzarote le atravesó el escudo y el hombro, de manera que hombre y caballo fueron a tierra, en tanto que su lanza resistía.

—Por mi fe —dijo sir Uwain—, ése es un fuerte caballero, y soy cierto que ha matado a sir Kay; y veo por su gran fuerza que será difícil vencerle.

Seguidamente tomó sir Uwain su lanza en la mano y cabalgó hacia sir Lanzarote; y sir Lanzarote lo conoció bien, lo encontró en el llano, y le dio tal golpe que lo atronó, al extremo que en mucho rato no supo dónde estaba.

—Según veo bien —dijo sir Gawain—, debo encontrarme con ese caballero.

Enderezó entonces su escudo y tomó una buena lanza en la mano, y sir Lanzarote lo conoció bien; dejaron entonces correr sus caballos con todas sus fuerzas, y se dieron el uno al otro en medio del escudo. Pero la lanza de sir Gawain se quebró, y sir Lanzarote cargó tan poderosamente sobre él que su caballo cayó patas arriba.

Y mucho trabajo tuvo sir Gawain para evitar su caballo; y siguió al paso sir Lanzarote su camino, y dijo sonriendo: «Dé Dios alegría al que hizo esta

lanza, pues jamás tuve otra mejor en mi mano.»

Entonces acudieron los cuatro caballeros los unos a los otros, y se confortaron entre sí.

—¿Qué decís de esta gesta? —dijo sir Gawain—; esa única lanza nos ha derribado a los cuatro.

—Encomendémoslo al diablo —dijeron todos—, pues es hombre de gran fuerza.

—Bien podéis decir que es hombre de fuerza —dijo sir Gawain—; pues oso poner mi cabeza a que es sir Lanzarote. Lo conozco por su manera de cabalgar. Dejadle ir —dijo sir Gawain—, pues cuando lleguemos a la corte lo sabremos.

Y tuvieron mucho trabajo para recobrar sus caballos otra vez.

CAPÍTULO 14

Cómo sir Lanzarote siguió a una perra hasta un castillo, donde halló muerto a un caballero, y cómo después fue requerido de una doncella para que sanase a su hermano

Los dejamos ahí ahora, y hablamos de sir Lanzarote, que cabalgó mucho rato por una profunda floresta, donde vio una perra negra, buscando de manera como si fuese tras el rastro de un ciervo herido. Y fue detrás de la perra, y vio en el suelo un gran rastro de sangre. Entonces sir Lanzarote la siguió. Y la perra no cesaba de mirar hacia atrás, y fue por un gran marjal; y sir Lanzarote iba siempre en pos suyo.

Entonces advirtió una vieja mansión, corrió la perra hacia allá, y pasó el puente. Cruzó también sir Lanzarote aquel puente, que era viejo y flojo; y cuando llegó en medio de una gran sala, vio que yacía muerto un caballero que era hombre apuesto; y aquella perra le lamió las llagas.

Y seguidamente salió una dama llorando, y retorciéndose las manos; y dijo entonces: «¡Oh caballero, muy gran dolor me has traído!»

—¿Por qué decís eso? —dijo sir Lanzarote—. Jamás hice daño ninguno a este caballero, pues aquí me ha traído esta perra por el rastro de sangre; y por ende, gentil señora, no toméis displacer conmigo, pues mucho pesar tengo de vuestra aflicción.

—En verdad, señor —dijo ella—, no creo que seáis vos quien ha matado a mi marido, pues quien ha hecho tal acción va nial herido, y es probable que no

se recobre, lo puedo asegurar.

—¿Cuál era el nombre de vuestro marido? —dijo sir Lanzarote.

—Señor —dijo ella—, se llamaba sir Gilbert el Bastardo, uno de los mejores caballeros del mundo; y el nombre del que lo ha matado no lo sé.

—Pues Dios os envíe mejor consuelo —dijo sir Lanzarote.

Y partió, se metió por la floresta otra vez, y allí topó con una doncella, la cual le conoció bien, y dijo en voz alta: «Bien hallado seas, mi señor; y ahora te requiero, por tu caballería, que ayudes a mi hermano, que está mal herido y no cesa de sangrar; pues este día ha luchado con sir Gilbert el Bastardo, al que ha dado muerte en franca batalla, y allí fue mi hermano mal herido. Y hay una dueña, una hechicera, que mora en un castillo de aquí cerca, la cual me ha dicho este día que jamás sanarán las llagas de mi hermano, hasta que pueda hallar un caballero que quiera entrar en la Capilla Peligrosa, donde hallará una espada y un paño sangriento en el que está envuelto el caballero herido, y que un trozo de este paño y la espada sanarían las llagas de mi hermano, si fuesen curadas con esa espada y el paño.»

—Ésa es cosa de maravilla —dijo sir Lanzarote—; pero, ¿cuál es el nombre de vuestro hermano?

—Señor —dijo ella—, su nombre es sir Meliot de Logres.

—Eso me pesa —dijo sir Lanzarote—, pues es miembro de la Tabla Redonda; y en su ayuda haré lo que pueda.

—Entonces, señor —dijo ella—, seguid este mismo camino, y os llevará a la Capilla Peligrosa; y yo esperaré aquí hasta que Dios os envíe aquí otra vez, que si vos no lo conseguís, no sé de otro caballero en el mundo que pueda acabar esta aventura.

CAPÍTULO 15

Cómo sir Lanzarote entró en la Capilla Peligrosa y tomó de un cadáver un pedazo del paño y una espada

Partió luego sir Lanzarote, y al llegar a la Capilla Peligrosa se apeó, y ató su caballo a una pequeña entrada. Y tan presto como estuvo dentro del patio, vio ante la capilla gran número de ricos y hermosos escudos, puestos del revés, muchos de los cuales había visto sir Lanzarote llevados por caballeros. En esto vio junto a él, de pie, treinta caballeros grandes que sacaban más de una yarda a cuantos él había visto nunca; y todos ellos hacían muecas y gestos

de amenaza a sir Lanzarote.

Y al ver éste sus continentes tuvo mucho miedo, se puso el escudo delante, y tomó la espada en la mano, presto a hacer batalla; y ellos estaban totalmente armados con arneses negros, apercebidos con sus escudos, y las espadas sacadas. Y cuando sir Lanzarote hizo intención de pasar entre ellos, se apartaron a uno y otro lado de él, y le dejaron paso, con lo que se sintió más osado, y entró en la capilla; y no vio otra lumbre que una lámpara ardiendo; y entonces descubrió un cadáver cubierto con una pieza de seda.

Entonces se inclinó sir Lanzarote, cortó un pedazo de aquella seda, y al punto sintió debajo de él como si la tierra se estremeciese un poco, lo que le produjo pavor. Y entonces vio una hermosa espada puesta junto al caballero muerto, la tomó en la mano, y se apresuró a salir de la capilla. Y tan presto como estuvo en el patio de la capilla, todos los caballeros le hablaron con voz terrible, y dijeron: «Caballero sir Lanzarote, deja esa espada o morirás.»

—Viva o muera —dijo sir Lanzarote—, no la volveréis a tener con palabras soberbias, por ende luchad por ella si queréis.

Y pasó sin más entre ellos; y fuera del patio de la capilla topó con una hermosa doncella que le dijo: «Señor Lanzarote, deja esa espada tras de ti, o morirás por ella.»

—No la dejaré —dijo sir Lanzarote—, bajo ninguna amenaza.

—Si dejases esa espada —dijo ella—, no verías más a la reina Ginebra.

—Entonces sería yo un loco si dejase esta espada —dijo Lanzarote.

—Ahora te requiero, gentil caballero —dijo la doncella—, para que me beses una sola vez.

—No —dijo sir Lanzarote—, no me consienta Dios eso.

—Pues señor —dijo ella—, si me hubieses besado, habrían acabado los días de tu vida; pero ahora, ¡ay! —dijo ella—, he perdido todos mis trabajos, pues había ordenado esta capilla por ti y por sir Gawain. Y una vez he tenido conmigo a sir Gawain, y ha luchado con ese caballero, sir Gilbert el Bastardo, que ahí yace muerto, en la capilla; y en esa sazón cortó la mano izquierda a sir Gilbert el Bastardo. Y, señor Lanzarote, ahora te digo que hace siete años que te amo, aunque ninguna mujer puede tener tu amor sino la reina Ginebra. Pero ya que no puedo disfrutarte ni tener tu cuerpo vivo, no esperaba otro gozo en este mundo que tener tu cuerpo muerto. Entonces lo embalsamaría y lo serviría, y lo guardaría los días de mi vida, y diariamente te abrazaría, y te besaría en despecho de la reina Ginebra.

—Decís bien —dijo sir Lanzarote—. Jesús me preserve de tus artes sutiles.

Y seguidamente tomó su caballo y se partió de ella. Y como dice el libro, cuando hubo partido sir Lanzarote, tomó ella tal aflicción que a las catorce noches murió; y se llamaba Hellowes la hechicera, Señora del Castillo Nigramous.

A poco topó sir Lanzarote con la doncella hermana de sir Meliot. Y al verlo palmoteo y lloró de contento. Y entonces cabalgaron a un castillo cercano donde yacía sir Meliot. Y tan presto como sir Lanzarote lo vio lo conoció; pero estaba muy pálido, como la tierra, de sangrar.

Cuando sir Meliot vio a sir Lanzarote se hincó de rodillas, y dijo en voz alta: «¡Oh, mi señor Lanzarote, ayudadme!»

Corrió sir Lanzarote a él, y le tocó las llagas con la espada de sir Gilbert. Y le enjugó después las llagas con una parte del paño sangriento que envolvía a sir Gilbert, y al punto fue un hombre más sano de lo que nunca había sido en su vida.

Entonces hubo gran alegría entre ellos, e hicieron a sir Lanzarote toda la fiesta que pudieron, y por la mañana se despidió sir Lanzarote, y rogó a sir Meliot que fuese presto «a la corte de mi señor Arturo, pues se acerca la fiesta de Pentecostés, y allí por la gracia de Dios me hallaréis». Y con eso se partieron.

CAPÍTULO 16

Cómo sir Lanzarote, a requerimiento de una dama, recobró un halcón, por donde fue engañado

Y cabalgó sir Lanzarote por muchos extraños países, por pantanos y valles, hasta que llegó por fortuna a un hermoso castillo, y al dejarlo atrás, le pareció oír el son de dos cascabeles.

Entonces advirtió que pasaba volando un halcón por encima de su cabeza, hacia un alto olmo, con largas pihuelas en sus patas, y fue al olmo a posarse. Se enredaron las pihuelas en una rama, y cuando quiso alzar el vuelo quedó colgando, preso por las patas; vio sir Lanzarote cómo colgaba, observó que era un hermoso halcón peregrino y tuvo lástima de él.

Entre tanto salió una dama del castillo, y dijo en voz alta: «¡Oh, Lanzarote, Lanzarote, como eres flor de todos los caballeros, ayúdame a recobrar mi halcón, que si pierdo mi halcón mi señor me destruirá; pues yo guardaba el halcón cuando escapó de mí, y si mi señor marido se entera, es tan desapoderado que me matará!»

—¿Cuál es el nombre de vuestro señor? —dijo sir Lanzarote.

—Señor —dijo ella—, se llama sir Phelot, un caballero que pertenece al rey de Northgales.

—Bien, gentil señora, ya que conocéis mi nombre, y me requerís de caballería que os ayude, haré lo que pueda por devolveros vuestro halcón, aunque Dios sabe que soy mal trepador, y es muy alto el árbol, y tiene pocas ramas con que me pueda ayudar.

Y con esto se apeó sir Lanzarote, ató el caballo al mismo árbol, y rogó a la dama que le desarmase. Y cuando estuvo desarmado, se quitó toda la ropa hasta la camisa y los calzones, y con poder y fuerza trepó hasta el halcón, ató las pihuelas a una rama seca, y arrojó con ella el halcón abajo.

Tomó al punto la dama el halcón en su mano, y a continuación salió súbitamente sir Phelot, su marido, de entre los árboles, todo armado y con la espada desnuda en la mano; y dijo: «¡Ah, caballero Lanzarote, ahora te hallo como yo quería!», y se puso junto al tronco del árbol para matarlo.

—¡Ah, señora! —dijo sir Lanzarote—, ¿por qué me habéis traicionado?

—No ha hecho —dijo sir Phelot— sino como yo le mandé, y por ende no hay otro remedio, sino ha llegado tu hora de morir.

—Sería vergüenza para ti —dijo sir Lanzarote—, un caballero armado, matar a un hombre desnudo por traición.

—No tendrás ninguna otra gracia —dijo sir Phelot—; y por ende ayúdame si puedes.

—En verdad —dijo sir Lanzarote—, que será para tu vergüenza; pero ya que no lo quieres de otro modo, quédate con mi arnés, cuelga mi espada de una rama que yo pueda alcanzarla, y haz entonces por matarme si puedes.

—No, no —dijo sir Phelot—, pues te conozco mejor de lo que crees; por ende, no tendrás arma ninguna, si yo lo puedo remediar.

—¡Ay —dijo sir Lanzarote—, que haya de morir desarmado un caballero!

Y en eso miró encima de él, y debajo; y sobre su cabeza vio una gruesa estaca, una rama grande y sin hojas, y la quebró con el cuerpo. Bajó entonces un poco, observó cómo estaba su caballo, y saltó súbitamente al otro lado del caballo del que estaba el caballero.

Y entonces sir Phelot se abalanzó rabiosamente sobre él, creyendo que iba a matarlo. Pero sir Lanzarote apartó el golpe con la estaca, y seguidamente le dio tal golpe en un lado de la cabeza que cayó al suelo sin sentido. Entonces sir Lanzarote tomó su espada en la mano y le segó el cuello del cuerpo.

Entonces exclamó la dama: «¡Ay!, ¿por qué has matado a mi marido?»

—No soy yo el causante —dijo sir Lanzarote—, pues con falsedad quisisteis matarme a traición, y ahora os ha sobrevenido a los dos.

Entonces ella cayó desvanecida como si fuese a morir. Y seguidamente sir Lanzarote tomó toda su armadura como pudo, y se la puso encima por miedo a nuevos intentos, pues temía que el castillo del caballero estuviese muy cerca. Y lo más presto que pudo tomó su caballo y partió, dando gracias a Dios por haber escapado de esta aventura.

CAPÍTULO 17

Cómo sir Lanzarote alcanzó a un caballero que perseguía a su mujer para matarla, y cómo le dijo

Y cabalgó sir Lanzarote por muchos caminos salvajes, y muchos pantanos y marjales. Y al entrar en un valle vio a un caballero que perseguía a una dama, con una espada desnuda, para matarla. Y por fortuna cuando este caballero iba a darle muerte, gritó ésta a sir Lanzarote suplicando que la rescatase.

Cuando sir Lanzarote vio aquella maldad, tomó su caballo y cabalgó entre ellos, diciendo: «¡Malhayas, caballero!, ¿por qué quieres matar a esta dama? Te haces vergüenza a ti mismo y a todos los caballeros.»

—¿Qué tienes tú que ver entre mi mujer y yo? —dijo el caballero—. La mataré a tu pesar.

—No lo harás —dijo sir Lanzarote—, pues antes las habremos los dos.

—Señor Lanzarote —dijo el caballero—, aquí no tienes parte, pues esta dama me ha traicionado.

—No es así —dijo la dama—; en verdad dice injustamente de mí. Y porque amo y quiero a mi primo hermano, tiene celos de él y de mí; y como tengo que responder ante Dios que nunca hubo pecado entre nosotros. Pero, señor —dijo la dama—, ya que eres llamado el más digno caballero del mundo, te requiero, por la verdadera caballería, que me guardes y me salves. Pues por mucho que le digáis, me matará, pues no tiene merced.

—No tengáis ningún temor —dijo Lanzarote—, que no estará eso en su poder.

—Señor —dijo el caballero—, bajo vuestra mirada haré como vos queráis tenerme.

Así, pues, cabalgó sir Lanzarote a un lado, y ella en el otro. Y no habían andado mucho, cuando pidió el caballero a sir Lanzarote que se volviese y mirase detrás de él. «Señor, allá vienen hombres de armas en pos nuestro.»

Y se volvió sir Lanzarote sin recelar ninguna traición, y en eso se quedaron el caballero y la dama juntos; y súbitamente tajó la cabeza a su dama.

Y cuando sir Lanzarote vio lo que había hecho, le dijo, y llamó: «Traidor, me has afrentado para siempre.» Y súbitamente se apeó del caballo, y sacó su espada para matarlo; y en eso se echó él a tierra, asió a sir Lanzarote por los muslos, y le suplicó merced.

—¡Malhayas tú —dijo sir Lanzarote—, vergonzoso caballero!; ¡no puedes tener merced, y por ende levanta y lucha conmigo!

—No —dijo el caballero—; no me levantaré hasta que me otorgues merced.

—Te voy a ofrecer igualdad —dijo Lanzarote—: me desarmaré, y no llevaré sobre mí otra cosa que la camisa, y la espada en mi mano. Si puedes matarme, serás quito para siempre.

—No, señor —dijo Pedivere—; jamás aceptaré eso.

—Entonces —dijo sir Lanzarote— toma a esa dama y la cabeza, ponías sobre ti, y jura aquí sobre mi espada llevarla siempre sobre tu espalda, y no descansar hasta que llegues a la reina Ginebra.

—Señor —dijo—, así lo haré, por la fe de mi cuerpo.

—Dime ahora —dijo sir Lanzarote—, ¿cuál es tu nombre?

—Señor, me llamo Pedivere.

—En hora vergonzosa naciste —dijo Lanzarote.

Partió, pues, Pedivere con la dama muerta y la cabeza, y halló a la reina con el rey Arturo en Winchester, y allí contó toda la verdad.

—Señor caballero —dijo la reina—, ésa es una horrible acción, y vergonzosa, y una gran injuria a sir Lanzarote; sin embargo, su honra no es conocida en muchos diversos países. Pero os pondré en penitencia: como podáis ir, llevaréis esta dama con vos a caballo, al Papa de Roma, para recibir de él penitencia por vuestra fea acción; y no descansaréis otra noche donde lo hayáis hecho ya una, y en cualquier cama que os acostéis, el cuerpo muerto yacerá con vos.

Hizo allí este juramento, y partió. Y como cuenta el libro francés, cuando llegó a Roma, el Papa le mandó que volviese otra vez a la reina Ginebra; y en Roma fue enterrada la dama por mandamiento del Papa. Y después de esto sir

Pedivere dio prueba de gran bondad, y fue hombre santo y ermitaño.

CAPÍTULO 18

Cómo llegó sir Lanzarote a la corte del rey Arturo, y cómo hizo allí relación de todas sus nobles hazañas y hechos

Ahora volvemos a sir Lanzarote del Lago, que volvió dos días antes de la fiesta de Pentecostés; y el rey y toda la corte tuvieron muy gran alegría de su llegada. Y cuando sir Gawain, sir Uwain y sir Sagramore y sir Héctor de Maris vieron a sir Lanzarote con la armadura de sir Kay, entonces supieron bien que fue él quien los había derribado a todos con una lanza. Entonces hubo sonrisas y risas entre ellos. Y poco a poco llegaron todos los caballeros que sir Turquin había tenido cautivos, y honraron y alabaron a sir Lanzarote.

Cuando sir Gaheris les oyó hablar, dijo: «Yo vi toda la batalla de principio a fin»; y contó al rey Arturo cómo fue todo, y cómo sir Turquin era el más fuerte caballero que había visto, excepto sir Lanzarote; y hubo muchos caballeros que dieron testimonio, cerca de sesenta.

Entonces contó sir Kay al rey cómo sir Lanzarote le había rescatado cuando iba a morir, y cómo «hizo que los caballeros se rindiesen a mí, y no a él». Y allí estaban los tres, y dieron testimonio. «Y por Jesús —dijo sir Kay—, porque sir Lanzarote tomó mi arnés y me dejó a mí el suyo, cabalgué en buena paz y ninguno quiso haberlas conmigo.»

A poco llegaron los tres caballeros que habían luchado con sir Lanzarote en el puente largo. Y allí se rindieron a sir Kay; y sir Kay les perdonó, y dijo que nunca había luchado con ellos. «Pero yo sosegaré vuestro corazón —dijo sir Kay—: ahí está Lanzarote, que es el que os venció.» Cuando supieron eso fueron muy alegres.

Y entonces llegó sir Meliot de Logres, y contó al rey cómo sir Lanzarote le había salvado de la muerte.

Y fueron conocidas todas sus hazañas, cómo cuatro reinas, hechiceras, le habían tenido en prisión, y cómo fue librado por la hija del rey Bagdemagus. También contaron allí todos los grandes hechos de armas que sir Lanzarote hizo entre los dos reyes, que son, a saber, el rey de Northgales y el rey Bagdemagus. Toda la verdad contaron sir Gahalantine, y sir Mador de la Porte, y sir Mordred, pues estuvieron en aquel mismo torneo.

Entonces vino la dama que conoció a sir Lanzarote cuando éste hirió a sir Belleus en el pabellón. Y allí, a requerimiento de sir Lanzarote, sir Belleus fue

hecho caballero de la Tabla Redonda.

Y en aquella sazón sir Lanzarote tuvo más renombre que ningún caballero del mundo, y mucho fue honrado por grandes y pequeños.

Explicit el noble cuento de sir Lanzarote del Lago, que comprende el libro VI. Sigue aquí la historia de sir Gareth de Orkney, que fue llamado Beaumains por sir Kay, y es el libro séptimo

LIBRO VII

CAPÍTULO 1

Cómo Beaumains llegó a la corte del rey Arturo y demandó tres peticiones del rey Arturo

Cuando Arturo reunió el pleno de su Tabla Redonda, le acaeció mandar que la alta fiesta de Pentecostés fuese celebrada en una ciudad y castillo, la cual en aquellos días era llamada Kinkenadon, sobre la playa que limitaba cerca Gales. Y tenía una costumbre el rey, en la fiesta de Pentecostés en especial, antes que en otras fiestas del año, de no ponerse ese día a comer hasta haber oído o visto alguna gran maravilla. Y por esa costumbre le venían a Arturo todas maneras de extrañas aventuras en esa fiesta antes que todas las otras fiestas.

Y así, poco antes del mediodía de Pentecostés, vio sir Gawain desde una ventana tres hombres a caballo, y un enano a pie, y descabalgaron los tres hombres, guardó el enano los caballos, y uno de los tres hombres era un pie y medio más alto que los otros dos.

Entonces sir Gawain fue al rey y dijo: «Señor, poneos a comer, pues aquí mismo vienen extrañas aventuras.»

Y fue Arturo a comer con muchos otros reyes. Allí estaban todos los caballeros de la Tabla Redonda menos los que habían quedado presos o muertos en algún encuentro. En la fiesta debía estar siempre el número entero de los ciento cincuenta, pues entonces estaba completa la Tabla Redonda.

Entraron luego en la sala dos hombres bien ataviados, y ricamente, en cuyos hombros se apoyaba el más hermoso mancebo y más gallardo que habían visto; y era alto y ancho de hombros, y de graciosa cara, y con las manos más grandes y bellas que jamás viera hombre ninguno, pero iba como

si no pudiese andar, ni tenerse sino apoyado en los hombros de los otros dos. Luego que lo vio Arturo se hizo silencio, les dejaron paso, y fueron derechamente con el mancebo al alto estrado sin decir palabra.

Entonces se echó para atrás este mancebo, y se enderezó con soltura, diciendo: «Rey Arturo, Dios os bendiga y a toda vuestra leal compañía, y en especial la compañía de la Tabla Redonda. Y por esta causa he venido aquí: a suplicaros y requeriros que me deis tres dones; no os pediré nada fuera de razón, sino que honrosa y dignamente podéis otorgármelos, sin gran daño ni mengua para vos. Y el primer don y merced os lo quiero pedir ahora, y los otros dos los pediré dentro de doce meses, allá donde celebréis vuestra alta fiesta.»

—Pide, pues —dijo Arturo—, y tendrás tu petición.

—Señor, he aquí mi petición para esta fiesta: que me deis de comer y beber suficientemente en estos doce meses, y el día que se cumpla el año pediré los otros dos dones.

—Mi gentil hijo —dijo Arturo—, pide más, te lo aconsejo, pues ésa es muy simple petición; pues mucho me da el corazón que vienes de hombres de merecimiento, y harto ha de errar mi concepto si no pruebas ser hombre de muy gran merecimiento.

—Señor —dijo él—, comoquiera que sea, he pedido lo que quiero pedir.

—Bien —dijo el rey—; tendrás de comer y de beber con suficiencia. Nunca he negado eso a ninguno, ni amigo ni enemigo. Pero cuál es tu nombre quisiera saber.

—No os lo puedo decir —dijo él.

—Ésa es maravilla —dijo el rey—, que no sepas tu nombre, siendo el mancebo más gallardo que nunca he visto.

Entonces el rey lo encomendó a sir Kay el Mayordomo, y le encargó que le diese todas maneras de viandas y bebidas, de las mejores, y también que tuviese todas maneras de provisiones como si fuese hijo de un señor.

—Poco menester habrá —dijo sir Kay—, de hacer tal gasto en él; pues tengo por seguro que ha nacido villano, y que jamás se hará hombre, pues si viniese de gentileshombres os habría pedido caballo y armadura; pero según es, así pide. Y ya que no tiene nombre, yo le daré uno, y será el de Beaumains, que quiere decir Bellas-manos. Lo llevaré a la cocina, y allí tendrá espesos caldos todos los días, de manera que cuando acabe el año habrá engordado como un puerco.

Y seguidamente partieron los dos hombres que lo habían traído, y lo dejaron con sir Kay, el cual lo menospreció y se mofó de él.

CAPÍTULO 2

Cómo sir Lanzarote y sir Gawain se enojaron porque sir Kay se mofó de Beaumains, y cómo una doncella deseó un caballero que luchase por una dama

Con lo que se enojó sir Gawain, y en especial sir Lanzarote rogó a sir Kay que dejase sus burlas, «pues oso poner mi cabeza a que probará ser hombre de gran honor».

—Dejad estar —dijo sir Kay—; no puede ser por ninguna razón, pues según es, así ha pedido.

—Tened cuidado —dijo sir Lanzarote—, pues también disteis nombre al buen caballero Breunor, hermano de sir Dinadan, y le llamasteis La Cote Male Tailé, y se os volvió enojo después.

—En cuanto a eso —dijo sir Kay— éste jamás probará tal cosa. Pues sir Breunor siempre deseó honor, éste desea pan y bebida y caldos; por vida mía que lo criaron en alguna abadía, y comoquiera que sea, les falleció la comida y bebida, y ha venido aquí en busca de sustento.

Y le mandó sir Kay que se procurase sitio y se sentase' a comer; y fue Beaumains a la puerta de la sala, se sentó entre picaros y truhanes, y allí comió tristemente. Y sir Lanzarote, después de comer, le pidió que fuese a su cámara, que allí tendría suficiente comida y bebida. Y lo mismo hizo sir Gawain; pero él rechazó ambos ofrecimientos, y no quiso hacer sino lo que sir Kay le mandaba, pese a todos los ofrecimientos.

Pero tocante a sir Gawain, tenía motivo para ofrecerle aposentamiento, comida, y bebida, ya que tal ofrecimiento le nacía de la sangre, pues era pariente suyo más cercano de lo que él sabía. Pero el que sir Lanzarote hizo venía de su gran sutileza y cortesía.

Y así fue puesto en la cocina, y allí se acostó por las noches como los mancebos de la cocina. Y así soportó todo aquel año, sin descontentar nunca a hombres ni a mancebos, sino mostrándose siempre humilde y amable. Pero siempre que había alguna justa de caballeros, quería verla si podía. Y sir Lanzarote le daba oro que gastar, y ropas, y lo mismo sir Gawain; y donde se hacía alguna maestría, allí estaba él, y ninguno lanzaba barra ni piedra a dos yardas de las suyas. Entonces decía sir Kay: «¡Pues qué!, ¿holgáis, mi mancebo de cocina?»

Así pasó hasta la fiesta de Pentecostés. Y en esa sazón el rey la celebró en

Caerleon con la más grande realeza, como hacía cada año. Pero no quería comer vianda ninguna en Pentecostés, hasta oír alguna aventura.

Entonces vino allí un escudero al rey, y dijo: «Señor, podéis poner os a comer, pues aquí viene una doncella con alguna extraña aventura.»

Entonces se alegró el rey, y se sentó. En eso entró una doncella en la sala, saludó al rey, y le suplicó socorro.

—¿Para quién? —dijo el rey—. ¿Cuál es la aventura?

—Señor —dijo ella—, tengo una señora de gran honra y renombre, la cual está cercada por un tirano, de manera que no puede salir de su castillo; y ya que éstos son llamados los más nobles caballeros del mundo, vengo a vos a suplicaros socorro.

—¿Cómo se llama vuestra señora, y dónde mora, y quién es y cómo se llama el que la tiene cercada?

—Señor rey —dijo ella—, en cuanto al nombre de mi señora, no lo conoceréis por mí en esta sazón, pero os hago saber que es dama de gran merecimiento y muchas tierras; y en cuanto al tirano que la asedia y destruye sus tierras, se llama el Caballero de las Landas Bermejas.

—No lo conozco —dijo el rey.

—Señor —dijo sir Gawain—; yo lo conozco bien, pues es uno de los más peligrosos caballeros del mundo; dicen que tiene la fuerza de siete hombres, y de él escapé una vez muy difícilmente con mi vida.

—Gentil doncella —dijo el rey—, aquí hay caballeros que harían todo su poder por rescatar a vuestra señora; pero ya que no queréis decir su nombre, ni dónde mora, ninguno de mis caballeros que aquí están irá con vos por mi voluntad.

—Entonces habré de seguir buscando —dijo la doncella.

CAPÍTULO 3

Cómo Beaumains deseó la batalla, y cómo le fue otorgada y cómo deseó ser hecho caballero de sir Lanzarote

Con estas palabras vino Beaumains ante el rey, mientras estaba allí la doncella, y dijo así: «Señor rey, Dios os agradezca haberme tenido este año en vuestra cocina, y dado todo mi sustento, y ahora quiero pedir os los dos dones que quedan.»

—Pide, por mi vida —dijo el rey.

—Señor, éstos son los dos dones: primero, que me otorguéis la aventura de esta doncella, pues me pertenece.

—La tendrás —dijo el rey—. Yo te la otorgo.

—Entonces, señor, éste es el otro don: rogaréis a sir Lanzarote del Lago que me haga caballero, pues de él quiero ser hecho caballero y de ningún otro. Y cuando yo haya partido, os ruego que le dejéis cabalgar en pos mío, y me haga caballero cuando yo se lo requiera.

—Todo esto será hecho —dijo el rey.

—¡Malhayas tú! —dijo la doncella—; ¿no tendré sino a uno que es vuestro paje cocina?

Enojóse entonces ella, tomó su caballo y partió.

Y en esto vino uno a Beaumains y le dijo que le habían traído su caballo y armadura; y allí estaba el enano con todo lo que él necesitaba, de la más rica manera; con lo que toda la corte tuvo mucha maravilla de dónde venía todo aquel aparejo. Y cuando estuvo armado, muy pocos hombres fueron tan gallardos como él; y entró seguidamente en la sala, se despidió del rey Arturo, sir Gawain y sir Lanzarote, rogó a éste que se apresurase a ir tras él y partió en pos de la doncella.

CAPÍTULO 4

Cómo partió Beaumains, y cómo tuvo de sir Kay lanza y escudo, y cómo justó con sir Lanzarote

Pero fueron muchos los que salieron detrás a contemplar lo bien encabalgado y aparejado que iba, con paño de oro, aunque no tenía lanza ni escudo.

Entonces dijo sir Kay abiertamente en la sala: «Cabalgaré en pos de mi mancebo de la cocina, a ver si me reconoce mejor que él.»

Y dijeron sir Lanzarote y sir Gawain: «Permaneced aquí.»

Se apercibió sir Kay, tomó su caballo y su lanza, y fue tras él. Y así que Beaumains alcanzó a la doncella, llegó también sir Kay, y dijo: «¡Beaumains!, ¿qué, señor, no me conocéis?»

Entonces volvió él su caballo, y supo que era sir Kay, que le había hecho todo el menosprecio que habéis oído antes.

—Sí —dijo Beaumains—; bien os conozco como caballero descortés de la corte, y por ende guardaos de mí.

En esto se puso sir Kay la lanza en el ristre, y corrió derecho sobre él; y fue Beaumains con igual prisa sobre él, espada en mano, le apartó con ella la lanza, y le atravesó el costado de una estocada, de manera que sir Kay cayó como muerto; se apeó Beaumains, tomó el escudo y la lanza de sir Kay, saltó sobre su propio caballo y siguió su camino.

Todo esto vio sir Lanzarote, y lo mismo la doncella. Mandó entonces a su enano que saltase sobre el caballo de sir Kay, y así lo hizo. A la sazón había llegado sir Lanzarote, le ofreció Beaumains justar; y se apercibieron, y se juntaron tan fieramente que se derribaron ambos a tierra, y quedaron muy magullados. Entonces se levantó sir Lanzarote y se libró del caballo. Y arrojó Beaumains su escudo, y ofreció a sir Lanzarote luchar a pie; y se acometieron como dos jabalíes, acosando, tajando y tirando estocadas por espacio de una hora; y sir Lanzarote lo sentía tan fuerte que se maravillaba de su fuerza, pues luchaba más como un gigante que como un caballero, y su lucha era duradera y peligrosa en extremo. Pues sir Lanzarote tenía tanto trabajo con él, y temía ser avergonzado, y dijo: «Beaumains, no luchéis con tanto empeño. No es tan grande vuestra querella y la mía que no la podamos dejar.»

—Así es, en verdad —dijo Beaumains—; pero me place sentir vuestra fuerza; sin embargo, mi señor, no he mostrado yo todo mi empeño.

CAPÍTULO 5

Cómo Beaumains dijo su nombre a sir Lanzarote, y cómo fue armado caballero por sir Lanzarote, y alcanzó después a la doncella

—En el nombre de Dios os prometo —dijo sir Lanzarote—, por la fe de mi cuerpo, que he tenido que hacer mucho para salvarme de ser avergonzado; y por ende, ningún temor debéis tener de ningún caballero terrenal.

—¿Esperáis que pueda mostrarme en cualquier momento como un caballero probado? —dijo Beaumains.

—Sí —dijo sir Lanzarote—, haced como habéis hecho, y yo seré vuestro fiador.

—Entonces —dijo Beaumains—, os ruego que me deis la orden de caballería.

—Antes debéis decirme vuestro nombre —dijo sir Lanzarote—, y de qué linaje sois nacido.

—Señor, lo haré con tal que no me descubráis —dijo Beaumains.

—No —dijo sir Lanzarote—, os lo prometo por la fe de mi cuerpo, hasta que sea abiertamente conocido.

—Entonces, señor —dijo él—, me llamo Gareth, hermano de sir Gawain de padre y de madre.

—¡Ah, señor! —dijo sir Lanzarote—, más contento soy de vos que antes; pues siempre pensé que debíais ser de noble sangre, y que no vinisteis a la corte por comida ni por bebida.

Y entonces sir Lanzarote le dio la orden de caballería, y sir Gareth le rogó que se partiesen y le dejase ir.

Y se partió sir Lanzarote de él, fue a sir Kay, y lo hizo llevar sobre su escudo a la corte, y con gran trabajo fue vuelto a la vida; y todos menospreciaron a sir Kay; y en especial sir Gawain y sir Lanzarote dijeron que no era su parte reprochar a ningún mancebo, pues bien poco sabía «de qué cuna viene, y por qué causa vino a esta corte»; y dejamos nosotros a sir Kay, y volvemos a Beaumains.

Cuando hubo alcanzado a la doncella, luego dijo ésta: «¿Qué haces aquí? Hiedes todo a cocina, tus ropas están sucias de la grasa y el sebo que ganas en la cocina del rey Arturo. ¿Crees —dijo— que voy a aceptarte por ese caballero que has matado? De cierto que no, pues desdichada y cobardemente lo has matado; por ende vuélvete, sucio paje de cocina, que bien te conozco, pues sir Kay te llamó Beaumains. ¿Qué eres tú sino un haragán que tiene cargo de dar vueltas a los asadores y fregar los cazos?»

—Doncella —dijo Beaumains—, decid lo que queráis; no me iré de vos por mucho que digáis, pues he prometido al rey Arturo acabar vuestra aventura, y he de llevarla a término, o morir en ella.

¡Malhayas tú, pícaro de cocina! ¿Quieres acabar mi aventura? Presto te encontrará alguien a quien no querrías haber visto ni por todo el caldo que cenaste en tu vida en cuanto le hayas mirado la cara.

—Probaré eso —dijo Beaumains.

Y cuando entraron en el bosque, vieron venir un hombre, huyendo todo lo aprisa que podía.

—¿Adónde vas? —dijo Beaumains.

¡Oh, señor —dijo—, ayudadme, pues aquí cerca en un claro hay seis ladrones que han prendido a mi señor, lo han atado y temo que lo quieran matar!

—Llévame allá —dijo Beaumains.

Y cabalgaron juntos hasta que llegaron adonde estaba atado el caballero; fue entonces sobre ellos, hirió mortalmente a uno, después a otro, y del tercer tajo mató a un tercero, huyendo los otros tres. Y cabalgó tras ellos y los alcanzó; entonces se volvieron los tres ladrones, y asaltaron sañudamente a Beaumains; pero a la postre los mató, volvió, y desató al caballero. Se lo agradeció éste, y le rogó que cabalgase con él a su castillo, a poco trecho de allí, donde le recompensaría honrosamente su buena acción.

—Señor —dijo Beaumains—, no quiero tener ninguna recompensa. Este día he sido hecho caballero del noble sir Lanzarote y, por ende, no quiero tener ninguna recompensa, sino la que Dios me dé. Y también debo seguir a esta doncella.

Y cuando llegó junto a ella, ésta le dijo que se fuese de su lado: «Pues hueles todo a cocina. ¿Crees acaso que tengo alegría de ti? Todo eso no lo has hecho sino por tu desventura; pero ya tendrás una visión que te hará volver, y eso con presteza.»

Entonces el mismo caballero que había sido rescatado de los ladrones fue tras la doncella, y le rogó que se aposentase con él toda esa noche. Y como era cerca de la noche, la doncella cabalgó con él a su castillo, y allí tuvieron buena acogida; y en la cena, el caballero sentó a sir Beaumains delante de la doncella.

—¡Qué vergüenza, señor caballero! —dijo ella—; sois descortés al poner a un paje de cocina delante de mí; mejor se le acuerda degollar un puerco que estar sentado ante una doncella de alto linaje.

Entonces el caballero se avergonzó de estas palabras, levantó a sir Beaumains, lo puso en una mesa apartada, y se sentó delante de él; y toda esa noche holgaron y tuvieron alegre descanso.

CAPÍTULO 6

Cómo luchó Beaumains con dos caballeros, y los mató, en un paso

Y por la mañana se despidieron la doncella y él, dieron las gracias al caballero, partieron, y siguieron camino hasta que llegaron a una gran floresta. Y había allí un gran río con un solo paso, y dos caballeros en la otra parte para vedarles el paso.

—¿Qué dices tú? —dijo la doncella—, ¿vas a desafiar a esos caballeros, o a volverte otra vez?

—No —dijo sir Beaumains—; no me volveré, así fuesen seis más.

Y seguidamente se lanzó al agua; y en medio del agua quebraron las lanzas hasta sus manos el uno sobre el otro, y entonces sacaron las espadas, y se hirieron con gana. Y a la postre Beaumains dio al otro tal golpe encima del yelmo que le atronó la cabeza, con lo que cayó al agua, y allí se ahogó. Espoleó entonces a su caballo y salió a tierra, donde cayó sobre él, el otro caballero; quebró su lanza, y sacaron las espadas y lucharon mucho rato. A la postre sir Beaumains le hendió el yelmo y la cabeza hasta los hombros; y seguidamente fue a la doncella, y le rogó que siguiese su camino.

¡Ay —dijo ella—, que un paje de cocina haya tenido la fortuna de destruir a tan valerosos caballeros! Pero ¿crees que lo has hecho esforzadamente? Pues no es así; pues en el caso del primer caballero, tropezó su caballo, y se ahogó en el agua, y no fue por tu fuerza, ni por tu poder. En cuanto al otro, fuiste desdichadamente tras él y lo mataste en mala lid.

—Doncella —dijo Beaumains—, podéis decir cuanto queráis, pero con quienquiera que tenga que haberlas, confío en Dios servirlo antes que nos partamos. Y por ende ninguna cuenta hago de lo que digáis, con tal que pueda ganar a vuestra señora.

¡Malhayas, sucio sirviente de cocina! Ya verás caballeros que abatirán tu soberbia.

—Gentil doncella, dadme amable lenguaje y entonces acabarán mis cuidados, pues cualesquiera que sean los caballeros, ni les temo ni me inquietan.

—También lo digo en tu provecho —dijo ella—, que puedas volverte con tu honra; pues si me sigues morirás; pues veo que todo lo que haces no es sino por desventura, y no por proeza de tus manos.

—Bien está, doncella; podéis decir cuanto queráis; pero allí donde vayáis, yo os seguiré.

Y cabalgó Beaumains con esta dama hasta hora de vísperas, y no cesaba ella de regañarle sin descanso. Y llegaron a una negra landa, y había en ella un espino negro, del que colgaba una bandera negra, y en el otro lado un escudo negro; y junto a él había de pie una lanza negra, gruesa y larga, y un gran caballo negro cubierto de seda, y cerca una piedra negra.

CAPÍTULO 7

Cómo Beaumains luchó con el Caballero de las Negras Landas, y luchó con él hasta que cayó y murió

Y había allí sentado un caballero todo armado con negro arnés, cuyo nombre era el Caballero de las Negras Landas. Entonces la doncella, cuando vio a aquel caballero, pidió a Beaumains que huyese por aquel valle, ya que no tenía el caballo ensillado.

—Muchas gracias —dijo Beaumains—; pero siempre me tendríais por un cobarde.

En eso el Caballero Negro, cuando ella se acercó, habló y dijo: «Doncella, ¿habéis traído a este caballero del rey Arturo para que sea vuestro campeón?»

—No, gentil caballero —dijo ella—; éste no es sino un pícaro mantenido de limosna en la cocina del rey Arturo.

—¿Por qué viene con ese atavío? —dijo el caballero—. Es vergüenza que vaya en vuestra compañía.

—Señor, no puedo librarme de él —dijo ella—, pues conmigo cabalga a mi pesar. Plegué a Dios que lo apartéis de mí, o lo matéis si podéis, ya que es un pícaro desdichado, y desdichadamente ha hecho este día; pues le he visto matar dos caballeros en el paso del agua, y otros hechos antes, maravillosos y por desdicha.

—Me maravilla —dijo el Caballero Negro— que haya ningún hombre de merecimiento que quiera haberlas con él.

—No le conocían —dijo la doncella—; y por cabalgar conmigo, creen que es hombre de noble nacimiento.

—Bien puede ser —dijo el Caballero Negro—; porque aunque decís que no es hombre de merecimiento, muy gallarda es su persona, y parece hombre fuerte. Pero esto sólo os otorgaré —dijo el caballero—: lo pondré a pie, y dejará su caballo y su arnés conmigo, pues sería vergüenza para mí hacerle más daño.

Cuando sir Beaumains le oyó decir así, dijo: «Señor caballero, eres demasiado generoso con mi caballo y mi arnés; te hago saber que no los tendrás por nada, y te guste o no, cruzaré esta landa a tu pesar. Y no tendrás de mí caballo ni arnés, a menos que los ganes con tus manos; y por ende veamos qué puedes hacer.»

—¿Eso dices? —dijo el Caballero Negro—. Deja a tu señora libre de ti, pues no se acuerda con un sirviente de cocina cabalgar con tal dama.

—¡Mientes! —dijo Beaumains—; soy nacido gentilhombre, y de linaje más alto que el tuyo, cosa que voy a probar sobre tu cuerpo.

Entonces con gran ira se partieron con sus caballos, y se juntaron como el trueno: y quebró su lanza el Caballero Negro, y Beaumains le atravesó ambos

costados, con lo que se quebró su lanza, y le quedó el trozo en el costado. Sin embargo, el Caballero Negro sacó su espada, y descargó muchos ansiosos golpes, y de gran fuerza, e hirió muy gravemente a Beaumains. Pero a la postre el Caballero Negro, al cabo de hora y media, cayó desvanecido del caballo, y allí murió.

Entonces Beaumains, viéndole tan buen arnés y caballo, se apeó, se armó con su armadura, tomó su caballo y fue en pos de la doncella.

Cuando ésta le vio acercarse, dijo: «¡Apártate pícaro de cocina, del viento, pues me ofende el olor de tus ropas sucias! ¡Ay —dijo—, que un pícaro semejante haya matado por desdicha a tan buen caballero, como has hecho tú! Pero todo será para tu desventura. Aquí cerca hay uno que te hará pagar todo lo que debes; y por ende te aconsejo que huyas.»

—Puede acontecer —dijo Beaumains— que me venzan o me maten; pero os prevengo, gentil doncella, que no huiré, ni dejaré vuestra compañía por mucho que podáis decir; pues siempre estáis diciendo que voy a morir o a ser vencido y comoquiera que sea, soy yo quien sale sin daño, y ellos quedan tendidos en el suelo. Y por ende, mejor haríais en dejar de reprocharme todo el día, pues no me iré hasta ver el fin de esta jornada, o me maten, o sea vencido verdaderamente; por ende seguid vuestro camino, que yo os seguiré suceda lo que suceda.

CAPÍTULO 8

Cómo el hermano del caballero que fue muerto se encontró con Beaumains, y luchó con Beaumains, hasta que se rindió a él

Cabalgaban, pues, juntos, cuando vieron venir hacia ellos un caballero todo de verde, su caballo y su arnés; y al llegar cerca de la doncella, preguntó a ésta: «¿Es a mi hermano el Caballero Negro el que traéis con vos?»

—No, no —dijo ella—; que este desdichado pícaro de cocina ha matado a vuestro hermano por desventura.

—¡Ay —dijo el Caballero Verde—, ésa es gran lástima, que un caballero tan noble como él era haya sido muerto por desventura, y más por mano de un pícaro, como vos decís que es! ¡Ah, traidor —dijo el Caballero Verde—, morirás por haber matado a mi hermano! Muy noble caballero era, y se llamaba sir Percard.

—¡Yo te desafío! —dijo Beaumains—; pues te hago saber que lo maté caballerescamente y no de manera vergonzosa.

Seguidamente fue el Caballero Verde a un cuerno, que era verde y colgaba de un espino, tocó tres sones mortales, acudieron luego dos doncellas y le armaron con diligencia. Y entonces tomó un gran caballo, un escudo verde y una lanza verde.

Entonces corrieron contra sí con todas sus fuerzas y quebraron las lanzas hasta sus manos. Sacaron las espadas, y se dieron muchos recios golpes, hiriéndose muy gravemente uno al otro. Y a la postre Beaumains, arremetiendo de través con su caballo, golpeó al del Caballero Verde de costado, de manera que cayó a tierra. Entonces el Caballero Verde dejó el caballo con diligencia y se puso de pie. Vio esto Beaumains, se apeó luego, y se acometieron como dos poderosos guerreros mucho rato; y ambos sangraban gravemente.

En eso se acercó la doncella y dijo: «Mi señor Caballero Verde, ¿cómo es que tardáis tanto tiempo vergonzosamente con el pícaro de cocina? ¡Ay, es vergüenza que os hayan hecho caballero, para ver a un truhán vencer a tal caballero, como yerba que crece por encima del trigo!»

A esto se avergonzó el Caballero Verde, descargó un poderoso golpe, y le rajó el escudo de arriba abajo. Cuando Beaumains vio su escudo partido en dos, se sintió un poco corrido de aquel golpe, y de la habla de ella; y le dio entonces tal revés encima del yelmo que lo hizo caer de rodillas. Y súbitamente Beaumains lo tiró al suelo de bruces. Entonces el Caballero Verde pidió merced, se rindió a Beaumains y le suplicó que no lo matase.

—Todo es en vano —dijo Beaumains—; pues vas a morir, a menos que esta doncella que viene conmigo me suplique que te salve la vida —y seguidamente le desenlazó el yelmo como para matarlo.

—¡Malhayas tú, falso sirviente de cocina! ¡Jamás te rogaré que le salves la vida, pues nunca estaré en deuda contigo!

—Entonces morirá —dijo Beaumains.

—¡No seas tan osado, sucio pícaro —dijo la doncella—, de matarlo!

—¡Ay —dijo el Caballero Verde—, no consintáis que muera, si una palabra graciosa me puede salvar! Gentil caballero —dijo el Caballero Verde—, salva mi vida, y yo te perdonaré la muerte de mi hermano, y me convertiré para siempre en vasallo tuyo, y treinta caballeros que tengo harán siempre tu servicio.

—¡En nombre del diablo! —dijo la doncella—; ¡que este sucio pícaro de cocina haya de tener tu servicio y de treinta caballeros!

—Señor caballero —dijo Beaumains—, nada de todo eso te aprovechará, a menos que mi doncella hable conmigo en favor de tu vida —y seguidamente

hizo además de matarlo.

—Déjalo —dijo la doncella—, sucio pícaro. No lo mates; pues si lo haces te arrepentirás.

—Doncella —dijo Beaumains—, vuestro cargo es para mí un placer, y por vuestro mandamiento será salvada su vida, y no de otra manera —y dijo después—: Señor caballero de las verdes armas, te dejo libre a requerimiento de esta doncella, pues ya que no quiero hacerla enojar, cumpliré cuanto ella me encarga.

Y entonces hincó una rodilla el Caballero Verde y le rindió homenaje con su espada.

Entonces dijo la doncella: «Mucho me pesa, Caballero Verde, vuestro daño, y la muerte de vuestro hermano el Caballero Negro, pues gran menester tenía de vuestra ayuda, ya que temo mucho pasar esta floresta.»

—No, no tengáis ningún temor —dijo el Caballero Verde—; pues os aposentaréis conmigo esta noche, y mañana yo os ayudaré a atravesar la floresta.

Tomaron, pues, sus caballos y cabalgaron a su morada, que estaba allí cerca.

CAPÍTULO 9

Cómo la doncella no cesaba de reprochar a Beaumains, y no le consintió sentarse a su mesa, sino le llamó mancebo de cocina

Y no cesaba la doncella de reprochar a Beaumains, ni le consintió sentarse a su mesa, sino que el Caballero Verde lo llevó y lo sentó a una mesa apartada.

—Maravíllame —dijo el Caballero Verde a la doncella— que reprochéis a este noble caballero como hacéis, pues os prevengo, doncella, que es muy noble caballero, y no conozco ningún caballero que sea capaz de vencerle; por ende, muy mal hacéis en reprocharle, ya que os hará muy buen servicio; pues comoquiera que llegue a ser, probaré a la postre que viene de noble sangre y de linaje real.

—¡Callad, callad! —dijo la doncella—; es vergüenza que digáis tal honra de él.

—En verdad —dijo el Caballero Verde—, sería vergüenza por mi parte decir de él nada deshonroso, pues ha probado ser mejor que yo; y aunque me he encontrado con muchos nobles caballeros en mis días, ninguno he hallado

hasta ahora que le pueda vencer.

Y fueron esa noche a descansar, y el Caballero Verde mandó privadamente que treinta caballeros guardasen a Beaumains para guardarlo de toda traición.

Y por la mañana se levantaron todos, oyeron su misa y quebraron su ayuno; tomaron después sus caballos, y siguieron su camino, y el Caballero Verde los guio a través de la floresta; y dijo allí el Caballero Verde: «Mi señor Beaumains, yo y estos treinta caballeros estaremos siempre prestos a vuestra llamada, ya sea temprano o tarde, e iremos adonde nos queráis enviar.»

—Bien dicho esté —dijo Beaumains—: cuando yo os llame, deberéis ir a rendiros al rey Arturo, y todos vuestros caballeros.

—Si así nos lo mandáis, estaremos apercebidos en todo momento —dijo el Caballero Verde.

—¡Malhayas, malhayas tú, en nombre del diablo! —dijo la doncella—; ¡que tan buenos caballeros hayan de ser obedientes a un pícaro de cocina!

Y entonces se partieron el Caballero Verde y la doncella, y dijo ésta a Beaumains:

—¿Por qué me sigues, mancebo de cocina? Arroja tu escudo y tu lanza, y huye de aquí; a tiempo te lo aconsejo, o muy presto dirás: «¡Ay de mí!»

Pues aunque fueses tan recio como Wade, Lanzarote, Tristán, o el buen caballero sir Lamorak, no pasarás un paso que aquí llaman Pas Perilous.

—Doncella —dijo Beaumains—, que huya el que tenga miedo; pues sería vergüenza volverme cuando he hecho tanto camino con vos.

—Bien —dijo la doncella—; no tardarás en hacerlo, quieras o no.

CAPÍTULO 10

Cómo el tercer hermano, llamado el Caballero Bermejo, justó y luchó contra Beaumains, y cómo lo venció Beaumains

Al poco rato vieron una torre blanca como la nieve, bien guarnecida de matacanes, y doblemente fosada. Y sobre la puerta de la torre colgaban cincuenta escudos de diversos colores, y a su pie había un hermoso prado. Y en él se veían muchos caballeros y escuderos, cadalsos y pabellones, pues al otro día de mañana iba a haber allí un gran torneo. Y estaba el señor de la torre en su castillo, mirando desde una ventana, cuando vio venir una doncella, un enano y un caballero armado en todos puntos.

—Así Dios me ayude —dijo el señor—; con ese caballero quiero justar, pues veo que es un caballero andante.

Y se armó y encabalgó con gran prisa. Cuando estuvo a caballo, con su escudo y su lanza, fue todo bermejo, arnés, caballo, y cuanto a él pertenecía. Y cuando estuvo cerca de él creyó que era su hermano el Caballero Negro; y entonces alzó la voz y dijo: «Hermano, ¿qué hacéis en estas marcas?»

—No, no —dijo la doncella—, que no es él; éste no es sino un pícaro de cocina, mantenido de limosna en la corte del rey Arturo.

—De todas maneras —dijo el Caballero Bermejo—, quiero hablar con él antes que parta.

—¡Ah! —dijo la doncella—, este pícaro ha matado a tu hermano, y sir Kay le llamó Beaumains; y este caballo y este arnés eran de tu hermano, el Caballero Negro. También he visto a tu hermano el Caballero Verde vencido de sus manos. Pero ahora podrás vengarte de él, ya que nunca puedo verme libre de él.

En esto se apartaron los dos caballeros, se juntaron con toda su fuerza, y ambos cayeron de sus caballos a tierra. Evitaron entonces sus caballos, se pusieron los escudos delante, sacaron las espadas, y comenzaron a darse graves golpes, ora aquí, ora allá, acosando, tirando tajos y estocadas, y arremetiéndose como dos jabalíes, el espacio de dos horas.

Entonces la doncella dijo a voces al Caballero Bermejo: «¡Ay, noble Caballero Bermejo, piensa en la honra que te ha seguido! No dejes que un pícaro de cocina te dure tanto como te está durando.»

Entonces se enojó el Caballero Bermejo, dobló sus golpes, e hirió muy gravemente a Beaumains, cuya sangre caía abundante por el suelo, de manera que era prodigio ver tan fuerte batalla. Pero a la postre sir Beaumains lo derribó a tierra; y cuando fue a dar muerte al Caballero Bermejo, éste suplicó merced, diciendo: «Noble caballero, no me mates, y me otorgaré a ti con cincuenta caballeros que tengo a mi mandamiento. Y te perdono todo el despecho que me has hecho, y la muerte de mi hermano el Caballero Negro.»

—De nada aprovecha todo esto —dijo Beaumains—, a menos que mi doncella me suplique que salve tu vida —y seguidamente hizo de ir a cortarle la cabeza.

—Déjale, Beaumains, y no lo mates, pues es un noble caballero; no seas tan osado por tu cabeza, sino sálvale.

Entonces Beaumains dijo al Caballero Bermejo: «Levanta, y agradece a esta doncella tu vida.»

Entonces el Caballero Bermejo le rogó que visitase su castillo, y pasase allí

la noche. Consintió también la doncella, y tuvieron allí alegre acogida. Pero no cesaba la doncella de decir muchas palabras injuriosas a Beaumains, de lo que estaba muy maravillado el Caballero Bermejo; y toda esa noche hizo el Caballero Bermejo que sesenta caballeros guardasen a Beaumains, para que no recibiese ninguna afrenta ni villanía.

Por la mañana oyeron misa, comieron, y vino el Caballero Bermejo ante Beaumains con sus sesenta caballeros, y allí le ofreció su homenaje y lealtad en todo tiempo, y hacerle servicio él y sus caballeros.

—Os lo agradezco —dijo Beaumains—; pero esto sólo me otorgaréis: cuando yo os llame, iréis a mi señor el rey Arturo, y os daréis a él para ser caballeros suyos.

—Señor —dijo el Caballero Bermejo—, presto estaré, y mi compañía, a vuestra llamada.

Partieron, pues, sir Beaumains y la doncella, y siguió ésta regañándole, mientras cabalgaba, de la manera más injusta.

CAPÍTULO 11

Cómo soportó sir Beaumains grandes reproches de la doncella, y los soportó pacientemente

—Doncella —dijo Beaumains—, sois descortés al reprocharme como hacéis, pues creo que os he hecho buen servicio, y no cesáis de amenazar que seré vencido por los caballeros con que me encuentro, aunque siempre, pese a toda vuestra presunción, son ellos los que quedan en el polvo o en el barro, y por ende os ruego que no me reprochéis más; y cuando me veáis vencido o rendido como menguado, entonces podéis mandarme que me aparte vergonzosamente de vos; pero os hago saber que antes no me partiré de vos, pues sería peor que necio si me partiese de vos cuando todo este tiempo gano honor.

—Bien —dijo ella—; muy presto habrá un caballero que te dará todos tus pagos, pues es el hombre de más merecimiento en el mundo, excepto el rey Arturo.

—Mucho lo deseo —dijo Beaumains—; cuanto más de honor sea, mayor será el mío de entender con él.

Y a poco advirtieron dónde tenían ante ellos una ciudad rica y hermosa. Y entre ellos y la ciudad, en Una milla y media, un hermoso prado que parecía recién segado, y en él muchos pabellones muy hermosos de ver.

—Mira —dijo la doncella—, allá está un señor que es dueño de aquella ciudad; y es su costumbre, cuando el tiempo es bueno, morar en este prado para justar y tornear. Y siempre tiene con él quinientos caballeros y gentileshombres de armas; y hay todas maneras de juegos que un gentilhombre puede concebir.

—Mucho me placería —dijo Beaumains— ver a ese gallardo señor.

—Sobradamente lo vas a ver —dijo la doncella, y al llegar más cerca vio el pabellón donde él estaba—. Mira —dijo—, ¿ves aquel pabellón que es de color índigo? —y todas maneras de cosas que había en derredor, hombres y mujeres, caballos enjaezados, escudos y lanzas, eran del color índigo—. Se llama sir Persant de la India, y es el más altivo caballero que hayas visto nunca.

—Bien puede ser —dijo Beaumains—, pero por si no fuese tan recio caballero, en este campo quedaré hasta que lo vea bajo su escudo.

—¡Ah, loco! —dijo ella—, mejor harías en huir a tiempo.

—¿Por qué? —dijo Beaumains—, si es tal como le hacéis, no vendrá sobre mí con todos sus hombres, o con sus quinientos caballeros. Y si vienen de a uno, no les falleceré mientras dure mi vida.

—¡Es vergüenza —dijo la doncella— que un maloliente pícaro hable con tamaña soberbia!

—Doncella —dijo él—, hacéis mal en reprocharme, pues antes quisiera hacer cinco batallas que ser reprochado de esa manera; dejad que venga y haga luego lo que quiera.

—Señor —dijo ella—, maravillame quién eres, y de qué linaje vienes; osadamente hablas, y osadamente has hecho, como he visto; por ende te ruego que te salves si puedes, pues mucho trabajo habéis tenido tú y tu caballo, y temo que tardemos demasiado en llegar al cerco, aunque está sólo a siete millas de aquí, y hemos pasado todos los pasos peligrosos, salvo éste; y aquí temo mucho que recibas algún daño; por ende no quisiera que fueseis magullado ni herido con este fuerte caballero. Pero os hago saber que este sir Persant de la India no tiene fuerza ni poder comparado con el caballero que ha puesto cerco a mi señora.

—En cuanto a esto —dijo sir Beaumains—, que sea como quiera. Pues ya que he llegado tan cerca de ese caballero quiero probar su fuerza antes de partirme de él; pues caería en vergüenza si ahora me retrajese de él. Y por ende, doncella, no tengáis duda que por la gracia de Dios entenderé con este caballero de tal suerte que dos horas después del mediodía me habré librado de él. Y llegaremos al cerco con día claro.

—¡Ah, Jesús!, maravillame —dijo la doncella— qué manera de hombre sois, pues no puede ser, sino que venís de noble sangre, pues jamás una mujer ha tratado a un caballero tan injusta y vergonzosamente como yo a vos, y siempre cortésmente me habéis soportado, y eso no puede venir sino de sangre gentil.

—Doncella —dijo Beaumains—, poco puede hacer un caballero, si no es capaz de soportar a una doncella, pues por mucho que hayáis dicho, ninguna cuenta hice de vuestras palabras, pues cuanto más decíais más me enfurecíais, y descargaba mi ira sobre aquellos con quienes las había. Y por ende todas vuestras injurias me animaban en mi batalla, y hacían que pensase en mostrarme y probarme a la postre quién era; pues si bien he comido en la cocina del rey Arturo, podía haber tenido sobra de comida en otros lugares; pero todo eso lo hice para probar y certificar a mis amigos; pero ya se conocerá eso otro día; y en cuanto a si soy de noble nacimiento o no, os hago saber, hermosa doncella, que os he rendido servicio de gentilhombre y que puede que aún os lo rinda mejor antes que me parta de vos.

—¡Ay! —dijo ella—, gentil Beaumains, perdonad todo el mal que he dicho o hecho contra vos.

—De todo corazón —dijo él—, os lo perdono, pues no hicisteis sino lo que debíais, ya que todas vuestras palabras me placieron; doncella —dijo Beaumains—, ya que queréis ser gentil conmigo, sabed que mucho alegra eso mi corazón; y ahora creo que no hay caballero vivo para el que no pueda ser yo harto capaz.

CAPÍTULO 12

Cómo Beaumains luchó con sir Persant de la India y le hizo rendirse

A todo esto sir Persant de la India los había visto mientras estaban detenidos en el campo, y caballerescamente les envió preguntar si venían en paz o en guerra.

—Di a tu señor —dijo Beaumains—, que es igual para mí, sino será como él mismo quiera.

Y volvió el mensajero a sir Persant y le dijo toda su respuesta.

—Bien, entonces las habré con él a todo trance —y se proveyó y cabalgó contra él.

Le vio Beaumains, se apercibió, y allí se encontraron con todo lo que sus caballos podían correr, y quebraron sus lanzas en tres trozos, y sus caballos se

embistieron con tal fuerza que cayeron ambos muertos a tierra; dejaron ellos con ligereza sus caballos, y se pusieron delante los escudos, sacaron las espadas, y se dieron muchos grandes golpes, arremetiéndose a veces de manera que caían de bruces al suelo. Así lucharon dos horas y más, de manera que tenían los escudos y las cotas muy tajados, y ellos heridos en muchos sitios.

Y a la postre sir Beaumains le atravesó con un golpe el costado del cuerpo, y después se retrajo de aquí para allá, y mantuvo su batalla caballerescamente mucho tiempo. Y a la postre, aunque le sabía mal, hirió Beaumains a sir Persant encima del yelmo, de manera que cayó de bruces a tierra; entonces saltó sobre él de través y le desenlazó el yelmo para matarlo. Entonces sir Persant se rindió a él y le pidió merced. En eso vino la doncella y le rogó que le salvase la vida.

—De grado lo haré, pues sería lástima que este noble caballero muriese.

—Muchas gracias —dijo sir Persant—, gentil caballero y doncella. Pues ciertamente sé bien ahora que fuisteis vos quien matasteis a mi hermano el Caballero Negro en el negro espino; era muy noble caballero, y se llamaba sir Percard. También soy cierto que sois el que venció a mi otro hermano el Caballero Verde, de nombre sir Pertolepe. Y también vencisteis a mi hermano el Caballero Bermejo, sir Perimones. Y ya que los habéis vencido, esto haré por daros placer: tendréis pleito homenaje de mí, y cien caballeros estarán siempre a vuestro mandamiento, para ir a cabalgar adonde vos queráis mandarnos.

Y fueron al pabellón de sir Persant y bebieron vino, y comieron especias, y después sir Persant le hizo descansar sobre un lecho hasta la hora de cenar, y después de cenar acostarse otra vez. Cuando Beaumains estuvo acostado, sir Persant tenía una dama, una hermosa hija de dieciocho años de edad, y la llamó, y le mandó y encomendó por su bendición que fuese al lecho del caballero, «y yaced con él, y no le hagáis extraña muestra, sino buena muestra, y tomadle en vuestros brazos y besadle; y ved de hacerlo, así, os doy cargo, si queréis mi amor y mi buena voluntad».

Hizo la hija de sir Persant como su padre le mandaba, fue al lecho de sir Beaumains, se desvistió calladamente, y se acostó a su lado; y entonces despertó él, la vio, y le preguntó quién era.

—Señor —dijo—, soy la hija de sir Persant, que por mandamiento de mi padre he venido aquí.

—¿Sois doncella o esposa? —dijo él.

—Señor —dijo ella—, soy doncella pura.

—Dios defienda —dijo él— que yo os mancille, y haga tal afrenta a sir Persant; por ende, gentil doncella, levantaos de esta cama, o habré de hacerlo yo.

—Señor —dijo ella—, no he venido a vos por mi propia voluntad, sino porque fui mandada.

—¡Ay! —dijo sir Beaumains—, vergonzoso caballero sería yo si hiciese a vuestro padre deshonra ninguna —y la besó, partió ella, fue a sir Persant, y le contó todo como había acaecido.

—En verdad —dijo sir Persant—, quienquiera que sea, viene de noble sangre.

Y así los dejamos nosotros hasta el otro día de mañana.

CAPÍTULO 13

De la graciosa comunicación entre sir Persant y Beaumains, y cómo le dijo que su nombre era sir Gareth

Y por la mañana la doncella y sir Beaumains oyeron misa, quebraron su ayuno y se despidieron.

—Gentil doncella —dijo Persant—, ¿adónde lleváis a este caballero?

—Señor —dijo—, este caballero va al cerco que han puesto a mi hermana en el Castillo Peligroso.

—¡Ah! —dijo Persant—, ése es el Caballero de la Landa Bermeja, el cual es el caballero más peligroso que yo conozco vivo, y hombre sin merced, y dicen que tiene la fuerza de siete hombres. Dios os salve —dijo a Beaumains— de tal caballero, pues gran quebranto hace a esa dama, y es gran lástima, pues es una de las damas más hermosas del mundo, y creo que vuestra doncella es su hermana; ¿no es vuestro nombre Lynet? —dijo.

—Sí, señor —dijo ella—, y el nombre de mi señora hermana es doña Lyonesse.

—Pues os diré —dijo sir Persant— que este Caballero Bermejo de las Landas Bermejas hace mucho que tiene puesto el cerco, casi dos años, y muchas veces podía haberla tenido si hubiese querido; pero prolonga el cerco con esta intención: forzar a sir Lanzarote del Lago a hacer batalla con él, o a sir Tristán, o a sir Lamorak de Gales, o a sir Gawain; y por esto tarda tanto en el cerco.

—Ahora, mi señor sir Persant de la India —dijo la doncella Lynet—, os requiero para que hagáis caballero a este gentilhombre, antes que luche con el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas.

—De todo corazón lo haré —dijo sir Persant—, si a él place tomar la orden de caballería de hombre tan modesto como yo.

—Señor —dijo Beaumains—, os agradezco vuestra buena voluntad, pues he tenido mejor fortuna, pues ciertamente me ha hecho caballero el noble caballero sir Lanzarote.

—¡Ah! —dijo sir Persant—, no habríais podido ser hecho caballero de caballero más renombrado; pues de todos los caballeros puede ser llamado capitán de la caballería; y todo el mundo dice que entre tres caballeros se reparte claramente la caballería, que son Lanzarote del Lago, sir Tristán de Lionís, y sir Lamorak de Gales; éstos tienen ahora el renombre. Hay muchos otros caballeros, como sir Palomides el Sarraceno y su hermano sir Safer; también sir Bleoberis y su hermano sir Blamor de Ganis; también sir Bors de Ganis y sir Héctor de Maris y sir Perceval de Gales; éstos y muchos más son nobles caballeros; pero ninguno hay que sobrepuje a los tres sobredichos; por ende que Dios os valga bien —dijo sir Persant—, pues si podéis vencer al Caballero Bermejo de las Landas Bermejas seréis llamado el cuarto del mundo.

—Señor —dijo Beaumains—, mucho me placería ser de buena fama y caballería. Y os hago saber que vengo de hombres buenos, pues oso decir que mi padre era hombre noble, y con tal que me guardéis secreto, y esta doncella, os diré de qué linaje soy.

—No os descubriremos —dijeron los dos—, hasta que vos mandéis, por la fe que debemos a Dios.

—Pues en verdad —dijo él—, me llamo Gareth de Orkney, y el rey Lot fue mi padre, y mi madre es hermana del rey Arturo, y se llama doña Margawse; y sir Gawain es mi hermano, y sir Agravain y sir Gaheris; y soy el más joven de todos. Sin embargo, ni el rey Arturo ni sir Gawain saben quién soy.

CAPÍTULO 14

Cómo la dama sitiada tuvo nueva de su hermana, cómo había traído un caballero que luchase por ella, y qué batallas había acabado éste

Y dice el libro que la dama sitiada tuvo nueva de la llegada de su hermana por el enano, y un caballero con ella, y cómo había pasado todos los pasos

peligrosos.

—¿Qué manera de hombre es? —dijo la dama.

—Es en verdad un noble caballero, señora —dijo el enano—, y muy joven; pero es el hombre más gallardo que hayáis visto nunca.

—¿Quién es —dijo la dama—, y de qué linaje viene, y de quién fue hecho caballero?

—Señora —dijo el enano—, es hijo del rey de Orkney, pero no os diré su nombre en esta sazón; pero sabed bien que de sir Lanzarote fue hecho caballero, pues de ningún otro quiso ser hecho caballero; y sir Kay le llamó Beaumains.

—¿Cómo ha escapado —dijo la dama— de los hermanos de Persant?

—Señora —dijo—, como debe un noble caballero. Primero, mató a dos hermanos en el paso de un agua.

—¡Ah! —dijo ella—, eran buenos caballeros, pero eran matadores de hombres; el uno se llamaba Garard de Breuse, y el otro sir Arnold de Breuse.

—Entonces, señora, se encontró con el Caballero Negro, y lo mató en batalla clara, tomó su caballo y su armadura, y luchó con el Caballero Verde, lo venció en batalla clara, y de la misma guisa sirvió al Caballero Bermejo, y lo mismo después al Caballero Azul, y lo venció en batalla clara.

—Entonces —dijo la dama— ha vencido a sir Persant de la India, uno de los más nobles caballeros del mundo.

Y dijo el enano: «Ha vencido a los cuatro hermanos y matado al Caballero Negro, y aún hizo más antes: derrocó a sir Kay y lo dejó casi muerto en el suelo; también hizo una gran batalla con sir Lanzarote, y se despartieron con igual honra; y después sir Lanzarote lo hizo caballero.

—Enano —dijo la dama—, me alegro de estas nuevas; por ende ve a una ermita mía de aquí cerca, y lleva contigo de mi vino en dos redomas de plata, de dos galones, y también dos hornadas de pan, con carne asada de venado y aves exquisitas; y aquí te entrego una copa de oro, que es rica y preciosa; y lleva todo esto a mi ermita, y ponlo en manos del ermitaño. Y ve después a mi hermana y salúdala bien, y encomiéndame a ese gentil caballero, y ruégale que coma y beba y tome fuerza, y dile que le agradezco su cortesía y bondad, que haya querido tomar sobre sí tal esfuerzo por mí, que ninguna generosidad ni cortesía le hice nunca. Ruégale también que tenga buen corazón y ánimo, pues se ha de encontrar con muy noble caballero, aunque no tiene generosidad, gentileza ni cortesía; pues a nada atiende sino a matar, y ésa es la causa que no pueda alabarle ni amarle.

Partió, pues, este enano, vino a sir Persant, donde halló a la doncella Lynet y a sir Beaumains, y allí les dijo todo como habéis oído; entonces se despidieron, pero sir Persant tomó una hacanea ambladora, les condujo por su camino, y después los encomendó a Dios; y al poco rato llegaron a aquella ermita, y allí bebieron el vino, y comieron la carne de venado y las aves asadas.

Y cuando hubieron yantado bien, volvió el enano con su vasija al castillo otra vez; y allí topó con el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas que le preguntó de dónde venía, y dónde había estado.

—Señor —dijo el enano—, he estado con la hermana de mi señora de este castillo, que ha estado en la corte del rey Arturo y ha traído un caballero con ella.

—Entonces doy por perdido su trabajo; pues aunque hubiese traído con ella a sir Lanzarote, sir Tristán, sir Lamorak o sir Gawain, me tendría por sobradamente bueno para todos ellos.

—Bien puede ser —dijo el enano—, pero este caballero ha pasado todos los pasos peligrosos, y ha matado al Caballero Negro y a otros dos más, y ha vencido al Caballero Verde, el Caballero Bermejo y el Caballero Azul.

—Entonces es uno de esos cuatro caballeros que antes he nombrado.

—No es ninguno de éstos —dijo el enano—, aunque es hijo de rey.

—¿Cuál es su nombre? —dijo el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas.

—Eso no os lo diré —dijo el enano—, pero sir Kay por menosprecio le llamó Beaumains.

—No importa —dijo el caballero— qué caballero pueda ser; pues presto entenderé con él. Y si llego a vencerlo, tendrá una muerte vergonzosa como muchos otros han tenido.

—Lástima sería —dijo el enano—; y es una maravilla que hagáis tan vergonzosa guerra a nobles caballeros.

CAPÍTULO 15

Cómo la doncella y Beaumains llegaron al cerco, y fueron a un ciclamor, y allí Beaumains tocó un cuerno, y vino entonces el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas a luchar con él

Dejamos ahora al caballero y al enano, y hablamos de Beaumains, que toda la noche yació en la ermita; y por la mañana él y la doncella Lynet oyeron su misa y quebraron su ayuno. Tomaron después los caballos y atravesaron una hermosa floresta; y llegaron a un llano, y vieron dónde había muchos pabellones y tiendas, y un hermoso castillo, y que había mucho humo y gran ruido. Y cuando se aproximaron al cerco advirtió sir Beaumains, mientras cabalgaba, cómo había colgados por el cuello, de grandes árboles, muy hermosamente armados caballeros, y sus escudos alrededor del cuello, con sus espadas, y sus doradas espuelas en los talones, y que eran casi cuarenta los caballeros así afrentados, con muy ricas armas. Entonces se le abatió el continente a sir Beaumains, y dijo: «¿Qué significa esto?»

—Gentil señor —dijo la doncella—, no dejéis que desmaye vuestro ánimo por esta visión, pues debéis cobrar valor, o seréis deshonorado; pues todos estos caballeros vinieron a este cerco para rescatar a mi hermana doña Lyonesse, y el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas, después de vencerlos, les dio esta muerte vergonzosa sin merced ni piedad. Y de la misma guisa os servirá, a menos que salgáis mejor parado.

—Jesú me defienda —dijo Beaumains— de muerte tan infame y tal deshonra de armas. Pues antes que ser tratado así, quisiera morir como hombre en batalla clara.

—Mejor os sería —dijo la doncella—; pues no os fiéis: en él no hay cortesía, sino todo es muerte o crimen vergonzoso; lo que es lástima, pues es hombre muy gallardo, bien hecho de cuerpo, y muy noble caballero de proeza, y señor de grandes posesiones y tierras.

—En verdad —dijo Beaumains— que bien puede ser buen caballero; pero usa costumbres vergonzosas, y es maravilla que en tanto tiempo ninguno de los nobles caballeros de mi señor Arturo haya entendido con él.

Cabalgaron entonces hasta los fosos, y los vieron doblemente fosados, con recios muros de guerra; y allí estaban aposentados muchos grandes señores, cerca de los muros; y había gran bullicio de ministriles; y la mar batía un costado de los muros, donde había muchas naos y voces de marineros de «¡Ahé y hop!». Y había también allí cerca un ciclamor, y de él colgaba un cuerno, el más grande que habían visto nunca, de un hueso de elefante; y lo había colgado allí el Caballero de las Landas Bermejas, para que si venía por allí algún caballero andante, pudiese tañer aquel cuerno, y entonces se aprestaría él y acudiría a hacer batalla.

—Pero señor —dijo la doncella Lynet—, no toquéis el cuerno hasta que sea el medio día justo, pues es hora de prima, y ahora crece su poder y dicen que tiene la fuerza de siete hombres.

—¡Ah, qué vergüenza, gentil doncella, no me digáis nunca más así!; pues aunque fuese el mejor caballero de cuantos ha habido, no le falleceré en el momento de su mayor fuerza, pues quiero ganar honor honrosamente, o morir caballerescamente en el campo.

Y con eso dio espuelas a su caballo, fue derechamente al ciclamor, y tañó el cuerno con tal gana que resonó por todo el cerco y el castillo. Entonces salieron con presteza los caballeros de sus tiendas y pabellones y los del castillo se asomaron a lo alto de los muros y las ventanas.

Entonces el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas se armó con gran prisa, dos barones le pusieron las espuelas en los talones, y fue todo bermejo como la sangre, armadura, lanza y escudo. Y un conde le abrochó el yelmo sobre la cabeza, y entonces le trajeron una lanza bermeja y un bermejo corcel, y cabalgó a un pequeño valle al pie del castillo, de manera que todos los que estaban en el castillo y los del cerco pudiesen contemplar la batalla.

CAPÍTULO 16

Cómo se encontraron los dos caballeros, de sus razones, y cómo empezaron su batalla

—Señor —dijo la doncella Lynet a sir Beaumains—, ved de estar animoso y alegre pues allá está vuestro mortal enemigo, y en aquella ventana está mi señora hermana, doña Lyonesse.

—¿Dónde? —dijo Beaumains.

—Allá —dijo la doncella, y señaló con el dedo.

—Es verdad —dijo Beaumains—. Parece de lejos la más hermosa dama que jamás he visto; y ciertamente —dijo—, no pido mejor querrela ahora que hacer batalla, pues en verdad será mi dama, y por ella quiero luchar.

Y no paraba de mirar a la ventana con alegre continente. Y la señora Lyonesse le hizo reverencia hacia abajo, alzando ambos sus manos.

En eso el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas dijo en voz alta a sir Beaumains: «Te aconsejo, señor caballero, que dejes de mirar y te fijes en mí; pues te prevengo bien que es mi dama, y por ella he hecho muchas fuertes batallas.»

—Si así lo has hecho —dijo Beaumains—, no parece sino esfuerzo perdido, pues ella no ama a ninguno de tu compañía; y en cuanto a ti, amar a quien no te ama no es sino gran necedad. Pues entiendo que si no le alegrase

mi llegada, habría sido advertido antes de hacer batalla por ella. Pero entiendo por el cerco de este castillo que puede vedar tu compañía. Y por ende sabe bien, Caballero Bermejo de las Landas Bermejas, que la amo, y la rescataré, o moriré en ello.

—¿Eso dices? —dijo el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas—, parece que de razón debías ser avisado por aquellos caballeros que has visto colgados de aquellos árboles.

—¡Malhayas tú —dijo Beaumains—, por decir o hacer tanto mal, pues con eso te deshonoras a ti mismo, y a la caballería; y puedes estar cierto que no habrá dama que te ame, conociendo tus malvadas costumbres! Y ahora creías que la visión de estos caballeros colgados me espantaría. De cierto que no; esa visión deshonrosa me da más valor y osadía contra ti, más que si hubieseis sido caballero de buen gobierno.

—Apercíbete —dijo el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas—, y no me hables más.

Entonces sir Beaumains pidió a la doncella que se apartase de él; y se pusieron la lanza en el ristre, y se juntaron con toda la fuerza que tenían ambos, de manera que se dieron el uno al otro en medio del escudo, saltaron los petrales, sobrecinchas y baticolas, y cayeron a tierra ambos, con las correas de las bridas en las manos; y allí quedaron buen rato aturdidos, de manera que todos, los del castillo y los del cerco, creyeron que se habían quebrado el cuello.

Entonces muchos extraños y otros dijeron que el desconocido caballero era hombre recio, y noble justador, «pues nunca hasta ahora habíamos visto a ningún caballero igualar al Caballero Bermejo de las Landas Bermejas». Así decían dentro y fuera del castillo.

Entonces apartaron ligeramente sus caballos, se pusieron delante los escudos, sacaron las espadas, se acometieron como dos fieros leones, y se dieron el uno al otro tal golpe sobre el yelmo que ambos trastabillaron un par de pasos para atrás; se recobraron después, y se tajaron grandes pedazos de sus arneses y escudos, de manera que gran parte caía en el campo.

CAPÍTULO 17

Cómo después de larga lucha Beaumains venció al caballero y quiso matarlo, pero a requerimiento de los señores le salvó la vida, e hizo que se rindiese a la dama

Y así lucharon hasta pasado el mediodía, sin parar, hasta que a la postre les faltó el aliento; y entonces se quedaron vacilantes, resollando y resoplando y sin parar de sangrar, de manera que todos los que los observaban en su mayor parte lloraban de piedad. Y tras descansar un rato fueron a batallar otra vez, acosando, tajando, tirando estocadas como dos jabalíes. Y unas veces tomaban carrera como si fuesen carneros y se arremetían de suerte que a veces caían de bruces a tierra, y otras quedaban tan atonados que tomaban la espada del otro en lugar de la propia. Así siguieron hasta hora de vísperas, sin que ninguno de los que miraban pudiese saber quién podía ganar la batalla; y sus armaduras estaban tan tajadas que se podían ver sus costados desnudos; y estaban desnudos también en otras partes, aunque siempre defendían esas partes desnudas. Y el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas era experimentado caballero de guerra, y su experimentada lucha enseñó a sir Beaumains a ser avisado, aunque lo pagó muy caro antes de entender su lucha.

Y por acuerdo de ambos se otorgaron uno al otro descanso; y se sentaron sobre dos toperas que había cerca del lugar donde luchaban, se desenlazon yelmos, y se refrescaron; pues sus pajes estaban junto a ellos para acudir cuando fuesen llamados a desenlazarles el arnés, y ponérselo otra vez a su mandamiento.

Y cuando tuvo quitado el yelmo sir Beaumains, alzó los ojos hacia la ventana y vio allí a la hermosa dama doña Lyonesse; y le hizo ella tal muestra que el corazón se le llenó de alegría y contento; y seguidamente pidió al Caballero Bermejo de las Landas Bermejas que se aprestase, «y hagamos la batalla a ultranza».

—De buen grado —dijo el caballero.

Se enlazon entonces los yelmos, se apartaron sus pajes, fueron el uno para el otro, y lucharon refrescadamente; pero el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas le aguardó, y con un salto de través le dio un golpe en la mano que le tiró la espada; le dio otro revés encima del yelmo que lo derribó de bruces a tierra, y el Caballero Bermejo cayó sobre él, para retenerlo debajo.

Entonces dijo la doncella Lynet en voz alta: «¡Oh! señor Beaumains, ¿qué ha sido de tu valor? ¡Ay, que mi señora hermana te está mirando, y llora y solloza que me encoge el corazón!»

Cuando sir Beaumains le oyó decir esto, se levantó con gran fuerza y se puso de pie, saltó con ligereza sobre su espada, la asió en su mano, dobló su carrera hasta el Caballero Bermejo, y allí trabaron nueva batalla. Pero entonces sir Beaumains dobló sus golpes, y le dio tantos que le hizo soltar la espada de la mano; y seguidamente le descargó tal revés sobre el yelmo que lo tiró a tierra; se echó sobre él sir Beaumains, y le desenlazó el yelmo para matarlo; pero el otro se rindió a él y pidió merced, y dijo en voz alta: «¡Oh,

noble caballero, me rindo a tu merced!»

Entonces sir Beaumains pensó en los caballeros que había hecho colgar vergonzosamente, y dijo: «No puedo con mi honor perdonarte la vida, por la afrentosa muerte que has dado a muchos buenos caballeros.»

—Señor —dijo el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas—, tened vuestra mano y conoceréis por qué causa les he dado tan vergonzosa muerte.

—Habla —dijo Beaumains.

—Señor, yo amaba en otro tiempo a una dama, una hermosa doncella, a cuyo hermano hizo matar; y dijo que había sido sir Lanzarote del Lago, o sir Gawain; y me rogó, ya que la amaba encendidamente, que le hiciese promesa, por la fe de mi caballería, de trabajar diariamente en armas hasta encontrarme con uno de ellos; y que a todo el que pudiese vencer, darle una muerte deshonrosa; y ésta es la causa de haber dado muerte a todos estos caballeros, y confirmarle así que hacía toda villanía a los caballeros del rey Arturo, y que la vengaba en todos estos caballeros. Y, señor, ahora te digo que cada día mis fuerzas crecen hasta el mediodía, y en todo ese tiempo tengo la fuerza de siete hombres.

CAPÍTULO 18

Cómo el caballero se rindió a él, y cómo Beaumains le hizo ir a la corte del rey Arturo, y suplicar merced a sir Lanzarote

Entonces vinieron allí muchos condes, y barones, y nobles caballeros, y rogaron a aquel caballero que le salvase la vida, «y lo toméis prisionero». Y se hincaron todos de rodillas, y le suplicaron por merced que le salvase la vida; «y, señor —dijeron todos—, más acertado sería tomar de él pleito homenaje, y dejarle guardar vuestras tierras, que matarlo; con su muerte no tendréis ventaja ninguna, y las villanías que ha hecho no se pueden deshacer; y por ende hará reparación a todas las partes, y todos nosotros seremos hombres vuestros y os rendiremos pleito homenaje».

—Gentiles señores —dijo Beaumains—, sabed bien que mucho me disgusta matar a este caballero; sin embargo, ha obrado muy mal y afrentosamente; pero comoquiera que todo lo ha hecho a requerimiento de una dama, le culpo menos; y por vosotros dejaré que tenga su vida con esta condición: que entre en el castillo, y se otorgue a la dama, y si ella quiere perdonarle y dejarle libre, de buen grado consentiré, con tal que enmiende todos los delitos que ha hecho contra ella y sus tierras. Y también, cuando haya hecho esto, iréis a la corte del rey Arturo, y allí pediréis merced a sir

Lanzarote, y a sir Gawain, por la mala voluntad que habéis tenido contra ellos.

—Señor —dijo el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas—, todo esto haré como mandáis, y tendréis segura promesa y garantía.

Y cuando fueron dadas las garantías, hizo pleito homenaje, y todos aquellos condes y barones con él.

Entonces fue la doncella Lynet a sir Beaumains, lo desarmó, examinó sus llagas, y le restañó la sangre; y lo mismo hizo al Caballero Bermejo de las Landas Bermejas. Y allí permanecieron diez días en sus tiendas; y el Caballero Bermejo mandó a sus señores y servidores que hiciesen todo el placer que pudiesen a sir Beaumains.

Y al poco tiempo fue el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas al castillo, y se puso a la gracia de ella. Y ella lo recibió con suficiente garantía, de manera que todos sus daños fueron bien reparados, de los que ella se pudo quejar. Entonces partió él para la corte del rey Arturo, y allí abiertamente el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas se puso a merced de sir Lanzarote y de sir Gawain, y contó abiertamente cómo había sido vencido y por quién, y también todas las batallas de principio a fin.

—Jesú merced! —dijeron el rey Arturo y sir Gawain—; mucho nos maravilla de qué sangre viene, pues es un noble caballero.

—No tengáis maravilla —dijo sir Lanzarote—, pues presto sabréis bien que viene de muy noble sangre; y en cuanto a su fuerza y osadía, muy pocos viven ahora que sean tan fuertes como él, y tan nobles de proeza.

—Parece —dijo el rey Arturo— que sabéis su nombre, y de dónde viene y de qué sangre es.

—Así es —dijo Lanzarote—; o no le habría dado la orden de caballería; aunque me dio cargo en aquella sazón de no descubrirle hasta que él me lo requiera, o fuese conocido abiertamente por algún otro.

CAPÍTULO 19

Cómo Beaumains fue a la dama, y al llegar al castillo fueron cerradas las puertas ante él, y de las razones que le dijo la dama

Ahora volvemos a sir Beaumains, que deseó de Lynet poder ver a su hermana, su señora.

—Señor —dijo ella—, mucho me alegraría que la vieseis.

Entonces sir Beaumains se armó todo, tomó su caballo y su lanza, y cabalgó derecho al castillo. Y cuando llegó a la puerta, halló muchos hombres armados, y alzaron el puente y cerraron la puerta. Entonces se maravilló por qué no le consentían entrar.

Miró entonces a la ventana, y vio allí a la hermosa Lyonesse, la cual dijo en voz alta: «Ve tu camino, señor Beaumains, pues no tendrás enteramente mi amor hasta que seas llamado uno de los caballeros dignos. Por ende esfuérzate en ganar honra este año, y entonces oirás otras nuevas.»

—¡Ay, gentil señora! —dijo Beaumains—, no he merecido yo que me mostréis esta extrañeza; y me creía con derecho a tener buena acogida de vos; y en lo que he podido, he merecido agradecimiento, y bien cierto soy de haber comprado vuestro amor con parte de la mejor sangre que hay en mi cuerpo.

—Gentil y cortés caballero —dijo doña Lyonesse—, no toméis displacer ni prisa demasiada; pues sabed bien que ni vuestro gran trabajo ni vuestro buen amor se perderán, pues considero vuestro gran trabajo y esfuerzo, vuestra generosidad y bondad como debo hacer. Y por ende seguid vuestro camino, y ved de tener buen ánimo, pues todo será para honra vuestra, y para lo mejor; y así que se cumpla el año, si fiáis en mí, gentil caballero, os seré fiel, y jamás os haré traición, sino hasta que muera os amaré a vos y a ningún otro.

Y seguidamente se apartó de la ventana, y sir Beaumains se alejó del castillo, haciendo gran duelo, y cabalgó de aquí para allá sin saber adónde iba, hasta que fue noche oscura. Y acaeció entonces que llegó a la casa de un hombre pobre, y allí se recogió toda esa noche. Pero sir Beaumains no tuvo descanso ninguno; sino que daba vueltas y se retorció por amor a la dama del castillo.

Y al otro día tomó su caballo y cabalgó hasta hora de tercia, en que llegó a una ancha agua, cerca de la cual había una gran posada; se apeó para dormir, apoyó la cabeza sobre el escudo, y entregó su caballo al enano mandándole que velase toda la noche.

Volvemos ahora a la dama del mismo castillo, que pensaba mucho en Beaumains, y llamó entonces a sir Gringamore su hermano, y le rogó que en cualquier manera, por lo mucho que la amaba, fuese en pos de sir Beaumains: «Y acechadle hasta que le podáis hallar durmiendo, pues soy cierta que fatigado como va se apeará en algún lugar, y se echará a dormir; y por ende acechadle, y lo más encubiertamente que podáis, prended a su enano, y tomad vuestro camino con él lo más aprisa que podáis, antes que despierte sir Beaumains. Pues dice mi hermana Lynet que él puede decirnos de qué linaje viene, y cuál es su verdadero nombre. Y entre tanto yo y mi hermana iremos a vuestro castillo a esperar que traigáis al enano. Y cuando lo hayáis traído a vuestro castillo, yo misma lo interrogaré. Hasta que no sepa su verdadero

nombre, y de qué parentesco viene, no tendrá alegría mi corazón.»

—Hermana —dijo sir Gringamore—, todo esto haré según vuestros propósitos.

Y cabalgó todo el otro día y la noche, hasta que halló a sir Beaumains acostado junto a un agua, con la cabeza sobre su escudo, para dormir. Y cuando lo vio muy dormido, se llegó quedamente al enano por detrás, lo sujetó con fuerza debajo de su brazo, y huyó con él lo más aprisa que podía a su propio castillo. Y las armas de este sir Gringamore eran negras, y cuanto a él pertenecía. Pero mientras cabalgaba hacia su castillo con el enano, éste llamaba a voces a su señor, suplicándole que le ayudase. En eso despertó sir Beaumains, se levantó con ligereza, y vio dónde cabalgaba sir Gringamore con su enano, y se perdía de su vista.

CAPÍTULO 20

Cómo sir Beaumains fue detrás para rescatar a su enano, y entró en el castillo donde estaba

Entonces sir Beaumains se puso el yelmo en seguida, se abrochó el escudo, tomó el caballo, y fue tras él todo lo aprisa que podía cabalgar por marjales, campos y grandes valles, de manera que muchas veces su caballo se hundía hasta la cabeza en profundos lodazales, ya que no conocía el camino, sino tomaba en su ira la más derecha vía, al extremo que muchas veces estuvo a punto de perecer. A la postre, acertó a salir a un camino verde donde topó con un hombre pobre del país, al que saludó y preguntó si no se había cruzado con un caballero sobre un caballo negro, con arnés todo negro, y un pequeño enano sentado detrás con gran congoja.

—Señor —dijo el hombre pobre—, por aquí ha pasado tal caballero, sir Gringamore, con ese enano gimiendo como decís; y por ende os aconsejo que no le sigáis, pues es uno de los caballeros más peligrosos del mundo; y su castillo está a sólo dos millas de aquí; por ende os aconsejo que no vayáis tras de sir Gringamore, a menos que le debáis buena voluntad.

Y dejamos a sir Beaumains cabalgando hacia el castillo, y hablamos de sir Gringamore y el enano. Luego que estuvo el enano en el castillo, doña Lyonesse y su hermana doña Lynet preguntaron al enano dónde había nacido su amo, y de qué linaje venía. «Y a menos que me lo digas —dijo doña Lyonesse—, no escaparás de este castillo, sino quedarás aquí prisionero para siempre.»

—En cuanto a eso —dijo el enano—, no temo grandemente decir su

nombre, y de qué linaje viene. Sabed bien que es hijo de un rey, y que su madre es hermana del rey Arturo, y es hermano del buen caballero sir Gawain, y es su nombre sir Gareth de Orkney. Y ahora que os he dicho su verdadero nombre, os ruego, gentil señora, que me dejéis ir a mi señor otra vez, pues no saldrá de este país hasta que me tenga otra vez. Y si se enoja, puede hacer mucho daño antes de sosegarse y moveros contienda en este país.

—En cuanto a esa amenaza —dijo sir Gringamore—, comoquiera que sea, iremos a cenar.

Y se lavaron y fueron a cenar, y holgaron y se solazaron, y por estar allí señora Lyonesse del Castillo Peligroso, hicieron gran alegría.

—En verdad, señora —dijo Lynet a su hermana—, bien puede ser hijo de rey, pues hay muchas y buenas virtudes en él; es cortés, amable, y el hombre más paciente que he conocido, pues me atrevo a decir que ninguna dueña ha injuriado jamás a un hombre tan cruelmente como yo le he reprochado, y todas las veces me ha dado él graciosas y gentiles respuestas.

Y mientras así departían, llegó sir Gareth a la puerta con airado continente y la espada desenvainada en la mano, y dijo a grandes voces para que pudiese oírlo todo el castillo: «¡Sir Gringamore, traidor, devuélveme a mi enano, o por la fe que debo a la orden de caballería, que te haré el quebranto que pueda!»

Entonces sir Gringamore se asomó a la ventana y dijo: «Señor Gareth de Orkney, deja tus palabras soberbias, o no volverás a tener a tu enano.»

—Caballero cobarde —dijo sir Gareth—, tráelo contigo, y ven a hacer batalla conmigo, y quédatelo si lo ganas.

—Así lo haré —dijo sir Gringamore—, si me place; pero pese a todas tus grandes palabras, no lo tendrás.

—¡Ah, gentil hermano! —dijo doña Lyonesse—, quisiera que tuviese a su enano otra vez, pues no quisiera que se enojase, pues ahora que me ha dicho todo mi deseo no quiero guardar más a su enano. Y también, hermano, ha hecho mucho por mí, y librado del Caballero Bermejo de las Landas Bermejas; y por ende, hermano, le debo mi servicio más que a ningún caballero de cuantos viven. Y sabe bien que lo amo por encima de todos, y mucho me placería hablar con él. Pero por ninguna manera quiero que sepa quién soy, sino que me tome por una dama extraña.

—Bien —dijo sir Gringamore—, ya que sé ahora vuestra voluntad, le obedeceré.

Y bajó seguidamente a sir Gareth, y le dijo: «Señor, os suplico merced, y todo el agravio que os he hecho quiero enmendar a vuestra voluntad. Y por ende, os ruego que os apeéis, y aceptéis toda la buena acogida que yo pueda

haceros en este castillo.»

—¿Tendré a mi enano? —dijo sir Gareth.

—Sí, señor, y todo el placer que pueda haceros, pues luego que vuestro enano me dijo quién sois, y de qué sangre venís, y qué nobles hazañas habéis hecho en estas marcas, me arrepentí de mi acción.

Entonces se apeó sir Gareth, vino allí su enano y le tomó el caballo.

—¡Oh, compañero mío —dijo sir Gareth—, muchas son las aventuras que he tenido por ti!

Y sir Gringamore lo tomó por la mano y lo llevó a la sala donde estaba su mujer.

CAPÍTULO 21

Cómo sir Gareth, llamado también Beaumains, vino a la presencia de su dama, y cómo se conocieron, y de su amor

Y entonces entró doña Lyonesse ataviada como una princesa, y le hizo muy buena cara, y él a ella; y tuvieron hermosa habla y amable continente juntos.

Y sir Gareth pensó muchas veces: «Jesú, pluguiese que la señora del Castillo Peligroso fuese tan hermosa como es ésta!»

Hubo todas maneras de alegría y juegos, de danzas y canciones. Y cuanto más miraba sir Gareth a aquella dama, más la amaba; y tanto se inflamó de amor que se le turbó el sentido; y hacia la noche fueron a cenar, y sir Gareth no pudo comer; pues era tan ardiente su amor que no sabía dónde estaba.

De todas estas miradas se dio cuenta sir Gringamore, y después de cenar llamó a su hermana doña Lyonesse a una cámara, y dijo: «Gentil hermana, he visto bien vuestro continente y el de este caballero; y quiero que sepáis, hermana, que es muy noble caballero, y si podéis hacer que permanezca aquí le haré todo el placer que pueda, pues aun si fueseis mejor de lo que sois, estaríais bien otorgada a él.»

—Gentil hermano —dijo doña Lyonesse—, entiendo bien que es buen caballero, y que viene de noble casa. Sin embargo, quiero probarle más, aunque más obligada soy a él que a ningún hombre terrenal; pues gran trabajo ha tenido por mi amor, y pasado muchos pasos peligrosos.

Fue, pues, sir Gringamore a sir Gareth, y le dijo: «Señor, haced buena

muestra, pues no tendréis ninguna otra causa, sino que esta dama, mi hermana, es vuestra en toda sazón, salvada su honra; pues sabed bien que os ama tanto como vos a ella; y más, si más puede ser.»

—Si yo supiese eso —dijo sir Gareth—, no habría hombre vivo más dichoso que yo.

—Por mi honor —dijo sir Gringamore—, fiad en mi promesa; y el tiempo que queráis podéis permanecer conmigo, y esta dama estará con nosotros día y noche para haceros toda la alegría que pueda.

—De buen grado —dijo sir Gareth—, pues he prometido estar cerca de este país estos doce meses. Y bien cierto soy que el rey Arturo y otros nobles caballeros me hallarán donde esté estos doce meses. Pues me buscarán hasta hallarme, si estoy vivo.

Y entonces el noble caballero sir Gareth fue a doña Lyonesse, a la que entonces amaba mucho, y la besó muchas veces, e hicieron gran contento uno del otro. Y allí le prometió ella su seguro amor, y amarle a él solo los días de su vida. Entonces esta dama, doña Lyonesse, por acuerdo de su hermano, dijo toda la verdad a sir Gareth, quién era, y cómo era la misma dama por la que él había hecho batalla, y señora del Castillo Peligroso, y le contó cómo había hecho que su hermano le quitase el enano.

CAPITULO 22

Cómo por la noche vino un caballero armado, y luchó con sir Gareth, y él, mal herido en el muslo, le cortó la cabeza al caballero

—Por esta causa: saber con certeza cuál era vuestro nombre, y de qué linaje venís.

Y entonces mandó traer ante él a Lynet, la doncella con la que había cabalgado por muchos caminos fragosos. Y entonces fue sir Gareth más alegre de lo que fuera antes.

Y allí se hicieron promesa el uno al otro de amarse, y no fallecer jamás mientras durase su vida. Y tanto ardían ambos de amor que acordaron calmar sus deseos secretamente. Y doña Lyonesse aconsejó a sir Gareth que no durmiese en otro lugar sino en la sala. Y le prometió ir a su cama poco antes de la media noche.

No fue este consejo tan secretamente guardado que no fuera conocido; pues eran ambos muy jóvenes, y de tierna edad, y no habían usado ninguna de tales artes antes. Por donde la doncella Lynet se disgustó un poco, y juzgó que

su hermana doña Lyonesse era un poco impetuosa, ya que no podía esperar al momento de su matrimonio; y para salvar su honra pensó deshacer sus ardientes deseos. Y ordenó por sus artes sutiles de manera que no tuviesen sus propósitos el uno con el otro, en cuanto a sus placeres, hasta que estuviesen casados.

Y pasó el tiempo. Después de cenar se fueron todos, de manera que cada señor y dama se retiró a descansar. Pero sir Gareth dijo claramente que no se iría de la sala; pues en tales lugares, dijo, convenía a un caballero andante tomar su descanso; así que fueron ordenadas grandes colchas, y sobre ellas lechos de plumas, y allí se acostó él a dormir; y al poco rato vino doña Lyonesse, envuelta en un manto forrado de armiño, y se acostó junto a sir Gareth. Y seguidamente comenzó él a besarla.

Y miró entonces ante sí, y percibió y vio venir un caballero armado, con muchas lumbres alrededor suyo; y tenía este caballero en la mano una larga hacha de guerra, y hacía terrible ademán de ir a golpearle. Cuando sir Gareth le vio entrar en esa guisa saltó de la cama, tomó la espada en su mano, y saltó derecho hacia aquel caballero. Y cuando el caballero vio venir a sir Gareth tan fieramente sobre él, le atravesó de una estocada el grueso del muslo, de manera que le hizo una herida del ancho de una mano, y le cortó muchas venas y tendones. Y seguidamente sir Gareth le asestó tal golpe sobre el yelmo que cayó de bruces; saltó entonces encima de él, le desenlazó el yelmo, y le cortó la cabeza del cuerpo. Pero él sangraba tanto que no podía tenerse en pie, se echó sobre la cama, y allí se desvaneció y quedó como muerto.

Entonces doña Lyonesse se puso a dar voces, de manera que la oyó su hermano sir Gringamore, y bajó. Y cuando vio a sir Gadeth tan vergonzosamente herido se disgustó grandemente, y dijo: «Tengo vergüenza que este noble caballero sea honrado de esta manera. Hermana —dijo sir Gringamore—, ¿cómo puede ser que estéis aquí, y esté herido este noble caballero?»

—Hermano —dijo ella—. No os sé decir, pues no ha sido hecho por mí, ni por mi acuerdo. Pues él es mi señor y yo soy suya, y él ha de ser mi marido; por ende, hermano mío, quiero que sepáis que no me avergüenza estar con él, ni hacerle todo el placer que pueda.

—Hermana —dijo sir Gringamore—, y yo quiero que sepáis, y sir Gareth, que no ha sido hecha por mí, ni por mi acuerdo, esta malaventurada acción.

Y le restañaron la sangre lo mejor que pudieron, y sir Gringamore y doña Lyonesse hicieron gran lamentación.

Y en eso vino doña Lynet, tomó la cabeza a la vista de todos, y le untó un unguento por donde había sido tajada; y lo mismo hizo a la otra parte donde

había estado unida, y la juntó luego, y quedó tan unida como había estado siempre. Y se levantó el caballero ligeramente, y la doncella Lynet lo metió en su cámara. Todo esto vieron sir Gringamore y doña Lyonesse, y también sir Garreth; y entendieron bien que había sido la doncella Lynet, la cual había pasado con él los pasos peligrosos.

—¡Ah, doncella! —dijo sir Gareth—, no creía yo que haríais como habéis hecho.

—Mi señor Gareth —dijo Lynet—, confieso haber hecho todo esto, y que todo lo hecho será para vuestra dignidad y honra, y la de todos nosotros.

Y al poco rato sir Gareth estuvo casi sano, y se volvió alegre y jocundo, y cantó, danzó, y jugó; y él y doña Lyonesse estaban inflados de ardiente amor que convinieron que a la décima noche iría ella a su cama. Y ya que había sido herido antes, puso su armadura y su espada al lado de la cama.

CAPÍTULO 23

Cómo el dicho caballero volvió a la noche siguiente y fue descabezado otra vez, y cómo en la fiesta de Pentecostés vinieron todos los caballeros a los que sir Gareth había vencido y se rindieron al rey Arturo

Y como había prometido, fue; y no bien estuvo en la cama de él, vio venir un caballero armado: previno al punto a sir Gareth, y éste, con la buena ayuda de doña Lyonesse, se armó con diligencia; y se acometieron con gran ira y malicia por toda la sala; y había gran lumbre como si hubiese el número de veinte antorchas delante y detrás; y tanto esfuerzo hizo sir Gareth que su vieja llaga empezó a sangrar otra vez, pero estaba con tanto ardimiento y denuedo que no hizo ninguna cuenta, sino con gran fuerza derribó a aquel caballero, le sacó el yelmo y le tajó la cabeza. Después la cortó en cien pedazos. Y cuando hubo hecho esto, tomó todos los trozos y los arrojó por la ventana a los fosos del castillo; y al terminar estaba tan débil que casi no podía tenerse en pie de lo que sangraba.

Y cuando ya estaba casi del todo desarmado, cayó al suelo presa de un desvanecimiento mortal; y entonces doña Lyonesse dio tales voces que la oyó sir Gringamore; y cuando vino y halló a sir Gareth en aquel trance, hizo gran lamentación; y despertó a sir Gareth, y le dio una bebida que le alivió maravillosamente bien; pero la aflicción que doña Lyonesse hizo no hay lengua que la pueda contar, pues estaba como si se fuese a morir.

En eso vino la doncella Lynet delante de todos ellos, y mandó traer todas las rajas de la cabeza que sir Gareth había arrojado por una ventana, y allí las

untó como había hecho antes, y las juntó otra vez.

—Doncella Lynet —dijo sir Gareth—, no he merecido yo todo este despecho que me hacéis.

—Señor caballero —dijo ella—, no he hecho sino lo que quiero confesar, y todo lo que he hecho será para honra vuestra, y la de todos nosotros.

Y entonces le fue restañada la sangre a sir Gareth. Pero los físicos dijeron que no había hombre en este mundo que le sanase de esta llaga, a menos que sanasen las causadas por encantamiento.

Y dejamos a sir Gareth con sir Gringamore y sus hermanas, y volvemos al rey Arturo, que en la siguiente fiesta de Pentecostés celebraba su fiesta; y allí vino el Caballero Verde con cincuenta caballeros, y se rindieron todos al rey Arturo. Y vino también el Caballero Bermejo, su hermano, y se rindió al rey Arturo, y sesenta caballeros con él. También vino el Caballero Azul, hermano de ellos, con cien caballeros, y se rindieron al rey Arturo; y el nombre del Caballero Verde era Pertolepe, y el del Caballero Bermejo, Perimones, y el del Caballero Azul, sir Persant de la India. Estos tres hermanos contaron al rey Arturo cómo habían sido vencidos por un caballero que una doncella llevaba consigo, y se llamaba Beaumains.

—Jesú! —dijo el rey—, me maravilla qué caballero es, y de qué linaje viene. Estuvo conmigo un año, y pobre y vergonzosamente fue mantenido, y sir Kay en burla le llamó Beaumains.

Y mientras estaba el rey así departiendo con estos tres hermanos, vino sir Lanzarote del Lago, y dijo al rey que había llegado un gallardo señor con seiscientos caballeros con él. Entonces salió el rey de Caerleon, pues era la fiesta, y vino a él este señor, y saludó al rey de graciosa manera.

—¿Qué queréis —dijo el rey Arturo—, y cuál es vuestro mandado?

—Señor —dijo él—, me llaman el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas, pero mi nombre es sir Ironside; y señor, sabed bien, que soy enviado aquí a vos por un caballero llamado Beaumains, pues él me venció en clara batalla, mano por mano, y ningún caballero sino él tuvo nunca lo mejor de mí estos treinta inviernos; el cual mandó que me otorgase a vuestra voluntad.

—Sed bien venido —dijo el rey—, pues mucho tiempo habéis sido gran enemigo mío y de mi corte, y ahora en Dios fio tratar con vos para que seáis mi amigo.

—Señor, yo y estos seiscientos caballeros estaremos siempre prestos a vuestra llamada para haceros el servicio que esté en nuestro poder.

—Jesú merced! —dijo el rey Arturo—; muy obligado soy a ese caballero

que así ha puesto en esfuerzo su cuerpo para honrarnos a mí y a mi corte. Y en cuanto a ti, Ironside, a quien llaman el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas, eres llamado caballero peligroso; y si quieres estar de mi parte, te honraré y haré caballero de la Tabla Redonda; pero entonces no deberás ser más matador de hombres.

—Señor, en cuanto a eso, he prometido a sir Beaumains no usar más tales costumbres, pues todas las costumbres vergonzosas que usaba eran a requerimiento de una dama a la que amaba; y por ende debo ir a sir Lanzarote, y a sir Gawain, y pedirles perdón por la mala voluntad que les he tenido; pues a todos los que di muerte fue sólo porque amaban a sir Lanzarote y a sir Gawain.

—Aquí están ellos ahora —dijo el rey—, ante ti, y puedes decirles lo que quieras.

Y entonces se arrodilló ante sir Lanzarote, y ante sir Gawain, y les rogó que le perdonasen la enemiga que siempre les había tenido.

CAPÍTULO 24

Cómo el rey Arturo los perdonó, y demandó de ellos dónde estaba sir Gareth

Entonces graciosamente dijeron ellos a un tiempo: «Dios os perdone como nosotros, y os rogamos que nos digáis dónde podemos hallar a sir Beaumains.»

—Gentiles señores —dijo sir Ironside—; no sé decir, pues es muy difícil hallarle; pues los jóvenes caballeros como él, cuando van en pos de sus aventuras, no se detienen en ninguna parte.

Pero fue maravilla oír al Caballero Bermejo de las Landas Bermejas, y a sir Persant y sus hermanos, las honras que contaban de Beaumains.

—Pues bien, mis gentiles señores —dijo el rey Arturo—, sabed que yo os haré honor por el amor de sir Beaumains, y tan presto como lo encuentre os haré a todos, el mismo día, caballeros de la Tabla Redonda. Y en cuanto a ti, sir Persant de la India, has sido llamado siempre muy noble caballero, y lo mismo tus tres hermanos. Pero maravillame —dijo el rey— no oír de vuestro hermano el Caballero Negro, que era muy noble caballero.

—Señor —dijo Pertolepe, el Caballero Verde—, sir Beaumains lo mató en un encuentro con su lanza; se llamaba sir Percard.

—Ésa es gran lástima —dijo el rey, y lo mismo dijeron muchos caballeros. Pues estos cuatro hermanos eran muy conocidos en la corte del rey Arturo como nobles caballeros, pues habían sostenido guerra mucho tiempo contra los caballeros de la Tabla Redonda.

Entonces dijo sir Pertolepe, el Caballero Verde, al rey: «En un paso del agua de Mortaise se encontró sir Beaumains con dos hermanos que casi siempre guardaban ese paso, y eran dos caballeros mortales, y allí mató él al hermano mayor en el agua, y le dio tal golpe sobre la cabeza que cayó al agua, donde se ahogó; y su nombre era sir Gerard le Breuse; y después mató al otro hermano en tierra, cuyo nombre era sir Arnold le Breuse.

CAPÍTULO 25

Cómo vino la Reina Orkney a esta fiesta de Pentecostés, y sir Gawain y sus hermanos vinieron a pedir su bendición

Entonces el rey y ellos fueron a comer, y fueron servidos de la mejor manera. Y estando sentados comiendo, llegó la reina de Orkney, con gran número de dueñas y caballeros. Entonces se levantaron sir Gawain, sir Agravain y Gaheris, fueron a ella, y la saludaron de rodillas y pidieron su bendición; pues en quince años no la habían visto. Entonces habló ella en voz alta a su hermano el rey Arturo:

—¿Qué habéis hecho de mi joven hijo sir Gareth? Aquí estuvo entre vosotros un año, e hicisteis de él un pícaro de cocina, lo que es vergüenza para todos vosotros. ¡Ay, qué habéis hecho de mi querido hijo, que era mi dicha y alegría!

—¡Oh!, querida madre —dijo sir Gawain—, no le conocí.

—Ni yo —dijo el rey—, de lo cual ahora tengo pesar; pero gracias a Dios ha probado ser el más digno caballero de cuantos viven de sus años, y no tendré alegría hasta que pueda hallarle.

—Ah, hermano —dijo la reina al rey Arturo, y a sir Gawain, y a todos sus hijos—, gran vergüenza os hicisteis cuando tuvisteis entre vosotros a mi hijo en la cocina y le disteis de comer como a un pobre puerco.

—Gentil hermana —dijo el rey Arturo—, debéis saber bien que no lo conocí, como tampoco sir Gawain, ni sus hermanos; pero ya que es así —dijo el rey—, que se ha ido de todos nosotros, debemos pensar un remedio para hallarle. También, hermana, creo que podíais haberme hecho saber su venida, y si entonces no lo hubiese tratado bien podríais haberme culpado. Pues

cuando vino a esta corte se apoyaba en los hombros de dos hombres como si no pudiese andar. Y entonces me pidió tres dones; y uno de ellos lo pidió el mismo día, que fue que le diese suficiente de comer durante esos doce meses; y los otros dos los pidió al cumplirse el año, y fue poder tomar la aventura de la doncella Lynet, y el tercero que sir Lanzarote le hiciese caballero cuando él se lo deseara. Y le otorgué todo su deseo, y muchos de esta corte se maravillaron que pidiese sustento por un año. Y por ello creímos, muchos de nosotros, que no venía de noble casa.

—Señor —dijo la Reina de Orkney al rey Arturo su hermano—, sabed bien que lo envié a vos muy bien armado y encabalgado, y dignamente aparejado de su cuerpo, y sobra de oro y plata que gastar.

—Puede ser —dijo el rey—, pero de eso no vi nada; salvo que el mismo día que partió de nosotros, los caballeros me dijeron que vino un enano súbitamente, trayéndole armadura y un buen caballo muy bien y ricamente aparejado; y a todos nos maravilló de dónde venían aquellas riquezas, de manera que todos presumimos que venía de hombres de merecimiento.

—Hermano —dijo la reina—, todo eso que decís creo, pues desde que se hizo mayor ha sido de maravillosa agudeza, y fue siempre leal y verdadero a su promesa. Pero maravillame —dijo—, que sir Kay se burlase y riese de él, y le diese el nombre de Beaumains; sin embargo —dijo la reina—, sir Kay le llamó más acertadamente de lo que él creía; pues me atrevo a decir que si vive, es el hombre de más hermosas manos y bien dispuestas de cuantos viven.

—Hermana —dijo Arturo—, dejad esa habla, y por la gracia de Dios será hallado si está dentro de estos siete reinos, y dejad pasar todo esto y alegraos, pues ha probado ser hombre de honor, y ése es mi contentamiento.

CAPÍTULO 26

Cómo el rey envió por doña Lyonesse, y cómo hizo pregonar ella un torneo en su castillo, adonde llegaron muchos caballeros

Entonces dijeron sir Gawain y sus hermanos a Arturo: «Señor, si queréis darnos licencia, iremos en busca de nuestro hermano.»

«No, dijo sir Lanzarote, no será menester eso.» Y dijo sir Baudwin de Bretaña: «Pues por nuestro consejo, el rey debe enviar a doña Lyonesse un mensajero, y rogarle que venga a la corte con toda la prisa que pueda; y no dudéis que vendrá; y entonces podrá daros ella el mejor consejo, dónde lo hallaréis.»

—Bien dicho está eso de vuestra parte —dijo el rey.

Y entonces fueron escritas graciosas cartas, y enviado el mensajero, que fue día y noche hasta el Castillo Peligroso. Y fue mandada llamar la señora, doña Lyonesse, donde estaba con sir Gringamore su hermano y sir Gareth. Y cuando entendió el mensaje, mandó al mensajero que volviese al rey Arturo, que ella iría detrás con toda la buena prisa.

Cuando volvió a sir Gringamore y a sir Gareth, les contó todo, cómo el rey Arturo la había enviado llamar.

—Eso es por mí —dijo sir Gareth.

—Pues aconsejadme —dijo doña Lyonesse— qué debo decir, y de qué manera me debo gobernar.

—Mi señora y mi amor —dijo sir Gareth—, os ruego que de ninguna guisa descubráis dónde estoy. Pero sé bien que mi madre está allí, y todos mis hermanos; y si toman sobre sí buscarme, sé bien que lo harán. Pero esto, señora, quiero que digáis y aconsejéis al rey cuando él os interrogue sobre mí. Le podéis decir, que vuestro consejo es que, si place a su buena gracia, mandaréis hacer un pregón para la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora: que el caballero que allí pruebe ser el mejor os tendrá a vos y toda vuestra tierra. Y si por ventura es casado, el que gane el galardón, su mujer tendrá el grado y un aro de oro engastado con piedras de virtud, del valor de mil libras, y un gerifalte blanco.

Partió, pues, doña Lyonesse y vino al rey Arturo, donde fue noblemente recibida, y largamente interrogada por el rey y la Reina de Orkney. Y ella respondió que no podía decir dónde estaba sir Gareth. Pero esto dijo a Arturo:

—Señor, quiero hacer pregonar un torneo, que se hará delante de mi castillo, en la Asunción de Nuestra Señora, y éste será el pregón: que vos, mi señor Arturo, estaréis allí, y vuestros caballeros, y yo proveeré que todos mis caballeros vayan contra los vuestros; y entonces soy cierta que oiréis de sir Gareth.

—Eso está bien aconsejado —dijo el rey Arturo.

Y con esto partió ella. Y el rey y ella hicieron gran providencia para ese torneo.

Cuando doña Lyonesse llegó a la Isla de Avilion, que era la misma isla donde su hermano sir Gringamore moraba, entonces les contó todo, cómo había hecho, y qué promesa había hecho al rey Arturo.

—¡Ay! —dijo sir Gareth—, he sido tan desventuradamente herido desde que vine a este castillo que no podré hacer en este torneo como un caballero; pues no he estado sano del todo desde que fui herido.

—Sed de buen ánimo —dijo la doncella Lynet—, pues yo veré en estos quince días de poneros sano, y tan lozano como habéis sido siempre.

Y entonces le puso un unguento y bálsamo como le plació a ella, de manera que nunca fue tan fresco y lozano.

Entonces dijo la doncella Lynet: «Enviad mandado a sir Persant de la India, y emplazadlo para que él y sus caballeros estén aquí con vos como han prometido. También, enviad mandado a sir Ironside, que es el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas, y dadle cargo de estar presto con vos con la totalidad de sus caballeros, y entonces podréis enfrentaros con el rey Arturo y sus caballeros.»

Así fue hecho esto, y fueron llamados todos los caballeros al Castillo Peligroso; y entonces respondió el Caballero Bermejo, y dijo a doña Lyonesse, y a sir Gareth:

—Señora, y mi señor Gareth, sabed que he estado en la corte del rey Arturo, y también sir Persant de la India y sus hermanos, y allí hemos hecho nuestro homenaje como nos habéis mandado. También —dijo sir Ironside—, he tomado sobre mí, con sir Persant de la India y sus hermanos, ir contra mi señor sir Lanzarote y los caballeros de esa corte. Y esto he hecho por amor a mi señora doña Lyonesse, y a vos mi señor Gareth.

—Eso está bien dicho —dijo sir Persant—, y honrosamente.

Y se hizo el pregón en Inglaterra, Gales y Escocia, Irlanda, Cornualles y en todas las Islas Lejanas, y en Bretaña y en muchos países, que en la siguiente fiesta de la Asunción de Nuestra Señora había que acudir al Castillo Peligroso, cercano a la Isla de Avilion; y que todos los caballeros que allí viniesen debían escoger si deseaban estar de una parte, con los caballeros del castillo, o de la otra parte con el rey Arturo. Y faltaban dos meses para el día en que debía ser el torneo.

Y acudieron muchos buenos caballeros que eran libres de venir, y se tenían en su mayor parte contra el rey Arturo y sus caballeros de la Tabla Redonda, y se pusieron del lado de los del castillo. El primero fue sir Epinogrus, que era hijo del Rey de Northumberland; y otro fue sir Palomides el Sarraceno, y sir Safer su hermano, y sir Segwarides su hermano, aunque ambos estaban bautizados; y sir Malgrin fue otro, y sir Brian de les Isles, noble caballero, y sir Grumor Grummorson, buen caballero de Escocia, y sir Carados de la Torre Dolorosa, noble caballero, y sir Turquin su hermano, y sir Arnold y sir Gauter, dos hermanos, buenos caballeros de Cornualles. Allí vino sir Tristán de Lionís, y con él sir Dinadan el Senescal, y sir Sadok; pero este sir Tristán no era en aquella sazón caballero de la Tabla Redonda, aunque era uno de los mejores caballeros del mundo.

Y todos estos nobles caballeros acompañaron a los de la dama del castillo, y al Caballero Bermejo de las Landas Bermejas; en cuanto a sir Gareth, no quiso sobre sí más que otros caballeros menores.

CAPÍTULO 27

Cómo el rey Arturo fue al torneo con sus caballeros, y cómo la dama le recibió dignamente, y cómo se encontraron los caballeros

Y entonces vinieron con el rey Arturo sir Gawain, y sus hermanos Agravain y Gaheris. Y también sus sobrinos sir Uwain le Blanchemains, y sir Agloval, sir Tor, sir Perceval de Gales, y sir Lamorak de Gales.

Y vino sir Lanzarote del Lago con sus hermanos, sobrinos y primos, como sir Lionel, sir Héctor de Maris, sir Bors de Ganis, y sir Galihodin, sir Galihud, y muchos más de la sangre de sir Lanzarote, y sir Dinadan, sir La Cote Male Tailé, su hermano, buen caballero, y sir Sagramore, buen caballero; y toda la mayor parte de la Tabla Redonda.

También vinieron con el rey Arturo estos caballeros: el Rey de Irlanda, rey Agwisance, y el Rey de Escocia, rey Carados, y el rey Uriens de la tierra de Gore, y el rey Bagdemagus, y su hijo sir Meliagaunt, y sir Galahaut el noble príncipe. Todos estos reyes, príncipes, y condes, barones, y otros nobles caballeros, como sir Brandiles, sir Uwain les Avoutres, y sir Kay, sir Bedevere, sir Meliot de Logres, sir Petipace de Winchelsea, sir Godelake; todos éstos vinieron con el rey Arturo, y más que no es posible enumerar.

Dejamos ahora a todos estos reyes y caballeros, y hablamos del gran movimiento que había dentro del castillo y alrededor de él por ambas partes. Pues esta dama, doña Lyonesse, ordenó gran aparejo por su parte para sus nobles caballeros, pues llegaron todas maneras de aposentamiento y vituallas por tierra y por agua, de manera que de nada carecía su bando, ni el otro; sino había sobra de cuanto se podía tener por oro y plata para el rey Arturo y sus caballeros. Y vinieron entonces los aposentadores del rey Arturo para aposentarle, y a sus caballeros, duques, condes, barones y caballeros.

Entonces sir Gareth rogó a doña Lyonesse y al Caballero Bermejo de las Landas Bermejas, y a sir Persant y sus hermanos, y a sir Gringamore, que de ninguna guisa dijese su nombre, ni hiciesen más cuenta de él que del postrer caballero que allí estaba, «pues —dijo— no quiero ser conocido ni más ni menos, ni al principio ni al fin».

Entonces dijo doña Lyonesse a sir Gareth: «Señor, os prestaré un anillo; pero os ruego, como me amáis de corazón, que me lo devolváis cuando haya

acabado el torneo, pues ese anillo acrecienta mi belleza mucho más de lo que es la mía. Y ésta es la virtud de mi anillo: lo que es verde se tornará bermejo, y lo que es bermejo tomará semejanza de verde, y lo que es azul tomará semejanza de blanco, y lo que es blanco tomará semejanza de azul, y lo mismo hará con todas maneras de colores. También, el que lleve mi anillo no perderá sangre; y por gran amor quiero daros este anillo.»

—Muchas gracias —dijo Gareth—, mi señora, pues este anillo es muy conveniente para mí, pues cambiará toda la semejanza en que estoy, y eso hará que no sea conocido.

Entonces sir Gringamore dio a sir Gareth un corcel bayo que era muy buen caballo; también le dio buena armadura, y segura, y una noble espada que en otro tiempo ganó el padre de sir Gringamore a un tirano pagano. Y cada caballero se apercibió así para el torneo.

Y el rey Arturo había llegado dos días antes de La Asunción de Nuestra Señora. Y allí hubo todas maneras de realeza y juglaría que podían hallarse.

También vinieron la reina Ginebra y la Reina de Orkney, madre de sir Gareth. Y el día de la Asunción, acabada la misa y los maitines, se mandó a los heraldos que tocasen con trompetas llamada al campo.

Y salió sir Epinogrus, hijo del Rey de Northumberland, del castillo, se encontró con él sir Sagramore le Desirous, y uno y otro quebraron sus lanzas hasta sus manos. Y entonces vino sir Palomides del castillo, se encontró sir Gawain con él, y uno y otro se dieron tan de recio que los dos buenos caballeros y sus caballos cayeron a tierra. Entonces los caballeros de una y otra parte rescataron a sus caballeros. Y salieron sir Safer y sir Segwarides, hermanos de sir Palomides; y sir Agravain se encontró con sir Safer, y sir Gaheris con sir Segwarides. Y sir Safer derribó a Agravain, hermano de sir Gawain; y sir Segwarides, hermano de sir Safer. Y sir Malgrin, caballero del castillo, se encontró con sir Uwain le Blanchemains, y allí sir Uwain dio a sir Malgrin tal caída que casi le quebró el cuello.

CAPÍTULO 28

Cómo hicieron los caballeros en la batalla

Entonces sir Brian de les Isles y Grumor Grummorson, caballeros del castillo, se encontraron con sir Agloval, y sir Tor derribó a sir Grumor Grummorson a tierra.

Entonces vinieron sir Carados de la Torre Dolorosa, y sir Turquin,

caballeros del castillo; y allí se encontraron con ellos sir Perceval de Gales y sir Lamorak de Gales, que eran dos hermanos. Y sir Perceval se encontró con sir Carados, y ambos quebraron las lanzas hasta sus manos; y después sir Turquin con sir Lamorak, y se derribaron uno y otro, caballo y todo, a tierra, y los rescataron ambas partes, y los volvieron a encabalgar.

Y sir Arnold y sir Gauter, caballeros del castillo, se encontraron con sir Brandiles y sir Kay; y estos cuatro caballeros tuvieron un poderoso encuentro, y quebraron las lanzas hasta sus manos.

Entonces vinieron sir Tristán, sir Sadok, y sir Dinas, caballeros del castillo, y sir Tristán se encontró con sir Bedevere, y allí fue derribado sir Bedevere a tierra, hombre y caballo. Y sir Sadok se encontró con sir Petipace, y fue derrocado sir Sadok. Y allí Uwain les Avoutres derribó a sir Dinas el Senescal.

Entonces vino sir Persant de la India, caballero del castillo, y se encontró con él sir Lanzarote del Lago, y derribó a sir Persant, hombre y caballo, a tierra. Entonces vino sir Pertolepe del castillo, y se encontró con él sir Lionel; y allí sir Pertolepe, el Caballero Verde, derribó a sir Lionel, hermano de sir Lanzarote.

Todo esto fue señalado por nobles heraldos, quiénes hacían mejor, y sus nombres.

Y entonces entró en el campo sir Perimones, el Caballero Bermejo, hermano de sir Persant, caballero del castillo, y se encontró con sir Héctor de Maris, y uno y otro se dieron tan fuerte que cayeron a tierra sus caballos y ellos.

Y entonces vinieron el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas y sir Gareth, del castillo, y se encontraron con ellos sir Bors de Ganis y sir Bleoberis, y allí se dieron el Caballero Bermejo y sir Bors tan fuertemente que sus lanzas se quebraron en trozos, y sus caballos cayeron de pechos a tierra. Entonces sir Blamor quebró su lanza sobre sir Gareth, pero de ese golpe cayó sir Blamor a tierra.

Cuando sir Galihodin vio eso, dijo a sir Gareth que se apercibiese, pero sir Gareth lo derribó a tierra. Entonces sir Galihud tomó una lanza para vengar a su hermano, y de la misma guisa le sirvió sir Gareth, y a sir Dinadan y a su hermano, La Cote Male Tailé, y a sir Sagramore le Desirous, y a sir Dodinas le Savage. A todos éstos tiró con una sola lanza.

Cuando el rey Agwisanse de Irlanda vio portarse así a sir Gareth, se maravilló quién podía ser aquél que unas veces parecía verde, y otras, cuando volvía, parecía azul. Y así, en cada carrera que daba de un extremo al otro, cambiaba de color, de manera que no había rey ni caballero que tuviese cabal conocimiento de él. Entonces sir Agwisanse, el Rey de Irlanda, se encontró

con sir Gareth, y sir Gareth lo derribó del caballo, silla y todo. Y entonces vino el rey Carados de Escocia, y sir Gareth lo derribó, al hombre y al caballo. Y de la misma guisa sirvió al rey Uriens de la tierra de Gore. Y entonces vino sir Bagdemagus, y lo derribó sir Gareth, hombre y caballo, a tierra. Y Meliagaunt, hijo de Bagdemagus, quebró una lanza poderosa y caballerescamente sobre sir Gareth.

Y entonces sir Galahaut, el noble príncipe, dijo en voz alta: «Caballero de los muchos colores, bien has justado; ahora apréstate, que pueda yo justar contigo.»

Le oyó sir Gareth, tomó una gruesa lanza, y se encontraron ambos, y allí quebró su lanza el príncipe; pero sir Gareth le dio en el lado izquierdo del yelmo, de manera que se tambaleó de aquí para allá, y habría caído de no haberle recobrado sus hombros.

—Así Dios me ayude —dijo el rey Arturo—; ese mismo caballero de los muchos colores es buen caballero.

Por donde el rey llamó a sir Lanzarote, y le rogó se encontrase con aquel caballero.

—Señor —dijo Lanzarote—, siento de corazón que debo dejarle en esta sazón, pues harto trabajo ha tenido este día; y cuando un buen caballero hace tan bien un día, no cumple a un buen caballero privarle de su honra, y más cuando ve que el caballero ha hecho tan gran esfuerzo; pues quizá —dijo sir Lanzarote— está aquí su querella este día, y quizá es el más amado de esta señora de cuantos aquí están; pues veo bien que se esfuerza y trabaja en hacer grandes hechos, y por ende —dijo sir Lanzarote—, por mí que tenga este día la honra; aunque estuviese en mí quitársela, no lo haría.

CAPÍTULO 29

Más del dicho torneo

Una vez hecho todo esto salieron las espadas, y entonces empezó allí un cruel torneo. Y allí sir Lamorak hizo maravillosos hechos de armas; y hubo fuerte batalla entre sir Lamorak y sir Ironside, que era el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas, y fuerte batalla entre sir Palomides y Bleoberis; y se encontraron sir Gawain y sir Tristán, y sir Gawain tuvo lo peor, pues fue arrancado del caballo, y estuvo a pie mucho tiempo, y afrentado.

Entonces entró sir Lanzarote, y golpeó a sir Turquin, y éste a él; y vino entonces su hermano sir Carados, y lo asaltaron los dos a la vez; y él, como el

más noble caballero del mundo, luchó dignamente con ambos de manera que todos se maravillaban de la nobleza de sir Lanzarote.

Y entonces vino sir Gareth, y supo que era sir Lanzarote quien luchaba con aquellos dos peligrosos caballeros. Y corrió sir Gareth con su buen caballo y se metió en medio de ellos despartiéndolos, y ningún golpe quiso dar a sir Lanzarote. Se dio cuenta de esto sir Lanzarote, y supuso que era el buen caballero sir Gareth; seguidamente sir Gareth cabalgó de aquí para allá, hiriendo a diestra y a siniestra, y todas las gentes podían ver bien dónde cabalgaba. Y se encontró por fortuna con su hermano sir Gawain, y allí puso a sir Gawain en lo peor, pues le sacó el yelmo, y lo mismo sirvió a cinco o seis caballeros de la Tabla Redonda, de manera que todos decían que se ponía en más grande esfuerzo, y era el que hacía mejor su deber.

Pues cuando sir Tristán le vio cómo justó primero, y después luchaba tan bien con la espada, fue a sir Ironside y a sir Persant de la India, y les preguntó, por su fe, «¿qué manera de caballero es aquél, que parece con tan diversos colores? En verdad creo —dijo Tristán— que se pone gran esfuerzo, pues jamás cesa».

—¿No sabéis quién es? —dijo sir Ironside.

—No —dijo sir Tristán.

—Entonces sabed que es el que ama a la señora del castillo, y ella a él; y es el que me venció a mí cuando tenía puesto cerco a la señora de este castillo, y el que venció a sir Persant de la India, y a sus tres hermanos.

—¿Cuál es su nombre —dijo sir Tristán—, y de qué sangre viene?

—En la corte del rey Arturo le llamaron Beaumains, pero su derecho nombre es sir Gareth de Orkney, hermano de sir Gawain.

—Por mi cabeza —dijo sir Tristán—, es buen caballero, y recio hombre de armas; y si es mancebo probará ser muy noble caballero.

—Es muy mancebo —dijeron todos—, y fue hecho caballero por sir Lanzarote.

—Mucho mejor para él, entonces —dijo Tristán.

Y sir Tristán, sir Ironside, sir Persant, y su hermano, fueron juntos a ayudar a sir Gareth; y entonces se dieron allí muchos fuertes golpes.

Y entonces salió sir Gareth a un lado para enmendar su yelmo; y dijo su enano: «Dadme vuestro anillo, para que no lo perdáis mientras bebéis.»

Y cuando hubo bebido se puso el yelmo, tomó ansiosamente su caballo y entró en el campo, dejando el anillo con su enano; y el enano se alegró de que no tuviese el anillo, pues sabía bien que así sería conocido. Y cuando sir

Gareth estuvo en el campo, toda la gente vio bien y claramente que iba con los colores amarillos; y allí arrancaba yelmos y tiraba caballeros, de manera que el rey Arturo se maravillaba qué caballero era, pues por su caballo veía el rey que era el mismo caballero.

CAPÍTULO 30

Cómo, sir Gareth fue espiado por los heraldos, y cómo escapó del campo

«Aunque antes era de muchos colores, y ahora es sólo de uno; que es amarillo. Así que id —dijo el rey Arturo a varios heraldos—, cabalgad junto a él, y espiad qué caballero es; pues he preguntado a muchos caballeros este día que están en su bando, y todos dicen que no lo conocen.»

Y cabalgó un heraldo lo más cerca que pudo de Gareth, y vio escrito sobre su yelmo, en oro: «ESTE YELMO ES SIR GARETH DE ORKNEY.»

Entonces gritó el heraldo como si estuviese fuera de sí, y muchos heraldos con él: «¡Este es sir Gareth de Orkney de las armas amarillas!»; de manera que todos los reyes y caballeros del rey Arturo le observaron y acecharon; y todos se empujaban para verle, mientras los heraldos no cesaban de gritar: «¡Éste es sir Gareth de Orkney, hijo del rey Lot!»

Y cuando sir Gareth vio que había sido descubierto, entonces dobló sus golpes y derribó a sir Sagramore, y a su hermano sir Gawain.

—¡Oh, hermano! —dijo sir Gawain—, creí que no me herirías.

Y cuando le oyó decir eso, arremetió aquí y allá, y con gran esfuerzo salió de la multitud, y fue a su enano.

—¡Ah mancebo! —dijo sir Gareth—, mal me has engañado tú este día al guardarte mi anillo; devuélvemelo en seguida, que pueda ocultar mi cuerpo con él —y se lo tomó.

Y ninguno supo entonces qué había sido de él; y en alguna manera sir Gawain había visto adonde cabalgaba sir Gareth, y fue en pos suyo con toda su fuerza. Se dio cuenta sir Gareth, y se metió ligero en la floresta, por donde sir Gawain no supo qué fue de él. Y cuando supo sir Gareth que sir Gawain había pasado, preguntó al enano cuál sería el mejor consejo.

—Señor —dijo el enano—, creo que sería mejor, ahora que habéis escapado de que os vean, que enviéis a mi señora doña Lyonesse su anillo.

—Bien aconsejado está —dijo sir Gareth—; toma y llévaselo, y di que me encomiendo a su buena gracia; y dile también que iré cuando pueda, y le ruego

que sea verdadera y fiel a mí como yo lo seré a ella.

—Señor —dijo el enano—, será hecho como vos mandáis —y así emprendió el camino, y llevó su mandado a la dama.

Entonces dijo ella: «¿Dónde está mi caballero, sir Gareth?»

—Señora —dijo el enano—, me manda deciros que no estará mucho tiempo lejos de vos.

Y volvió el enano con diligencia a sir Gareth, que mucho le habría querido tener aposentamiento, pues tenía necesidad de reposarse. Y entonces cayó una tormenta y lluvia, como si cielo y tierra se juntasen de golpe. Y sir Gareth estaba no poco fatigado, pues en todo ese día había tenido muy poco descanso, su caballo y él. Y cabalgó este sir Gareth mucho tiempo por aquella floresta, hasta que vino la noche. Y no paraba de relampaguear y de tronar furiosamente. A la postre llegó por fortuna a un castillo, y allí oyó a los guardias arriba en los muros.

CAPÍTULO 31

Cómo llegó sir Gareth a un castillo donde fue bien aposentado, y justó con un caballero y lo mató

Entonces sir Gareth cabalgó hasta la barbacana del castillo, y rogó al portero gentilmente que le dejase entrar en el castillo.

El portero respondió descortésmente, y dijo: «No tendrás aposentamiento aquí.»

—Gentil señor, no digáis así, pues soy un caballero del rey Arturo; y ruego al señor o señora de este castillo que me dé albergue por el amor del rey Arturo.

Entonces fue el portero a la duquesa, y le dijo cómo estaba allí uno de los caballeros del rey Arturo que quería albergue.

—Déjale entrar —dijo la duquesa—, pues quiero ver a ese caballero, y por el rey Arturo no quedará desamparado.

Entonces subió ella a una torre encima de la puerta, con una gran antorcha. Cuando sir Gareth vio aquella antorcha dijo en voz alta:

—Seas señor o señora, gigante o campeón es lo mismo para mí con tal que pueda tener albergue esta noche; y si debo luchar de necesidad, no me excuséis mañana cuando haya descansado, pues yo y mi caballo estamos

fatigados.

—Señor caballero —dijo la dama—, caballeresca y osadamente hablas; pero sabe bien que el señor de este castillo no ama al rey Arturo, ni a ninguno de su corte, pues mi señor ha estado siempre contra él; y por ende sería mejor que no entrases en este castillo; pues si entras esta noche, debes hacerlo con esta condición: que allá donde te encuentre mi señor, sea calle o sendero, habrás de rendirte a él como prisionero.

—Señora —dijo sir Gareth—, ¿quién es vuestro señor, y cuál es su nombre?

—Señor, mi señor es el Duque de la Rowse.

—Pues bien, señora —dijo sir Gareth—, os prometo que en cualquier lugar que encuentre a vuestro señor me otorgaré a él y a su buena gracia, con lo que entiendo que no me hará daño ninguno; y si entiendo que me lo quiere hacer, yo me libraré, si puedo, con mi lanza y mi espada.

—Decís bien —dijo la duquesa.

Entonces mandó ella bajar el puente, entró sir Gareth en la sala, se apeó allí, y fue llevado su caballo al establo; y se desarmó él en la sala, y dijo: «Señora, no quiero salir de esta sala esta noche; y cuando sea día claro, quien quiera verse conmigo me hallará presto.»

Entonces fue sentado a cenar, y tuvo muchas buenas viandas. Y como sir Gareth tenía mucha hambre, comió su comida caballerescamente, y con mucha gana; y había muchas damas hermosas junto a él, y algunas dijeron que nunca habían visto a un hombre tan apuesto ni que comiese tan bien. Entonces ellas le hicieron muy buena muestra, y a poco de cenar le fue hecha allí su cama, y descansó toda la noche.

Y por la mañana oyó misa, quebró su ayuno, y se despidió de la duquesa, y de todos; y le agradeció graciosamente su aposentamiento, y su buena acogida; y entonces le preguntó ella su nombre.

—Señora —dijo él—, en verdad mi nombre es Gareth de Orkney, y algunos me llaman Beaumains.

Entonces supo ella bien que era el mismo caballero que había luchado por doña Lyonesse.

Y partió sir Gareth y cabalgó por una montaña, y allí topó con un caballero llamado sir Bendelaine, el cual dijo a sir Gareth: «No pasarás por este camino; pues justarás conmigo, o serás mi prisionero.»

—Entonces justaré —dijo sir Gareth.

Y dejaron correr sus caballos, y sir Gareth le atravesó el cuerpo. Y siguió

cabalgando sir Bendelaine hasta su castillo, que estaba cerca, y allí murió. Y sir Gareth tuvo deseos de descansar, y fue cabalgando al castillo de Bendelaine.

Y sus caballeros y criados vieron que era el que había matado a su señor. Entonces armaron a veinte buenos hombres, salieron éstos y atacaron a sir Gareth; y no tenía él ninguna lanza, sino su espada, y se puso delante el escudo; y allí quebraron sus lanzas sobre él, y le asaltaron con mucha saña. Pero sir Gareth se defendía como un caballero.

CAPÍTULO 32

Cómo luchó sir Gareth con un caballero que tenía en su castillo treinta señoras, y cómo lo mató

Cuando vieron que no lo podían vencer se apartaron de él, y tomaron el acuerdo de matarle el caballo; y volvieron sobre sir Gareth, alancearon su caballo, y entonces lo asaltaron sañudamente. Pero cuando él estuvo a pie, no se puso ninguno a su alcance que no recibiese tal revés del que jamás se recobrara. Y los fue matando uno por uno hasta que fueron sólo cuatro, y huyeron; y tomó sir Gareth un buen caballo que era de ellos, y siguió su camino. Y cabalgó a más andar hasta que llegó a un castillo, en el que oyó muchos lamentos de señoras y dueñas. Y en eso vino a él un paje.

—¿Qué quejas son éstas —dijo sir Gareth—, que oigo dentro del castillo?

—Señor caballero —dijo el paje—, aquí dentro de este castillo están treinta señoras, todas ellas viudas; pues aquí hay un caballero que guarda diariamente este castillo, y su nombre es el Caballero Pardo sin Piedad, y es el más peligroso caballero de cuantos hoy viven; y por ende, señor —dijo el paje— os aconsejo que huyáis.

—No —dijo sir Gareth—, no huiré, aunque tú tengas miedo de él.

Y entonces vio el paje dónde venía el Caballero Pardo. «Mirad —dijo— allá viene.»

—Deja que yo entienda con él —dijo sir Gareth.

Y cuando estuvieron a la vista el uno del otro dejaron correr sus caballos, y el Caballero Pardo quebró su lanza, y sir Gareth le atravesó el cuerpo, de manera que lo derrocó al suelo completamente muerto. Y entró sir Gareth en el castillo, y rogó a las señoras poder reposarse.

—¡Ay —dijeron las señoras—, no podéis aposentaros aquí!

—Hacedle buena acogida —dijo el paje—, pues este caballero ha dado muerte a vuestro enemigo.

Entonces le hicieron toda la buena muestra que estaba en su poder. Pero sabed bien que le hicieron buena muestra porque no podían hacer otra cosa, ya que eran muy pobres.

Y por la mañana fue a misa, y allí vio arrodilladas a las treinta señoras, y tendidas de bruces sobre diversas tumbas, haciendo gran lamentación y duelo. Entonces sir Gareth supo bien que en las tumbas yacían sus señores.

—Gentiles señoras —dijo sir Gareth—, en la próxima fiesta de Pentecostés deberéis estar en la corte del rey Arturo, y decir que yo, sir Gareth, os he enviado allí.

—Así lo haremos —dijeron las señoras.

Partió, pues, llegó por fortuna a una montaña, y halló en ella a un gallardo caballero que le dijo: «Esperad, señor caballero, y justad conmigo.»

—¿Quién sois? —dijo sir Gareth.

—Mi nombre es —dijo— el Duque de la Rowse.

—¡Ah, señor!, sois el mismo caballero en cuyo castillo me aposenté una vez; y allí hice promesa a vuestra señora de rendirme a vos.

—¡Ah! —dijo el duque—, ¿eres tú el caballero soberbio que ofreció luchar con mis caballeros? Pues apercíbete, pues quiero verlas contigo.

Y dejaron correr sus caballos, y allí derribó sir Gareth al duque de su caballo. Pero el duque evitó su caballo con ligereza, enderezó su escudo, sacó la espada, y mandó a sir Gareth que se apease y luchase con él. Y se apeó él, e hicieron gran batalla juntos más de una hora, y se hirieron muy gravemente. A la postre sir Gareth tiró al duque a tierra, fue a matarle, y entonces se rindió a él.

—Entonces debéis ir —dijo sir Gareth— a sir Arturo mi señor, en la fiesta que viene, y decirle que yo, sir Gareth de Orkney, os envío a él.

—Así será hecho —dijo el duque—, y os rendiré pleito homenaje con caballeros conmigo; y todos los días de mi vida os haré servicio donde vos queráis mandarme.

CAPÍTULO 33

Cómo lucharon sir Gareth y sir Gawain uno contra otro, y cómo se reconocieron por la doncella Lynet

Partió, pues, el duque, y quedó sir Gareth allí solo; y en eso vio venir un caballero armado hacia él. Tomó entonces sir Gareth el escudo del duque, montó a caballo, y sin mediar palabra se juntaron como si de un trueno se tratase. Y aquel caballero hirió a sir Gareth debajo del costado con su lanza. Se aparearon entonces, sacaron las espadas, y se dieron grandes tajos, de manera que la sangre les manaba hasta el suelo. Y así lucharon dos horas.

A la postre vino la doncella Lynet, a la que algunos llamaban la Doncella Salvaje, cabalgando sobre una mula ambladora, y gritó alto: «¡Sir Gawain, sir Gawain, deja de luchar con tu hermano sir Gareth!»

Y cuando él la oyó decir así arrojó su escudo y su espada, corrió a sir Gareth, lo tomó en sus brazos, y después se arrodilló y le pidió merced.

—¿Quién sois vos —dijo sir Gareth—, que hace un momento erais tan fuerte y poderoso, y ahora súbitamente os rendís a mí?

—Ah, Gareth, soy vuestro hermano sir Gawain, que por vos ha pasado grandes penas y trabajos.

Entonces sir Gareth se desenlazó el yelmo, se arrodilló ante él, y le pidió merced. Entonces se levantaron ambos, se abrazaron, lloraron mucho rato antes que pudiesen hablar, y se dieron uno a otro el precio de la batalla. Y allí pasaron muchas dulces razones entre ellos.

—¡Ay, gentil hermano mío! —dijo sir Gawain—, por Dios que de justicia debo honraros aunque no fueseis mi hermano, pues habéis honrado al rey Arturo y a toda su corte, pues le habéis enviado más dignos caballeros este año que los seis mejores de la Tabla Redonda, excepto sir Lanzarote.

Entonces vino la Doncella Salvaje, que era la señora Lynet, la cual había cabalgado con sir Gareth mucho tiempo, y restañó las llagas de sir Gareth y de sir Gawain.

—¿Qué haréis ahora? —dijo la Doncella Salvaje—. Creo que estaría bien que el rey Arturo supiese de los dos, pues vuestros caballos están tan magullados que no os pueden llevar.

—Gentil doncella —dijo sir Gawain—, os ruego que vayáis a mi señor y tío, el rey Arturo, y le digáis qué aventura me ha acaecido aquí, y presumo que no tardará mucho en venir.

Entonces tomó ella su muía y fue ligeramente al rey Arturo que estaba a sólo dos millas de allí. Y cuando le hubo dado nuevas, mandó el rey que le trajesen un palafren. Y cuando estuvo a lomos de él, dijo a los señores y señoras que le siguiera el que quisiese; y allí fue ensillar y embridar de caballos a reinas y príncipes, y ver quién era el que antes podía estar presto.

Y cuando llegó el rey adonde ellos estaban, vio a sir Gawain y a sir Gareth sentados en una pequeña cuesta. Entonces el rey dejó su caballo; y cuando se acercó a sir Gareth quiso hablar, pero no pudo; y a continuación cayó en un desvanecimiento de contento. Y corrieron ellos hacia su tío, y le requirieron de su buena gracia que tuviese buen consuelo. Sabed bien que el rey hizo gran alegría, y muchas y tiernas quejas a sir Gareth, y no cesaba de llorar como si fuese un niño.

En eso llegó su madre, la Reina de Orkney, doña Margawse; y cuando miró a sir Gareth ansiosamente en la cara no pudo llorar, sino súbitamente cayó desvanecida, y allí yació mucho rato como muerta. Entonces sir Gareth reconfortó a su madre en tal guisa que se recobró ella, e hizo buena muestra.

Entonces el rey mandó que todas maneras de caballeros que estuviesen bajo su obediencia se aposentasen allí mismo por amor de sus sobrinos. Y así fue hecho, y se proveyeron todas maneras de provisiones, de suerte que nada faltó de cuanto podía comprarse con oro o plata, doméstico o salvaje. Y por mediación de la Doncella Salvaje, sir Gawain y sir Gareth fueron sanados de sus llagas; y allí permanecieron ocho días.

Entonces dijo el rey Arturo a la Doncella Salvaje: «Maravíllame que vuestra hermana, doña Lyonesse, no venga aquí a mí, y en especial que no venga a visitar a su caballero, mi sobrino sir Gareth, que tantos trabajos ha tenido por su amor.»

—Mi señor —dijo la doncella Lynet—, de vuestra buena gracia debéis excusarla, pues no sabe que mi señor, sir Gareth, está aquí.

—Id entonces por ella —dijo el rey Arturo—, que podamos concertar lo mejor, según el placer de mi sobrino.

—Señor —dijo la doncella—, así será hecho —y fue por su hermana.

Y lo más ligeramente que pudo, se aprestó ella; y llegó al otro día de mañana con su hermano sir Gringamore, y con sus cuarenta caballeros. Y al llegar tuvo toda la acogida que se podía hacer, del rey, y de muchos otros reyes y reinas.

CAPÍTULO 34

Cómo sir Gareth confesó al rey Arturo que se amaban, y del acuerdo de su casamiento

Y entre todas estas damas fue diputada la más hermosa, y sin par. Y cuando sir Gareth se reunió con ella, hubo allí muchas tiernas miradas y

razones, de manera que todos los hombres de honor holgaron en verles.

Entonces vinieron el rey Arturo y muchos otros reyes, y doña Ginebra, y la Reina de Orkney, y preguntó el rey a su sobrino, sir Gareth, si quería tener a esta dama como amante, o quería tenerla como mujer.

—Mi señor, sabed bien que la amo por encima de cuantas damas viven.

—Y bien, gentil señora —dijo el rey Arturo—, ¿qué decís vos?

—Muy noble rey —dijo doña Lyonesse—, sabed bien que prefiero tener y poseer como marido a mi señor, sir Gareth, más que a ningún rey ni príncipe de la cristiandad; y si no puedo tenerle, os prometo que jamás tendré ninguno. Pues, mi señor Arturo —dijo doña Lyonesse—, sabed bien que es mi primer amor, y que será el postrimero; y si consentís que tenga su voluntaria y libre elección, me atrevo a decir que me tendrá a mí.

—Es verdad eso —dijo sir Gareth—; y si no os tengo y poseo como mujer, ninguna dueña ni doncella me contentará.

—¿Cómo, sobrino —dijo el rey—, van por ahí las cosas? Pues sabed bien que no quisiera, aunque me fuese en ello la corona, ser yo la causa de que se aparten vuestros corazones; y sabed bien que no podéis amar tanto que no lo acreciente yo antes que afligirlo. Y también tendréis mi amor y protección de la más grande guisa que esté en mi poder —y así mismo dijo la madre de sir Gareth.

Entonces se hizo provisión para el día del casamiento; y por consejo del rey se proveyó que fuese el día siguiente de san Miguel, en Kinkenadon, cerca de la costa, pues es aquél un país abundante. Y así fue pregonado en todos los lugares del reino. Y entonces envió mandado sir Gareth a todos los caballeros y damas a los que había vencido en batalla, que debían estar este día del casamiento en Kinkenadon, junto a la playa.

Y entonces doña Lyonesse y la doncella Lynet, con sir Gringamore, cabalgaron a su castillo; y dio ella a sir Gareth un costoso y rico anillo, y él a ella otro. Y el rey Arturo dio a ella un rico brazalete de oro; y seguidamente partió ella.

Y el rey Arturo y su compañía cabalgaron hacia Kinkenadon, y sir Gareth acompañó a su dama en el camino, y volvió después al rey y cabalgó con él.

¡Señor!, la alegría que hizo sir Lanzarote de sir Gareth, y éste de él; pues jamás hubo un caballero al que sir Gareth amase tanto como sir Lanzarote; y casi siempre quería estar en compañía de sir Lanzarote; pues una vez que sir Gareth conoció las condiciones de sir Gawain, se retrajo de la compañía de su hermano, pues era vengativo, y del que desamaba se vengaba a muerte, lo cual aborrecía sir Gareth.

CAPÍTULO 35

De la gran realeza, y qué oficiales fueron hechos en la fiesta de las bodas, y de las justas celebradas en la fiesta

Se acercó el día de san Miguel, y vino doña Lyonesse, señora del Castillo Peligroso, y su hermana doña Lynet, con sir Gringamore, su hermano, con ellas, ya que tenía la conducción de estas damas. Y allí fueron aposentados por disposición del rey Arturo. Y el día de san Miguel, el Obispo de Canterbury casó a sir Gareth y doña Lyonesse con gran solemnidad.

Y el rey Arturo hizo casar a Gaheris con la Doncella Salvaje, la cual era doña Lynet; e hizo casar a sir Agravain con una sobrina de doña Lyonesse, una hermosa dama llamada doña Laurel.

Y hechas estas solemnidades, vino el Caballero Verde, sir Pertolepe, con treinta caballeros, y allí rindió pleito homenaje a sir Gareth, y estos caballeros prometieron ser suyos siempre. También dijo sir Pertolepe: «Os pido ser en esta fiesta vuestro chambelán.»

—De buen grado —dijo sir Gareth—, ya que os place tomar tan simple oficio.

Entonces vino el Caballero Bermejo, con sesenta caballeros con él, y rindió pleito homenaje a sir Gareth, y todos estos caballeros prometieron ser suyos siempre. Y entonces este sir Perimones rogó a sir Gareth que le concediese ser su mayordomo en esta alta fiesta.

—De buen grado —dijo sir Gareth—, haré que tengáis este oficio, y aunque fuese mejor.

Entonces vino sir Persant de la India, con cien caballeros con él, rindió pleito homenaje, y todos sus caballeros prometieron hacerle servicio, y guardar sus tierras por siempre; y allí rogó a sir Gareth que le hiciese su maestresala en la fiesta.

—De buen grado —dijo sir Gareth— haré que lo tengáis, y aunque fuese mejor.

Entonces vino el Duque de la Rowse, con cien caballeros con él, y allí rindió pleito homenaje a sir Gareth, y prometió guardar sus tierras por siempre. Y requirió a sir Gareth poder servirle el vino ese día en la fiesta.

—De buen grado —dijo sir Gareth—, aunque fuese mejor.

Entonces vino el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas, que era sir

Ironside, el cual traía con él trescientos caballeros, y allí rindió pleito homenaje, y todos estos caballeros prometieron guardar sus tierras por siempre. Y entonces pidió a sir Gareth ser su trinchante.

—Muy de grado —dijo sir Gareth—, si os place.

Entonces entraron en la corte treinta señoras, y todas parecían viudas; y estas treinta damas traían consigo muchas hermosas dueñas. Y se arrodillaron todas a la vez ante el rey Arturo y sir Gareth, y contaron al rey cómo sir Gareth las había liberado de la Torre Dolorosa, y había matado al Caballero Pardo sin Piedad: «Y por ende nosotras, y todos nuestros herederos venideros, haremos homenaje a sir Gareth de Orkney.»

Seguidamente los reyes y reinas, príncipes y condes, barones y muchos osados caballeros, fueron a comer; y bien podéis saber que hubo allí todas maneras de manjares en abundancia, todas maneras de danzas y juegos, con todas maneras de juglarías que se usaban en aquellos días. También hubo grandes justas tres días. Pero el rey no quiso consentir que justase sir Gareth, por su nueva esposa; pues, como dice el libro francés, esta doña Lyonesse deseó del rey que ninguno de los desposados justase en esa fiesta.

Y el primer día justó sir Lamorak de Gales, que derrocó treinta caballeros, e hizo muy maravillosos hechos de armas; y entonces el rey Arturo hizo a sir Persant y a sus dos hermanos caballeros de la Tabla Redonda, hasta el fin de sus vidas, y les dio grandes tierras.

También el segundo día justó Tristán el mejor, y derrocó cuarenta caballeros, e hizo maravillosos hechos de armas. Y el rey Arturo hizo a Ironside, que era el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas, caballero de la Tabla Redonda hasta el fin de su vida, y le dio grandes tierras.

El tercer día justó sir Lanzarote del Lago, y derrocó cincuenta caballeros, e hizo muchos maravillosos hechos de armas, de manera que todos los hombres se maravillaron de él. Y el rey Arturo hizo allí al Duque de la Rowse caballero de la Tabla Redonda hasta el fin de su vida, y le dio grandes tierras que disfrutar.

Pero cuando hubieron acabado estas justas, sir Lamorak y sir Tristán partieron súbitamente, sin que nadie lo supiese, por lo que el rey Arturo y toda la corte fueron muy disgustados. Y tuvieron la corte cuarenta días con gran solemnidad. Y sir Gareth fue un noble caballero, y de buen gobierno y gentil habla.

Así termina este cuento de sir Gareth de Orkney, que casó con doña Lyonesse del Castillo Peligroso. Y también sir Gaheris casó con su hermana doña Lynet, a la que llamaban la Doncella Salvaje. Y sir Agravain casó con doña Laurel, una hermosa señora, y el rey Arturo les dio grandes y poderosas

tierras con grandes riquezas, para que pudiesen vivir con realeza hasta el fin de sus vidas.

Freeeditorial 